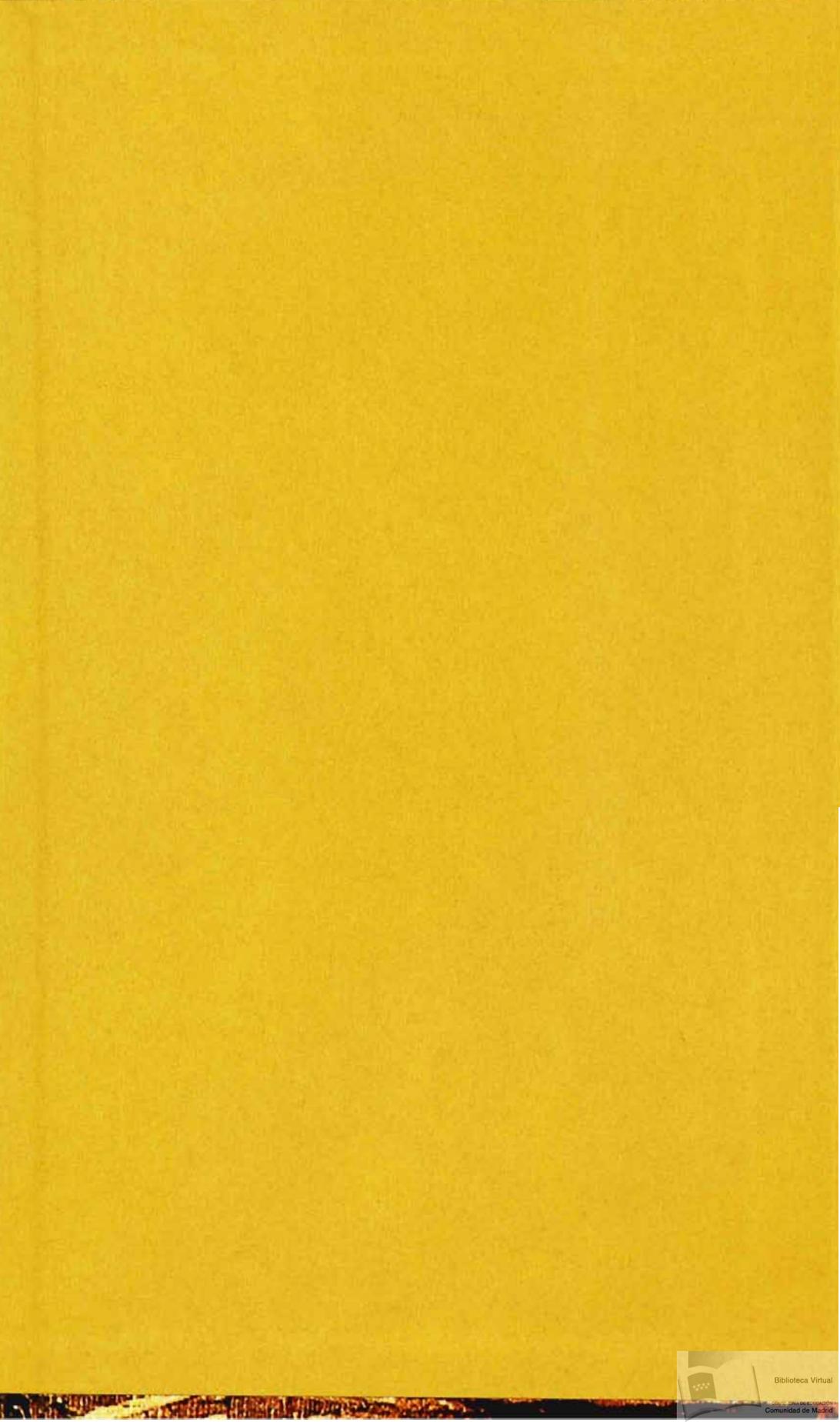


MADRID EN LA POESÍA I

Estudio y selección
de Alejo Martínez Martín

MADRID EN LA LITERATURA









MADRID EN LA POESÍA I



Comunidad de
Madrid

Consejería de Educación
SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA
Servicio de Publicaciones
C/ Alcalá, n.º 30-32
28014 MADRID

Ref.: 0446



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

Esta versión digital de la obra impresa forma parte de la Biblioteca Virtual de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y difusión de encuentran amparadas por el marco legal de la misma.

www.madrid.org/edupubli

edupubli@madrid.org



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

MADRID EN LA POESÍA I

Estudio y selección de
Alejo Martínez Martín

Prólogo de
Diego Jesús Jiménez



Comunidad de
Madrid

Consejería de Educación
SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA
Servicio de Publicaciones

C/ Alcalá, n.º 30-32

28014 MADRID

MADRID EN LA LITERATURA



Comunidad de
Madrid

Ref. : 0446



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

Cubierta: *Puente de Toledo*. Robert Hubert.
Museo Municipal, Madrid

Dirección editorial: Agustín Izquierdo
Diseño de cubierta: M^a González-Conejero Hilla
Gestión administrativa: Sección de Publicaciones
de la Consejería de Educación y Cultura

- © Comunidad de Madrid
Consejería de Educación y Cultura
Secretaría General Técnica, 1993
- © Del prólogo, Diego Jesús Jiménez
- © Del estudio y la selección, Alejo Martínez Martín

Depósito legal: M. 16.891-1993
I.S.B.N.: 84-451-0650-3
Imprenta de la Comunidad de Madrid

Impreso en papel reciclado y ecológico



Presentación

La Comunidad de Madrid, a través de la colección «Madrid en la literatura», pretende ofrecer a los ciudadanos la imagen especular, tanto de su ciudad como del resto de la región, que a lo largo de la historia han dejado en sus obras literarias generaciones de escritores. La refundación de la ciudad, que tuvo lugar cuando ésta dio cabida a la Corte de los reyes españoles, vino acompañada de numerosos escritos, pertenecientes a todos los géneros literarios, cuyo objeto era la Villa y Corte, produciéndose así la invención literaria de Madrid, lo que le permitió ocupar un lugar preeminente dentro del universo de las ciudades literarias.

Poetas, novelistas, dramaturgos, no han dejado desde entonces de construir en la ficción una ciudad en constante devenir, una ciudad que continúa inventándose en la actualidad, tanto en la experiencia como en la imaginación. La reunión de esta serie de textos, agrupados por su pertenencia a los distintos géneros literarios, hace posible que nazca en el lector una visión rica y variada, llena de registros, de la villa y sus alrededores, de lo que hoy definimos como Comunidad de Madrid, cuyos múltiples aspectos permanecerían de otro modo ocultos e insospechados.

Estoy seguro de que la riqueza y calidad de estos textos acrecentará en el lector su atracción por este Madrid diverso y polifacético y, a través de él, su amor por la mejor literatura de todos los tiempos.

Jaime Lissavetzky Díez
Consejero de Educación y Cultura



Prólogo

Hubo un tiempo en el que Madrid fue un lugar apacible, tranquilizador, de amaneceres lentos y aires respirables; un lugar con aguas claras y cielos transparentes de cuya serenidad pudo tomar para su escudo las siete estrellas de la constelación del “Carro” que, como asegura Ramón Gómez de la Serna, brilló «nítida como en ningún cielo en el cielo de Madrid». Quizá en algún momento llegó a ser casa de recreo en el campo; aunque el nombre de villa, como sabemos, lo toma también toda población con privilegios e importancia histórica. Es Lope de Vega quien habla con San Isidro de sus orígenes y condición:

No menos que mil años fue fundada
esta villa famosa,
fértil, insigne, en cielo, y tierra hermosa,
de fuego coronada,
de aires puros vestida,
y antes doscientos que la insigne Roma,
que de Rómulo y Remo el nombre toma.
.....
y los que piensan que fue siempre humilde
labradora aldeana,
ajenos son de toda luz de historia,
pues de Madrid no saben en su gloria,
que tuvo silla episcopal tan grave,
que en diez y nueve obispos sufragáneos
Madrid era el tercero en sus Concilios;
y vos sabéis, Isidro, que esto es cierto...

Y verdad es, también, que a través de los siglos, víctima de su privilegiada situación geográfica, sucesivas razones de Estado —sobre todo de carácter político y económico—, acabaron por enturbiar sus aguas, empañar sus cielos y enrarecerle la respiración. Debido a su crecimiento, tan heterodoxo como urgente a partir del siglo XVI, Madrid ha ido alejándose paulatinamente de sus afueras, construyendo unos límites constantemente cambiantes desde los que todavía nos es dado contemplar restos de cierto esplendor histórico cuyos últimos brillos se confunden ya con los destellos de este final de siglo eminentemente urbano. La ciudad ha ido devorando viñas, prados, olivares y bosques, alejando su caza, para poder levantarse sobre sus tierras de labor, grande y populosa, tal como hoy la conocemos.

Nuestros prehistóricos pobladores tallaron la piedra y el hierro, fabricaron cerámicas, cazaron osos y hasta pescaron en un río —el Manzanares— en cuyas aguas, por entonces tranquilas y caudalosas, se reflejaron las encinas, los álamos y los madroños. Luego de los celtíberos fueron los griegos y los romanos, después los visigodos y, más tarde, los árabes, quienes se adueñaron de estas tierras, exactamente igual a como lo hicieron en el resto de la península; de ahí que sus andanzas por estos pagos no nos puedan proporcionar sino unos hechos que se disuelven en el marco general de la historia común de nuestro país y en los que a los madrileños de finales del milenio, a decir verdad, nos resulta bastante difícil podernos reconocer.

La Historia va dejándonos sus ruinas —simple «victoria de un fracaso» en el decir de María Zambrano—, pero de ella, a través del tiempo, nos llega algo más, algo verdaderamente vivo y a cuyo sonido somos extremadamente sensibles: la palabra. Y en su sentido último y más puro, la palabra poética. La Antigüedad nos ofrece las ruinas de sus ciudades y de sus templos, sus armas y sus monedas oxidadas, sus foros, sus vasijas..., pero a nadie se le ha ocurrido considerar ruinosas las palabras que en ella fueron pronunciadas o escritas y, mucho menos aún, si nacieron contenidas por una forma estética. Virgilio, clásico por excelencia, llega en toda su pureza hasta nuestros días y con él la sensibilidad de la propia cultura romana. Más allá aún, remontándonos al Homero menos heroico, observamos cómo un episodio de su Odisea —“Nausícaa” — es todavía capaz de iluminar el verbo de un poeta de nuestro tiempo¹. Este es, pienso, uno de los aspectos verdaderamente grandiosos de la poesía: hacer que a través de un vehículo en

1. Luis Alberto de Cuenca: “Nausícaa”. Revista *Diálogo de la lengua*. Núm. 1, p. 91. Cuenca, 1992.

apariciencia tan frágil como es el poema, escrito en cualquier época y en cualquier lugar, posibilite el que podamos continuar hablando con nosotros mismos.

Como ha escrito con brillante exactitud Luciano Anceschi, «la lengua poética es el lugar en que se efectúa la historicidad variable de una eterna presencia ideal»². Los estilos fueron considerados también por Wölfflin como «visiones típicas de los siglos». Deducimos de todo ello que el instante mismo en el que se efectúa la historicidad aludida por L. Anceschi —variable en lo más anecdótico desde un punto de vista poético— reside en los poemas que se escriben en una determinada época. No es conveniente olvidar que el contenido de cualquier forma poética es la poesía; es decir, un momento de esa eterna presencia ideal a que hacemos referencia y que habrá de hallarse igualmente impregnado de eternidad.

Diría que este volumen, “Madrid en la poesía”, es doblemente importante, entre otras, por dos razones que considero prioritarias: sabe ofrecernos los poemas más significativos que los poetas dedicaron a Madrid en las diferentes épocas que abarca, siglos XIII al XIX —y de los que, como es lógico, se desprenden sus gustos, sus estilos, sus tendencias y formas; también sus mayores o menores aptitudes poéticas, a la vez que nos hace llegar la poesía en la que Madrid es parte inseparable de esa presencia eterna a la que acabamos de referirnos. Este es un libro, pues, en el que se halla, también, un Madrid esencial.

Comienza esta recopilación, que no antología, aunque el autor de tan extenso como documentado trabajo haya tenido que decidirse llegado el momento por una u otra composición poética de un mismo autor, con una “Cantiga” de Alfonso X, nuestro Rey Sabio, en la que se narra un milagro de la Virgen de Atocha, y otra de nuestro sabio poeta Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, referida al encuentro con una serrana en el puerto de “Malangosto”, no lejos de El Paular. A través de los estilos de ambas composiciones puede observarse con claridad la diferencia existente entre una poesía cortés, trovadoresca por excelencia, representativa de la moral aristocrática de la época, como es la de Alfonso X, y la perteneciente al mester de clerecía, igualmente culta pero en cuya intención didáctica se observan ya las tensiones propias que genera la aparición, cada vez con más fuerza, del elemento burgués en las ciudades —clase social la de la burguesía indivi-

2. Luciano Anceschi: *La idea del Barroco*, p. 132.

dualista por excelencia—, así como los profundos cambios que por entonces tienen lugar tanto en la teología como en la filosofía. «Ya no se buscan en la naturaleza —asegura Arnold Hauser— alegorías de una realidad sobrenatural, sino las huellas del propio yo, los reflejos del propio sentimiento. El prado florido, el río helado, la primavera y el otoño, la mañana y la tarde, se convierten en estaciones en la peregrinación del alma³.» Esa tensión de quien no renuncia a la verdad de su fe religiosa —lo que sitúa al ser humano en el ámbito de una colectividad—, pero tampoco desconoce ni descuida su verdad mundana —lo que le coloca en el terreno de lo puramente individual—, se encuentra presente ya en toda la obra del poeta alcarreño como claro antecedente de lo que dos siglos más tarde sería el Renacimiento.

La obra del Arcipreste, aunque no se halle escrita en latín, esté dirigida al pueblo en vez de a un público culto —no se me escapan en absoluto la relatividad ni la contradicción implícitas en este tema— y evidencie un profundo fervor religioso como lo atestiguan sus composiciones dedicadas a la Virgen, convive, por otro lado, con aspectos que la aproximan a la poesía escrita por los “vagantes”; y no sólo por su actitud ante la Iglesia frente a cuya moral se sitúa con frecuencia el Arcipreste, «olvidando —como bien dice José García López— sus severas intenciones y situándose, con inesperada pirueta, en el campo de la desenfadada mentalidad burguesa⁴», sino también por el tipo de vida que intuimos vivió nuestro poeta —frecuentador de círculos de “escolares nocherniegos” y a buen seguro presente en los más variados conflictos mundanos—, además de por la ironía y, en no pocas ocasiones, la rudeza de su expresión; por su espíritu desarraigado y libertino y, sobre todo, por ser el producto más claro de la tensión existente en la época entre la sociedad aristocrática y eclesiástica, y la naciente burguesía que, con su sentido dinámico y realista de la vida, había empezado a apoderarse de la ciudad. De ahí que el fervor religioso del Arcipreste le lleve a componer “cánticas” a la Virgen y, también, debido a sus compromisos terrenales, “cánticas de serrana”, amén de cantares para ciegos y otras composiciones profanas en las que no es nada difícil hallar el deseo y la comprensión hacia los placeres de este mundo. La aparición del elemento burgués va a condicionar al arte de la época y también, como arte escrito que es, a la poesía.

Así, en la serrana que recoge Alejo Martínez Martín, aparte del buen yantar al que hace referencia —propio aún de la mayoría de los pueblos de

3. Arnold Hauser: *Historia social de la Literatura y el Arte*, pp. 292 - 293.

4. José García López: *Historia de la Literatura española*, p. 71.

la sierra madrileña—, observamos una extremada caricaturización de la mujer, cuyos rasgos hombrunos indican desprecio más que deseo carnal, y un tono brusco y desenfadado en la narración a la vez pícaro y malicioso, lo que constituyen características propias de la poesía de los “vagantes” a la que nos hemos referido. Pero la gran personalidad poética del Arcipreste de Hita desborda toda adscripción definitiva. En él se halla, sin duda, la gran poesía de la Edad Media; y, a pesar de tener influencias muy dispares —se ha pensado en la posibilidad de que bajo el Arcipreste pudiera esconderse, tal vez, un colectivo de poetas—, es evidente que resulta, también, la más personal.

No es difícil, si somos dados a imaginar, entrever un Madrid de la época frecuentado por juglares venidos a menos, benefactor de clérigos huidos y de estudiantes abandonados a su suerte, gentes pertenecientes todas ellas a lo que Arnold Hauser llama «proletariado intelectual»; un Madrid en cuyas posadas, plazas, iglesias y fiestas, no debieron faltar nunca recitadores para las antiguas y por entonces ya bastante adulteradas canciones de gesta, ni maravedises para el lírico arte de los trovadores errantes, trovadores y juglares a los que, alejados de la corte, su mala fortuna se había encargado de unir confundiendo casi definitivamente; un Madrid lleno de malabaristas y de números circenses, de cítaras, laúdes y salterios, de lejanas y exageradas leyendas ante cuyo relato los madrileños quedarían tan extasiados como complacidos. Pues de que Madrid estaba habitado desde edad muy temprana por gentes alegres y abiertas a la palabra poética, hallamos testimonio en sus propios Fueros —concedidos por Alfonso VIII— en los que se pone tasa a la remuneración, «no más de tres maravedises y medio», que deberían percibir los juglares que visitaran Madrid. Siempre, claro está, que se tratara de juglares que entrasen en la ciudad a caballo, lo que por entonces debía constituir un signo inequívoco de talento.

De muy distinto signo poético son ya las “serranas” del Marqués de Santillana aquí recogidas y que tienen como escenario los alrededores de dos pequeños pueblos madrileños: posiblemente Mataelpino, y Navalagamella; pueblos cercanos a Manzanares el Real el primero y a Robledo de Chavela, el segundo. La mujer que el poeta encuentra a su paso por las vegas, los pinares y prados de nuestra serranía, ha sufrido un cambio sustancial. Ya no se trata de una mujer «deforme, ruin y fea», ni se la define como «endiablada», y, mucho menos, capaz de poner al marqués «en su pescuezo (...) como a zurrón liviano». En primer lugar, a través de un lenguaje mucho

más lírico, asistimos —las “serranas” y los “dezires” conforman, en mi opinión, lo mejor de la obra del Marqués de Santillana— a una imagería más estilizada que nos hace recordar la poesía provenzal, trovadoresca, y sobre todo a un destinatario más severo y consciente de su clase, más afectado por sus formas, y mucho más refinado en sus gustos: un público cortesano. Un público que escucharía con no poca curiosidad y tal vez a escondidas las andanzas de Trotaconventos pero que se retiraría, luego que quisiera disfrutar del “verdadero” arte de la poesía, a sus ocultos y almibarados salones literarios donde habría de tener lugar la recitación o la lectura de no pocos de los más vacíos y engolados poemas de la época.

De la comparación de las “serranas” en ambos autores se desprende, también, una concepción muy distinta de la mujer. Ya no es ella quien se dirige y se insinúa al hombre como ocurre en la composición del Arcipreste; ahora es el hombre quien se dirige a la mujer y lo hace observando unas maneras mucho más delicadas y, como es lógico, mucho más corteses. En la primera composición, el Marqués pone a la serrana «garnacha de oro» y «broncha dorada», redimiéndola por su juventud y belleza de su condición de villana. Valores los de belleza y juventud que, junto a otros muchos que por el camino se perdieron, llegan de la Antigüedad Clásica al periodo caballeresco y descienden con él hasta la poesía cortesana del siglo XV. En la segunda composición vemos, sin embargo, la sombra arciprestal de Juan Ruiz.

Cabe resaltar que durante el reinado de Juan II de Castilla —Alfonso XI había fundado con anterioridad una escuela de Gramática en nuestra ciudad— Madrid disfruta de una Corte eminentemente cultural y literaria a la que asisten el refinamiento y la apariencia, la desmesura en el amor y la intriga, así como la ambición de poder con todos y cada uno de los vicios que es capaz de engendrar. Es un periodo al que podemos considerar ciertamente confuso y decadente. «Los reyes se perfuman —escribe un tanto asombrado Federico Carlos Sainz de Robles—, visten telas brocadas; aman la cetrería, la tertulia poética y la sensualidad efímera.» La nobleza está compuesta por gentes «sin hervor bélico alguno —nos dice—, muy duchos en la intriga política y en el galanteo cortesano, turbulentos únicamente en sus ambiciones, peritos en la frase mordiente, líricos del epigrama⁵.» Madrid, y es lo que considero ahora fundamental, vive en sus tertulias literarias cortesanas una época en la que se observa ya el cansancio de las escuelas

5. Federico Carlos Sainz de Robles: *Historia y antología de la poesía española*, p.37.

provenzal y galaico-portuguesa, al tiempo que a sus poetas puede vérselos ensimismados intentando imitar los primeros compases de las formas artísticas renacentistas que acaban de llegarnos de Italia.

Al principio, pues se trata de unas formas poéticas nuevas, no va a resultar fácil hallar una expresión a la que, de manera natural, se unan el pensamiento y el sentimiento de nuestros líricos. No pocos de los poemas que se escriben en estos años, periodo al que Menéndez Pelayo llama «pórtico del Renacimiento», muestran el engolamiento típico de lo que no oculta tras de sí otra cosa que su propia vacuidad. Tampoco son infrecuentes los textos que olvidan sus partituras —que no cuentan su melodía, por decirlo a la manera machadiana—, ofreciéndonos, eso sí, unos resultados bastante más filosóficos que poéticos. Ausencia de naturalidad, afectación y, en definitiva, falta de conciencia del verdadero sentido de unas formas recién llegadas que intentaban —de manera coherente— transmitir una nueva visión de la vida en la que el mundo sensible, rodeado de armonías y naturalidades, era su principal motivo de interés y de estudio.

No hay un corte profundo en estos momentos de nuestra poesía y, con rigor, no podemos establecer ninguna frontera que separe con nitidez dos períodos poéticos distintos. En esta zona concreta de nuestra historia poética, muchos autores andan estableciendo límites que resultan contradictorios e inaugurando periodos donde no los hay. Digamos que la Edad media ha crecido y ya tiene uso de razón, y a este proceso de mayoría de edad llamémosle Renacimiento. Pienso que el siglo XV no está todavía capacitado para recibir con plenitud tal nombre y que cuando con mayor rotundidad creamos poder hacerlo —se me ocurren las Anotaciones a Garcilaso de Francisco de Herrera, e incluso ciertos momentos poéticos de Fray Luis de León como la Oda a Francisco de Salinas— hallaremos lugares que están anunciándonos algo a lo que más tarde deberemos llamar, abiertamente, Barroco. Todo descubrimiento es producto de un deseo humano; y éste es previo a cualquier hallazgo. Es verdad que la imprenta de tipos móviles o el descubrimiento de América influyeron decisivamente en el desarrollo y expansión de la cultura occidental, pero no es menos cierto que ambos descubrimientos se deben a unos hombres y a unas circunstancias que fueron capaces de posibilitarlos. En estos momentos de indefinición poética, de transición, la Edad Media del siglo XV parece empezar a disolverse en lo que después, con mucha mayor seguridad, denominaremos Renacimiento.

En las calles madrileñas se entonan viejos romances que también son escuchados con atención en los ambientes literarios cultos, entre los que se

halla —en primerísimo lugar— la propia Corte, frecuente visitadora ya de Madrid. Por aquellos años las formas poéticas andan caminos francamente diferenciados: el cortesano, alrededor del cual nacen los Cancioneros —El de Baena, dedicado por su recopilador Juan Alfonso de Baena al rey Juan II de Castilla (1445) es, sin duda, junto al de Stúñiga y al de Hernando del Castillo, el más importante— en los que se respira ese viento renovador que llega de Italia, y el popular que es el que recoge, modificándolos constantemente pues en cosa de su propiedad han acabado convirtiéndose, los viejos romances. Romances a los que, como nos hemos referido, los eruditos poetas cortesanos no dejan de considerar y valorar. Carvajales firma (1442) dos romances en el Cancionero de Stúñiga.

Las Cortes de los distintos reinados del siglo XV —el propio Juan II hace versos de escasa inspiración— son frecuentadas por un gran número de poetas que buscan en ellas fama y protección. Los nombres de Juan Álvarez Gato, Fernán Manuel de Lando, Alfonso Álvarez de Villasandino —hacedor de «versos afrodisíacos a las mancebas del rey don Enrique II»—, Juan Rodríguez del Padrón, Ferrandes de Jerena, micer Francisco Imperial —considerado como el introductor en nuestro país del gusto italiano—, de D. Enrique de Villena —amigo personal del Marqués de Santillana—, entre los más de sesenta nombres que recoge Baena en su Cancionero junto a todos los que figuran en los demás —entre los que se hallan poetas de mucho mayor interés que los mencionados, como el propio Marqués de Santillana, Juan Mena o Gómez Manrique—, forman la lírica comitiva cortesana de la época.

¿Orígenes del romance? Larga cuestión. Sabemos que no pocas conclusiones románticas —incluyo las de Durán y Cejador— van precedidas de hechos históricos inventados a los que se suelen remitir para demostrar sus teorías. “El pueblo inculto” al que nos remite D. Julio Cejador como origen del romance, parece algo completamente descabellado con independencia de que tal idea contenga en sí misma una equivocada concepción de lo popular. Desde sus tiempos más remotos, con mayor o menor fortuna, la poesía siempre estuvo en manos de profesionales. No acudió el juglar al pueblo para componer sus canciones de gesta, ni a sus canciones rudimentarias y toscas de las que, además, no tenemos noticia que nos indique fiabilidad alguna. Acude a las Crónicas, a los monasterios y a las abadías, que es donde se encuentra la memoria histórica que se había perdido. Acude a las bibliotecas monacales. Menéndez Pelayo afirma que los romances «son restos de los cantares de gesta»; es decir, restos de composiciones hechas por

auténticos poetas que «al ser (...) purificados e intercalados en las Crónicas, los juglares y troveros recitaron aquellos restos que se conservaban en la memoria, por tradición oral, y aún los modificaron para darles un sentido íntegro⁶». Las gentes del pueblo dicen y entonan por las calles madrileñas todas aquellas “historias” y “leyendas” que contienen los Romances. Esto resulta mucho más coherente que la teoría que sitúa el origen del romance en el seno de un pueblo mucho más desinteresado por la cultura que el que los entona ahora por fiestas y plazas. El romance, desde entonces, atravesará los siglos para llegar hasta nuestros días en los que es obligada la mención de Federico García Lorca, de Gerardo Diego o de Rafael Alberti. Pero no olvidemos, y los poetas que acabo de nombrar vienen a recordárnoslo, que lo popular no significa en modo alguno lo creado por el pueblo, entretenido normalmente en artesanías y ripios, sino aquello a lo que tiene acceso y es de su comprensión y gusto. También lo popular, es lo que se crea y tiene como fuente de inspiración al propio pueblo para que sea o no entendido y compartido por él.

Madrid es ya el lugar preferido por los reyes y en él fijan frecuentemente su residencia. Los Reyes Católicos pasan largas temporadas en Madrid y la reina, al igual que hiciera su padre, se rodea de poetas y hombres de letras entre los que se encuentra su mayordomo, el madrileño Juan Álvarez Gato, ya mencionado aquí. Fray Ambrosio de Montesino, autor de excelentes villancicos, es el poeta preferido de la reina. Hay, pues, un mayor gusto por la poesía popular que en la Corte de su padre Juan II de Castilla.

Años más tarde, Carlos I, que no conoce la lengua castellana ni a los castellanos, provocará con sus nuevos impuestos y recaudaciones el levantamiento comunero. Tras su reconciliación con Madrid, concederá la corona del imperio a su escudo, cantado por Juan Hurtado de Mendoza en un soneto incluido en esta recopilación. Nuestra poesía ha ido, poco a poco, conociendo mejor el verdadero mensaje estético de los renacentistas italianos. La Araucana del madrileño Alonso de Ercilla contiene rasgos de un Renacimiento mucho más consciente de sí que los contenidos, en su mayor parte, en la almibarada e insulsa poesía cortesana de los Cancioneros. El propio Cervantes, totalmente eclipsado por su prosa, es un poeta mejor de lo que se le valora y mejor de lo que él mismo se considera en unos famosos versos:

6. Ibid. p. 63.

Yo que siempre trabajo y me desvelo
por parecer que tengo de poeta
la gracia que no quiso darme el cielo...

Pero de todos, el momento mayor, aquél en el que el Renacimiento alcanza en nuestra poesía las más altas cimas de calidad hasta convertirse en un movimiento profundamente español en el que lo castellano resulta inseparable de los modelos italianos, llega de Sevilla con Francisco de Herrera a la cabeza, y con la llamada Escuela de Salamanca de la mano de Fray Luis de León en primerísimo lugar y, luego, de las de Francisco de Aldana, Francisco de Medrano y Francisco de la Torre, a quien Alonso Zamora Vicente —sin importarle que el dato erudito, axiomático, de su lugar de nacimiento no aparezca por ningún lado— piensa natural de Torrelaguna. «Citado el río Jarama en la primera composición, y estando Torrelaguna en su ribera, era fácil suponer que el poeta hubiese nacido allí. Habría tomado su nombre del lugar de nacimiento como Nebrija, como Torres Naharro, como quizá Juan del Encina. Hombre del Renacimiento ya en esto...⁷» De cualquier forma, por su intimismo y contención, por la claridad y el decoro («sin afetación ninguna escribo como hablo» que deseaba Juan de Valdés), por la sencillez y musicalidad de sus descripciones paisajísticas, estas composiciones (un soneto y una endecha) en las que aparece el Jarama («... la ribera fría / de Xarama hermosa ...») son, al parecer, las únicas que en estos momentos verdaderamente altos de nuestra poesía, toman a los alrededores de Madrid como escenario.

Hasta ahora, Madrid aparece en su poesía, exceptuando aquella que canta sus orígenes casi siempre en sonetos italianizantes, y que desde luego no es la mejor, como simple dato referencial. Son poemas que remiten casi siempre a sus alrededores salvo los tercetos cervantinos aquí recogidos en los que su autor se despide de Madrid, al que define como «sitio agradable y mentiroso» en el que sus teatros públicos son honrados «por la ignorancia (...) ensalzada en cien mil disparates recitados», y que muestran el desengaño sufrido ante algún revés literario de los muchos que nuestra ciudad ha sido testigo.

Con el traslado definitivo de la Corte por el rey Felipe II (1561), y su posterior capitalidad del reino, Madrid pasa a ser repentinamente no sólo

7. Alonso Zamora Vicente: *Francisco de la Torre. Poesías*, p. 16.

el centro de mayor atención del mundo y el lugar desde el que mundo puede contemplarse mejor, sino también la meta de todos los buscadores de fortuna y de fama. La ciudad se ve completamente desbordada por una serie de personajes que ven en la corte el remedio de todos sus males. Madrid se convierte en un gran poblachón lleno de funcionarios, que se ve obligado por primera vez a crecer deprisa y desordenadamente, lo que habrá de ser una constante de su historia urbanística exceptuando lo planificado por Arturo Soria. Madrid en estos momentos cambia su fisonomía y ve cómo se duplica su población «por lo que muy luego —según D. Ramón de Mesonero Romanos— fué necesario ampliar extraordinariamente la cerca y mudar las puertas, situando la de santo Domingo en el camino de Fuencarral, la del Sol al camino de Alcalá, la de Anton Martin al arroyo de Atocha, y la que estaba junto á la Latina mucho mas abajo. (...) Sin embargo, la residencia fija del soberano, la concurrencia de numerosos tribunales y oficinas, grandes dignidades, y demas circunstancias anejas á la córte, dieron muy luego a Madrid un aspecto lisonjero. En tanto que la población se estendia, y que los grandes y particulares levantaban palacios y casas de bella apariencia, el rey concluia las obras del palacio real, cuya fábrica, jardines y ornato eran de una suma magnificencia⁸.» Pero nuestra ciudad se llena también de aventureros, de gentes sin oficio ni beneficio que pululan en busca del favor cortesano, de los negocios no demasiado limpios y, sobre todo, de una vida fácil. Estudiantes sin libros y vendedores sin mercancía alguna, amigos de lo ajeno, oportunistas, vagos y maleantes de todo lugar y condición, se dan cita en las calles de Madrid. Crecen la prostitución y la pobreza, la caridad y el latrocinio, los taberneros y los desocupados.

Si D. Ramón de Mesoneros Romanos hablaba de apariencia al referirse a los edificios que se levantaron en la época teniendo en cuenta su aspecto exterior, esta misma palabra también deberíamos utilizarla, en su sentido de aquello que parece y no es, para definir la vida que muchos de los habitantes de Madrid se sentían obligados a mostrar. Tanto es así que el propio Felipe II «limita el lujo excesivo en el vestir y el comer, prohibiéndose los trajes demasiado adornados y el derroche en los banquetes⁹.» La apariencia lleva implícita la pérdida del decoro. Nos encontramos ante una sociedad casquivana, derrochona y frívola que ve cómo poco a poco va

8. Ramón de Mesonero Romanos: *Manual histórico-topográfico, administrativo y artístico de Madrid*, pp. 15-16.

9. Monserrat del Amo: *Historia mínima de Madrid*, p. 86.

descendiendo su nivel moral. El fracaso político que se inicia con la llegada al trono de Felipe III y que continúa acrecentado durante los reinados de Felipe IV y de Carlos II, sume a la sociedad española, y a la madrileña particularísimamente, en una profunda y larga depresión. El español que tiene conciencia real de la situación por la que atraviesa España se siente angustiado. Observa cómo el antiguo esplendor ha ido perdiéndose. Como ser humano, ya no va a poder, según la concepción teológica de San Agustín, ir a refugiarse en su interior como lo hacía el hombre del Renacimiento; no deja de recordar que el cuerpo es cárcel para el alma —según divulgó el pitagorismo del siglo anterior— pero la nueva imagen que la ciencia ofrece ahora del universo, las nuevas ideas filosóficas, la nueva realidad, le hacen olvidar aquel estoicismo cristiano en el que anduvo inmersa, por ejemplo, la poesía de Fray Luis de León. El hombre ya no se siente el centro del universo, pertenece al infinito de todas las cosas. Se ha sentido deshabitado y abandona la cárcel de su cuerpo para recorrer las múltiples galerías de la cárcel del mundo. Como pensó mucho más tarde Sartre, el interior del hombre es —ahora también— su exterior.

De todas formas no es la del Barroco una época “vacía” o “fatigada” como se ha venido sosteniendo en múltiples ocasiones, «sino más bien riquísima, intensa, extraordinariamente contradictoria, y ambigua por la presencia contemporánea y recuperada de las tradiciones más diversas en fértiles, novísimas contaminaciones... En fin, el Barroco es una época en la que el Humanismo histórico muere para hacerse perpetuo estímulo de siglos; y en el que se ponen los gérmenes más secretos, que por imprevisibles y como laberínticos senderos madurarán en la compleja y angustiosa contemporaneidad en la que vivimos. (...) Algo de triste, de perturbado, de inmenso, algo de inmediato, libre y hasta licencioso, ha entrado en el espíritu de los hombres, en las formas de los objetos, en las figuras de la imaginación¹⁰.» Esta es una época de grandes contrastes y de formas que parecen no tener límite; de exageraciones y agudezas; de desmesura. Una época extraordinariamente dinámica y de un gran individualismo como lo es su arte y su poesía, máxima expresión espiritual de cualquier momento histórico. Una época en la que el ser humano va a recibir toda suerte de estímulos y de tensiones que se constituirán en la esencia última de su poesía, en la cual, como dijimos, el periodo renacentista va a acabar disolviéndose. El siglo XVII es, sobre todo para Madrid, un siglo de sombras y de luces, de oscuros

10. Luciano Anceschi: Op. cit. p. 39.



y brillantes resplandores, de sombras luminosas. Si antes la poesía nos indicaba los caminos que conducían a Roma —más concretamente los de Florencia— ahora, todos, van a orientarnos hacia Madrid. Estos son los momentos mayores en su poesía y lo son, también, los más grandes de la historia de la literatura española. No solamente en Madrid viven nuestros poetas más claros sino que, en un alto porcentaje, son también hijos de nuestra ciudad. Cervantes, Lope de Vega, Francisco de Quevedo, Calderón, Tirso de Molina, Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo, Francisco de Borja y Aragón (Príncipe de Esquilache), Sebastián Francisco de Medrano y Gabriel Bocángel, son madrileños. Como lo es, aunque nacido en Lisboa, Juan de Tassis (Conde de Villamediana), sin duda una de las cumbres mayores de nuestra poesía culta de todos los tiempos. Baltasar Gracián o don Luis de Góngora, como también en algún momento de su vida Juan de Jaúregui, Alonso de Castillo Solórzano, Pedro Soto de Rojas, Antonio Hurtado de Mendoza, entre otros, viven en Madrid. Nuestra ciudad no sólo se convierte en el centro poético de España sino que este periodo de su poesía continúa siendo, aún hoy, el más emblemático.

En el espléndido trabajo realizado por Alejo Martínez Martín se halla una certera muestra —tomada de registros tan sensibles como son los de la poesía— de los rasgos que han venido caracterizando al Madrid de las distintas épocas históricas. Concretamente en esta que atravesamos, nos descubre no sólo a los autores que dedicaron composiciones poéticas a Madrid —lo que nos habría conducido a no pocas situaciones embarazosas; es decir, a poemas de pie forzado, circunstanciales, donde la realidad queda siempre falseada— sino aquellos poemas en los que se halla el Madrid al que nos hemos referido hace un momento. Un Madrid vivo, dinámico, lleno de contrastes y de tensiones, artificioso, en el que la lucha por la vida se halla casi siempre rodeada de falsas apariencias, de equívocos, de dobleces y agudezas sin límite; de ironía e ingenio. Ahí están para demostrarlo los poemas de D. Luis de Góngora, de Quevedo o de Lope de Vega, y tantos otros. Llamen la atención los dedicados al Manzanares en los que, pienso, se vierten —haciéndolo verdaderamente caudaloso en este sentido— toda clase de ironías y sarcasmos que debieron responder a mayores decepciones que la de su escasez de agua.

Sólo Lucinda, al bañar en él «su planta hermosa», y la siempre generosa palabra de Lope, hacen del Manzanares un «juncoso» lugar, coronado de «mirto» y de «verbena». Lope envidia así la fortuna del río sobre el que ha llorado «lágrimas tantas (...) que mezclada en (sus) aguas

pudo alguna / de Lucinda tocar las tiernas plantas, / y convertirse en (sus) arenas de oro». Góngora, por el contrario, sólo lo ve «hijo de la piedra», «Duque de los arroyos», «Marqués de Poza en estío», y hace depender su salud de los orines que recibe de las mulas. En otra ocasión Góngora le pregunta admirado al Manzanares: «¿cómo ayer te vi en pena y hoy en gloria?»; a lo que el río responde: «Bebíome un asno ayer, y hoy me ha meado.» Quevedo lo nombra «arroyo aprendiz de río» y le oye lamentarse así:

Tiéneme del sol la llama
tan chupado y tan sorbido,
que se me mueren de sed
las ranas y los mosquitos.

Pasados casi tres siglos, otro madrileño, Ramón Gómez de la Serna, dedica en prosa no menos colmada de ingenio y generosidad, un capítulo —“La realidad del Manzanares”—, de su libro *Madrid*¹¹, para desagravio de todas cuantas incontinencias y disparates fuera víctima el río madrileño: «El Manzanares no quiere ser ni una amenaza, ni siquiera una profunda trampa para los suicidas. Quiere ser sólo un adorno, un festón, un motivo de agua, un recuerdo de las pavorosas aguas. (...) Tiene toda la belleza el Manzanares de los ríos de los nacimientos, los ríos más verdaderos que existen y los de reflejos más agudos y refrescantes. (...) El Manzanares tiene paisaje más que agua, y en su alma, o sea en eso que parece agua, pero que es espíritu, lo que tiene mejor resuelto es el sentido de ese paisaje gentil que atraviesa y que está educadísimo.»

Los poetas complacidos en el poder reinante —cosa que ocurre en todas las épocas—, de palabra fácil y huera, zascandiles del verso y maestros en la adulación, están con muy buen juicio escasísimamente representados aquí. De los poetas conscientes, tanto de la situación por la que atravesaba España como de su palabra poética, se recoge un mayor número de poemas. Es lógico. Añadamos que estos últimos pasaron graves dificultades en Madrid. Los más significativos sufren destierro o cárcel. Pero debemos distinguir no obstante entre el Madrid de los círculos del poder, de los que solemos ser los madrileños sus primeras víctimas, y el de su pueblo, compuesto en su mayoría por gentes simpáticas, ingeniosas y muy abiertas. «Los

11. Ramón Gómez de la Serna: *Madrid*, pp. 90-91.

hijos de Madrid —afirma D. Ramón de Mesonero Romanos, Cronista de la Villa— son en general vivos, penetrantes, satíricos, dotados de una fina amabilidad, y entusiastas por las modas. Afectan las costumbres extranjeras, desdeñan las patrias, hablan de todas materias con cierta superficialidad engañadora que aprendieron en la sociedad, y si bien el ingenio precoz que les distingue hace concebir de ellos las más lisonjeras esperanzas en su edad primera, la educación demasiado regalada, las seducciones de la corte y otras causas, cortan el vuelo de aquellas facultades naturales, y les hacen quedar en tal estado. Así que, brillando por su elegancia, sus finos modales y su divertida locuacidad, se les ve permanecer alejados de los grandes puestos y relaciones, dejando el primer lugar en su mismo pueblo á los forasteros, que con más paciencia y menos arrogancia, vienen á vencerlos sin encontrar gran resistencia por su parte ¹².» Un pueblo al que gusta divertirse y que, quizá poco consciente de la difícil situación por la que atraviesa el país en aquellos momentos, o precisamente por ello, cubre sus miserias con fiestas y celebraciones de todo tipo y llena a rebosar los corrales de comedias. Madrid es un pueblo que continua extasiado ante la palabra, que gusta de la palabra, y a ella acude siempre que tiene oportunidad. Ahora, esa palabra a la que el pueblo asiste entusiasmado —aunque fueran popularísimas ciertas composiciones poéticas de Quevedo, de Lope o de Góngora, sobre todo las de tono más burlesco— está en los corrales de comedias, está en el teatro; es decir, en la poesía dramática. En Lope, en Calderón, en Tirso de Molina o en Moreto.

Si el nuestro ha sido siempre un país ciertamente barroco en tantos sentidos, Madrid, tras este periodo, será ya hasta nuestros días una ciudad barroca por excelencia en la que cualquier movimiento de tendencia clasicista no haría sino pasar a formar parte, expresando un matiz barroquizante más, de un conjunto definitivamente barroco. Resulta significativo en extremo que ante un conjunto de edificios barrocos, uno de líneas clásicas pase a formar parte, como si de una nueva forma barroca se tratara, de la totalidad barroca de ese conjunto. Sin embargo un edificio barroco destacaría, extrañándonos su ubicación, si lo contempláramos en medio de un conjunto de edificios clásicos. El barroco es absorbente. Todo pasa, al menor descuido, a formar parte de su sistema. Pienso que el destino de las grandes ciudades, sobre todo de las que crecen de manera tan anárquica y urgente, no podemos hallarlo en el equilibrio, en la armonía o la serenidad de lo

12. Ramón de Mesonero Romanos: Op. cit. pp. 111-112.

clásico. Madrid será siempre la referencia viva de un barroco permanente, obligada a expresarse así constantemente.

Cierto es que tras este periodo de nuestro barroco histórico, en el que la lengua castellana alcanza su plena madurez literaria y en el que tanto es usada y con tanta maestría, nuestra literatura acaba reflejando un cierto cansancio, un cierto agotamiento. Es Eliot quien observa que «todo poeta supremo, clásico o no, tiende a agotar el terreno que cultiva, de modo que, después de dar unas cosechas cada vez más magras, al fin queda en barbecho durante algunas generaciones (...) no es simplemente que un poeta clásico agote la lengua, sino que la clase de lengua que puede producir un clásico es una lengua agotable.» Así, desde finales del siglo XVII y durante el XVIII, el Madrid que recalca por los poemas de la época no gozará del mismo esplendor poético con el que brilló en Lope, en Quevedo o en Góngora. Distinguía Jorge Guillén, en un espléndido poema, entre mirar y ver, y pienso que en esta distinción puede establecerse la diferencia entre el Madrid cantado —también vivido profundamente— por los mejores poetas del siglo XVII, y al que invocan, de manera mucho más superficial, los del XVIII. Más que un Madrid dueño de las formas que habita, aparece ahora un Madrid encarcelado, prisionero de la ponderación y de la norma, siempre a medio camino entre lo retórico y lo cursi. Una poesía, en fin, engolada, un tanto falsa, ensimismada, de salón, que hace de su propia retórica un espejo ante el que ensayar la falsedad de sus movimientos pero, en cualquier caso, desprovista de esa desazón sin rostro —que después se hará, o no, poema— que deja en los seres humanos la vida cuando es vivida con autenticidad. El poema debe también estar habitado por una conciencia, pues si no, corre el tremendo riesgo de quedar convertido en símbolo vacío de sí mismo.

No es infrecuente ver cómo nuestros poetas —ejemplos tenemos de ello no demasiado lejanos— emprenden viajes líricos al extranjero de los que suelen regresar con las fotografías boquiabiertas de quienes sólo hallaron en lo ornamental —excepción sea hecha de Gustavo Adolfo Bécquer— el sentido último de sus aventuras turísticas.

Es lógico que al Madrid de este siglo de luces, de claridades pirotécnicas antes que verdaderamente alumbradoras, tan dado a la normativa en las artes, le hayan quedado más que grandes poemas, distinguidos edificios académicos. De esta época es, entre otras, la Real Academia de la Lengua (1714), que nace con las obsesiones propias del momento, para fijar, limpiar y dar esplendor a nuestro idioma; o la Real Academia de la Historia (1737); o la propia Biblioteca Nacional (1712), a la que Felipe V dotó de un buen

número de ediciones francesas. Los momentos en los que se impone lo razonable a lo emocionante —y no seré yo quien los considere inútiles ni muchísimo menos pues, aunque inferiores desde un punto de vista creativo, constituyen como hemos apuntado un mecanismo natural de descanso y recuperación de la lengua— suelen ofrecernos un arte frío, rígido y de muy limitado interés. Son épocas más propicias para lo razonable; es decir, para los descubrimientos científicos y, en todo caso, para la teoría literaria o poética. En este sentido el lector debe considerar y tener en cuenta, sobre todo, a Feijoo, a Jovellanos y a Cadalso; luego, a Ignacio de Luzán, cuyos signos de comprensión hacia otras tendencias literarias en su famosa *Poética*, publicada en castellano en 1737, lo alejan un tanto del rigorismo preceptivo de la época.

Conviven en este periodo —como ocurre en todos los periodos históricos del arte—, quienes todavía beben en el agotamiento de las fuentes más próximas, como Torres y Villarroel, Gerardo Lobo, Alvarez de Toledo, Montiano, León y Mansilla, etc., con los que se aproximan —unos menos, otros más decididamente— a la nueva tendencia, al neoclasicismo, como son José Antonio Porcel, Antonio Verdugo y Castilla (conde de Torrepalma), Nicolás Fernández de Moratín —madrileño apasionado por su ciudad, y del que aquí se recoge “Fiesta de toros en Madrid”, quintillas popularísimas en la época—, García de la Huerta, Iriarte, Samaniego, Torner, Francisco Gregorio de Salas —del que cabe destacar su “Crítica de las veletas extraordinarias de Madrid”—, Cadalso, Sánchez Barbero, Hervás, Trigueros... —frecuentadores unos de la Academia del Buen Gusto en el reinado de Fernando VI, y otros de la Tertulia de la Fonda de San Sebastián, ya en tiempos de Carlos III—, o con quienes, algo más tarde, forman un significativo grupo —bien entrada la segunda mitad del siglo— que ejerce cierta reacción ante la poética imperante y al que, en alguna medida, podemos considerar prerromántico. Entre ellos se encuentra sin duda el tratadista de estética más importante de la segunda mitad del siglo: Esteban de Arteaga. Sus Investigaciones filosóficas sobre la belleza ideal nos informan ya desde una clara comprensión de la subjetividad y el sentimiento en la obra de arte, cuestiones que poco más tarde habrán de ser inseparables del romanticismo.

Ciertos autores en los que puede detectarse alguna leve tensión, algún leve aroma romántico, son Leandro Fernández de Moratín en *El sí de las niñas*, Jovellanos en “*El delincuente honrado*” y en no pocos de sus poemas, como el que aquí acertadamente se incluye y que fuera escrito en *El Paular*, Juan Pablo Forner, Meléndez Valdés y, sobre todo, Manuel José Quintana,

madrileño y el más importante de los poetas que se reunían en Salamanca, algunos de los cuales formaron tertulia y escuela en la celda de Fray Diego González.

En resumidas cuentas, una época demasiado ataviada de terciopelos y de sedas, de guirnaldas y encajes, encorsetada, frecuentadora de bailes de disfraces y de duelos, de recepciones palaciegas, y con demasiados guantes olvidados en sus atardeceres de mármol, fríos, como lo fue su propia poesía.

Es entrado el siglo XIX cuando el poeta, el artista, se descubre a sí mismo y empieza a contemplar la realidad desde su propio yo. Es desde este exaltado individualismo desde el que el poeta romántico canta los acontecimientos y las cosas de este mundo que no serán sino ocasiones y lugares en los que proyectarse a sí mismo. Con el Romanticismo llega el resurgimiento de nuestra poesía. Pero en España el movimiento romántico habrá de verse un tanto domesticado por nuestra burguesía de medio pelo que, en gran medida, conseguirá edulcorarlo y amortiguarlo. Se trata de un Romanticismo un tanto amaestrado y pasado por agua, con las honrosísimas excepciones del madrileño Mariano José de Larra —que acaba suicidándose— y de José de Espronceda —al que había conducido al extranjero el absolutismo de Fernando VII—. Pero los gritos de rebeldía que se oyen en Europa, donde no es casual que los poetas de nuestro Siglo de Oro gocen de una gran fama, en nuestro país son orientados hacia «las notas de moderación y de gusto por un pasado caballeresco, más a tono con el sentir de unas clases fuertemente atadas a una ideología aristocrática, que con los intereses de quienes en Europa estaban poniendo las bases de un mundo centrado en un nuevo concepto de las relaciones económicas y sociales»¹³.

En Madrid, en el antiguo teatro del Príncipe de la plaza de Santa Ana, estrenan sus obras Larra o Hartzenbusch. José Zorrilla escribe Don Juan Tenorio, obra que desde su estreno en 1844, no ha dejado de representarse hasta nuestros días por la época de la festividad de todos los santos. Es, sin duda, la poesía dramática más famosa de la época. En otro orden de cosas Madrid estrena su teatro de la Ópera y abre las puertas de su Ateneo, bajo la presidencia del Duque de Rivas, y de su Liceo. Las tertulias literarias abandonan su reclusión en fondas y academias de gusto refinado y pasan a instalarse en los cafés y en las redacciones de los periódicos. Las más importantes, junto a las que tienen lugar en el Liceo y en el Ateneo, son la

13. José García López: Op. cit. p. 473.

del Parnasillo, en el café del teatro de El Príncipe, en la que solían reunirse además de Espronceda, Estébanez Calderón, Escosura, Larra, Ventura de la Vega, Mesonero Romanos y Hartzenbusch, y la de la revista *El Artista*, dirigida por el pintor Federico de Madrazo y el crítico Eugenio de Ochoa, de la que era contertulio el propio Espronceda, que en esta publicación se dio a conocer al igual que Zorrilla.

El prerromanticismo se extiende por los primeros años del XIX, con mayores o menores fidelidades a la época anterior —como podemos observar en las obras de Lista o de Quintana—, hasta Espronceda, en cuya obra confluyen ya los rasgos típicos del ideal romántico. Nada mejor para expresarlo que estos versos suyos de *La canción del pirata*:

Que es mi barco mi tesoro,
que es mi Dios la libertad
mi ley la fuerza y el viento,
mi única patria la mar...

que suponen también toda una declaración de principios característicos del Romanticismo. Con toda esa carga individualista, Espronceda cantará magistralmente, en poema que el lector encontrará en este volumen, al *Dos de mayo*, largo canto a la libertad, que encarnan en este caso las gentes de Madrid en lucha por su independencia. La ciudad es cantada desde una perspectiva no ya distinta sino opuesta a la de los neoclásicos. Madrid ha sido objeto de una interiorización por parte del poeta, que ahora —en el poema citado lo hace a través del pueblo levantado en lucha por la libertad— canta de él aquello que coincide con la expresión de sus más profundos sentimientos. Octavio Paz acierta cuando observa que «el poema romántico tuvo como tema del canto al canto mismo o a su cantor: poema de la poesía o poema del poeta¹⁴.»

Pienso con don Eugenio D'Ors que el Romanticismo no es otra cosa que una especificación del Barroco. Como él es «producto de una angustia humana» y «con su historicismo, por un lado, y, por el otro, con su declaración de la genial actividad del artista, libre y único creador de sus propias leyes estéticas y morales, habría podido encontrar el sentido del Barroco bien como momento necesario de la historia de la cultura o como antecedente plausible de sus propios modos y deseos¹⁵.» Lástima que debido

14. Octavio Paz: *La otra voz*, p. 25.

a su propia vehemencia el Romanticismo tampoco fuera consciente de que algo de nuestro Barroco llegaba en las novedades literarias que con tanto afán eran traducidas y leídas en España en aquellos momentos. El Romanticismo, parafraseando a Menéndez Pidal, no viene por primera vez a España sino que de alguna manera regresa otra vez a ella.

De cualquier forma, y esto es lo más interesante, el lector de Madrid en la poesía, podrá ponerse en contacto con lo mejor de esas ciudades que sucesivamente han venido siendo Madrid y que en determinados momentos todavía se nos aparecen como misteriosas sensaciones sin rostro, posibilitando, mediante el diálogo con los poemas aquí recogidos, el enriquecimiento de ese otro Madrid interior, personalísimo, que todos hemos ido construyendo en él a través de los años. Es el de este libro ese Madrid que aspiró, consiguiéndolo en no pocas ocasiones, a la eternidad en cada uno de sus momentos históricos y al que sin duda vamos a poder reconocer ya que nos llega con la palabra poética: a través de lo que nosotros mismos, al habitarla, vamos a ser capaces de imaginar y de sentir.

Diego Jesús Jiménez

15. Luciano Anceschi: Op. cit. p. 22.

Introducción

Las tierras de España, sus ciudades, ríos, valles y montañas, viven por siempre en la confianza segura de los libros, cuya memoria fiel preserva sus recuerdos. La Castilla del 98, la Galicia de Rosalía y Valle Inclán, el Madrid de Galdós, la Mancha de Cervantes...: pinturas profundas de aquellos que han sentido la fuerza de la tierra, y han sembrado con sus palabras torres, poblados, cauces y caminos. De todas esas tierras, Sevilla es, sin duda, la ciudad más cantada. Y junto a ella, Córdoba, Salamanca, Santiago, Toledo, Granada, Madrid.

La fortuna poética de Madrid está ligada a su condición de capital, y es a partir de 1561, fecha en que Felipe II traslada la Corte, cuando comienza a resonar con brío en los versos castellanos: Góngora, Lope, Quevedo, Villamediana, Cervantes. Todos, madrileños o no, cantan a Madrid, y mientras a unos les dicta sus acentos la admiración o el asombro, otros lanzan sobre ella las quejas de la amargura. Es el Siglo de Oro quien recrea incesante el rostro y el alma de la antigua villa, remozada ahora con los nuevos aires cortesanos. Sólo el siglo XX ofrecerá un panorama tan completo.

Pero ya desde la Edad Media bulle Madrid en los versos. Alfonso el Sabio incluye entre sus cantigas dos milagros de la Virgen de Atocha “cabo Madride”, y Juan Ruiz y el marqués de Santillana toman reiteradamente al Guadarrama como escenario de sus serranillas. Ya en tiempos de Carlos V, escribe Juan Hurtado de Mendoza cuatro sonetos a la villa de Madrid, ensalzando la antigüedad, la historia, y el blasón de su escudo.

La poesía de tema madrileño sufre los mismos vaivenes que se pueden observar en general en la poesía española, y, tras el Siglo de Oro, se entra en un periodo de decadencia, que apenas conseguirá corregir nuestro

desvaído Romanticismo durante el siglo XIX. La poesía madrileña del XVIII, nos ofrece, sin embargo, la más famosa de cuantas composiciones figuran en esta selección: Fiesta de toros en Madrid, de don Nicolás Fernández de Moratín.

Es toda la vida madrileña la que discurre fresca y pujante por los versos de este libro. Sus ciento setenta poemas pueden agruparse en siete partes (el índice temático se ofrece al final del libro) que permitan ver con algún detenimiento los variados aspectos de la poesía de Madrid: I. Elogios a Madrid; II. Evocaciones, descripciones, sucesos y costumbres de Madrid; III. El río Manzanares; IV. Vírgenes y santos de Madrid; V. Dos de Mayo; VI. Sátiras contra la Corte; y VII. La provincia.

I. Elogios a Madrid

Los elogios a Madrid contienen numerosas referencias a la mítica fundación de la villa y a los nombres que repetidamente le han sido atribuidos.

El fuego y el agua son los dos elementos sobre los que se asienta la ciudad. Una antigua sentencia muestra a la villa “cercada de fuego, fundada sobre agua”. Obedece la tradición del fuego a la naturaleza de sus muros, que eran de fino pedernal. En cuanto al agua, su generosidad se manifestaba en la profusión de manantiales y de pozos, y estaba tan cercana del suelo, que podía sacarse con las manos, sin necesidad de cuerdas.

Quiere la fábula, y así lo confirman los poetas, que la fundación de Madrid sea obra de los antiguos griegos. La adivina Manto, sacerdotisa tebana e hija de Tiresias, de quien heredó la ciencia de los augurios, llegó, tras abandonar la ciudad de Tebas, a las costas de Italia. Fue amada por el río Tiberino o Tiberio, o Tíber, que era el rey de los latinos. (Según otra versión, este río sería el Erídano, donde cayó el carro del sol conducido por Faetón.) Así nació el príncipe Ocno Bianor, quien fundó, en memoria de su madre, la ciudad de Mantua. Desterrado más tarde y seguido por algunos fieles, alcanzó las costas de Iberia, y, llegando a las riberas del Manzanares, decidió levantar aquí otra ciudad que recordara a un tiempo a la que había perdido y a la madre muerta. Mantua fue, pues, el primer nombre de Madrid, y para diferenciarla de la de Italia se la llamó Mantua Carpentanorum.

Otra prueba del origen griego de Madrid es la serpiente o dragón que se halló esculpido en la Puerta Cerrada. Era el dragón divisa antigua de los griegos, que habrían legado de este modo sus primeras armas a la villa.

Tuvo también el nombre de Viseria, bien a causa de las facultades visionarias de Manto, bien por la agudísima vista del mencionado dragón. Para algunos, sin embargo, Viseria no iría más allá de una mala lectura de Ursaria. Este nombre, Ursaria u Osaria, y también el escudo de la ciudad, se explicaría por la abundancia de osos en estas tierras. Otros, en cambio, afirman que el oso era la divisa que traían los romanos en sus banderas cuando agrandaron la primitiva villa. Todo ello llevó a identificar finalmente el significado de Osaria con el de Mantua Carpentana, ya que carpentum, que en latín significa carro, sería la constelación del Carro, otro nombre de la Osa Mayor. En el escudo de la ciudad y en la bandera de la región están presentes hoy las siete estrellas que la forman.

Por último, Madrid deriva, como es sabido, del árabe Magerit, que significa “madre del saber”, o “lugar de vientos y aires saludables”. Hubo, sin embargo, quienes no satisfechos con el poco lustre de este origen, prefirieron otro latino, que no desdijese mucho de la que estaba llamada a tan altos designios, y así, no les fue difícil encontrarlo en una antigua Miacum, o en Mater, o incluso en Mayoritum, nombre este último que sería la consecuencia lógica de la ya aludida ampliación que los romanos llevaron a cabo en su recinto.

II. Evocaciones, descripciones, sucesos y costumbres de Madrid

Se juntan en este apartado diferentes aspectos representativos de la vida y el ambiente madrileños. Algunas composiciones aluden al carácter, las costumbres, las preocupaciones cotidianas de los naturales de la villa; otras son recreaciones de fiestas de toros, retratos de las gentes que acuden a pasear al Prado, o maliciosas advertencias sobre las tardes largas y dulces bajo los árboles del Soto de Manzanares:

No vayas, Gil, al Sotillo,
que yo sé
quien novio al Sotillo fue,
que volvió después novillo. (23)

No faltan las descripciones de calles, edificios, fuentes, palacios, jardines, teatros y museos. Se narran, además, sucesos como la mudanza de la Corte, junto a otros de menor enjundia como los sucesivos incendios que sufrió la plaza de Madrid, o aquellos relativos a oscuras venganzas, y que forman ya parte de la leyenda viva de la ciudad:

Mentidero de Madrid,
decidnos: ¿quién mató al Conde? (28)

Especialmente hermosas son las evocaciones líricas, que descubren con suavidad y ternura los perfiles más delicados de la memoria madrileña:

Al pasar del arroyo
del Alamillo,
las memorias del alma
se me han perdido. (44)

Alamicos del Prado,
fuentes del Duque,
despertad a mi niña
porque me escuche. (87)

III. El río Manzanares

El escaso caudal del Manzanares fue motivo de hirientes burlas entre los escritores del XVII. Góngora, Quevedo y Castillo Solórzano resultaron temibles. Lanzaron sobre su cauce seco los insultos más ingeniosos y despiadados, con lo que intentaban de paso poner en evidencia la fatuidad y la ostentación de la nueva Corte. Verdadera moda para los poetas que llegaban a Madrid, rivalizaban en agudeza y talento mortificando al río.

Sin correr, está corrido
el pobre de Manzanares,
que le atribulan poetas
con sátiras que le hacen. (93)

Quevedo lo llama “aprendiz de río”, y enfatiza:

Más agua trae en un jarro
cualquier cuartillo de vino
de la taberna, que lleva
con todo su argamandijo. (61)

Tirso describe sus sequedades estivales:

Como Alcalá y Salamanca
tenéis (y no sois Colegio)
vacaciones en verano
y curso sólo en invierno. (90)

Y Castillo Solórzano subraya la indignidad de su miseria,

pues por aumentar caudal
da gracias a quien le escupe. (94)

A fines del XVI, Felipe II había mandado construir el gran puente de Segovia. Los nueve severos arcos de granito parecían atribular al modesto río, más desahogado sin duda con su antiguo puente de tablas.

¡Quítenme aquesta puente que me mata,
señores regidores de la villa! (41)

Duélete de esa puente, Manzanares;
mira que dice por ahí la gente
que no eres río para media puente,
y que ella es puente para muchos mares. (16)

A partir del XVIII, sin embargo, la moda pasa y es raro encontrar nuevas lindezas. En realidad, apenas se habla de él. Ya en el siglo XX, y durante la guerra civil, vuelve a primer plano el Manzanares, pero ahora, firme símbolo de la resistencia de Madrid, marcaba la línea que dividía la tragedia.

Pero no fue el Manzanares sólo pretexto para burlas y donaires. Fue también afortunado escenario de delicadísimas escenas:

Riberitas del río
de Manzanares,
lava y tuerce la niña
y enjuga el aire. (150)

Y mudo testigo de apasionadas y ocultas historias de amor:

Manzanares claro,
río pequeño,
por faltarle el agua
corre con fuego. (42)

IV. Vírgenes y Santos de Madrid

Conviene explicar aquí brevemente algunos aspectos religiosos de Madrid: historias y leyendas, viejas y recias como sus muros, cuyo misterioso temblor ha colmado la imaginación de los poetas.

Cuenta la tradición que fue la Virgen de Atocha traída desde Antioquía por los discípulos de San Pedro. En las afueras de Madrid construyeron una ermita a la que llamaron Santa María de Antioquía, supuesto origen del actual nombre de Atocha. En tiempos en que Madrid fue conquistada por los moros, el caballero Gracián o García Ramírez descubrió un día la desaparición de la imagen de la antigua ermita. Tras hallarla en un atochar (segunda posible génesis del nombre), comenzó allí a construir una ermita nueva. Pretenden los árabes destruirla, y ante el avance de su numeroso ejército, Gracián Ramírez, temeroso de la violación de su mujer y de sus hijas, las degüella a los pies de la sagrada imagen. Luego, seguro de la derrota, se enfrenta a los moros con un puñado de hombres. La Virgen, sin embargo, los protege, y la victoria de los cristianos es completa. Cuando, lleno de pesar y de tristeza, regresa Gracián al santuario que guarda los despojos de su infortunio, su sorpresa es inmensa al hallar a las mujeres milagrosamente vivas. En sus cuellos, muy débil, dura aún la marca de la sangre.

A la Virgen de la Almudena la trajo a Madrid Santiago el Mayor. Al llegar los árabes, los madrileños la escondieron en un cubo de la muralla, y 373 años después, tras la reconquista de la villa por Alfonso VI en 1083, es buscada infructuosamente. Una noche la muralla se desploma y aparece la imagen, que es conducida a la iglesia, antigua mezquita árabe que se encontraba en la ciudadela o al-mudayna, de la cual tomó el nombre.

San Isidro nació el año 1082, en tiempos de Alfonso VI. Sirvió como labrador a Iván de Vargas, cuyas tierras estaban en la otra orilla del Manzanares. Fue su mujer María de la Cabeza, pobre y santa como él, de la que tuvo un hijo. Éste, siendo muy pequeño, cayó a un pozo, pero las aguas subieron milagrosamente hasta devolver el niño a sus padres. Prometieron entonces castidad a Dios. Isidro se dedicaba a la oración y al ayuno, y María cuidaba una ermita junto al Jarama. Oyó Isidro que su mujer se entendía con algunos hombres de los alrededores, y salió en su busca. Pero ella pasó el río sobre un manto, sin hundirse, con lo que probaba que estaba libre del peso de cualquier pecado. Al amanecer oía el labrador misa en San Andrés, y andaba de iglesia en iglesia, en constante conversación con Dios, por lo que lo acusaron de faltar a su trabajo. Cuando Iván de Vargas salía al campo para comprobar la culpa de su siervo, descubrió con asombro que dos ángeles resplandecientes araban la tierra en el lugar de Isidro. Años después, un día en que apretaba la sequía, y el calor y la sed se hacían insoportables, pidió Iván a Isidro un poco de agua. Tocó el santo una peña con su vara, y al instante brotó el agua de la piedra. Era generoso con todos. Las aves lo seguían hasta el molino para alimentarse con el trigo que les daba, y cuanto más común, más harina sobraba. Cuando murió, a los noventa años, fue enterrado con los pobres, en el cementerio cercano a San Andrés. Sacaban los madrileños su cuerpo en procesión para pedir la lluvia. En 1620 fue beatificado, y dos años más tarde, canonizado junto a Santa Teresa, San Ignacio y San Francisco Javier. La villa de Madrid lo celebró con grandes fiestas, y organizó en su honor sendas justas poéticas en las que participaron los mejores ingenios de entonces. Una de las pruebas de 1620 consistió en glosar con la debida gracia y respeto los versos siguientes:

¿Es bien, Isidro, que holgando
estéis en el campo vos,
y los ángeles de Dios
estén por vos trabajando? (48)

En 1622 se glosaron estos otros, igualmente soberbios:

Madrid, aunque tu valor
reyes lo están aumentando,
nunca fue mayor que cuando
tuviste tal labrador. (106)



XXXV



San Melquíades y San Dámaso son los papas de Madrid. El primero era de padres africanos, que llegaron a Madrid huyendo de la herejía. Nació en 248. En Italia combatió a los maniqueos y padeció las durísimas persecuciones de Maximiliano y Diocleciano. En 311 fue nombrado Papa. Se enfrentó a la tiranía de Majencio, que fue derrotado finalmente por Constantino. Murió Melquíades el año 314.

A San Dámaso se le ha tenido por madrileño, aunque otros localizan su nacimiento en Tarragona o Portugal. Nació en 304, y viajó con sus padres a Portugal y a Roma. Combatió a los herejes, especialmente a los arrianos, y acompañó al papa Liberio al destierro. Muerto éste, le sucedió en el pontificado. Murió a los 80 años.

V. Dos de Mayo

El levantamiento de los madrileños contra los franceses el dos de mayo de 1808 provocó el entusiasmo patriótico, y fueron muchos los poetas que cantaron aquel suceso. Existen, incluso, libros enteros que recogen las composiciones que se escribieron entonces. Suelen, sin embargo, centrarse en lo que aquellos hechos significaron para España, y sólo de un modo esporádico se alude a Madrid. Además de los incluidos aquí, gozan de renombre los himnos de Juan Bautista Arriaza, Juan Nicasio Gallego y Bernardo López García.

VI. Sátiras contra la Corte

Abundantes y durísimas son las invectivas que dirigen los poetas a Madrid. Incluso aquellos que tanto la ensalzaron, como el propio Lope, lamentan, desde la tristeza de su destierro, la indiferencia y la inconstancia de la ciudad:

¡madrasta a los hijos propios
y madre a los extranjeros! (36)

Es la Corte nido de mentiras y de calumnias, donde vive ociosa cualquier virtud:

¿Qué haré en Madrid,
que no sé mentir? (164)

Terreno cenagoso donde el dinero es el único salvoconducto seguro para adquirir prestigio, amor, valor, honores.

Gran chusma de hidalgillos tolerados,
cuyo examen lo hicieron los doblones. (112)

Mas si allí quieres holgarte,
hazme merced que en la venta
primera trueques tus gracias
por cantidad de moneda. (63)

Todo vicio tiene aquí su asiento, y la envidia su más cómoda morada:

arrendadores mil por excelencia,
metidos a señores los piojosos,
todo vicio con nombre de decencia (112)

La invidia aquí su venenoso diente
cebar suele... (15)

Lisonjas, mentiras, enredos, falsos poetas, maridos engañados, necios discretos, pretendientes de palacio, cortesanos desvergonzados, sabios sólo por la barba, intereses, falsarios, maleantes, busconas, besamanos, hipócritas, lindos, cobardes, inútiles, deudas y privanzas. Y Góngora:

Esto es la Corte. ¡Buena pro les haga! (18)

VII. La provincia

Los treinta y seis poemas de este apartado completan el panorama poético de Madrid. Al norte, la Sierra de Guadarrama, muro de nieve entre las dos Castillas, ha atraído desde la Edad Media hasta nuestros días (Antonio Machado, Leopoldo Panero) la mirada asombrada de los poetas. Salas Barbadillo pondera en versos magníficos su mítica grandeza:

Inculto monte, en quien soberbia llama
a la puerta del cielo helada cumbre (65),

y Soto de Rojas siente el vértigo de la nieve y la altura:

Hórrido puerto, a cuyo ceño cano
el más robusto tiembla peregrino. (96)

Pero sólo el amor quebrará los hielos:

Airecillos del Puerto
que sopláis tan fríos,
apostad que os abraso
con mis suspiros. (78)

*Al pie del Guadarrama levantó Felipe II la imponente mole del Escorial.
Durante el siglo XVII se acumularon las alabanzas sobre el soberbio edificio,*

que al mayor mártir de los españoles
erigió el mayor rey de los fieles. (20)

Su grandeza haría palidecer los tiempos pasados,

porque sus piedras dan envidia y celos
al esplendor de la latina historia, (84)

o provocaría el sonrojo de la sierra vecina:

que ya en tu exceso ven su desengaño
cuantos montes formó Naturaleza. (66)

*En el siglo XIX, en cambio, fue objeto de ataques a causa de la discutida
figura histórica de Felipe II. El poema de Quintana es buena muestra de ello.*

*Aranjuez, Alcalá, Barajas, Getafe, Leganés, los ríos Jarama y Henares,
aparecen en los poemas restantes. Hay que advertir que el cantar 153, “¡Oh,
qué bien que baila Gil”, pertenece a nuestra lírica tradicional, mientras que
el 24 y el 45, que comienzan del mismo modo, son las glosas que Góngora
y Lope hicieron sobre esta letra antigua.*

Esta antología

La antología poética de Madrid y su provincia consta de dos volúmenes: el primero, que abarca desde el siglo XIII hasta finales del XIX, y el segundo, dedicado exclusivamente a nuestra poesía contemporánea.

Conviene aclarar que, salvo en algún caso, no es Madrid el escenario de fondo de estos poemas, sino su único y verdadero protagonista. Se han esquivado, no obstante, determinados prejuicios temáticos que pudieran mermar considerablemente la calidad literaria, y en ningún caso ha quedado justificado un texto exclusivamente porque hablara de determinado sitio. De los más de veinticinco mil versos encontrados sobre Madrid para este primer volumen, se incluyen aquí los que, según nuestro criterio, mejor responden a la idea de la poesía o son más representativos de la vida de la ciudad.

Del mismo modo se ha huido de lo castizo, generalmente de escasísima calidad. Frente a ello, se ofrecen cantares de la lírica tradicional, o versos de nuestros poetas más importantes, o de otros cuyos nombres han permanecido en un segundo plano y que merecerían quizá una mayor atención.

Por otra parte, se ha tratado de facilitar la lectura mediante la inclusión de algunas notas a pie de página, para cuya tarea han sido de gran utilidad las ediciones críticas de algunos de los autores. Finalmente, esta introducción proporciona al lector la información necesaria para entender determinadas alusiones a los orígenes fabulosos de Madrid, sus antiguos nombres, o las vidas de sus santos.

En las noticias de autor, y para el lector curioso y amante de lo madrileño, se da información de otros poemas de Madrid que no han tenido cabida en estas páginas. Citaré aquí, para finalizar, algunos textos más sobre Madrid, pertenecientes a escritores no incluidos en la selección: El laberinto de la Fortuna, estrofa 222, de Juan de Mena; “Un día de esta semana”, de Diego Hurtado de Mendoza, y “De Lozoya a Nava Fría” del Comendador Segura, don Rodrigo Manrique, ambas en el Cancionero de Palacio; “Por las sierras de Madrid”, composición nº 438 del Cancionero de Barbieri; Egloga pastoril en que se describe el bosque de Aranjuez, de Gómez de Tapia; En una partida de la Corte para Madrid, de Cristóbal de Castillejo; La Cintia de Aranjuez, de Gabriel del Corral; Quinquagenas, de Fernández de Oviedo; Laurentina, de Luis Cabrera de Córdoba; Octavas en alabanza de San Laurencio el Real, de Juan López de Ubeda; A la mudanza de la Corte, de Vicente Espinel; “Candamo, amigo, huyamos, que en poetas”,

de Francisco Antonio de Bances Candamo; “Ya llegué a Madrid, Gerardo”, de Salvador Jacinto Polo de Medina; Delicias del Manzanares, de Rodríguez de Arellano; Al incendio del Escorial, de Luis de Ulloa y Pereira; “Vana Corte do el mal se disimula” y “Este Real sepulcro es donde el censo”, de Cristóbal de Mesa; Canción para el aniversario del Dos de Mayo, El día dos de mayo, y Al fausto nacimiento de la serenísima señora infanta doña M^a Isabel Luisa, después reina de España, de Juan Nicasio Gallego; “El que quiera ser marqués”, “Dos paseos intentan componer”, “Manzanares, por pobre”, “Señor Madrid, adiós, ya te dejé”, “Ha que estoy en Madrid, señoras más” y “Al que Dios por ocultas providencias”, de José Joaquín Benegasi y Luján; “Si alguna vez de Trevi en la fontana”, “¡Todo aquí es grande! Soledad, tristeza” y “Ayer cuando la aurora amanecía”, de Manuel del Palacio; dos de los romances del Duque de Rivas: Una noche en Madrid en 1578 y El Conde de Villamediana; Al pueblo de Madrid en el dos de mayo de 1873 y El ciprés del Buen Retiro, de Vicente Barrantes; Miserere, de Gaspar Núñez de Arce; Mi viaje con dos amigos a Vista Alegre, y “Un tiempo anhelaba Roma”, de Manuel Bretón de los Herreros; “En las orillas del río”, de García de la Huerta; Al Escorial, de Gertrudis Gómez de Avellaneda. Además, he hallado composiciones sobre Madrid de López de Zárate, Jerónimo de la Fuente, Luis de Belmonte, Felipe Bernardo del Castillo, Juan de Piña, Juan Pérez de Montalbán, Manuel de Aguiar y Acuña, Cristóbal Suárez Treviño, Pedro de Vargas Machuca, José Zorrilla, Andrés Casado, Rodrigo Pacheco, Francisco Benegasi y Luján, José Joaquín Cervino, Manuel de la Revilla, Manuel León Marchante, Manuel de Faria y Sousa, Francisco de Francia y Acosta, Francisco Alfantea y Cortés, Alonso de Maluenda, Antonio de Zamora, y otros autores de menor interés.

Antología de textos

Siglos XIII – XIX





*¿Quién pensara que en Madrid
tantos poetas hubiera?*

Lope





I. ALFONSO X EL SABIO

(Toledo, 1221 - Sevilla, 1284.) Utilizó los idiomas castellano y gallego para escribir, en uno, la prosa histórica y doctrinal, y en el otro, las *Cantigas de Santa María*. La mayor parte de las *Cantigas* narran milagros de la Virgen, dos de los cuales se refieren a la de Atocha de Madrid. Además del que aparece en estas páginas, número 289 de la colección, y que se acompaña con una versión en castellano, puede leerse el 315, titulado «Esta é como Santa Maria guareceu en Tocha, que é cabo Madride, un menyo que tiia hua espiga de trigo no ventre.»

1

Como Santa Maria de Tocha guariu un lavrador que andava segando en dia de San Quirez, que se lle çerraron os punos ambos

*Pero que os outros santos a veces prenden vingança
dos que lles erran, a Madre de Deus lles val sen dultança.*

Desto direi un miragre grande que cabo Madride
fez na igrexa de Tocha a Virgen; poren m'oyde
todos mui de vontade e mercee lle pedide
que vos gaanne de seu Fillo dos peccados perdoança.

Onde foi assi un dia que un lavrador na festa
de San Quireze segava hua messe per gran sesta,
teendo sa fouç en mao e un sombreir'en sa testa,
de pallas, per que cuidava do sol aver amparança.

E porque en aquel dia de San Quireze segava,
Deus, por onrra daquel santo a mao con que cuidava
o maoll'alçar de terra con ele se ll'apertava
de guisa que non podia aver ende delivrança.

Outrossi a mao destra cona fouce apertada
foi, assi como se fosse con fort'engrud'engrudada;
e ben assi o levaron tolleito a ssa pousada
os outros. E aquel dia sol non ouveron ousança



de segaren; mais tan toste aquel lavrador levaron
como x'estava a Tocha, e muito por el rogaron
a Virgen Santa Maria e ant' o altar choraron
dela que lle perdoase aquela mui grand' errança

que fezera, e chorando el muit' e de voontade,
rogando Santa Maria que pela ssa piedade
lle valless' e non catasse aa ssa gran neicidade,
e que daquela gran coita o tirasse sen tardança.

Pois assi ouve chorado, log' a Sennor das sennores
lle valeu, que senpr' acorre de grad' aos peccadores,
e desaprendeu-ll' as maos e tolleu-ll' end' as doores;
por que todos ben devemos aver en ela fiança.

1

Cómo Santa María de Atocha curó un labrador que andaba segando en día de San Quirico, que se le cerraron los puños ambos

*Aunque los otros santos a veces toman venganza
de los que les ofenden, la Virgen los ampara.*

De esto diré un milagro grande que junto a Madrid
hizo en la iglesia de Atocha la Virgen; por ello me oíd
todos muy de voluntad y por merced le pedid
que os gane de su Hijo para los pecados gracia.

Ello fue así un día que un labrador en la fiesta
de San Quirico segaba en el calor de la siesta,
teniendo su hoz en la mano y un sombrero en la testa,
de pajas, porque quería tener del sol vigilancia.

Y porque en aquel día de San Quirico segaba,
Dios, por honra de aquel santo, la mano con que trataba
de alzar de tierra el manajo, con él se la apretaba,
de modo que no podía a esa mano liberarla.

Además, la mano diestra fue con la hoz apretada,
así como si estuviese con fuerte engrudo engrudada;

6



los otros lo llevaron tullido a su posada.
Y en aquel día sólo no hicieron la jornada

de segar, sino que pronto a aquel labrador llevaron
como estaba hasta Atocha, y mucho por él rogaron
a la Virgen Santa María, y ante su altar lloraron
para que le perdonase aquella muy gran desmaña

que hiciera, y llorando él mucho y de voluntad,
rogando a Santa María que por la su piedad
le valiese y no mirase a la su gran necesidad,
y que de aquella tristeza lo librase sin tardanza.

Después que hubo llorado, la Señora de señores
le valió, que siempre auxilia de grado a los pecadores,
y desprendióle las manos y quitóle los dolores,
por lo que siempre debemos tener en ella confianza.

II. JUAN RUIZ, ARCIPRESTE DE HITA

(Alcalá de Henares? - 1350?) Nació en el último cuarto del siglo XIII. La geografía de su *Libro de buen amor* se refiere casi siempre a tierras próximas a Hita, pueblo de la Alcarria. Las cuatro serranas, comprendidas entre las estrofas 950 y 1048 del libro, corresponden todas a la sierra del Guadarrama, dos de ellas en Segovia y otras dos en Madrid. Junto a la que se ofrece aquí, es necesario mencionar “Cerca de Tablada”, la segunda serrana madrileña de Juan Ruiz.

2

Cantiga de serrana

Pasando una mañana
el puerto de Malangosto,¹
salteó una serrana
a la asomada² del rostro:
«Desdichado», diz, «¿dónde andas?
¿Qué buscas o qué demandas
por aqueste puerto angosto?»

Díjele yo la pregunta:
«Voyme hacia Sotosalbos.»³
Dice: «El pecado barruntas
en hablar verbos tan bravos;
porque por aquesta entrada
que yo me tengo guardada
no pasan los hombres salvos.»

Paróseme en el sendero
la deforme, ruin y fea:
«A la fe», dice, «escudero,

1. *Malangosto*: puerto de Malagosto en el Guadarrama, al norte de El Paular.

2. *a la asomada*: al asomar.

3. *Sotosalbos*: pueblo de Segovia al pie del Guadarrama.

aquí estaré yo queda,
hasta que algo me prometas;
por mucho que te arremetas
non pasarás la vereda.»

Dije yo: «Por Dios, vaquera,
no me estorbes mi jornada;
quítate y dame carrera,
que no traje a ti nada.»
Ella diz: «De aquí te torna,
por Somosierra trastorna,⁴
que no habrás aquí pasada.»

La Chata endiablada,
¡que San Illán la confonda!,
arrojóme la cayada,
y rodeóme la honda,
aventándome el pedrero:
«¡Por el Padre verdadero,
me pagarás hoy la ronda!»⁵

Hacía nieve y granizaba.
Díjome la Chata luego,
y casi me amenazaba:
«Paga; si no, verás juego.»
Díjele: «Por Dios, hermosa,
Deciros he una cosa:
más querría estar al fuego.»

Dice: «Te llevaré a casa,
demostrarte he el camino,
hacerte he fuego y brasa,
darte he del pan y del vino;
por favor, prométeme algo,
y tenerte he por hidalgo:
¡buena mañana te vino!»

4. *trastorna*: vuelve.

5. *ronda*: tributo

Yo, con miedo, arrecido,
prometíle una garnacha,⁶
y ofrecí, para el vestido,
una broncha y una plancha.⁷
Ella dice: «Buen amigo,
anda acá, vente conmigo,
no hayas miedo al escarcha.»

Tomóme recio la mano,
en su pescuezo me puso
como a un zurrón liviano,
llevóme la cuesta ayuso:⁸
«Desdichado, no te espantes,
que bien te daré qué yantes,
como es de sierra uso.»

Púsome mucho aína⁹
en la venta con su enhoto:¹⁰
diome hoguera de encina,
mucho gazapo de soto,
buenas perdices asadas,
hogazas mal amasadas
y buena carne de choto;

de buen vino un cuartero,
manteca de vacas mucha,
mucho queso asadero,
leche, natas y una trucha.
Dice luego: «Hadeduro,¹¹
comamos de este pan duro,
después haremos la lucha.»¹²

6. *garnacha*: rica vestidura antigua usada por personas de alta condición.

7. *broncha*, *plancha*: broches.

8. *ayuso*: abajo.

9. *aína*: pronto.

10. *enhoto*: fuerza.

11. *Hadeduro*: desdichado.

12. *lucha*: acto sexual.

Desde que fui un poco estando,
el frío fui yo perdiendo;
como me iba calentando,
así me iba sonriendo;
otéome la pastora,
dice: «Compañero, ahora
creo que voy entendiendo.»

La vaqueriza traviesa
dice: «Luchemos un rato;
vamos, levántate apriesa
y despójate del hato.»
Por la muñeca me priso¹³
hube a hacer cuanto quiso:
creo que fiz buen barato.¹⁴

13. *priso*: tomó.

14. *buen barato*: buen negocio.

III. ÍÑIGO LÓPEZ DE MENDOZA, MARQUÉS DE SANTILLANA

(Carrión de los Condes [Palencia], 1398 - Guadalajara, 1458.) Político, guerrero, poeta, destacó en cuantas actividades emprendió. Consiguió del rey, tras la batalla de Olmedo, los títulos de Marqués de Santillana y de Conde del Real de Manzanares. Algunas de sus famosas serranillas están inspiradas en las cercanías del castillo de Manzanares el Real. Puede consultarse también la serranilla, no incluida, “Madrugando en Robledillo”.

3

*Después que nascí,
non vi tal serrana
como esta mañana.*

Allá a la vegüela,
a Mata el Espino,¹
en ese camino
que va a Lozoyuela,
de guisa la vi
que me fizo gana
la fruta temprana.

Garnacha traía
de oro, presada
con broncha dorada,²
que bien relucía.
A ella volví
diciendo: «Lozana,
¿y sois vos villana?»

1. Quizá se refiera a Mataelpino, pueblo cercano a Manzanares el Real.

2. *Garnacha, broncha*: ver notas 6 y 7, pág. 10.

«Sí soy, cavallero;
si por mí lo habedes,
decid, ¿qué queredes?
Fablad verdadero.»
Yo le dije así:
«Juro por Santana
que non sois villana.»

4

*Por todos estos pinares
nin en Navalagamella,³
non vi serrana más bella
que Menga de Manzanares.*

Descendiendo El Yelmo ayuso,
contra El Bovalo⁴ tirando
en ese valle de suso,
vi serrana estar cantando;
saluela, según es uso,
y dije: «Serrana, estando
oyendo, yo non me excuso
de fazer lo que mandares.»

Respondióme con ufana:
«Bien vengades, cavallero;
¿quién vos trae de mañana
por este valle señero?
Que por toda aquesta llana
yo non dejo andar vaquero,
nin pastora, nin serrana,
sinon Pascual de Bustares.⁵»

3. *Navalagamella*: pueblo cercano a Robledo de Chavela.

4. *El Yelmo*: monte de La Pedriza.

El Bovalo: El Boalo, pueblo cercano a La Pedriza.

5. *Bustares*: Pueblo de la provincia de Guadalajara.

Pero ya, pues la ventura
por aquí vos ha traído,
conviene en toda figura,
sin ningún otro partido,
que me dedes la cintura,
o entremos a braz partido;
que dentro en esta espesura
vos quiero luchar dos pares.»

Desque vi que non podía
partirme de allí sin dañá,
como aquel que non sabía
de luchar arte nin maña,
con muy gran malenconía,⁶
arméle tal guardamaña
que cayó con su porfía
cerca de unos tomellares.

6. *malenconía*: melancolía.

IV. JUAN HURTADO DE MENDOZA

(Madrid, 1497? - ?) Señor del Fresno de Torote y Regidor de la villa de Madrid, acudió a las Cortes de Valladolid de 1544 en representación de la villa, que le había nombrado Procurador para la ocasión. Al finalizar las Cortes, pidió para el escudo de Madrid la corona imperial, lo que le fue concedido por el emperador Carlos V. Fue llamado el Filósofo por su aplicación en el estudio, y dedicó al Ayuntamiento de Madrid un libro que tituló *El buen placer trovado en trece discantes de cuarta rima castellana, según imitación de trovas francesas*. Es autor también de una *Vida de San Isidro*.

5

Soneto del autor a la misma Madrid, por donde le dirige esta trova llamada *Buen placer*, y ofrece su musa al amor y vela en sus loores

Al buen Endimión¹ de amor prendado
diz que cativamente enamorada
la Luna, y en su sueño desvelada,
le amaba como a prez de amor preciado.

Yo a vuestro bel madroño coronado,
y fiera en siete estrellas figurada,²
miro con atención aficionada
en orla azul y campo plateado.

En tanto que agradaros más merezco,
y discantar³ el fin y fundamento
de vuestro escudo antiguo y su mejora,

-
1. Endimión, pastor bellísimo de quien se enamoró Selene, la luna. Ella logró de Zeus el deseo de Endimión de permanecer siempre joven, dormido eternamente, pero con los ojos abiertos para verla.
 2. El oso y el madroño del escudo de la villa. Las siete estrellas forman la constelación de la Osa Mayor.
bel: bello
 3. *discantar*: cantar poéticamente.





Escudo de la Villa de Madrid

con un crecido amor y acatamiento
mi *Buen placer trovado* allá os ofrezco,
en prendas de la fe que en mi alma mora.

6

A la misma villa de Madrid

Antiguos griegos Mantua te pusieron,
y los romanos que después fundaron
Ursaria y Mayoritum te llamaron;
de aquí Madrid y Osaria te dijeron.⁴

Los que pronosticar en ti pudieron
de adivinanza Mantua te nombraron;
pero los que tu cerca acrecentaron
el nombre Mayoritum te añadieron.

Al natural pronosticar dispuesto,
tu sitio ilustre y señorial arguye
señas de largo y ancho cielo y suelo.⁵

Tu Mayoritum a tu Mantua incluye⁶
con siete tanto muro bien apuesto,
si la verdad no se me va de vuelo.

4. Ver *Elogios a Madrid* para éste y el siguiente soneto (pág. xxx).

5. «Da a entender que por el mucho cielo y suelo que descubre el sitio de Madrid han lugar los naturales pronósticos.» (Nota de la edición príncipe.)

6. «No cabía en la Mantua niña más de la parroquia de Santa María, y en el Mayoritum caben nueve parroquias dentro de la segunda cerca sin las de arrabal.» (Nota de la edición príncipe.)

**Soneto del mismo autor sobre la devisa y letra propia
a la cortesana villa de Madrid, hablando con ella**

Es con tu ilustre sitio conveniente,
Madrid la Osaria, tu devisa y seña;
el pedernal tu muro nos enseña,
que cubre dentro fuego no sensible.

Cuando le hace el golpe ser visible
de tu preñez a luz se desempreña,
y rompe a la tiniebla zahareña
por la rotura nueva y toque ofble.

De fuego ser cercada te dijeron
antiguos siglos, y sobre agua armada:
tus venas de agua y sierras luz te prestan.

Demás que has sido bella y arriscada,
los que de monte Corte te hicieron
la voz del *Rompe y luce* te protestan.⁷

A la misma villa de Madrid

De cuatro emperadores te loaba
un tuyo que te amaba, ¡oh patria mía!
El uno es un romano que regía
cuando el segundo muro se fundaba;

7. Juan Hurtado de Mendoza compuso un jeroglífico, que forma parte de la heráldica madrileña, en que se ve una pila con agua, y sobre ella un pedernal del que salta el fuego al ser golpeado por dos eslabones; encima, tres palabras: *Rompe y luce*; y en una orla superior se lee: *Con el ocio lo lucido se destuce*.

el otro es Constantino, que reinaba
cuando obispado el tuyo se decía;
el otro, que tu honor a luz traía,
Emperador de España se llamaba.⁸

El cuarto es nuestro Rey, que Dios ensalce,
don Carlos Quinto, Emperador triunfante,
cuyo real amparo te sostiene,

y hace más lustrosa y más pujante.
Quien puede le esclarezca siempre y alce,
plus ultra, hasta el fin que no le tiene.

8. Alfonso VI, que conquistó Madrid.

V. EUGENIO DE SALAZAR

(Madrid, 1530? - ?) Hijo del capitán don Pedro de Salazar, que fuera cronista del emperador Carlos V. Estudió Leyes en Alcalá y Salamanca. Fue Juez pesquisador en Asturias, y más tarde gobernador de Tenerife y La Palma. Desempeñó los cargos de oidor en La Española y de fiscal en Guatemala y Méjico. Nombrado ministro del Consejo por el rey Felipe III, conservaba aún el puesto en 1601.

9

A la muy noble, insigne y cortesana villa de Madrid

Antiguos griegos te enseñorearon,
noble Madrid ilustre y generosa,
y a tu excelente población hermosa
después romanos fuertes la ensancharon.

El sitio insigne donde te fundaron;
cuan noble seas, rica y abundosa;
en gente y edificios cuan lustrosa;
los reyes cuanto te aman y te amaron;

tu religión, crianza, y hechos claros;
tu ancho suelo, y tan sereno cielo,
mi musa aquí no pretendió cantarlo.

Sólo quisiera dar un digno vuelo
en tu loor, por tus ingenios raros.
Mas, ¿qué alas hay que tal pudiesen darlo?

VI. ALONSO DE ERCILLA

(Madrid, 1533 - Madrid, 1594.) Aventurero, recorrió durante su primera juventud casi toda Europa, e intervino después en numerosas campañas de la colonización americana. Los últimos años de su vida vivió en Madrid, rico y famoso. En *La Araucana*, epopeya renacentista en que se describe la lucha del pueblo araucano contra los conquistadores españoles, y que Ercilla dedicó a Felipe II, hay alusiones a la batalla de San Quintín y al Escorial. Por aquellos años aún no se había concluido la construcción del monasterio, lo que explica el aire casi profético del fragmento (canto XXVII).

10

Mira aquel sitio inculto montuoso
al pie del alto puerto algo apartado,
que, aunque le ves desierto y pedregoso,
ha de venir en breve a ser poblado:
allí el Rey don Felipe victorioso,
habiendo al franco en San Quintín domado,
en testimonio de su buen deseo
levantará un católico trofeo.

Será un famoso templo incomparable,
de suntuosa fábrica y grandeza,
la máquina del cual hará notable
su religioso celo y gran riqueza:
será edificio eterno y memorable,
de inmensa majestad y gran belleza,
obra, al fin, de un tal rey tan gran cristiano,
y de tan larga y poderosa mano.

(La Araucana)

21



VII. MIGUEL DE CERVANTES

(Alcalá de Henares [Madrid], 1547 - Madrid, 1616.) Fue discípulo aventajado del maestro don Juan López de Hoyos, quien escribió un discurso sobre las armas y el escudo de Madrid. Durante su estancia madrileña vivió en las calles de la Magdalena, de Huertas y finalmente en la que hoy lleva su nombre. En la calle de Atocha estuvo la imprenta de Juan de la Cuesta, donde se imprimió el Quijote. Fue enterrado en el convento de las Trinitarias Descalzas. En la primera parte de su *Viaje del Parnaso* (1614) se encuentra la más importante mención en verso que hizo Cervantes sobre Madrid. Otros poemas: A Lope de Vega en su Dragonteá, “Gitanica, que de hermosa”.

11

Adiós, dije a la humilde choza mía;
adiós, Madrid; adiós tu Prado y fuentes
que manan néctar, llueven ambrosía.

Adiós, conversaciones suficientes
a entretener un pecho cuidadoso,
y a dos mil desvalidos pretendientes.

Adiós, sitio agradable y mentiroso,
do fueron dos gigantes abrasados
con el rayo de Júpiter fogoso.¹

Adiós, teatros públicos, honrados
por la ignorancia que ensalzada veo
en cien mil disparates recitados.

1. Nunca se ha podido poner en claro a qué leyenda alude Cervantes en estos versos. Parece, sin embargo, que su intención no es referirse a ninguna leyenda, sino, muy al contrario, ilustrar adecuadamente la expresión «sitio mentiroso».

Adiós, de San Felipe el gran paseo,²
donde si baja o sube el turco galgo
como en gaceta de Venecia leo.

Adiós, hambre sutil de algún hidalgo,
que por no verme ante tus puertas muerto,
hoy de mi patria y de mí mismo salgo.

(Viaje del Parnaso)



-
2. En las gradas de San Felipe estaba el famoso Mentidero de Madrid, gran atracción de todos los desocupados de la villa, nido de murmuraciones, laboratorio de noticias y alimento de mentiras y calumnias.

VIII. LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA

(Barbastro [Huesca], 1559 - Nápoles, 1613.) Con motivo de su nombramiento como secretario de la emperatriz María de Austria, residió en Madrid, donde se aficionó a la literatura y frecuentó las academias poéticas. Más tarde quemaría sus manuscritos en Nápoles, ciudad a la que viajó como secretario del conde de Lemos. Treinta años después, su hijo publicó las poesías que aún pudo encontrar.

12

A un señor de sombrero con puntas

También tiene en Madrid Micer Pasquino,¹
como extranjero príncipe, su agente,
que, inquiriendo las vidas diligente,
nuevas ciertas le escribe de contino.

El, desde allá (que es conde palatino,
y títulos da y grados fácilmente),
a cada cual despacha su patente,
sin hacerles pagar ni el pergamino.

Díceme, pues, que viene el ordinario
cargado de patentes de cornudos,
que en ocio les promete grandes bienes.

Bien me puedes mandar albricias, Mario,
que pues así te llaman aun los mudos,
Pasquín lo sabe y en la lista vienes.

1. *Pasquino* o *Pasquín*: estatua de Roma, en la que se fijaban los escritos difamatorios, por lo que tomaron el nombre de pasquines.

Descripción de Aranjuez

Hay un lugar en la mitad de España,
donde Tajo a Jarama el nombre quita,
y con sus ondas de cristal lo baña,

que nunca en él la yerba vio marchita
el sol, por más que al etíope encienda,
o con su ausencia hiele al duro scita,

o que Naturaleza condescienda,
o que, vencida, deje obrar al arte,
y serle en vano superior pretenda.

Al fin jamás se ha visto en esta parte
objeto triste, ni desnudo el suelo,
o cosa que de límite se aparte.

Contrarias aves en conforme vuelo
los aires cortan y en iguales puntas
las plantas suben alabando al cielo.

Las fieras enemigas aquí juntas
forman una república quieta,
mezclándose en sus pastos y en sus juntas,

sin temer que el lebrel las acometa,
o hiera el plomo con terrible estruendo,
o con mortal silencio la saeta.

Las fuentes cristalinas, que subiendo
contra su curso y natural costumbre,
están los claros aires dividiendo,

rocían de los árboles la cumbre,
y bajan, a las nubes imitando,
forzadas de su misma pesadumbre,

sobre las bellas flores, que, adornando
el suelo como alfombras africanas,
las están con mil lazos esperando.

Las calles largas de álamos y llanas
envidia pueden dar a las ciudades
que están hoy de las tuyas más ufanas.

Pues ¿quién podrá contar las amistades
con que las plantas fértiles se prestan
y templan sus contrarias calidades?

Y cómo no se impiden ni molestan
por ver su fruta en extranjeras hojas,
ni del agravio apelan y protestan,

como tú, frágil hombre, que te enojas
si al otro ves tener lo que no es tuyo,
y con rabia lo usurpas y despojas.

Comunica el gran Tajo el humor suyo
a cualquier de los árboles do llega,
sin atender si es hijo propio o cuyo.²

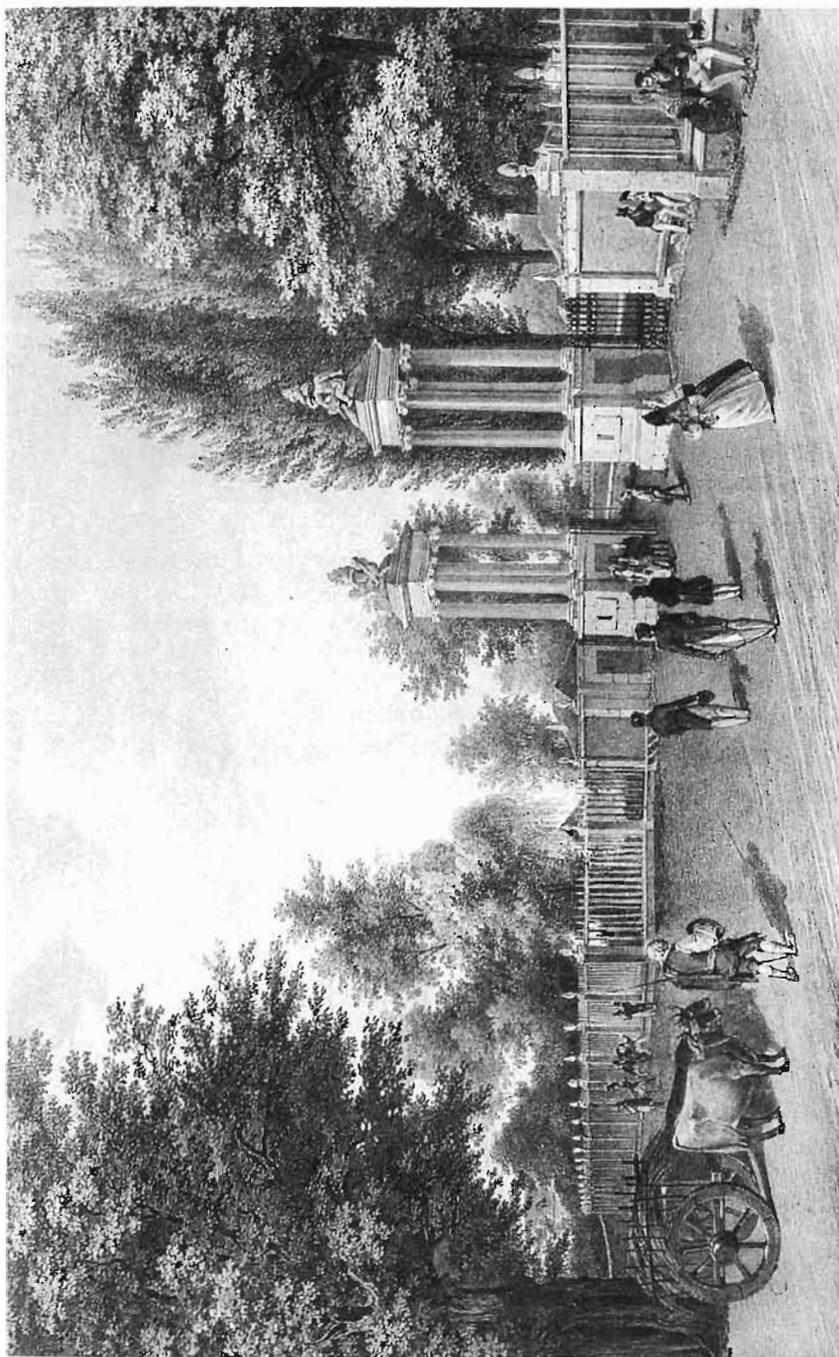
Al huésped no sus alimentos niega,
ni al natural desecha, y así hace
corona rica de su hermosa vega.

Si la región remota ve que aplace³
alguna planta suya en ésta, luego
la envía, y a su dueño satisface.

Y así la que se jacta de que al fuego
de los templos da olores no es más rica,
ni la fingió ningún latino o griego.

2. *cuyo*: ajeno.

3. *aplace*: agrada.



Vista de la primera puerta del jardín del príncipe en el Real Sitio de Aranjuez.

Cualquiera aquí su condición aplica,
aunque su origen traiga de otra parte,
do el sol menos o más se comunica.

Suple la falta de la tierra el arte,
y del calor con límite y del hielo
aquello que conviene les reparte.

Hay planta que miró en su patrio suelo
el sol, al mismo tiempo que la luna
en éste mira en la mitad del cielo;

y no por esto siente falta alguna
de la virtud que tuvo allá en su tierra,
como si aquélla y ésta fuesen una;

la cual en senos cóncavos encierra
las aguas usurpadas al gran río,
donde los peces viven sin ver guerra.

Pudiera en cada cual un gran navío,
de aquellos que a Neptuno son más graves,
navegar sin temor de hallar bajío;

mas solamente aquí navegan aves
de aquellas que a la muerte se aperciben
con cantos apacibles y süaves.

Aquí redes y engaños se prohíben,
y así discurren sin temor las fieras,
y a los hombres pacíficas reciben.

La hermosura y la paz destas riberas
las hace parecer a las que han sido
en ver pecar al hombre las primeras.

Álzase al lado del jardín florido,
con cuatro hermosas frentes, una casa,
que nunca el sol, su semejante, ha herido.

Del alto capitel hasta la basa
ninguna imperfección hallarse puede,
si el gran Vitruvio⁴ vuelve y la compasa.

Pues lo interior, que a lo exterior excede
en materia y en arte, qué tal sea,
con esto solo declarado quede:

que nuestro gran Filipo dio la idea,
y en ella sus cuidados deposita
cuando su corte deja y se recrea;

que puestq que los hombros jamás quita
del peso con que Atlante desmayara,
con esto lo aligera y facilita.

Los árboles, las aves, la agua clara
en este verde sitio son testigos
de las heroicas obras que prepara;

del modo con que traza los castigos
a la cerviz que huyó del yugo santo,
y el premio regalado a los amigos.

Las aves mezclan su acordado canto
entre los dulces y ásperos decretos,
que han de poner después al mundo espanto.

Y aquellos profundísimos secretos,
que a los ausentes príncipes desvelan
y les tienen los ánimos inquietos,

aquí con los ministros se revelan,
y el templo del gran Jano⁵ se abre o cierra,
los pueblos se castigan o consuelan.

4. *Vitruvio*: arquitecto romano.

5. Cuando Roma se hallaba en guerra, el templo del dios Jano mantenía abiertas sus puertas para facilitar que el dios pudiese acudir en su ayuda.

Y la espantable y polvorosa guerra
aguarda que de aquí le den materia
para cubrir de sangre el mar y tierra;

mas no dentro los límites de Iberia,
donde la paz y la justicia santa
previenen con cuidado a tal miseria.

Aquí se engendra el rayo, mas no espanta
sino al loco Nembrot, que contra el cielo
muros de barro frágiles levanta.

Filipo, tú también, que del abuelo
y padre emulación gloriosa al mundo
prometes, y en su pérdida consuelo,

mientras tu padre con saber profundo
y tu niñez te excusan del trabajo,
entre esas flores andas vagabundo.

Tiempo vendrá en que no te ofrezca Tajo
en su ribera conchas, mas caballos
de aquellos que lo beben más abajo;

y que tú y esos niños, tus vasallos,
armados, convirtáis en gruesas lanzas
las que agora jugáis de tiernos tallos.

Entonces cumplirás las esperanzas
que das de tu valor, dejando libres
a los que dan agora de él fianzas.

Ya, ya la Grecia espera que la libres,
que abras el paso del sepulcro santo,
y que la espada en su defensa vibres.

¡Oh temeraria lira!, ¿por qué tanto
el punto subes, que entre el son horrendo
de las trompetas suena ya mi canto?

Vuélveme a la ribera, donde viendo
estaba con el príncipe a su hermana,
rayos de luz y flechas despidiendo.

Tal en el monte Cintio a su Diana,
rodeada de vírgenes hermosas,
fingió la antigüedad en forma humana.

No huyen, no, las fieras temerosas,
mas antes, como víctimas sagradas,
se ofrecen a sus flechas poderosas.

Las flores, del divino pie pisadas,
ya miran con desprecio a las estrellas,
y son de las estrellas envidiadas;

y puesto que la esperan gozar ellas,
y saben que en el mundo su presencia
las hace con los hombres menos bellas,

la detienen acá con su influencia,
y posponen su daño y su deseo,
forzadas de la eterna Providencia.

Pero ¿qué mar inmenso es el que veo,
oh divina Isabel, de tus virtudes,
donde pierde las fuerzas Himeneo?

Que tanto a todos sobras,⁶ que sacudes
el yugo dulce y fuerte que procura
que a llevar con tu hermoso cuello ayudes;

y libre, como fénix, tu hermosura
al dichoso Aranjuez se comunica
entre sus claras aguas y verdura.

6. *sobras*: excedes.

Pues, no sin ocasión, el nombre aplica
del apacible sitio el gran Tolosa
al libro sin igual que te dedica;⁷

porque si en este suelo alguna cosa
con las que trata semejanza tiene,
es sola su ribera deleitosa.

Así porque te alegra y entretiene
(que es lo que aquí del alma se pretende),
como por la hermosura que contiene,

las alas el ingenio humano tiende,
las nubes penetrando con su vuelo,
y en el divino amor de Dios se enciende;

y de las obras hechas en el suelo
(cedros del monte Líbano olorosos),
suben las puntas a tocar al cielo.

Aquí los animales más furiosos,
en humildes ovejas convertidos,
van juntos por los prados deleitosos;

y así suenan en vano los bramidos
del león, que anda en torno rodeando,
por cazar las potencias y sentidos;

y las hermosas fuentes, derivando
mil surtidores de elocuencia pura,
están enriqueciendo y deleitando;

y con orden divino y compostura
forman largas virtudes calles largas,
por donde el alma puede andar segura;

7. El agustino Fray Juan de Tolosa escribió un libro titulado *Aranjuez del alma*, a raíz del cual Argensola compuso este poema.

y por aligerar las graves cargas,
se muestran, como en árboles, enjertas
las cosas dulces dentro las amargas;

y cómo viene Dios por siete puertas,
que es Nilo sin principio, y así riega
las tierras más remotas y desiertas,

que la bastante gracia a nadie niega,
para que pueda el fruto dar divino,
que a la suprema mesa después llega.

No hay autor tan remoto o peregrino
que en el nuevo Aranjuez no tenga parte,
y en el propio lugar que le convino;

porque acomoda de manera el arte
cada cosa en su punto, que parece
que ninguna se ha visto en otra parte.

También estanques mansos nos ofrece
de la perfecta vida, donde canta
el bueno, cuando el malo se entristece.

Pues de la casa inmensa, que levanta
sus cuatro hermosos ángulos al cielo,
¿quién podrá declarar la traza santa?

Remata cada esquina en paralelo
con un evangelista y doctor santo,
que solos ellos dan tan alto vuelo.

Este lugar y casa quiere tanto
la hija de aquel rey tan poderoso,
que a la tierra y al cielo pone espanto,

que la llama la casa del reposo,
adonde con su padre se retira
hasta que venga el celestial esposo
a darle el premio eterno, al cual aspira.

IX. ANTONIO BALVÁS BARONA

(Segovia, 1559 - Segovia, 1628.) La pobreza de sus padres no le permitió realizar estudios como era su vocación. Sin embargo, su gran afición por los versos le llevó a reunir los suyos bajo el título *El poeta castellano*, libro que mereció los elogios de Lope de Vega.

14

A la mudanza de la Corte de Filipo Tercero de Madrid a Valladolid

Con tocas de viuda largas
tendidas sobre el monjil,¹
mirándose en Manzanares
está la viuda Madrid.

No con las tocas de reina,
el almirante y garbín,²
y el resplandor de la cara,
que un tiempo daba de sí.

Sola y llorosa de ver
su triste y amargo fin,
la que fue reina del mundo
y de España emperatriz;

la tela echada a los campos,
con que se solía vestir,
en memoria de su alteza
rica, grave, y señorial;

por montes de soledades,
que han agostado su abril,
propia estancia de un ausente,
para llorar y sentir;

1. *monjil*: traje de luto que usaban las mujeres.

2. *almirante*: adorno que usaban las mujeres en la cabeza.

garbín: redecilla para recoger el pelo.

34



de la notable caída
de su mudanza infeliz,
los ojos más vueltos agua
que llevan Duero y Genil,
a las plantas, que de mustias
sienten su mal de raíz,
y al río murmurador,
así comienza a decir:

*«El espejo en que me miro no está aquí,
ido es a Valladolid.*

El espejo de cristal,
que el tiempo y amor me dio,
la envidia me lo quitó,
que es un trasunto del mal.
Su luna hermosa y real
del cielo de mi ventura,
¿qué noche de ausencia oscura
pudo escurecerla así?

*El espejo en que me miro no está aquí,
ido es a Valladolid.*

Sobre el trono, imperio y silla
de mi alteza y majestad,
la envidia fui desta edad,
pero ya soy la mancilla.
Goce la antigua Castilla
del espejo de mis ojos,
que yo entre penas y enojos
lloraré el bien que perdí.

*El espejo en que me miro no está aquí,
ido es a Valladolid.»*

X. LUIS DE GÓNGORA

(Córdoba, 1561 - Córdoba, 1627.) Sus deseos de ir a Madrid, donde esperaba la gloria, se vieron confirmados en 1612, año en que fue nombrado capellán real de Felipe III. Catorce años después abandonaría la ciudad derrotado y desengañado, tras ganarse la enemistad de muchos. Algunos de sus poemas sobre Madrid son hoy famosísimos, como los dedicados al Manzanares, “Duélete de esa puente, Manzanares” y “Señora doña puente segoviana”, o el soneto al Escorial “Sacros, altos, dorados capiteles”. Uno destaca entre todos: “Nilo no sufre márgenes, ni muros”, poema entre la crítica y la admiración, probablemente el mejor de cuantos se hayan escrito sobre la villa. Los números 24, 25, 26, 27 y 28, son atribuidos. Otros poemas: “Teatro espacioso su ribera”. “Una moza de Alcobendas”, “Este de mimbres vestido”, “A la fuente va del olmo”, “Mal haya el que en señores idolatra”, “Con su querida Amarilis”.

15

De Madrid

Nilo no sufre márgenes, ni muros
Madrid,¹ oh peregrino, tú que pasas,
que a su menor inundación de casas
ni aun los campos del Tajo están seguros.

Émula la verán siglos futuros
de Menfis no, que el término le tasas;
del tiempo sí, que sus profundas basas
no son en vano pedernales duros.

Dosel de reyes, de sus hijos cuna
ha sido y es; zodíaco luciente
de la beldad, teatro de Fortuna.

La invidia aquí su venenoso diente
cebar suele, a privanzas importuna.
Camina en paz, refiérelo a tu gente.

1. Madrid había derribado sus puertas y sus murallas.

Duélete de esa puente,² Manzanares;
mira que dice por ahí la gente
que no eres río para media puente,
y que ella es puente para muchos mares.

Hoy, arrogante, te ha brotado a pares
húmedas crestas tu soberbia frente,
y ayer me dijo humilde tu corriente
que eran en marzo los caniculares.³

Por el alma de aquel que ha pretendido
con cuatro onzas de agua de chicoria
purgar la villa y darte lo purgado,

me dí ¿cómo has menguado y has crecido?,
¿cómo ayer te vi en pena y hoy en gloria?
«Bebíome un asno ayer, y hoy me ha meado.»

Señora doña puente segoviana,
cuyos ojos están llorando arena,
si es por el río, muy enhorabuena,
aunque estáis para viuda muy galana.

De estangurria⁴ murió. No hay castellana
lavandera que no llore de pena,
y fulano sotillo se condena
de olmos negros a loba⁵ luterana.

2. El puente de Segovia.

3. *los caniculares*: los días de verano, cuando el río lleva menos agua. Así pues, ni siquiera en marzo la tiene.

4. *estangurria*: enfermedad que consiste en el goteo frecuente de la orina.

5. *loba*: cierto vestido para el luto.

Bien es verdad que dicen los doctores
que no es muerto, sino que del estío
le causan parasismos los calores;

que a los primeros del diciembre frío,
de sus mulas harán estos señores
que los orines den salud al río.

18

Grandes, más que elefantes y que abadas,⁶
títulos liberales como rocas,
gentiles hombres, sólo de sus bocas,
illustri cavaglier, llaves doradas;

hábitos, capas digo remendadas,
damas de haz y envés, viudas sin tocas,
carrozas de ocho bestias, y aún son pocas
con las que tiran y que son tiradas;

catarriberas,⁷ ánimas en pena,
con Bártulos y Abades⁸ la milicia,
y los derechos con espada y daga;

casas y pechos, todo a la malicia;
lodos con perejil y yerbabuena:
esto es la Corte. ¡Buena pro les haga!

6. *abadas*: rinocerontes.

7. *catarriberas*: abogados, corregidores.

8. *Bártulos y Abades*: hombres del Derecho.

A la tela⁹ de justar de Madrid, que la sacaron al campo

«Téngoos, señora tela, gran mancilla.»
 «Dios la tenga de vos, señor soldado.»
 «¿Cómo estáis acá afuera?» «Hoy me han echado,
 por vagabunda, fuera de la Villa.»

«¿Dónde están los galanes de Castilla?»
 «¿Dónde pueden estar, sino en el Prado?»
 «¿Muchas lanzas habrán en vos quebrado?»
 «Más respeto me tienen: ¡ni una astilla!»

«Pues ¿qué hacéis ahí?» «Lo que esa puente,
 puente de anillo, tela de cedazo:¹⁰
 desear hombres, como ríos ella,

hombres de duro pecho y fuerte brazo.»
 «Adiós, tela, que sois muy maldiciente,
 y ésas no son palabras de doncella.»¹¹

De San Lorenzo el Real del Escorial

Sacros, altos, dorados capiteles,
 que a las nubes borráis sus arreboles,
 Febo os teme por más lucientes soles,
 y el cielo por gigantes más crüeles.

Depón tus rayos, Júpiter; no celes
 los tuyos, Sol; de un templo son faroles,
 que al mayor mártir de los españoles
 erigió el mayor rey de los fieles:

9. *tela*: valla de tablas en que los caballeros se ejercitaban en las justas.

10. *de cedazo*: para distinguir a los hombres de verdad.

11. *doncella*: por no haberse ejercitado en ella ningún hombre.

religiosa grandeza del Monarca
cuya diestra real al Nuevo Mundo
abrevia,¹² y el Oriente se le humilla.

Perdone el tiempo, lisonjee la Parca
la beldad desta Octava Maravilla,
los años deste Salomón Segundo.

21

Al puerto de Guadarrama, pasando por él los Condes de Lemus

Montaña inaccesible, opuesta en vano
al atrevido paso de la gente
(o nubes humedezcan tu alta frente,
o nieblas ciñan tu cabello cano),

Caistro el mayoral, en cuya mano
en vez de bastón vemos el tridente,
con su hermosa Silvia¹³, sol luciente
de rayos negros, serafín humano,

tu cerviz pisa dura; y la pastora
yugo te pone de cristal, calzada
coturnos de oro el pie, armiños vestida.

Huirá la nieve de la nieve ahora,
o ya de los dos soles desatada,
o ya de los dos blancos pies vencida.

12. *abrevia*: sujeta.

13. *Caistro y Silvia*: nombres pastoriles. El tridente alude al cargo de virrey que ocupaba el conde en Nápoles, ciudad junto al mar.

Manzanares, Manzanares,
 vos, que en todo el acuatismo
 Duque sois de los arroyos
 y Vizconde de los ríos,
 soberbio corréis; mi pluma
 miércoles sea corvillo¹⁴
 del polvo canicular
 en que os veréis convertido.

Bien sea verdad que os harán
 Marqués de Poza en estío
 los que, entrando a veros sucios,
 saldrán de veros no limpios.

No os desvanezcáis por esto,
 que de la piedra sois hijo,
 pues tomastes carne undosa
 en las entrañas de un risco.

Enano sois de una puente
 que pudierais ser marido
 si al besalla en los tres ojos
 le llegareis al tobillo.

¿Al tobillo? Mucho dije:
 a la planta apenas digo,
 y ésa no siempre desnuda
 porque calzada ha vivido.

Solicitud diligente,
 alcanzándoos a vos mismo,
 los abrazos de Jarama,
 Minotauro cristalino,

para que sirváis la copa
 a los parientes del Signo,¹⁵
 que lamen su piel diamantes
 y pisa en abril zafiros.

14. *miércoles corvillo*: miércoles de ceniza.

15. La constelación de Tauro.

Y sepa luego de vos
todo cuerno masculino,
que de sus agitaciones
está ya acabado el circo:

la Real plaza del Fénix,
de Pisuerga ilustre olvido,
teatro de carantoñas,
cadahalso de castigos.

Decidles a esos señores
que a más que fueron novillos,
que serán, sin duda, encenias¹⁶
de este hermoso edificio:

espectáculo feroz,
émulo de los antiguos,
mas desmentido en España
de dos cañazos moriscos.

Decidles que a tanta fiesta
prevengan los más lucidos
sus martinetes de hueso,
pompa de tantos cintillos;¹⁷

que estudien ferocidad,
y de sus corvos cuchillos,
si tienen sangre las sombras
beban la sangre los filos;

que salgan de los toriles
entre feroces y tibios
sin bramar a lo casado
ni escarbar a lo gallino;

mas si escarbaren, que sea
para dar luz al abismo
o sepulcros a los muertos
que no se comieron vivos.

16. *encenias*: fiestas. Se refiere a que esos señores serán los toros que abrirán las fiestas.

17. *martinetes de hueso*: cuernos.
cintillo: adorno del sombrero.

Toros sean de Diomedes,
a cuyo rocín morcillo
el pienso más venial
fue un celemín de homicidios.¹⁸

Que aspiren a ser leones,
para que los haga erizos
pluralidad generosa
de rejonos bien rompidos.¹⁹

¿Qué más se querrá un bicorne
que verse hecho un sotillo
de fresnos azafranados,
desbarrigando pollinos?

Perdonen que el asonante
rebuzno ha hecho el relincho
del que morirá cornado,
y escudos costó infinitos.

Los menos, pues, criminales
por esta vez consentimos
que rondan, que prendan capas,
y den en fiado silbos;

porque un silbo es necesario
para cómicos delitos,
munición de mosqueteros
que pretendo por amigos;

que, al fin, para embravecerse,
vacunos armen garitos
del juego del hombre,²⁰ padre
de chachos o de codillos;
y a fe que reyes fallados
y matadores vencidos
hagan a los bueyes toros,
y a los toros basiliscos.

18. Las yeguas de Diomedes se alimentaban con carne humana.

19. El toro cubierto de rejonos imita a un erizo.

20. *juego del hombre*: cierto juego de baraja.

*No vayas, Gil, al Sotillo,²¹
que yo sé
quien novio al Sotillo fue,
que volvió después novillo.*

Gil, si es que al Sotillo vas,
mucho en la jornada pierdes;
verás sus álamos verdes,
y alcornoque volverás;
allá en el Sotillo oirás
de algún ruiseñor las quejas,
yo en tu casa a las cornejas,
y ya tal vez al cuclillo.

*No vayas, Gil, al Sotillo,
que yo sé
quien novio al Sotillo fue,
que volvió después novillo.*

Al Sotillo floreciente
no vayas, Gil, sin temores,
pues mientras miras sus flores,
te enraman toda la frente;
hasta el agua transparente
te dirá tu perdición,
viendo en ella tu armazón,
que es más que la de un castillo.

*No vayas, Gil, al Sotillo,
que yo sé
quien novio al Sotillo fue,
que volvió después novillo.*

Mas si vas determinado,
y allá te piensas holgar,
procura no merendar

21. El Sotillo de Manzanares, lugar de esparcimiento de los madrileños.

desto que llaman venado;
de aquel vino celebrado
de Toro no has de beber,
por no dar en que entender
al uno y otro corrillo.

*No vayas, Gil, al Sotillo,
que yo sé
quien novio al Sotillo fue,
que volvió después novillo.*

24

*¡Oh, qué bien que baila Gil,
con las mozas de Barajas,
la chacona a las sonajas,
y el villano al tamboril!*²²

Fue a Madrid por San Miguel
y el demonio se soltó,
que chaconero volvió,
si iba villano él.
Salgan cuatrocientas mil,
que con todas se hará rajas.
*La chacona a las sonajas
y el villano al tamboril.*

Un olmo, que el son agudo
en medio el ejido oyó,
con las hojas le bailó,
ya que con el pie no pudo.
Con airecillo sutil
las altas movió y las bajas.
*La chacona a las sonajas
y el villano al tamboril.*

22. *chacona*: baile popular alegre y atrevido.
villano: otro tipo de danza popular.

Baile tan extraordinario
nadie le ha visto de balde;
varas le costó al Alcalde
y bodigos al Vicario;
el capón del Alguacil
ha gastado sus alhajas.
*La chacona a las sonajas
y el villano al tamboril.*

25

*Salud y gracia, sepades
que vengo a decir verdades.*

Del Tormes vengo a cantar
orillas del Manzanares,
aunque para mis pesares
mejor me fuera llorar;
mas ya me quiero alentar,
y pues sé que os doy contento,
cuando al son de mi instrumento
salgo a cantar novedades,
*salud y gracia, sepades
que vengo a decir verdades.*

Hay en Madrid, de ordinario,
favores por intereses,
con más tajos y reveses
que la pluma de un falsario;
y para el señor Datarío²³
hay tercios de Señorías,
porque va en las tercerías
con título de amistades.
*Salud y gracia, sepades
que vengo a decir verdades.*

23. *Datarío*: el que da. Ver nota 48, pág. 107.

Hay casadas peligrosas
porque son tazas penadas;
hay doncellas encaladas
y, caladas, melindrosas;²⁴
hay cortesanas briosas,
y entre lienzos de paredes
hay viejas con que lloredes
y niñas con que riades.
*Salud y gracia, sepades
que vengo a decir verdades.*

Hay poetas celebrados
con justa causa famosos,
y poetas envidiosos
que presumen de envidiados;
hay otros menospreciados
que son poetas criollos,²⁵
y que alegan, por lo pollos,
pollinas autoridades.
*Salud y gracia, sepades
que vengo a decir verdades.*

Hay corrientes mormurantes,
hay corridos mormurados,
hay penitentes casados
que traen cruces de diamantes,²⁶
y discretos maleantes,²⁷
en cuyas conversaciones
hay onzas de discreciones
y arrobos de necesidades.
*Salud y gracia, sepades
que vengo a decir verdades.*

24. *tazas penadas*: vasijas con la boca estrecha.

encaladas: enjalbegadas, blanqueadas con los afeites.

caladas: calar: penetrar en las intenciones, y atravesar un objeto punzante una cosa.

25. Junto a su significado habitual, es también diminutivo de *cría*.

26. Porque son muy duras de soportar.

27. *maleantes*: burlones.

Busconas veréis tapar
de quien todos se hacen cruces,
que pasan entre dos luces
como cuartos por sellar;
van de noche a campear,
porque se gastan a oscuras
sus pigmeas estaturas
y sus gigantes edades.
*Salud y gracia, sepades
que vengo a decir verdades.*

Prestado suelen pedir
caballeros cortesanos,
enfermos de besamanos
que nunca saben cumplir:
lindo humor al recibir,
mas, cuando la paga llega,
no tiene el cierzo en Noruega
tan heladas sequedades.
*Salud y gracia, sepades
que vengo a decir verdades.*

La viuda vergonzosa,
toca y monjil de picaza,²⁸
con lágrimas de mostaza
sale picante y llorosa;
mas en su mesa viciosa
hay jigote de señores,
pepitoria de priores,
y picadillo de abades.
*Salud y gracia, sepades
que vengo a decir verdades.*

El marido al uso riñe
con su mujer doña Güeca,

28. *monjil*: traje de luto que usaban las mujeres.
de picaza: de color blanco y negro.

porque en lugar de la rueca
petrina²⁹ de perlas ciñe;
él gusta de que se aliñe
y es, cuando más disimula,
compañero de la mula
que pintan las Navidades.
*Salud y gracia, sepades
que vengo a decir verdades.*

26

*Si a gastar y pretender
a la Corte es tu partida,
no vendrás acá en tu vida;
mas si es a gastar no más,
corre, Carrillo, que presto vendrás.*

Altezas por las paredes
verás, y, si te desvías,
toparás mil señorías,
hallarás pocas mercedes;
verás amorosas redes
por serafines tendidas,
fin de haciendas y vidas;
y, si en estas cosas das,
corre, Carrillo, que presto vendrás.

Verás soldados soldados³⁰
que toda su paga es plaga.
perdidos por mala paga³¹
cuando están mejor pagados;
hallarás bancos quebrados,

29. *petrina*: pretina.

30. *soldados soldados*: soldados a sueldo.

31. *mala paga*: expiación de una culpa o error.

que, oprimidos del trabajo,
cogieron vivos debajo,
que ahora muertos verás:
corre, Carrillo, que presto vendrás.

Imágenes descubiertas
verás, que tu corazón
les ofrece devoción,
pero serán obras muertas;
porque no se abren sus puertas
con sólo ser adoracladas,
sino con llaves doradas,
que, sin oro, es por demás:
corre, Carrillo, que presto vendrás.

Pasear, que no quisieran,
verás muchos en Palacio,
por ir corriendo despacio
a llegar adonde esperan;
verás otros que no fueran,
pues, por pobres Cicerones,
el fin de sus peticiones
no ven cumplido jamás:
corre, Carrillo, que presto vendrás.

Verás una audiencia oculta
de amor, que trae al más cuerdo
de la visita al acuerdo,
del acuerdo a la consulta;
de aqueste enredo resulta
salir condenado el tal
en costas y principal,
que al que apela pelan más:
corre, Carrillo, que presto vendrás.

*De la vuelta de la villa
mucho traigo que contar,
mas no quiero murmurar.*

Cual si fuera el mundo juego
viven los que están en él:
con espadas el crüel
y con los bastos el ciego;
el pobre que ejerce el juego
y el hebedor con las copas,
y tú, si los oros topas,
los robas para triunfar;
mas no quiero murmurar.

La niña que ayer sabía
apenas quitarse el moco
hoy no se espanta del coco
que escala su celosía;
mas el padre que la cría
piensa que guarda una joya,
y es el caballo de Troya
su duro vientre al tentar;
mas no quiero murmurar.

Veréis la casada bella
todo el discurso del año
dar la puerta al hombre extraño
y a su marido con ella;
y si se pisa o se huella
en su casa turca alfombra,
es porque sirve de sombra
quien la debiera asombrar;³²
mas no quiero murmurar.

32. *sombra*: protección.

asombrar: asustar o ahuyentar.

¿Qué es ver una tela entera
de lienzo sobre un monjil,
y debajo el mes de abril
cubierto de primavera?
Que la viuda más sincera
nos quiere en esto decir
que, pues se sabe vestir,
que se sabrá desnudar;
mas no quiero murmurar.

Barba larga peina y cría
el que en las ciencias es mozo,
por dar con este rebozo
crédito a su abogacía;
según lo cual yo diría
que tiene mejor acción
para abogar un cabrón,
que este tal para bogar;
mas no quiero murmurar.

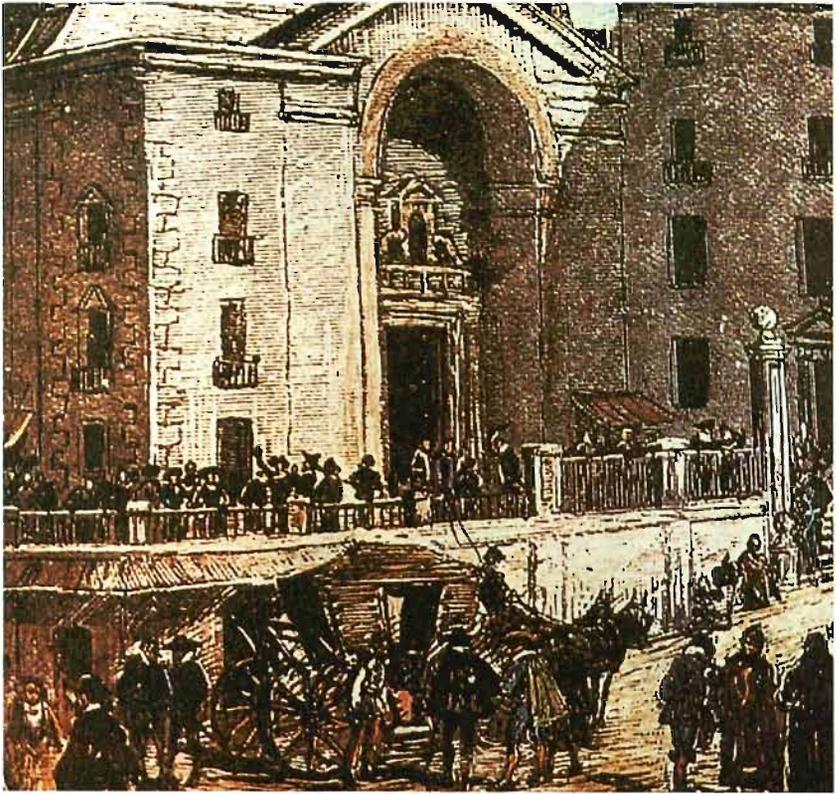
Hombre hay en esta audiencia
(mas no es hombre, que es lagarto)³³
que no sabe dar un cuarto
y sabe prestar paciencia;
hurta el cuerpo a la pendencia
con tener mil enemigos,
y no se le da dos higos
de no darles, por no dar;
mas no quiero murmurar.

33. *lagarto*: hombre disimulado, hipócrita.

Mentidero de Madrid,
 decidnos: ¿quién mató al conde?
 Ni se dice, ni se esconde.
 Sin discurso discurrid.
 Unos dicen que fue el Cid,
 por ser el conde lozano;
 ¡disparate chabacano!,
 pues lo cierto de ello ha sido
 que el matador fue Bellido,
 y el impulso soberano.³⁴



34. Esta es la famosa décima que se atribuye generalmente a Góngora (o según otros a Lope), que se hizo popular tras la misteriosa muerte (del conde de Villamediana. La mención al Cid se explica porque mató, para defender el honor de su padre, al conde Lozano, que era a su vez el padre de Jimena. Finalmente, Bellido Dolfos asesinó a Sancho II durante el cerco de Zamora obedeciendo órdenes superiores. Un Bellido es, pues, un asesino a sueldo.



Las gradas de San Felipe: el Mentidero

XI. BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA

(Barbastro [Huesca], 1562 - Zaragoza, 1631.) Vivió en Madrid, junto a su hermano Lupercio, como capellán de la emperatriz María de Austria, y algunas de sus composiciones alcanzaron gran renombre en su tiempo. Fue rector de Villahermosa, capellán del conde de Lemos en Nápoles, y cronista del reino de Aragón. Sus obras se publicaron junto con las de Lupercio. Otros poemas: A Nuño de Mendoza, que después fue conde de Val de Reyes (“Dícesme, Nuño, que en la Corte quieres”).

29

A Madrid, cuando se trataba mudar la Corte a Valladolid

Volverse han muchos a labranzas toscas,
que fueron sus primeros ejercicios;
tratarán los magnates y patricios
en rubias mieses y vacadas hoscas.

Dejarán las culebras ya sus roscas
en que enlazaban huéspedes novicios;
andarán los casados en sus quicios,
pues les dejan en paz su miel las moscas.

Viviráse con gusto y más sin arte,
y cesará el hablar por cartapacio,
engomar el copete y frente lucia,

y las mohatras¹ en igual descarte.
En faltando la Corte, Rey, Palacio,
aunque limpia, Madrid será muy sucia.

1. *mohatras*: fraudes, engaños.

XII. LOPE DE VEGA

(Madrid, 1562 - Madrid, 1635.) Ningún poeta español ha cantado a Madrid tanto ni con el fervor de Lope. Aunque no faltan las burlas y las críticas a la ciudad –una de las cuales, nº 36, hace alusión al largo destierro que sufrió durante siete años–, son más numerosos los elogios que le dedica. Aparecen en sus versos la fundación de la ciudad, la leyenda de la Virgen de Atocha o la historia de San Isidro, junto a las burlas y veras del Manzanares, o las delicadas cancioncillas de su teatro. Intervino de modo destacado en los actos poéticos que organizó la villa en 1620 y 1622 con motivo de la canonización del santo Labrador. Otros poemas: “Dormido Manzanares discurría” y Murmuraban al poeta la parte que amaba, por los versos que hacía (*Rimas de Tomé de Burguillos*); La vida de Cristo Nuestro Señor por los templos y edificios de Madrid (*Rimas sacras*); *La selva sin amor*; *La mañana de San Juan en Madrid*; *La Virgen de la Almudena*; *El Isidro*. Además, en no menos de treinta de sus comedias se hallan constantes alusiones a Madrid.

30¹

Antes que viese en medio de la tierra
su eterna paz el mundo,
y Marte formidable y iracundo
cerrase más humilde que arrogante
el templo de la guerra,
resonando las puertas de diamante,
y los puros intérpretes divinos
cantasen dulces himnos
a la venida del Cordero Santo,
que al yelo, y yelo tanto,
en pobre diversorio,²
celebró su divino desposorio
con la naturaleza nuestra humana,
había ya mil veces
corrido el sol del Aries a los Peces

1. Para los poemas 30, 31, 32 y 33 ver *Elogios a Madrid y Vírgenes y Santos de Madrid* (pág. XXX y XXXIV).

2. *diversorio*: posada.

por sendas de oro en círculos de grana,
cuando el hijo famoso de Tiberio,
gran rey de los latinos,
después de discurrir reinos extraños,
fundó a Madrid, primero que el Imperio
del mundo sujetase el cuello a Roma,
casi doscientos años.
De Manto el nombre toma
de Mantua, y por Viserio
Viseria del dragón, blasón que tuvo,
aunque después que estuvo
en duro cautiverio
del árabe cruel el suelo hesperio,
mudó su nombre en el que tiene ahora.
El cielo al fin para real señora
la destinó desde su tierna infancia,
como por la distancia
de sus fértiles llanos
sus carros carpetanos
para serlo del sol, que en ella vive.
Materia que la diera a quien escribe
hoy sus ingenios claros,
si con ostentación y diligencia
no estuviera tratada
de historiadores únicos y raros,
cuya pluma dorada
se quitó de las alas de la eterna
fama, que el mundo con el sol gobierna (...)

(El Laurel de Apolo)

31

No menos que mil años fue fundada
esta Villa famosa,
fértil, insigne, en cielo, y tierra hermosa,
de fuego coronada,

57



de aires puros vestida,
y antes doscientos que la insigne Roma,
que de Rómulo y Remo el nombre toma.

El hijo de Tiberio, Rey Latino,
la llamó Mantua entonces,
por Manto, madre suya,
y por diferenciarla a la de Italia,
Carpentánea también, nombre que dieron
a los del reino de Toledo, a causa
de los llanos que tiene
dispuestos para carros;
aunque las armas bellas
le dan más alto origen,
pues son en campo azul las siete estrellas
de la Osa Mayor, ya por los bosques
hermosa ninfa de Diana casta,³
cuya constelación tiene este nombre,
donde Arturo la guarda
con veinte y dos estrellas,
aunque más hermosura
tiene con solas siete Cinosura.⁴

En tiempo de los griegos fundadores
tuvo una sierpe que hoy se ve esculpida
en una piedra, por antiguas armas,
y se llamó Viseria por su vista,
como también Ursaria por el Oso,
hasta que los alarbes que vinieron
en tiempo de Rodrigo,
último rey de España entre los godos,
la llamaron Madrid, que significa
Madre de todas ciencias en su lengua,
o porque aquí las enseñaban ellos,
o porque el cielo entonces como ahora

-
3. Calisto, seducida por Zeus, fue castigada por Diana al observar que estaba encinta. La transformó en osa y lanzó sobre ella una jauría de perros. Zeus la salvó poniéndola entre las estrellas.
4. *Cinosura*: la Osa Menor.



producía tan fértiles ingenios,
como se ve en tantos catedráticos,
tantos predicadores tan insignes
que no los nombro, porque no pudiera
sus alabanzas reducir a suma
mi amor, mi obligación, mi ruda pluma.

Ser Corte antigua a castellanos reyes
es alabanza conocida a España,
y los que piensan que fue siempre humilde
labradora aldeana,
ajenos son de toda luz de historia,
pues de Madrid no saben en su gloria,
que tuvo silla episcopal tan grave,
que en diez y nueve obispos sufragáneos
Madrid era el tercero en sus Concilios;
y vos sabéis, Isidro, que esto es cierto,
por el grande milagro que el que os hizo
tan grande obró por vos en un canónigo,
sacando en procesión aquesta Villa
vuestro cuerpo en los años
sobre sesenta y tres, mil y doscientos,
que como a padre, y su patrón divino,
siempre Madrid a vuestras plantas vino.

Si sois célebre en hijos, Villa insigne,
San Dámaso divino, San Melquíades,
y aquel ilustre mártir de Marruecos,
que cortada la lengua confesaba
la fe de Cristo santo,
y que estuvo tres días
en una cruz clavado,
admirando los hombres y los ángeles;⁵
y el nuevo Sebastián, el hijo santo
del gran padre Domingo,

5. Se trata de Pedro Navarro Helche, que padeció martirio en tierra de moros, según relación mandada por el embajador de Felipe II en aquellos lugares. Tras ser clavado a una cruz y cortada su lengua, siguió, sin embargo, gritando a todos su fe cristiana. Entonces sujetaron su cabeza a la pared con un clavo y, como aún no moría, le atravesaron también la garganta.

aquel Montano ilustre,⁶
corona y gloria tuya,
defensa de las rosas que coronan
las blancas azucenas de la frente
de la pura María,
pasado por mil partes de las flechas
de aquellos indios bárbaros,
cuyo cuerpo guardaron seis mastines
tres meses muerto de las fieras y aves,
en un desierto monte,
cuyas heridas, como puras fuentes,
cuando a buscarle fueron sus devotos,
corrieron fresca sangre,
¡cuán bien están diciendo
con nuestro Labrador vuestra alabanza!
Cosecha fue del cielo su labranza
en vuestros campos fértiles, adonde
si el trigo un ángel sembrador esconde,
nacer pudieran bellas,
en vez de espigas, fúlgidas estrellas.

Pues en llegando a ilustres capitanes,
Gracián Ramírez, honra de los Vargas,
y honra de España, dáosla pudieran,
como la dio Alejandro a Macedonia,
a Troya Héctor, Cipión a Italia,
a Persia Ciro, a Grecia el fuerte Aquiles:
por este capitán principio tuvo
la devoción de la divina imagen
de Atocha, en el milagro de sus hijas
y mujer, degolladas por su mano,
por no las ver en el poder del moro,
que a todas las halló después con vida.
Oh imagen Santa, oh celestial patrona,

6. *Montano*: Sebastián Montaña, misionero dominico, que nació en 1591. Fue muerto en Méjico, a la edad de 25 años, por los indios chichimecos, que se habían rebelado contra los españoles.

visitada de Isidro tantas veces,
no sólo vivo, mas después de muerto,
cuando alcanzó con su oración divina
enternecerse el enojado cielo,
y que también las olvidadas nubes
sobre la tierra mísera llorasen
seca tres años abundantes ríos,
perdona aquí los rudos versos míos,
que alguna vez hablaron en tus loores:
y pues esas atochas vuelves flores,
vuelve glorias también estos deseos (...)

(Justa poética...)

32

Los Almoravides,
reyes de Toledo,
con tres mil moriscos
a Madrid vinieron.

Su famoso alcaide,
que era por lo menos
Vargas y Ramírez,
noble caballero,
por la puerta sale
con pendón bermejo;
armas de su patria
pártenle por medio.

El oso guiaba
los leones nuestros,
aunque por ser pocos
a morir salieron.

¡A ellos, Santiago, a ellos!
¡Al arma, al arma, al arma!
¡Guerra, guerra a sangre y fuego,
que así mueren los bravos caballeros!

61



La Virgen de Atocha,
en dorados cercos,
hechas sol las nubes,
pareció sobre ellos.

Oración le hacen
dándose en los pechos,
y acometen juntos
a los moros fieros.

Eran los cristianos
menos de trescientos,
tan valientes todos
que a tres mil vencieron.

Vuelven a Madrid
de despojos llenos,
que así los recibe
con mil instrumentos:

Bien venga el alcaide
—norabuena venga—
don García Ramírez
—venga norabuena—
de vencer los moros
—norabuena venga—.

Banderas azules
—venga norabuena—
entolden la ermita
—norabuena venga—
de la hermosa Virgen
—venga norabuena—
que le dio victoria
—norabuena venga—.

No hay dama en Madrid
que esclavo no tenga:
bien venga el alcaide,
norabuena venga.

(La juventud de San Isidro)

Madrid, fundación de griegos,
 cerca de ciento y noventa
 años primero que Roma;
 llamada Ursaria y Urseria,
 Mantua, y Madrid por los moros,
 que fue escuela de sus ciencias;
 Madrid, a donde nacieron
 dos Papas, que de la Iglesia
 fueron luz, con otros muchos
 nobles por armas y letras,
 sabe que eres tan dichosa
 que el cielo envidia tus prendas.

(San Isidro, Labrador de Madrid)

Nací en Madrid, una villa
 que letras y armas ha dado,
 donde el bárbaro se humilla,
 y del orbe prolongado
 es la octava maravilla.

Sus edificios famosos
 son, en pobre pedernal,
 altivos, grandes y hermosos,
 que ya la fama inmortal
 los juzga por milagrosos.

Y si es pedernal mi tierra,
 y fuego su centro encierra,
 si a conocer esto llego,
 no es mucho que de su fuego
 arroje un rayo a la guerra.

(Los mártires de Madrid)

Redondillas del Maestro Burguillos

Solana donde me rasco
al sol de vanos favores,
vistoso campo de flores,
aunque todas de carrasco.

Famoso ombligo de España,
a cuya circunferencia
la celestial influencia
con tanta dicha acompaña.

Lugar que sin ocupar
trae todo el mundo en palmas,
lugar de infinitas almas,
porque no ocupan lugar.

Lugar de incierta esperanza,
teatro donde importuna
representa la fortuna,
y la escucha la mudanza.

Casa de pocas verdades
y dificultosas pruebas,
correo de todas nuevas
y de locas novedades.

Sastre de ricos vestidos,
por quien algunas mujeres
dan pesares y placeres
a ofensores y a ofendidos.

Lugar de tantos cuidados
que se dan y se reciben,
lugar donde tantos viven
envidiosos y envidiados.

Adonde en enriquecer,
aunque no quiera, es dichoso
quien trata en lo que es forzoso
como comer y beber.

Lugar donde tanta gente
vive de pedir prestado,
donde solo es desdichado
el que no juega ni miente.

Y donde los más leales
soldados, con vituperios,
comen en los monasterios,
mueren en los hospitales.

Lugar que de varias suertes
parece tela de araña,
que pesca moscas sin caña,
y deja animales fuertes.

Lugar de varios efectos
y locas estimaciones,
donde se visten bufones
y se desnudan discretos.

Lugar de amor y temor,
liberal y miserable,
donde con oro potable
se restituye el favor.

Mas, como tan imprudente
os digo el moderno estado,
hablemos en lo pasado
y dejemos lo presente.

Sois más antigua que Roma,
que Rómulo, Remo, y Romo;
fundada estáis sobre un lomo,
y, por si es hembra, sea loma.

Fundación fuistes de griegos,
en ganar el mundo rayos,
antes que hubiese lacayos
y esportilleros gallegos.

Y aunque un arroyo sin brío
os lava el pie diligente,
tenéis una hermosa puente
con esperanza de río.

Luz que la vela retrata
parecéis en vuestras cosas,

que castiga mariposas,
y perdona a quien las mata.

Estáis ya tan guarnecida,
villa, que a quien hoy os vea,
pareceréis mujer fea
en dichosa y bien vestida.

Dejó la Corte de daros,
largo tiempo, lustre y vida,
pues para ser conocida
fue necesario afrentaros.

Pero estáis tan inhumana
para el comer y el vestir,
que ya os pueden escribir
muy cara y amada hermana.

Y aunque para ser eternas
agua en conductos traéis,
por más fuentes que labréis,
más tenéis en las tabernas.

Porque sin los muchos daños
del medir los taberneros,
más agua tienen los cueros
que los bronces de los caños.

Los prados en que pasean
son y serán celebrados;
pues hacéis en hacer prados,
pues hay bien para qué sean.

Con damos, damas y dueñas,
vuestra gran calle Mayor
es una selva de amor,
que llaman Indias pequeñas.

Della os diré maravillas,
oíd si os fiáis de mí;
pero perdonad, que aquí
se acaban las redondillas.

(Justa poética...)

Romance sobre lo que es la Corte

Ahora vuelvo a templaros,
desconcertado instrumento,
que de una vez no se acaban
los muchos males que tengo;
aunque ya de suerte estáis
descuadernado y abierto,
que no hay cosa que os parezca
si yo mismo no os parezco.

Cantemos nuevas historias
de aquellos pesares viejos,
aunque si han de ser pesares,
mejor será que lloremos.

Ayuden cuerdas tan locas
a un loco de penas cuerdo,
y el que niega que lo soy
pruebe a sufrir un destierro;
verá que mayor cordura
no cabe en humano pecho
que a tantos años de agravios
entonar el sufrimiento.

Desengáñese la causa
de las penas que padezco,
que haberme humillado tanto
fue de mi vida remedio.

Un alto ciprés es justo
que tema un rayo del cielo,
pero no la humilde caña,
que sabe humillarse al suelo.

¡Oh Babilonia del mundo!
Bien haya el triste suceso
que me trajo a contemplarte
con lágrimas desde lejos.

Santísimas soledades,
yo os adoro y reverencio,
pues miro desde vosotras
las desventuras que dejo.

¡Qué se ven desde estos montes
de mentiras y de enredos
en esas calles, pobladas
de animales y hombres ciegos!

¡Qué se ven de honradas almas,
envueltas en cuerpos muertos!,
que sin duda es muerte viva
la de los pobres discretos.

¡Qué de opiniones injustas
en muchos ricos y necios,
que canonizan su gusto
con los que tienen sujetos!

¡Qué de Bellidos traidores
con máscaras de consejos,
y qué de Alejandro Magno
sin virtud y sin provecho!

¡Qué de Ulises y sirenas,
y qué de caballos griegos,
que estando dentro de casa
paren los hijos ajenos!⁷

¡Qué de varas que han torcido
amor, interés y miedo,
por ser ellas tan delgadas
y así por la punta el peso!

¡Qué de inútiles que viven
a la sombra de los buenos,
que los gastan poco a poco,
como las hiedras al fresno!

¡Qué de hipócritas que roban
honras, famas y dineros,
con unos ojos hundidos
de pensar malos intentos!

7. Alusión al caballo de Troya.

¡Qué de engaños que han medido
con las varas de sus dueños!
¡Qué de señores con deudas,
qué de señoras con deudos,
qué de haciendas razonables,
qué de dotes de otro tiempo,
resueltos en pasamanos
de una basquiña o manteo!
¡Qué de Lucrecias romanas
humilladas por el peso
de aquel metal invencible,
dorador de tantos yerros!
¡Qué de escuadrón de perdidos,
cuyas paredes y cuerpos
cubre la seda y el oro,
vendidos por tantos precios!
¡Qué inútil banda y escuela
de idolatrados mozuelos,
llenos de nuevas de Flandes,
y siempre de Flandes lejos!
¡Qué de malquistos por graves,
que todo su pensamiento
es llevar una merced
por infinitos rodeos!
¡Qué de lindos a sus ojos,
que en otros parecen feos,
porque son lisonjas mudas
las lunas de los espejos!
¡Qué de cobardes espadas
en fe de mostachos negros,
y qué de plumas baldías,
harto buenas para remos!
¡Qué de privanzas, que estaban
compitiendo con los cielos,
se ven humillar ahora
más bajas que los infiernos!
¡Oh Babilonia, formada
de lenguajes tan diversos,

madrastra a los hijos propios
y madre a los extranjeros!

Varias naciones del mundo
llevaron a Roma a un tiempo
lo que de ti llevan hoy
los más enemigos reinos.

Mucha licencia tomamos:
parad, señor instrumento;
no se acaben de quebrar
en la cabeza del dueño.

Dejemos para otro día
lo que ha muchos que sabemos,
y queden agravios propios
sepultados en silencio.

(Poesías sueltas)

37

Hermosa Babilonia en que he nacido
para fábula tuya tantos años,
sepultura de propios y de extraños,
centro apacible, dulce y patrio nido;

cárcel de la razón y del sentido,
escuela de lisonjas y de engaños,
campo de alarbes con diversos paños,
Elisio entre las aguas del olvido;

cueva de la ignorancia y de la ira,
de la murmuración y de la injuria,
donde es la lengua espada de la ira.

A lavarme de ti me parto al Turia;
que reír el loco lo que al sabio admira,
mi ofendida paciencia vuelve en furia.

(Rimas)

70



De hoy más las crespas sienes de olorosa
verbena y mirto coronarte puedes,
juncoso Manzanares, pues excedes
del Tajo la corriente caudalosa.

Lucinda en ti bañó su planta hermosa;
bien es que su dorado nombre heredes,
y que con perlas con arenas quedas,
mereciendo besar su nieve y rosa.

Y yo envidiar pudiera tu fortuna,
mas he llorado en ti lágrimas tantas
(tú, buen testigo de mi amargo lloro),

que mezclada en tus aguas pudo alguna
de Lucinda tocar las tiernas plantas,
y convertirse en tus arenas de oro.

(Rimas)

Fugitivo cristal, el curso enfrena,
en tanto que te cuento mis pesares;
pero, ¿cómo te digo que te pares,
si lloro y creces por la blanda arena?

Ya de la sierra, que de nieves llena
te da principio, humilde Manzanares,
por dar luz al que tienen tantos mares,
mi sol hizo su ocaso en la Morena.

Ya del Betis la orilla verde adorna
en otro bosque de árboles desnudos,
que en agua dan por fruto plata en barras.⁸

Yo, triste, en tanto que a tu margen torna,
de aquestos olmos, a mis quejas mudos,
nidos deshago y desenlazo parras.

(*Rimas*)

40

Describe el río de Madrid en julio

Mísero Manzanares, ¿no te basta
todo el año sufrir tanta fregona,
tanto lacayo y paje de valona,
tanta ropa servil, tanta canasta?

Agora en julio tus riberas gasta
tanto prestado coche, tanta dona,
que lo que peca abril, julio jabona,
cáfila más altiva y menos casta.

Escupe rayos del León la ira
feroz, aunque de Alcides fue despojo;
la ardiente arena por humor suspira;⁹

mas, como el río es viejo y sin antojo,
a su primera fuente se retira,
de ver tantas pescadas en remojo.

(*Rimas de Tomé de Burguillos*)

-
8. Los árboles desnudos son los barcos que venían de América por el Guadalquivir cargados de plata: *la Morena*: la Sierra Morena.
9. Alcides (otro nombre de Hércules) estranguló al león de Nemea, que tras su muerte se convirtió en la constelación de Leo, por la que pasa el sol durante el verano; *humor*: líquido.

Laméntase Manzanares de tener tan gran puente

¡Quítenme aquesta puente que me mata,
señores regidores de la villa;
miren que me ha quebrado una costilla;
que aunque me viene grande me maltrata!

De bola en bola tanto se dilata,
que no la alcanza a ver mi verde orilla;
mejor es que la lleven a Sevilla,
si cabe en el camino de la Plata.

Pereciendo de sed en el estío,
es falsa la causal y el argumento
de que en las tempestades tengo brío.

Pues yo con la mitad estoy contento,
traíganle sus mercedes otro río
que le sirva de huésped de aposento.

(Rimas de Tomé de Burguillos)

En Santiago el Verde¹⁰
me dieron celos.
Noche tiene el día,
vengarme pienso.

10. Las fiestas de Santiago el Verde se llamaban así por referirse a Santiago el Menor y celebrarse en primavera, en el mes de mayo. También se ha explicado el nombre por encontrarse la ermita de este santo en la pradera que había junto a la Puerta de Toledo.

Álamos del Soto,
¿dónde está mi amor?
Si se fue con otro,
moriréme yo.

Manzanares claro,
río pequeño,
por faltarle el agua
corre con fuego.

(Santiago el Verde)

43

Antes que amanezca,
sale Belisa.
Cuando llegue al Soto,
será de día.

Mañanicas de mayo
salen las damas.
Con achaques de acero¹¹
las vidas matan.

No ha salido el alba
y sale Belisa.
Cuando llegue al Soto,
será de día.

(Las bizarrías de Belisa)

11. Ver nota 49. pág. 107.

Al pasar del arroyo
del Alamillo,
las memorias del alma
se me han perdido.

Al pasar del arroyo
de Broñigales,
me dijeron amores
para engañarme.

Pero con perderme
gano yo tanto,
que al amor perdono
tan dulce engaño.

Al pasar del arroyo
de Canillejas,
viome el caballero;
antojos lleva.

(Al pasar del arroyo)

*¡Oh, qué bien que baila Gil
con las mozas de Barajas,
la chacona a las sonajas
y el villano al tamboril!*

¡Oh, qué bien, cierto y galán,
baila Gil tañendo Andrés!
O pone fuego en los pies,
o al aire volando van.
No hay mozo que tan gentil
agora baile en Barajas,
*la chacona a las sonajas,
y el villano al tamboril.*



¿Qué moza desecharía
un mozo de tal donaire,
que da de coces al aire
y a volar le desafía?
A lo menos más sutil,
cuando baile se hace rajas,
la chacona a las sonajas,
y el villano al tamboril.

(Al pasar del arroyo)

46

*Álamos del Prado,
fuentes de Madrid,
como estoy sin blanca
murmuráis de mí.*

Alamos cubiertos
de hojas por abril,
como yo desnudos
de maravedís;
fuentes que regáis
tanto perejil,
*como estoy ausente
murmuráis de mí.*

Cuando tuve plata
un sol parecí;
cuando tengo cobre
parezco un candil.
Cantastes corriendo
a su retintín;
*como estoy sin blanca
murmuráis de mí.*

(Juan de Dios y Antón Martín)

76



Cuando el celeste León¹²
 en oro fingido ardía,
 y estaba en su fuerza el día
 como el campo en su sazón,
 Iván¹³, la sed, la ocasión,
 a Isidro remedio piden;
 distancias jamás impiden
 a la oración y a la fe,
 que aunque Dios más alto esté
 con el mismo Dios se miden.

Mándale Dios a la peña
 (cual si fuera en Rafidín)¹⁴
 se vuelva en agua, y en fin
 vuelta en agua se despeña.
 ¿Qué fe la palabra empeña
 que Dios no cumpla, si luego
 que de Isidro llegó el ruego
 (siendo su santa oración
 del pedernal eslabón),
 saltó el agua en vez del fuego?

Sale la plata sonora,
 y baja de la alta peña
 agradecida y risueña
 a besar los pies que adora.
 Isidro de tierno llora,
 canta el agua, Iván se admira,
 y Manzanares suspira,
 que quisiera (envidia honrada)
 ser hijo de su agujjada
 más que del cetro que mira.

12. Ver nota 9, pág. 72.

13. Iván de Vargas, dueño de las tierras en que labraba San Isidro.

14. *Rafidín*: Refidim, lugar en que Moisés hizo brotar el agua de la roca.

Bebe Iván dulce cristal,
y Isidro lágrimas bebe;
dura la fuente, a quien debe
Madrid salud celestial;
pierde el río su caudal
con estar juntos los dos,
y ella perenne por vos
dice que milagro fue,
que como es fuente de fe,
no puede faltarle Dios.

(*Justa poética...*)

48

Glosa de burlas del Maestro Burguillos

*¿Es bien, Isidro, que holgando
estéis en el campo vos,
y los ángeles de Dios
estén por vos trabajando?*

Trabajad en llevar cargas,
Isidro, a vuestros molinos,
dejando oraciones largas,
que andan soplones vecinos
diciéndolo a Iván de Vargas.¹⁵

Al cielo os estáis mirando,
mientras otros trabajando
rompen el duro terreno.
Quien gana dinero ajeno,
¿es bien, Isidro, que holgando?

Holgaos y no trabajéis,
pues al mejor agradáis

15. Ver nota 13, pág. 77.



San Isidro, al que le labran los ángeles, con la ciudad de Madrid al fondo. Museo Municipal

de dos dueños que tenéis,
que si holgáis, o trabajáis,
Dios y vos os entendéis.

Y pues pasa entre los dos
lo que sabéis vos y Dios,
bien es que con santo celo,
arando el cielo en el suelo,
estéis en el campo vos.

Como os ven, Isidro, arar
con ángeles, al camino
salen a veros pasar
los ratones del molino,
las zuras del palomar.

El bosque se humilla a vos,
y aprueban de dos en dos
vuestras puras intenciones
bosque, palomas, ratones,
y los ángeles de Dios.

No diga ningún soplón
que a los ángeles hacéis
arar, porque sois Arón,
que hablando con Dios tenéis
soberana ocupación.¹⁶

Aren los ángeles cuando
estáis vos con Dios hablando,
que yo sé que no pecáis
en que, mientras vos le habláis,
estén por vos trabajando.

(Justa poética...)

16. Aarón era quien hablaba en lugar de Moisés, pues éste era de palabra torpe.
Además, el nombre lo disculpa del arado.

A una tempestad

Con imperfectos círculos enlazan
rayos el aire, que en discurso breve
sepulta Guadarrama en densa nieve,
cuyo blanco parece que amenazan.

Los vientos campo y naves despedazan;
el arco el mar con los extremos bebe;
súbele al polo, y otra vez le llueve;
conque la tierra, el mar y el cielo abrazan.

Mezcló en un punto la disforme cara
la variedad con que se adorna el suelo,
perdiendo Febo de su curso el modo.

Y cuando ya parece que se para
el armonía del eterno cielo,
salió Lucinda y serenóse todo.

(Rimas)

A los santos Justo y Pastor¹⁷

La madre de las ciencias, donde a tantos
verde laurel por únicos publica,
dos corderos al cielo sacrifica,
primicias ya de innumerables santos.

17. Nacieron estos hermanos en Alcalá de Henares. Cuando supieron que Daciano mataría a quienes no adorasen sus ídolos, se presentaron voluntariamente a confesar su fe. Fueron azotados y degollados. Tenían siete y nueve años, y corría el año 304.

Bárbara mano entre dichosos cantos
hierro crüel a su marfil aplica,
y la ribera, de sus plantas rica,
himnos al Cielo ofrece en vez de llantos.

Henares, lastimado de que dentro
de sus términos Roma entrar procura,
saliéndole dos niños al encuentro,

rompió la margen, y la sangre pura
bebió a la tierra, y retirado al centro
le dio en arenas de oro sepultura.

(Rimas sacras)

51

Adonde el claro Henares se desata
en blando aljófara, nuevo amante Alfeo,¹⁸
Atenas española se retrata
fértil de sabios en mayor liceo;
álamos blancos, que de verde y plata
viste el abril con lúbrico rodeo,
ciñen sus canas entre peces y ovas,
estrados de sus húmidas alcobas.

Por una parte un monte se levanta,
por otra un campo se consagra al cielo,
que más hermoso Géminis transplanta
a la alta senda de su eterno velo;
forman dos niños una imagen santa,¹⁹
que el sol en fe de su divino celo
entre signos de atletas españoles
adora estrellas y respeta soles.

18. *Alfeo*: Divinidad fluvial que intentó varias veces seducir a Diana. Más tarde persiguió a Aretusa, una de las ninfas de la diosa.

19. Los santos Justo y Pastor. Ver nota 17. pág. 81.

Así su mayoral con la pellica
blanca y celeste al singular tesoro
de la divina ley el genio aplica,
del monte luz, y de la sal decoro;
el que las leyes de la tierra explica,
verde y roja color y la del oro
viste pastor filósofo, que ayuda
en lo que fue naturaleza muda.

En esta parte pues, adonde el cielo
tanta ciencia infundió, como más pura
oposición de su celeste velo,
sus ciencias igualó con la hermosura,
nació mi luz, y el inmortal desvelo
del alma de mi pluma, que segura
caminaba a la fama en su alabanza:
tal premio un estudioso amor alcanza.

(Amarilis)

XIII. ANTONIO MIRA DE AMESCUA

(Guadix [Granada], 1574? - Guadix, 1644.) Estudió en Granada Cánones y Leyes. Tras ordenarse sacerdote, fue nombrado capellán real de la ciudad. Viajó a Nápoles con el conde de Lemos, y fundó allí la Academia de los Ociosos. Vivió muchos años en Madrid dedicado a las letras y destacó como escritor de comedias. En la Corte fue capellán del cardenal infante don Fernando.

52

Parabién y gracias a la villa de Madrid, por la canonización de San Isidro

¡Oh tú, Mantua dichosa,¹
cuyos campos y flores
inundados se ven de resplandores,
que la deidad hermosa
de Isidro les llovió, cuyos palacios,
que a los del sol eclipsan los topacios,
de sus rayos fecundos
la majestad abrevian de dos mundos!
Metrópoli felice
del cetro y el arado,
que de imperios y mies te han coronado,
aunque mies no se dice
la que espíritus puros han sembrado
en tus márgenes bellas,
sino abismos de luz, campos de estrellas.
De tu inmesa alegría
el parabién te dan cuantas regiones
corona el rosicler del claro día,
el Austro, los tritones,

1. Sobre los nombres relacionados con los orígenes fabulosos de Madrid, ver *Elogios a Madrid* (pág. xxx).

el ocaso, la aurora,
pira y cuna del sol, líneas que dora,
deducidas de ti, centro profundo
de la esfera católica del mundo.

La fábrica de Manto,
fatídica tebana,
soberbia está y ufana
por el sonoro canto
del cisne, cuyas plumas patria han sido
si no cristal y nido;
tú, Mantua generosa,
emporio universal, bien más dichosa,
por Isidro serás cisne, a quien debe
el cielo consonancia, ampos la nieve.

Tú, Mantua, tú en España
con Isidro has de ser más rica y bella,
más ilustre que aquella
que el Erídano baña,
ambos soberbios, porque cuna es ella
de Marón, y él ha sido
de Faetón monumento,
que epitafios erige al escarmiento.

Si a Marón elocuente
honor en sus laureles comunica
Roma la antigua, Roma la eminente,
hoy aplaude la frente
de Isidro la diadema,
que el semidiós del Tibre le dedica,
laurel que no le quema
de Júpiter el rayo,
blasón de eterno abril, pompa de mayo.
Alégrate tú sola,
oh Mantua más feliz, Mantua española.

No sólo con el hijo
magnífico sustenta
el santo regocijo,
que tu mano opulenta
trastorna su poder, gozo derrama,

y a sus aplausos llama
los colegas de Isidro generoso;
mas es honor debido, orla y estrellas
son de tus armas bellas,
si en ti pende el dosel majestuoso
de tanta monarquía,
que suyos son los términos del día.

En acción tan bizarra
sus gracias te dedican
por Cantabria, Castilla y por Navarra;
que sus rayos de luz te comunican
cuantas de Ignacio ves plantas que al cielo
empinan resplandores,
cuantas hermosas flores
desata entre sus faldas el Carmelo,
porque flores y plantas
son tan bellas y tantas,
que primero veremos numerados
los átomos del sol tornasolados.



XIV. FRANCISCO DE QUEVEDO

(Madrid, 1580 - Villanueva de los Infantes [Ciudad Real], 1645.) Estuvo su vida dedicada a la Corte desde la infancia. Muy joven todavía, gozaba ya de una enorme fama como poeta. Acompañó al duque de Osuna a Italia, y él mismo negoció su nombramiento como virrey de Nápoles. Fue desterrado, tras la caída del de Osuna, y finalmente encarcelado en San Marcos de León. Suyos son los más famosos versos escritos sobre el Manzanares, y suyos también algunos de los dardos más despiadados que se lanzaron contra la Corte. Otros poemas: *Cura una moza en Antón Martín la tela que mantuvo*. Itinerario de Madrid a su Torre, “*Miré los muros de la patria mía*”, “*Mientras que fui tabiques y desvanes*”, “*Casóse la Linterna y el Tintero*”, *Calendario nuevo del año y fiestas que se guardan en Madrid*, “*Aquí, donde su curso retorciendo*”.

53

Al incendio de la plaza de Madrid, en que se abrasó todo un lado de cuatro¹

Cuando la Providencia es artillero,
no yerra la señal de puntería;
de cuatro lados la centella envía
al que de azufre ardiente fue minero.

El teatro, a las fiestas lisonjero,
donde el ocio alojaba su alegría,
cayó, borrando con el humo el día,
y fue el remedio al fuego compañero.

El viento que negaba julio ardiente
a la respiración, le dio a la brasa,
tal, que en diciembre pudo ser valiente.

Brasero es tanta hacienda y tanta casa;
más agua da la vista que la fuente;
logro será, si escarmentado pasa.

1. Suceso ocurrido el 7 de julio de 1631.

**Al repentino y falso rumor de fuego que se movió
en la plaza de Madrid en una fiesta de toros²**

Verdugo fue el temor, en cuyas manos
depositó la muerte los despojos
de tanta infausta vida. Llorad, ojos,
si ya no lo dejáis por inhumanos.

¿Quién duda ser avisos soberanos,
aunque el vulgo los tenga por antojos,
con que el cielo el rigor de sus enojos
severo ostenta entre temores vanos?

Ninguno puede huir su fatal suerte;
nada pudo estorbar estos espantos;
ser de nada el rumor, ello se advierte.

Y esa nada ha causado muchos llantos,
y nada fue instrumento de la muerte,
y nada vino a ser muerte de tantos.

A la fiesta de toros y cañas del Buen Retiro en día de grande nieve

Llueven calladas aguas en vellones
blancos las nubes mudas; pasa el día,
mas no sin majestad, en sombra fría,
y mira el sol, que esconde, en los balcones.

No admiten el invierno corazones
asistidos de ardiente valentía:
que influye la española monarquía
fuerza igualmente en toros y rejones.

2. Suceso ocurrido el 28 de agosto de 1631.

El blasón de Jarama, humedecida
y ardiendo la ancha frente en torva saña,
en sangre vierte la purpúrea vida.

Y lisonjera al grande rey de España,
la tempestad, en nieve oscurecida,
aplaudió al brazo, al fresno y a la caña.

56

**A la venida del duque de Humena, cuyos camaradas
trujeron muchos diamantes falsos³**

Vino el francés con botas de camino
y sed de ver las glorias de Castilla;
y la Corte del mundo maravilla,
le salió a recibir como convino.

Anduvo el duque por extremo fino;
mas los monses, juntos en cuadrilla,
anduvieron vidriosos en la villa,
aún más en lo galán que en lo mohíno.⁴

Esmeráronse grandes y señores,
por sevir a su rey, en regalallos:
joyas y potros de valor les dieron.

Y hasta las trongas de Madrid peores
los llenaron a todos de caballos,
y mal francés al buen francés volvieron.⁵

3. El duque vino a Madrid para asistir a las capitulaciones matrimoniales entre doña Ana y Felipe III, con el rey de Francia y su hermana, respectivamente.

4. *botas, sed, vidriosos*: alusiones a la bebida.

5. *trongas*: concubinas; *caballos*: tumores de origen venéreo; *mal francés*: sífilis; *volvieron*: doble sentido: volver y devolver.

**Huye la Casa del Campo (donde está el coloso del señor Felipe III)
la competencia del Retiro**

Piedras apaño cuando veis que callo;
y, pudiendo vendérselas, las tiro
al edificio que invidiosa miro,
pues Roma se preciara de invidiallo.

Si por tener tan sólo este caballo
no he podido jamás juntar un tiro,
mal podré competir con el Retiro,
en quien echó la arquitectura el fallo.

¿Qué pudo sucederme en este río,
que no se harta de agua en el invierno
y aun no lava sus pies en el estío?

Si va por ermitaño sempiterno
el ermitaño que en el Ángel crío,
puede tener a Juan Guarín⁶ por yerno.

Al día del Ángel en la Puente⁷

Paréceme que van las Cardenillas
pidiendo para dulce a los ingleses,
y que se zurce a un coche de franceses
la Vera, y que los chupa las canillas.

6. *Juan Guarín*: Fray Juan Garín, ermitaño de la montaña de Montserrat, que vivió a fines del siglo IX. Ultrajó y mató a Riquilmis, hija de Wifredo el Velloso, tras inspirarle el Maligno una violentísima pasión por ella.

7. El día 2 de octubre se celebra la fiesta del Ángel Custodio.

Las Castillos, podridas y amarillas,
me parece que escalan portugueses,
y que entra, echando tajos y reveses,
la Faja, por la Puente, en angarillas.

Muchas carrozas rebosando dueñas;
toda pura buscona en coche ajeno;
señorías y limas por regalo;

doncellas desvirgándose por señas.
Si esto se ve el día del Ángel bueno,
¿qué se verá el día del Ángel malo?

59

Al Henares

Detén tu curso, Henares, tan crecido,
de aquesta soledad músico amado,
en tanto que, contento mi ganado,
goza del bien que pierde este afligido;

y en tanto que en el ramo más florido
endechas canta el ruiseñor, y el prado
tiene de sí al verano enamorado,
tomando a mayo su mejor vestido.

No cantes más, pues ves que nunca aflojo
la rienda al llanto en míseras porfías,
sin menguárseme parte del enojo.

Que mal parece, si tus aguas frías
son lágrimas las más que triste arroyo,
que canten, cuando lloro, siendo más.

91



Descubre Manzanares secretos de los que en él se bañan

«Manzanares, Manzanares,
 arroyo aprendiz de río,
 platicante⁸ de Jarama,
 buena pesca de maridos;
 tú que gozas, tú que ves,
 en verano y en estío,
 las viejas en cueros muertos,
 las mozas en cueros vivos;
 ansí derretidas canas
 de las chollas de los riscos,
 remozándose los puertos,
 den a tu flaqueza pistos,
 pues conoces mi secreto,
 que me digas, como amigo,
 qué género de sirenas
 corta tus lazos de vidrio.»

Muy hético⁹ de corriente,
 muy angosto y muy roído,
 con dos charcos por muletas,
 en pie se levantó y dijo:

«Tiéneme del sol la llama
 tan chupado y tan sorbido,
 que se me mueren de sed
 las ranas y los mosquitos.

Yo soy el río avariento
 que, en estos infiernos frito,
 una gota de agua sola
 para remojar me pido.¹⁰

8. *platicante*: practicante.

9. *hético*: flaco.

10. Alusión a la parábola del rico avariento y el pobre Lázaro. (Lucas, 16, 19 - 31.)

Estos, pues, andrajos de agua
que en las arenas mendigo,
a poder de candelillas,¹¹
con trabajo los orino.

Hácenme de sus pecados
confesor, y en este sitio
las pantorrillas malparen;
cuerpos se acusan postizos.

Entre mentiras de corcho¹²
y embelecocos de vestidos,
la mujer casi se queda
a las orillas en lío.

¿Qué cosa es ver una dueña,
un pésame dominico,
responso en caramanchones,
medio nieve y medio cisco,
desnudarse de un entierro
la cecina deste siglo,
y bañar de ánima en pena
un chisme con dominguillos?¹³

Enjuagaduras de culpas
y caspa de los delitos
son mis corrientes y arenas:
yo lo sé, aunque no lo digo.

Para muchas soy colada,
y para muchos, rastillo;¹⁴
vienen cornejas vestidas,
y nadan después erizos.

Mujeres que cada día
ponen con sumo artificio
su cara como su olla,
con su grasa y su tocino.

11. *candelillas*: instrumentos de goma para dilatar el conducto de la orina.

12. *mentiras de corcho*: los chapines de corcho de los zapatos eran muy altos para evitar mancharse con el barro.

13. *caramanchones* o *camaranchones*: desvanes. Las dueñas solían dormir en ellos;
cisco: polvo del carbón; *dominguillos*: calzones anchos.

14. *rastillo*: instrumento para limpiar el lino.

Mancebito azul de cuello
y mulato¹⁵ de entresijos,
único de camisaón,
lavadero de sí mismo.

No todas nadan en carnes
las señoras que publico:
que en pescados abadejos¹⁶
han nadado más de cinco.-

Por saber muchas verdades,
con muchas estoy malquisto:¹⁷
de las lindas, si las callo;
de las feas, si las digo.

Ya fuera muerto de asco,
si no diera a mis martirios
Filis, de ayuda de costa,
tanto cielo cristalino.

Río de las perlas soy,
si con sus dientes me río,
y Guadalquivir y Tajo,
por lo fértil y lo rico.

Soy el Mar de las Sirenas,
si canta dulces hechizos,
y cuando se ve en mis aguas,
soy la fuente de Narciso.

A méritos y esperanzas
soy el Lete,¹⁸ y las olvido;
y en peligros y milagros,
hace que parezca Nilo.

A rayos, con su mirar,
al sol mesmo desafío,
y a las esferas y cielos,
a planetas y zafiros.

15. *mulato*: doble sentido: sucio y maricón.

16. *abadejo*: pez de carne dura y seca.

17. *malquisto*: enemistado.

18. *Lete*: río del olvido.

Flor a flor y rosa a rosa,
si abril se precia de lindo,
de sus mejillas le espera
cuerpo a cuerpo el Paraíso.

Las desventuras que paso
son estas que he referido,
y éste el hartazgo de gloria
con que sólo me desquito.»

61

**Describe el río Manzanares cuando concurren
en el verano a bañarse en él**

Llorando está Manzanares,
al instante que lo digo,
por los ojos de su puente,
pocas hebras hilo a hilo,
cuando por ojos de agujas
pudiera enhebrar lo mismo,
como arroyo vergonzante,
vocablo sin ejercicio.

Más agua trae en un jarro
cualquier cuartillo de vino
de la taberna, que lleva
con todo su argamandijo.¹⁹

Pide a la fuente del Ángel,
como en el infierno el Rico,
que con una gota de agua
a su rescoldo dé alivio.²⁰

No llueve Dios sobre cosa
suya, a lo que yo colijo,
pues que, de calientes, queman
las migas de su molino.

19. *argamandijo*: conjunto de cosas pequeñas.

20. Ver nota 10, pág. 92.

En verano es un guiñapo,
hecho pedazos y añicos,
y con remiendos de arena,
arroyuelo capuchino.²¹

Florida toda la margen
de jamugas y borricos,
de damas que, con carpetas,²²
hacen estrado el pollino.

Al revés de los gotosos,
ya no se mueve estantío;²³
pues de no gota es el mal
de que le vemos tullido.

No alcanza a la sed el agua,
en su madre, a los estíos;
que, facistol de chicharras,
es la solfa de lo frito.²⁴

Pues no aprende lo aguanoso
de tan húmedos resquicios,
no saldrá, de puro rudo,
en su vida de charquillos.

Suenan tragos y bocados
entre matracas y silbos,
y llevan el contrapunto
las gormonas y zollipos.²⁵

Con poco temor de Dios,
los mondongos, por lo limpio,
pretenden para las pruebas²⁶
el ser actos positivos.

21. Los capuchinos hacían voto de pobreza.

22. *jamugas*: sillas de tijera sobre la montura; *carpetas*: alfombrillas.

23. *estantío*: estancado.

24. Las chicharras cantan en verano, cuando aprieta el calor. El cauce del río (la madre), seco, es el libro de canto (facistol) en que ellas leen. *Chicharras* y lo *frito* tienen también un sentido sexual. A ello alude dos versos más abajo: «de tan húmedos resquicios».

25. *gormonas* y *zollipos*: vómitos y sollozos.

26. *mondongos*: morcillas del cerdo; *pruebas*: pruebas de limpieza de sangre.

Por haber faltado el ante
con las levás que se han visto,
todas las meriendas llevan
sus coletos de pepinos.²⁷

Los más en los salpicones
de carrera dan de hocicos;
en diciplinas del sorbo,
son abrojos los chorizos.

En camisa, por ir presto,
van no pocos palominos;
y sin Marta algunos pollos,²⁸
ya de ser suyos ahítos.

Rábanos y queso y bota,
en la gente del gordillo,²⁹
dan más trabajo al gáznate
que copones cristalinos.

Agora se está una dueña
desnudando el *ab initio*;
haciéndoles encreyentes
que es el Jordán a sus siglos.

Yo le considero aquí
muy poblado de bullicio,
coche acá, cocha acullá,
y metido a porquerizo.

Tres carrozas de tusonas³⁰
perdiendo van los estribos,
con pecosas y bermejás,
nariz chata y ojos bizcos.

Aguardando están la noche
un potroso³¹ y un podrido,
para sacar a volar
uno, parches; otro, el lío.

27. *ante*: primer plato de la comida; *coleto*: vestido de piel de ante.

28. Refrán: «Marta, la que los pollos harta».

29. *gente del gordillo*: gente de baja condición social.

30. *tusonas*: rameras.

31. *potroso*: herniado.

Una doncella, que sabe
que se le ahoga su virgo
en poca agua, le salpica,
escarbándola a pellizcos.

Aun en carnes, una flaca
es el miércoles corvillo;³²
una gorda, el Carnaval
con mazas del entresijo.

Dos pñaras de fregonas
renuevan el adanismo,
compitiendo sus pernils
los blasones del tocino.

Dos estudiantes sarnosos,
más granados³³ que los trigos,
con Manzanares se muestran,
si no Clementes, Benignos.

El barbón y los bigotes
se enfalda un jurisperito,
por no sacarlos después
con cazcarrias³⁴ en racimo.

Una vieja con enaguas
va salpicando de hechizos,
con dos pocilgas por ojos,
por espinazo un rastillo,
por piernas un tenedor,
y por copete un erizo,
por tetas unas bizazas³⁵
y por cara el Anticristo.

Una fea, amortajada
en su sábana de lino,
a lo difunto, se muestra
marimanta³⁶ de los niños.

32. *miércoles corvillo*: miércoles de ceniza.

33. *granados*: con granos de pus.

34. *cazcarrias*: salpicaduras de barro en la parte baja de la ropa.

35. *bizazas*: alforjas.

36. *marimanta*: personaje imaginario con que se asusta a los niños.

Con azadones y espuelas,
son gabachos y coritos³⁷
sepultureros del agua
en telarañas de vidrio.

Con sus capas en los hombros
y en piernas, algunos mizos³⁸
pescan de los nadadores,
en la orilla, los vestidos.

En redrojos de rocines,
entre caballeros finos,
con sombreros de color,
andan hidalgos postizos.

Prebendados en sus mulas,
galameros³⁹ del atisbo,
echan el ojo tan largo,
galosmeando descuidos.

Anda en menudos Pilatos,
repartido en cuatro o cinco
alguaciles, que avizoran
pendencias y desafíos.

Un médico, de rebozo,
va tomando por escrito
los nombres de los que cenan
fiambarrera y beben frío.

Acuérdome que ha tres años
que dejó de ser Narciso,
por falta de agua en que verse,
la zagala por quien vivo;
en el ampo⁴⁰ de la nieve,
dos orientes encendidos,
portento de yelo y fuego,
Non plus ultra de lo lindo;

37. *coritos*: vizcaínos y asturianos.

38. *mizos*: gatos, ladrones.

39. *galameros*: golosos.

40. *ampo*: blancura.

sobredorada su frente
con las minas de los indios;
de las pechugas del sol,
las guejetas y los rizos.

De llamas y nieve en paz
era todo su edificio:
el yelo le vi volcán,
el volcán le vi florido.

Con tocarla, tomó el agua
cantáridas;⁴¹ note el pío
letor, estando con ella,
lo que tomaba este indigno.

Ella gastó todo el charco
en escarpín de un tobillo,
y por subir más arriba,
la corriente daba brincos.

Bailar el agua delante
sólo con ella lo he visto;
mas al son de su meneo
los muertos darán respingos.

Mas hoy, de lo que en él hay
y de cuanto en él he visto,
sin los cielos de Clarinda,
nada apetezco ni envidia.

Arrebócese sus baños,
y cálese un papahígo,⁴²
y séquese, pues le falta
la fuente del Paraíso.

Yo considero estas cosas,
cuando estoy, al susodicho,
tres años ha, sobre doce,
entre cadenas y grillos,⁴³
aquí donde es año enero,
con remudar apellidos,

41. *cantáridas*: líquido afrodisiaco.

42. *papahígo*: gorro que tapa toda la cabeza, excepto ojos y nariz.

43. Quevedo escribió este poema en la cárcel de San Marcos de León.

tan capona primavera,
que no puede abrir un lirio.

A modo de cachidiablos
me cercan tres cachirríos:
Orbigo, el Castro y Vernesga,
que son de Duero meninos.

Con mujeres en talega,
que calzan, por zapatillos,
artesas del cordobán
de los robles de estos riscos...

62

Al pasarse la Corte a Valladolid

De Valladolid la rica,
de arrepentidos de verla,
la más sonada del mundo
por romadizos⁴⁴ que engendra;

de aquellas riberas calvas
adonde corre Pisuerga,
entre frisiones nogales,
por hélicas alamedas;⁴⁵

de aquellas buenas salidas,
que, por salir de él son buenas,
do, a ser búcaros los barros,
fuera sin fin la riqueza;

de aquel que es agora Prado
de la Santa Madalena,
pudiendo ser su desierto
cuando hizo penitencia,
alegre, madre dichosa,
llego a besar tus arenas,
arrojado de la mar
y de sus olas soberbias;

44. *romadizos*: catarros.

45. *frisiones*: grandes; *hélicas*: flacas.

traigo arrastrando los grillos,
a colgarlos en tus puertas,
donde sirvan de escarmiento
a los demás que navegan.

Tres años ha que no miro
estos valles ni estas cuestas,
enterneciendo con llanto
otros montes y otras peñas.

Tocas se ha puesto mi alma,
viuda de aquestas riberas,
y mi ventura mulata
se ha puesto del todo negra.

Mas, después que vi tus prados
con verde felpa de yerbas,
y vi tus campos con flores,
y tus mujeres sin ellas;

y después que a Manzanares
vi correr por tus arenas,
y que aun murmurar no osa
por ver que castigan lenguas;

considerada tu Puente,
cuyos ojos claros muestran
que aun no les basta su río
para llorar esta ausencia;

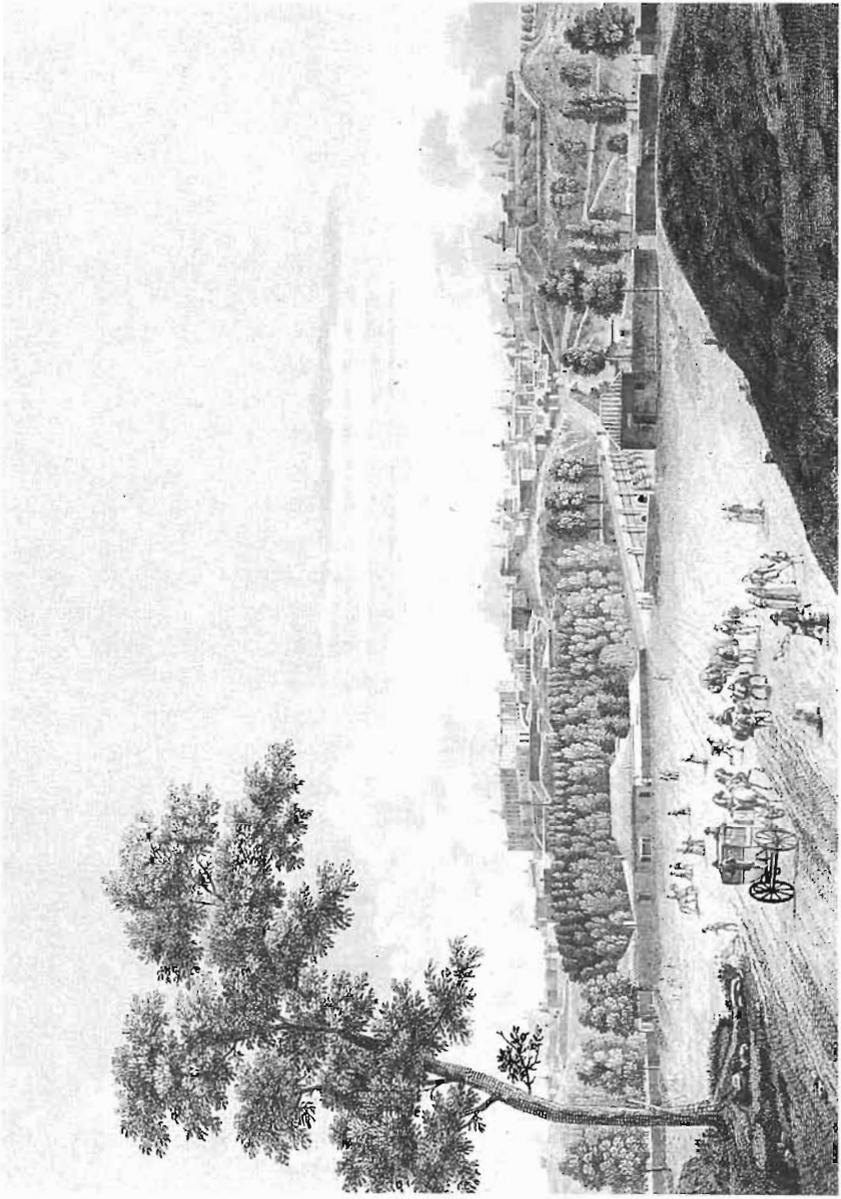
después que miré tus aves,
puestas en ramas diversas,
alegrar, como truhanes,
con música tu tristeza;

vista la Casa del Campo,
donde es tan buena la tierra,
que, aun sin tener esperanzas,
produce verdes las yerbas;

consideradas las fuentes
que el hermoso Prado riegan,
y por no salirse de él,
se entretienen con mil vueltas;

vistos los álamos altos,
que, celosos de sus yerbas,

estorban al sol la vista,
juntándose las cabezas;
bien paseadas tus calles,
donde no han quedado piedras:
que la lástima de verse
las ha convertido en cera;
mirados los edificios,
en cuya suma belleza
tuvo fianzas el mundo
de ser su máquina eterna;
consideradas las torres
que adornaban tu presencia,
que han parecido de viento,
siendo de mármoles hechas;
y después de haber mirado
cómo en todas las iglesias
siempre de la Soledad
halla imagen el que reza;
visto el insigne Palacio,
cuya majestad inmensa
al Tiempo le prometía
por excepción de sus reglas;
miradas de tu Armería
las armas de tu defensa,
hechas a prueba de golpes,
mas no de Fortuna a prueba;
después de consideradas
del Pardo insigne las fieras,
que hacen ventaja a los hombres
en no dejar sus cavernas,
tantas lágrimas derramo,
que temo, si más se aumentan,
que he de acabar con diluvio
lo que la Fortuna empieza.
En medio me vi de ti,
y no te hallaba a ti mesma,
Jerusalén asolada,
Troya por el suelo puesta,



Vista de Madrid tomada del lado de Segovia

Babilonia destruida
por confusión de las lenguas,
levantada por humilde,
derribada por soberbia.

Eres lástima del mundo,
desengaño de grandezas,
cadáver sin alma, frío,
sombra fugitiva y negra,
aviso de presunciones,
amenaza de soberbias,
desconfianza de humanos,
eco de tus mismas quejas.

Si algo pudieren mis versos,
puedes estar, Madrid, cierta
que has de vivir en mis plumas,
ya que en las del Tiempo mueras.

63

Instrucción y documentos para el noviciado de la Corte

A la Corte vas, Perico;
niño, a la Corte te llevan
tu mocedad y tus pies:
Dios de su mano te tenga.

Fiado vas en tu talle,
caudal haces de tus piernas;
dientes muestras, manos das,
dulce miras, tieso huellas.

Mas si allá quieres holgarte,
hazme merced que en la venta
primera trueques tus gracias
por cantidad de moneda.

No han menester ellas lindos,
que harto lindas se son ellas:
la mejor fación de un hombre
es la bolsa grande y llena.

105



Tus dientes, para comer
te dirán que te los tengas;
pues otros tienen mejores
para mascar tus meriendas.

Tendrás muy hermosas manos,
si dieres mucho con ellas:
blancas son las que dan blancas,⁴⁶
largas las que nada niegan.

Alabarán-te el andar,
si anduvieres por las tiendas;
y el mirar, si no mirares
en dar todo cuanto quieran.

Las mujeres de la Corte
son, si bien lo consideras,
todas de Santo Tomé,
aunque no son todas negras.⁴⁷

Y si en todo el mundo hay caras,
solas son caras de veras
las de Madrid, por lo hermoso
y por lo mucho que cuestan.

No hallarás nada de balde,
aunque persigas las viejas:
que ellas venden lo que fueron,
y su donaire las feas.

Mientras tuvieres que dar,
hallarás quien te entretenga,
y en expirando la bolsa,
oirás el *Requiem aeternam*.

Cuando te abracen, advierte
que segadores semejan:
con una mano te abrazan,
con otra te desjarretan.

Besarán-te como al jarro
borracho bebedor besa,

46. *blanca*: moneda antigua.

47. A los negros se les daba a veces el nombre de Tomé.

que, en consumiendo, le arrima,
o en algún rincón le cuelga.

Tienen mil cosas de nuncios,
pues todas quieren que sean
los que están, abreviadores,
y datarios, los que entran.⁴⁸

Toman acero en verano,⁴⁹
que ningún metal desprecian:
Dios ayuda al que madruga;
mas no, si es andar con ellas.

Pensóse escapar el sol,
por tener lejos su esfera;
y el invierno, por tomarle,
ocupan llanos y cuevas.

A ninguna parte irás
que de ellas libre te veas:
que se entrarán en tu casa
por resquicios, si te cierras.

Cuantas tú no conocieres,
tantas hallarás doncellas:
que los virgos y los dones⁵⁰
son de una misma manera.

Altas mujeres verás;
pero son como colmenas:
la mitad, güecas y corcho,
y lo demás, miel y cera.⁵¹

Casamiento pedirán,
si es que te huelen hacienda:
guárdate de ser marido,
no te corran una fiesta.

Para prometer te doy
una general licencia,

48. *Abreviadores* y *datarios*: Cargos de la Cancillería y la Curia romanas. Juego de palabras: abreviar y dar.

49. *acero*: líquido que curaba la opilación (obstrucción en las vías del cuerpo), la cual empeoraba en verano.

50. *dones*: plural de don.

51. *corcho*: ver nota 12, pág. 93; *miel*: con ella se hacían afeites.

pues es todo el mundo tuyo,
como sólo le prometas.

Ofrecimientos te sobren,
no haya cosa que no ofrezcas:
que el prometer no empobrece,
y el cumplir echa por puertas.

La víspera de tu santo
por ningún modo parezcas:
pues con tu bolsón te ahorcan
cuando dicen que te cuelgan.⁵²

Estarás malo en la cama
los días todos de la feria;
por las ventanas, si hay toros,
meteráste en una iglesia.

Antes entres en un fuego
que en casa de una joyera,
y antes que a la platería
vayas, irás a galeras.⁵³

Si entrar en alguna casa
quieres, primero a la puerta
oye si pregona alguno:
no te peguen con la deuda.

Y si, por cuerdo y guardoso,
no tuvieres quien te quiera,
bien hechas y mal vestidas
hallarás mil irlandesas.

Con un cuarto de turrón
y con agua y con gragea,⁵³
goza un Píramo, barata,
cualquiera Tisbe gallega.

Si tomares mis consejos,
Perico, que Dios mantenga,
vivirás contento y rico
sobre la haz de la tierra.

52. *te cuelgan*: te regalan. A veces, una cadena que se colgaba del cuello.

53. *gragea*: dulce pequeño.

Si no, veráste comido
de tías, madres y suegras,
sin narices y con parches,
con unciones y sin cejas.⁵⁴

64

*Después que me vi en Madrid,⁵⁵
yo os diré lo que vi.*

Vi una alameda excelente:
que a Madrid el tiempo airado
de sus bienes le ha dejado
las raíces solamente;
vi los ojos de una puente,
ciegos a puro llorar;
los pájaros vi cantar;
las gentes llorar oí.
Yo os diré lo que vi.

Médicos vi en el lugar,
que sus desdichas rematan,
y la hambre no la matan
por no haber ya qué matar;
vi a los barberos jurar
que en sus casas, en seis días,
por sobrar tantas bacías,
no entraba maravedí.
Yo os diré lo que vi.

Vi de pobres tal enjambre,
y una hambre tan crüel,
que la propia sarna en él
se está muriendo de hambre;

54. *sin narices y sin cejas*: males de la sífilis.

55. Descripción de la villa, cuando la Corte pasó a Valladolid en 1601.

vi, por conservar la estambre,⁵⁶
pedir hidalgos honrados
al reloj cuartos prestados,
y aun quizá yo los pedí.
Yo os diré lo que vi.

Vi mil fuentes celebradas,
que son, aunque agua les sobre,
fuentes en cuerpo de pobre,
que dán lástima miradas;
vi muchas puertas cerradas
y un pueblo echado por puertas;
de sed vi lámparas muertas
en los templos que corrí.
Yo os diré lo que vi.

Vi un lugar a quien su norte
arrojó de las estrellas,
que, aunque agora está con mellas,
yo le conocí con corte.
No hay quien sus males soporte,
pues por no le ver su río,
huyendo corre sin brío
y es arroyo baladí.
*Yo os diré lo que vi,
después que me vi en Madrid.*

56. *estambre*: tela hecha con hebras largas de lana, más rala y brillante que las otras.

XV. ALONSO JERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO

(Madrid, 1581 - Madrid, 1635.) Escritor en cuya vida y obra la presencia de Madrid es constante, estudió Cánones en Alcalá, y luego en Valladolid, cuando allí fue la Corte en 1601. No llegó a terminar sus estudios. Su vida tuvo todas las venturas y desventuras de la picaresca. Fue condenado a cuatro años de destierro por riñas callejeras, sátiras contra alguaciles y críticas hacia la Inquisición. En 1609 ingresó en la Hermandad de los Esclavos del Santísimo Sacramento. Al final de su vida quedó pobre y sordo. Es el autor de *La hija de Celestina* (1612). Otros poemas: “Sin duda es este Madrid”, “Al campo de Leganitos”.

65

Al Monte de Guadarrama

Inculto Monte en quien soberbia llama
a la puerta del cielo helada cumbre,
y a la que si del sol alcanza lumbre,
liberal a los valles la derrama.

¡Cuánto mi corazón venera y ama
su luciente y plateada pesadumbre,
que por obligación y por costumbre
celebra la elocuencia de la fama!

Rey sois de la terrestre monarquía,
siendo tan sólo súbdito a la esfera,
porque en ella os ampare y os confirme.

Y así, después de la esperanza mía,
que en Laura vive, en quien constante espera,
sois la cosa más alta y la más firme.



Al Escorial

Magnánimo edificio, cuya alteza
 es prodigio del arte, y tan extraño
 que ya en tu exceso ven su desengaño
 cuantos montes formó Naturaleza.

Deidad entre las fábricas, belleza
 amable a la razón, que contra el daño
 has de pelear del uno y otro año
 sin que doblen los siglos tu firmeza.

Oblación de una mano que previno
 con liberalidad y con prudencia
 tantos milagros de hombre humano ajenos.

Habitación de Dios, tal que imagino
 que eres de Él por tu culto y reverencia
 si no la digna, la que indigna menos.

A la puente Segoviana

Por fábrica impertinente
 en un río tan pequeño,
 te juzgan, puente, y es sueño
 la opinión del que esto siente.

Arte fue y no desvarío
 labrarte tan bella aquí,
 porque pusiesen en ti
 los ojos, y no en el río.

XVI. FRANCISCO DE BORJA Y ARAGÓN, PRÍNCIPE DE ESQUILACHE

(Madrid, 1581 - Madrid, 1658.) Quinto príncipe de Esquilache, conde de Mayalde y de Siniari, caballero de la Orden de Montesa. Fue nieto de San Francisco de Borja. Felipe III lo nombró virrey del Perú. Vuelto a España, vivió en Valencia y luego en Madrid hasta su muerte. Fue enterrado en la capilla de los Borja de San Isidro el Real. Aunque con el tiempo decayó su fama, fue considerado durante años uno de nuestros mejores poetas líricos. Otros poemas: “No hay arte como el mío en toda España”, “Yace aquí un andaluz, poeta tosco”, “Hacen paces dos arroyos”.

68

Venís de Italia, Pánfilo, engañado,
si la Corte buscáis, que conocistes:
ya las de su placer son horas tristes;
ya es el comer, y no el amar, cuidado.

Apenas las guedejas de un criado
sustenta el que cercado de ellos vistes;
todos son chismes los que fueron chistes;
mentir con arte, su razón de estado.

En muchos vive la ambición premiada
sin logro, y medra el cuerdo que previene,
más que el engaño, el fin de la jornada.

La falsa estimación de otros mantiene
el parecer gigantes de portada,
que tienen la pared, y ella los tiene.

113



**Al señor D. Luis de Haro, habiéndole mandado que viese
el Retiro, porque estaba muy florido por diciembre**

Vi en el Retiro, armado de colores,
perder su enojo los helados meses;
y no en breve dibujo, sino en mieses,
mentir el tiempo, y ser verdad las flores.

No de su lustre fueron ofensores,
sino benignos astros y cortesés,
de hebrero¹ las injurias y reveses,
y del estivo julio los ardores.

Si con Augusto Júpiter partía
el cetro,² dando a tan contrarios fines
la noche al agua, y a su siesta el día,

también, porque a imitarle más te inclines,
el sol reparte en la estación más fría
diciembre al campo, y mayo a tus jardines.

En la muerte de Lope de Vega

Ninfas del Tajo, que en quietud serena,
y en techos de cristal vivís ociosas,
ciñendo las madejas de oro hermosas
del oro mismo, que engendró su arena;

1. *hebrero*: febrero.

2. Octavio César Augusto fue reconocido como dios por el Senado romano, y hubo numerosos templos consagrados a su culto.

así de Cuenca en agradable vena,
la sierra por sus márgenes frondosas
os deje siempre habitación de rosas,
y rompa de los hielos la cadena:

que acompañéis los fúnebres altares
del Apolo español, que venerado
será del justo honor a que os provocho.

No remitáis el llanto a Manzanares,
porque el común dolor tendrá burlado,
de poco río, sentimiento poco.

71

Si quieres que te diga, Fabio amigo,
en qué consiste el ser de cortesano,
¿quién podrá definir nombre tan vano?;
porque hoy no es más de lo que aquí te digo.

Es relator de lo que no es testigo;
es lego en el saber, y en nada llano;
un presumir, que amaneció temprano;
y tiene al mismo sol por enemigo.

Hablar de todos mal, descontentarse
de todo lo que no es bachillería,
querer leer el que a leer comienza,

entre vanos aplausos graduarse;
y es ahora en Madrid cortesanía
lo que en otras provincias desvergüenza.

La más gallarda aldeana,
 la que no teme ni debe,
 aunque la quieran los hombres,
 y la envidien las mujeres,
 de los campos de Castilla
 a matar la Corte viene;
 que en ella la novedad
 es la más hermosa siempre.

Algo ha dejado en Pisuerga
 que su beldad entristece.
 ¡Qué mal se encubre el amor!
 ¡Qué poco los ojos mienten!

Ayer la vio Manzanares
 al pie de un álamo verde,
 para tanto aplauso, triste,
 para tanto amor, alegre.

¡Qué poco se disimulan,
 qué mal se encubren y entienden,
 el placer que se imagina
 y el dolor que se padece!

Y Pascual a un instrumento,
 que por más que Antón le temple,
 no pudo quedar templado,
 cantó o burló desta suerte:

*«Si a matarme vienes
 a Manzanares,
 no es bien que te canses,
 que en la villa no faltan
 ojos que maten.*

Zagala del valle
 que Pisuerga baña,
 gloria de sus campos,

beldad castellana:
aunque a Guadarrama
la frente pisaste,
no es bien que te canses,
*que en la villa no faltan
ojos que maten.*»

73

Ya que dejaste, Menguilla,
los campos de Manzanares,
y sus riberas alegres
por las del Betis trocaste;
ya que fue desdicha tuya
que necio dueño te mande,
y por la pena de todas
también tu hermosura pase;
ya que dejaste en la villa,
cuando la villa dejaste,
vivas las envidias siempre,
muertos siempre los amantes:

*Hermosa zagala,
si a Castilla vuelves,
cantarán las aves,
reirán las fuentes;
y si a ver no volvieres
a Manzanares,
llorarán las fuentes,
callarán las aves.*

Vuelve a Castilla, zagala,
deja a su arena y sus naves,
que sin tus ojos no viven
los que con ellos mataste.
Estos campos, que te vieron
amanecer por la tarde,

117



haciendo a tus rayos sombra
los árboles de su margen,
 todos, Menguilla, te aguardan,
y si alegre a verlos sales,
un año el florido abril
será razón que descanse.

*Hermosa zagala,
si a Castilla vuelves,
cantarán las aves,
reirán las fuentes;
 y si a ver no volvieres
a Manzanares,
llorarán las fuentes,
callarán las aves.*

74

*Frescos airecillos
de Manzanares,
a gozaros vuelvo,
corred y alegradme;
y en las ramas suene
de su verde margen,
con la risa del alba,
el son de las aves.*

Aires que corriendo
jugáis con los olmos,
encontráis las aguas,
y alegráis el Soto;
si llego a vosotros,
corred más suaves,
y en las ramas suene
de su verde margen,
con la risa del alba,
el son de las aves.

*Zagala hermosa del Tajo,
 en la Corte ¿adónde vas?
 Prometen para mentir,
 y quieren para olvidar.*

Mira no te burlen,
 serrana, los hombres,
 que hay en Manzanares
 sin amor amores.
 Y aunque más blasonen
 los que ofrecen más,
*prometen para mentir,
 y quieren para olvidar.*

Iba dejando a pedazos
 repartidos sus cristales,
 sobre la yerba y la arena,
 el cansado Manzanares;
 esperando que las nieves
 de los montes se desaten,
 y hasta llegar a Jarama
 su soledad acompañen.
 Ni las crecientes de octubre
 le dieron fuerzas que basten
 para que corran las aguas,
 que de humildes fuentes salen.
*Aquí verán mis males,
 que en vano corre el que sin dicha nace.*

Los montes de Guadarrama
 por blancas venas reparten
 la sangre de sus arroyos,
 para que a dársela bajen.

Las encinas, que solían
en su corriente mirarse,
la plata del yelo truecan
en agua, para ayudarle.

Y apenas llevarle pueden
a que los álamos bañe
de los campos de Madrid,
donde pretende quedarse.

*Aquí verán mis males,
que en vano corre el que sin dicha nace.*

Si esperáis, humilde río,
que el abril desembarace
de las escarchas los montes
y de las nieblas el aire,

reposaréis a las sombras
de alisos olmos y sauces,
tendido en arenas de oro,
sin aguas y sin contrastes.

Y quien pobre corre al mar,
no es poca dicha que halle,
cansado de correr poco,
arenas en que descanse.

*Aquí verán mis males,
que en vano corre el que sin dicha nace.*

77

Volvióse Inés a su aldea
el domingo por la tarde,
habiendo visto los toros
del Soto de Manzanares.

¡Qué triste y suspensa vuelve
a las prisiones del valle,
a vivir ausente y sola
entre envidias y zagales!

De Madrid los verdes campos
no consienten que se aparte,

120



porque es la mayor jornada
la tristeza de ausentarse.

No puede alargar el paso
caminando en sus pesares,
si en la villa deja el alma,
y a morir el cuerpo sale.

Olvidada está la niña
de sus gracias y donaires,
que si amor tuviera, y celos,
sin gusto viviera un ángel.

A Madrid volvió los ojos,
y a sus tristezas el aire,
suspenso y mudo, les pide
que así llorando cantasen.

*Con amor y celos
quien vive y parte,
para más desdichas
la vida guarde.*

La hermosa zagala,
que celosa y triste
vivió donde parte,
murió donde vive,
si el amor le dice
que llorando acabe,
*para más desdichas
la vida guarde.*

78

De los montes de Castilla
bajaba el pastor Lisardo,
con más desdichas que ovejas,
menos vida y más agravios.

Ya descubre a Manzanares
desde un soberbio peñasco,

121



verde atalaya del monte,
dulce sombra de los campos.

Su helada cumbre dejaba,
ya de prisa, ya despacio,
que sus tristezas caminan
al paso de su ganado;

que por la falda del monte
parece tendido y blanco,
primera gala de enero,
postrera injuria de mayo.

No lleva humilde el pastor
más armas que su cayado,
que los aceros no sirven
donde hay venganzas y engaños.

Y contando sus ovejas,
que ya del monte bajaron,
quiso cantar y no pudo,
y repitió suspirando:

*«Airecillos del Puerto,
que sopláis tan fríos,
apostad que os abraso
con mis suspiros.»*

Aires de la Sierra,
que en helada cama
os acuesta enero,
y mayo os levanta,
cuando más airada
vuestra fuerza miro,
*apostad que os abraso
con mis suspiros.»*

*No te ftes, Bras, de Menguilla,
que siempre en el pecho encierra
mentiras para la Sierra
y engaños para la Villa.*

¿De quién te puedes quejar,
o quién te puede valer,
si te engaña tu creer
mucho más que su engañar?
Que mueras no es maravilla,
si tiene en tan cruda guerra
*mentiras para la Sierra
y engaños para la Villa.*

La verdad te desengaña
si la quieres admitir,
porque, entre tanto fingir,
quien te miente no te engaña.
No es posible resistilla,
si engañosa siempre encierra
*mentiras para la Sierra
y engaños para la Villa.*

No vayas, Fabio, a la Corte,
vive en tus campos alegre,
si no es que buscas engaños,
y tu quietud aborreces.

Al más amigo no escuches,
si te aconseja que trueques
por lo turbio de sus aguas
la claridad de las fuentes.

Ni en lo más dulce del año
te avisarán que amanece
los pájaros de la selva
cantando en las ramas verdes.

Y en lugar de sus canciones
es fuerza que te despierten,
o lisonjas de obligados,
o quejas de pretendientes.

Si alguna vez a tu aldea
los campos y el año mienten,
no es malicia ni costumbre,
sino porque más no pueden.

Y en los campos de la Corte
es mintiendo a todos siempre,
por las esperanzas mayo,
por las cosechas diciembre.

De plantas que ves crecidas,
es el riego diferente,
que allá con verdades medran,
y aquí con lisonjas crecen.

Procura, Fabio, en tu aldea,
que sin dejar sus paredes
no te animen los dichosos,
y los cuerdos te aconsejen.

*Que este mar de la Corte
nadie lo entiende,
pues navegan unos
y otros se pierden.*

Este mar ha sido
como el mar airado,
siempre navegado
y siempre temido;
el más atrevido
fiarse no puede,
*pues navegan unos,
y otros se pierden.*

XVII. JUAN DE TASSIS, CONDE DE VILLAMEDIANA

(Lisboa, 1582 - Madrid, 1622.) Fue desterrado dos veces de Madrid, gracias a su afición al juego y a sus sátiras contra el duque de Lerma. Ingenioso, elegante y atrevido, despertó pasiones y odios. Su vida y su muerte han sido brillantes leyendas de la ciudad de Madrid. Su soneto A San Isidro de Madrid mereció el primer premio en la Justa que se celebró en 1620 en honor del Santo. Otros poemas: Nuevas del Pardo, A unas fiestas que hizo la villa de Madrid, *Comedia de la gloria de Niquea y descripción de Aranjuez*.

81

Llego a Madrid y no conozco el Prado,
y no lo desconozco por olvido,
sino porque me consta que es pisado
de muchos que debiera ser pacido.
Vuélvome voluntario desterrado
dejando a sus arpiás este nido,
ya que en mis propios escarmientos hallo
que es más culpa el decillo que el obrallo.

82

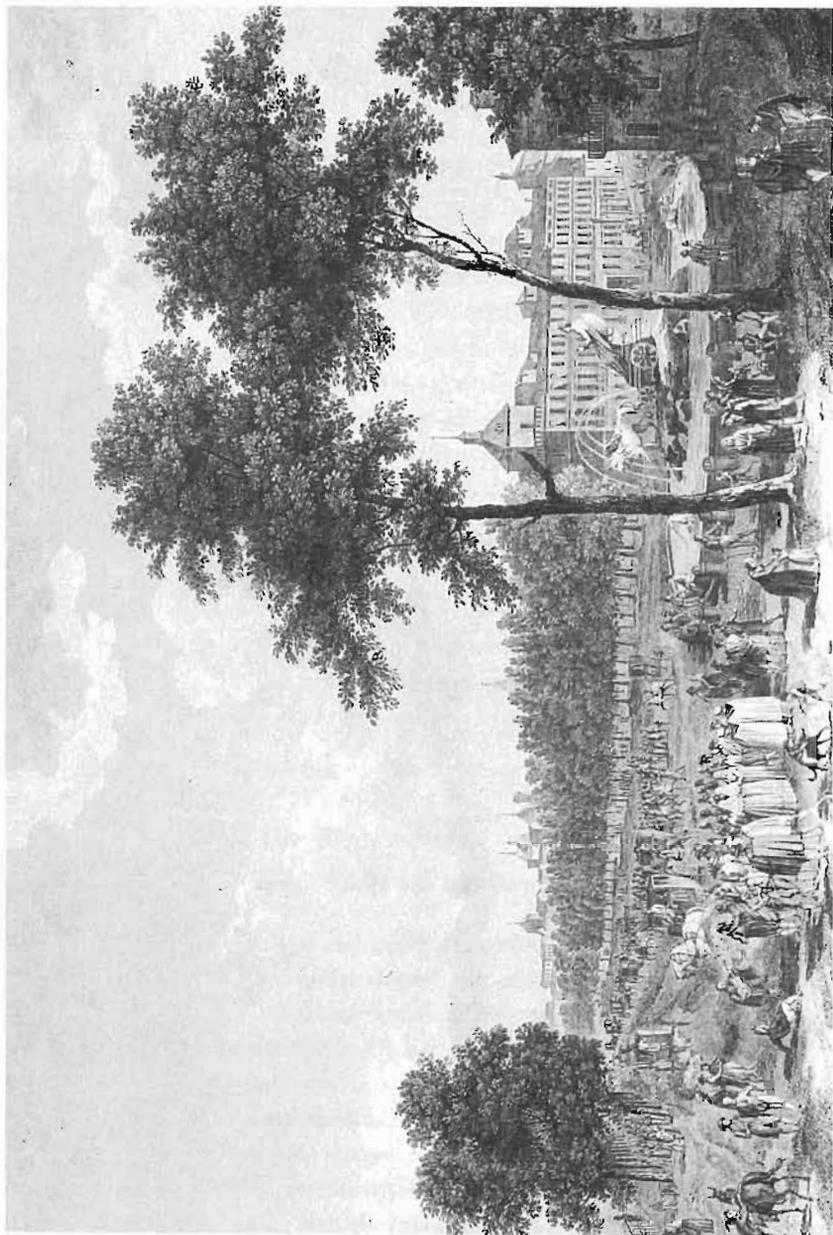
A Lise en la ribera del Manzanares

Si mi llanto perdonas, claro río,
hoy que con sacro pie dora tu arena
la deidad de tus ondas, la sirena,
gloria tuya y prisión de mi albedrío;

que no debe enturbiar el llanto mío
los líquidos cristales de tu vena,
ni el exhalado fuego de mi pena
será a tu fresca margen seco estío.

125





Vista del Paseo del Prado. Fortier (lo grabó)

Hermana de Faetón,¹ verde el cabello,
si en secreto guardares misterioso,
con dulce cifra, amargas ansias mías,

ceñirá flores tu frondoso cuello,
sin que ofenda mi fuego lastimoso
tan dulces hierbas ni tus aguas frías.

83

A San Isidro de Madrid

Los campos de Madrid, Isidro santo,
de querúbicas manos cultivados,
fieles responden hoy a tus arados,
fruto de gloria por sazón de llanto.

Previsto agricultor, logra, pues, cuanto
el cielo debe a surcos nivelados,
que Elíseos, que diáfanos collados
nunca dan menos a quien siembra tanto.

Rústicas ya supliéndole fatigas
jornalcros del gremio soberano,
en cuanto rinde el cielo alto tributo,

al sacro labrador le dan espigas
de empíreo campo, al mismo Cristo en grano,
sembrando aquí sus lágrimas el fruto.

1. Las Hefádes fueron transformadas en álamos, tras llorar con desconsuelo la muerte de su hermano Faetón.

Al Escorial

Esta cuna feliz de tus abuelos,²
si en edad muertos, vivos por memoria,
no consta sólo de caduca gloria
afectada en simétricos modelos.

Porque sus piedras dan envidia y celos
al esplendor de la latina historia,
hechos tanto blasón, tanta victoria,
templos de Marte y de la fama cielos.

Presas banderas, príncipes vencidos,
rotos arneses, yelmos abollados,
mármoles son del tiempo no mordidos,

donde con sangre viven trasladados
reinos gloriosamente defendidos,
reinos gloriosamente conquistados.

2. Probablemente dirigido a Felipe IV.

XVIII. JUAN DE JÁUREGUI

(Sevilla, 1583 - Madrid, 1641.) Autor del retrato de Cervantes, de quien fue gran amigo, mantuvo enconadas disputas con Quevedo y Góngora. Fue caballero de la Orden de Calatrava. Escribió un *Discurso poético* contra la estética culterana, y tradujo con fortuna la *Farsalia* de Lucano y la *Aminta* de Tasso. De esta última, Cervantes comentaba que no se sabía cuál era el original y cuál la traducción. Entre sus poesías destacaron las de tema religioso.

85

Gran metrópoli del mundo,
hoy por tu alabanza sola
quisiera, oh Mantua española,
ser un Títiro¹ segundo.

Díote Manto, la tebana,
su nombre, insigne blasón;
Ocnos te dio población,
cuando floreció la Albana.²

A Roma fuiste anterior,
y tus caros hijos fueron
pontífices, que rigieron
después su imperio mayor.

Dio al mundo reyes y leyes
Roma de un mundo señora,
y tú a dos mundos agora
das las leyes y los reyes.

Pobló aquella siete montes,
y a ti poblar tantos vemos,
que tus opuestos extremos
descubren mil horizontes.

1. *Títiro*: pastor de las *Bucólicas* de Virgilio, que guardaba sus rebaños en Mantua, patria del poeta.

2. *Albana*: capital de la Albania del Cáucaso, junto al mar Caspio, en donde, según la leyenda, se dirigieron los Argonautas.

Y porque fueses, Madrid,
de Europa madre y matrona,
te dio el cielo en nuestra zona
el más templado zenid.

Con altas fábricas bellas
de templos y torres, subes
sus cruces sobre las nubes
a coronarlas de estrellas.

Ya te dan fuentes las sierras
si templan con sus caudales,
el fuego a tus pedernales,
la sed a un mundo que encierras.

Y si la peña más yerta
te negase el puro humor,
tienes Moisés labrador
que en arroyos las convierta.³

Si fuiste Corte en Castilla,
aun siendo estrecho tu muro,
hoy por siglos te aseguro
que des a tus reyes silla.

86

*A ninguno, Isidro, el cielo
premió por arar tan bien,
porque fuistes solo quien
aró con el cielo el suelo.*

Hoy con vos, Isidro santo,
ángeles arando están;
del nuevo favor me espanto,
que arar fue sudor, fue llanto
desde la culpa de Adán.

Fue la pena del culpado
el romper arando el suelo,

3. Alusión al milagro de San Isidro. Lope lo narra en el n.º 47 (pág. 77).

mas tal premio en el arado,
fuera de vos, no le ha dado
a ninguno, Isidro, el cielo.

Ara y trabaja rendido
el hombre tras la memoria
del galardón prometido,
mas en vos se ha convertido
el trabajo mismo en gloria.

De los ángeles cual Dios
cercado en la tierra os ven;
mucho os parecéis los dos;
digo que Dios sólo a vos
premió por arar tan bien.

Haberos introducido
a angélico labrador
rara preeminencia ha sido,
y el haberla merecido
vos sólo, es único honor.

Entre los hombres buscamos
quien tuvo tan alto bien,
mas cuando hallar procuramos
quién le tuvo, no le hallamos,
porque fuistes solo quien.

A España la lluvia distes,
cuando en sequedad los días
pasó estériles y tristes;
en cuyo milagro fuistes
sacra emulación de Elías.

Mas cuando extendió la mano
el arado vuestro el cielo,
fue por blasón soberano
la sola vez que hombre humano
aró con el cielo el suelo.

XIX. TIRSO DE MOLINA

(Madrid, 1583? - Almazán [Soria], 1648.) Según Blanca de los Ríos, fue hijo natural del duque de Osuna. Estudió en Alcalá e ingresó en 1600 en la Orden de la Merced. Estuvo en Toledo, Salamanca, Barcelona, y en La Española, siempre por asuntos relacionados con la Orden. Fue amonestado por escribir comedias profanas. En 1622 participó en el certamen poético de la canonización de San Isidro. No obtuvo ningún premio. En sus comedias hay numerosas referencias a Madrid: *La villana de Vallecas*, *Don Gil de las calzas verdes*, *Marta la piadosa*, *La fingida Arcadia*, *Desde Toledo a Madrid...*

87

Alamicos del Prado,
fuentes del Duque,
despertad a mi niña
poque me escuche.

Y decid que compare
con sus arenas,
sus desdenes y gracias,
mi amor y penas.

Y pues vuestros arroyos
saltan y bullen,
despertad a mi niña
porque me escuche.

(*Don Gil de las calzas verdes*)

88

El sombrero de tema
y el rostro zaino,
mi moreno me mira
a lo renegado.

132



¡Jesús, qué enojo!
¡Jesús, qué enojo!
Morenico del alma,
levanta el rostro.

De Madrid a Getafe
ponen dos leguas;
veinte son si la calle
se pone en cuenta.

¡Jesús, qué larga!
¡Jesús, qué larga!
No me lleves por ella,
Diego del alma.

Labradoras Getafe,
Leganés mozos,
Torrejón casaditas,
Pinto uno y otro.

¡Jesús, qué lindos!
¡Jesús, qué lindos!
Torrejón, Valdemoro,
Getafe y Pinto.

(Desde Toledo a Madrid)

89

Manzanares, de buen gusto
son, aunque pobres, tus aguas,
pues por llegar a Madrid
de la sierra se desatan.
No dan blasón a los ríos
grandes corrientes de plata;
arroyos recibe el mar
con más aplauso y más fama.

(Próspera fortuna de don Alvaro de Luna)

133



Romance del Manzanares

A las niñas de Alcorcón
les cantaba Paracuellos,
mientras se juntan al baile
debajo el olmo, estos versos:

Fuérame yo por la puente,
que lo es, sin encantamiento,
en diciembre, de Madrid,
y en agosto, de Ríoseco:
la que haciéndose ojos toda,
por ver su amante pigmeo,
se queja de él, porque ingrato
le da con la arena en ellos;
la que una vez que se asoma
a mirar su rostro bello
es, a fuer de dama pobre,
en sólo un casco de espejo;
la pretina de jubón
que estando de ojetes lleno
cual pícaro, no trae más
que una cinta en los gregüescos.

Por esta puente de anillo
pasé un disanto,¹ en efecto,
aunque pudiera a pie enjuto²
vadear su mar Bermejo.

Reíme de ver su río,
y sobre los antepechos
de su puente titular,
no sé si le dije aquesto:
«No os corráis, el Manzanares;
mas ¿cómo podréis correrros,

1 *disanto*: día de fiesta.

2. *a pie enjuto*: sin mojarse los pies.

si llegáis tan despeado³
y de gota andáis enfermo?

Según arenas criáis,
y estáis ya caduco y viejo,
moriréis de mal de orina
como no os remedie el cielo.

Y en fe de aquesta verdad,
azadones veraniegos
abriendo en vos sepulturas
pronostican vuestro entierro.

Postilando vais vuestra agua,
y por esta causa creo
que con Jarama intentó
Filipo daros comento.⁴

No lo ejecutó por ser
en daño de tantos pueblos,
mas como os vio tan quebrado
de piedra os puso el braguero.⁵

Título de venerable
merecéis, aunque pequeño,
pues no es bien, viéndoos tan calvo,
que os perdamos el respeto.

Como Alcalá y Salamanca,
tenéis (y no sois Colegio)
vacaciones en verano
y curso sólo en invierno.

Mas, como estudiante flojo,
por andaros en floreos,

3. *despeado*: con los pies estropeados.

4. *postilar*: poner apostillas, es decir, notas, glosas o adiciones que sirven para interpretar o amplificar los textos, debido a veces a omisiones en los mismos; *comento*: explicación o glosa en el mismo sentido de *postilando*. Alude Tirso al deseo del rey Felipe II de hacer pasar el río Jarama por el cauce del Manzanares, proyecto que finalmente no se realizó por los perjuicios que se ocasionarían a los dueños de los molinos que había en el Jarama.

5. *El braguero de piedra* es el puente de Segovia, obra del arquitecto Juan de Herrera, ejecutada durante el reinado de Felipe II.

del Sotillo mil corrales
afrentan vuestros cuadernos...

Pero dejando las burlas
hablemos un rato en seso,
si no ya que os tienen loco
sequedades del cerebro:

¿cómo, decid, Manzanares,
tan poco medrado os vemos,
pretendiente en esta Corte
y en palacio lisonjero?

Un siglo y más ha que andáis
hipócrita y macilento,
saliendo al paso a los reyes,
que tienen gusto de veros.

Alegar podéis servicios;
díganlo los que habéis hecho
en esa Casa de Campo,
sus laberintos y enredos.

Su *Troya burlesca* os llama
hombre sutil y de ingenio,
sin que su artificio envidie
los del Tajo y su Juanelo.⁶

En azafates de mayo
presentáis a vuestro dueño
flores pancayas, que en frutas
convierte después el tiempo.

¿Qué es la causa, pues, mi río,
que tantos años sirviendo
no os den siquiera un estado
que os pague en agua alimentos?

Filipo os quiso hacer grande,
después de haberos cubierto
delante de él con la puente,
y él mismo os puso el sombrero.

6. Juanelo Turriano, famoso relojero italiano llamado a España por Carlos V y nombrado después ingeniero mayor de Felipe II. Inventó una máquina que hacía subir las aguas del Tajo a Toledo.

Pedidle al Cuarto mercedes,
que otros han servido menos
y gozan ya más estados
que cuatro pozos manchegos.

No soy (diréis) ambicioso;
mas a fe, aunque os lo confieso,
que andáis siempre murmurando
por más que os llamen risueño.

¡Ánimo, cobarde río,
quebrantad vuestro destierro,
y pues rondáis a Palacio
entraos una noche dentro!

Fuentes tenéis que imitar,
que han ganado con sus cuerpos
(como damas cortesanas)
sitios en Madrid soberbios.

Adornadas de oro y piedras,
visitan plazas y templos,
y ya son dos escribanos,
¡que aquí hasta el agua anda en pleitos!

No sé yo por qué se entonan,
que no ha mucho que se vieron
por las calles de Madrid
a la vergüenza, en jumentos.»

Más dijera, a no llegar
con dos cargas de pucheros
Bertol, y ansí por los propios
dejo cuidados ajenos.

(Los cigarrales de Toledo)

XX. ALONSO DE CASTILLO SOLÓRZANO

(Tordesillas [Valladolid], 1584 - ?, 1648.) Llegó con treinta años a Madrid. Famoso ante todo por sus novelas, escribió en verso numerosísimas composiciones de tema madrileño, recogidas en sus libros *Donaires del Parnaso*, *Tiempo de regocijo* y *Jornadas alegres*. Nadie ha acumulado en su obra tantas burlas al Manzanares como él. Otros poemas: A la fiesta de Santiago el Verde, en el sotillo de Manzanares de Madrid; “Manzanares, suspende tus raudales”: “Quien ha dicho que Narciso”; “Labradores de estos campos”; “Manzanares, por agosto”; “La gran puente Segoviana”; A un amigo que estaba en Sicilia; Describiendo el campo de Leganitos, y lo que pasa en él las noches de verano; Describiendo en Madrid un día de encierro de toros que fue en el que no los hubo, y la gente se quedó burlada; “De Madrid hasta Alcalá”; “Hermosuras de Madrid”; “Deseoso estaba Fabio”; “Apóstata castellano”; A las novedades de Madrid; “Aquel átomo de río”; “Manzanares, vejete de entremeses”; Describiendo al río Manzanares y lo que pasa junto a él entre fregonas y lacayos que las enamoran.

91

El espejo de cristal
que al Alcázar de Filipo
le sirve entero el invierno,
y quebrado en el estío;
 el que por no ser arroyo,
es ya sincopado río,
en cuyas aguas de jaspe
se cometen ranicidios;
 querrelloso, y con razón,
que le olviden cuando rico
y le busquen cuando pobre,
aquesto a la Corte dijo:
 «Señora doña Madrid,
sepa que estoy ofendido
que para mí sea madrastra
la madre de tantos hijos.



¿Qué me quiere en mi pobreza,
pues con el calor estuvo
el barrio del Lavapiés
le traslada a mi distrito?

Gentes de varios estados
alivian calor conmigo,
sin tener apenas uno
con quien yo tuviera alivio.

Solaz dicen que les dan
mis fragmentos cristalinos,
cuando parezco destrozo
de algún camarín de vidrios.

Correspondo a la intención
del que a buscarme ha venido,
pues si ríe de mis faltas,
yo de las suyas me río.

El jarifo¹ que pretende
verse en mis aguas jarifo,
tan a pedazos se mira,
que no imitará a Narciso.

La damaza que al afeite
toda su fama ha debido,
piensa ser ninfa en mis aguas,
y, bañada, es cocodrilo.

Dama he visto en mi ribera,
de metales más distintos,
que la estatua que erigió
aquel rey de los asirios.²

Cuántas deben a sus faldas
el tener tantos rendidos,
que depuestas les notaran
los defectos que averigüo.

Cuántas crespas de copete
(secuaces del artificio),

1. *jarifo*: hermoso, lindo.

2. Nabucodonosor soñó con una estatua cuya cabeza era de oro; el pecho y brazos, de plata; el vientre, de bronce; las piernas de hierro; y los pies, de hierro y arcilla.

por no lo estar en mis aguas,³
dejan en casa los rizos.

Cuántas cojas, cuántas zambas,
en mi término registro,
que le deben más al corcho
que no al padre que las hizo.

Del pasado lavatorio,
a la mañana me miro
cual tablilla de pintor,
o como alquicel morisco.⁴

En mí hacen sus conciertos,
sus ventas y sus esquilmos,
donde es su capa la noche,
como a maula⁵ en baratillo.

Como callados nos hallan
a mí, al Soto, y los Molinos,
al paso que el calor crece,
acrecientan sus delitos.

Confesores de Madrid,
apercibid los oídos,
que os espera gran cosecha
si os dicen lo que hemos visto.»

92

La esposa⁶ que a Manzanares
en vez de mano dio el pie,
esto le dice a su esposo,
cansada de que lo es:

«Menguado consorte mío,
de quien vine a ser mujer,
forzada y hecha pedazos,
sin porqué ni para qué.

3. *crispas*: doble significación: rizadas e irritadas.

4. *alquicel*: vestidura de los moros, de forma de capa.

5. *maula*: persona o cosa inútil, por vieja o gastada.

6. La puente segoviana.

Infante arroyo nacistes,
y si riachuelo os veis,
es por ser siempre mendigo
como importuno irlandés.

¿Cuándo esperanza de rico
en posesión trocaréis,
que está en vos más dilatada
que en el pueblo de Israel?

Menos parias os tributa
el cano puerto, después
que tiraniza sus copos
de Charquias⁷ el poder.

Ya de la fuente de Isidro
ningún socorro esperéis,
que la usurpan sus cristales
las tercianas y la sed.

Vuestros olmos en estío
dicen al que os llega a ver,
en lugar de aquí fue Troya,
aquí Manzanares fue.

Por lo flaco y trasijado,
hidalgo venís a ser,
mas en lo ambicioso de agua
labrador me parecéis.

Aunque el título de río
llegastes a merecer,
ha sido sin posesiones
pues estado aun no tenéis.

En esto de agasajar
no es general vuestro bien,
pues por admitir las ranas
despedís a todo pez.

Vuestra playa mantuana,
de lavanderas taller,
ya en lo turbio, ya en lo claro,
es glosa de todos pies.

7. *Charquias*: Nombre inventado por el autor para sugerir los charcos.

Sus embajadas os hacen
por deudo que contraéis,
de Valladolid, Esgueva,
de Medina, Zapardiel.

Cada cual, de la inmundicia
chirrión⁸ undoso es,
mas vos disfrazada en lienzo
la pretendéis expeler.

De mis ojos y narices
compasión pueden tener,
pues huye dellos el llanto,
y el romadizo⁹ también.

Salid de pobre, buen río,
pedid que instrucción os dé
el que hoy miráis con hacienda,
y pobre vistas ayer.»

93

A una creciente de Manzanares, por el mes de julio

Sin correr, está corrido
el pobre de Manzanares,
que le atribulan poetas
con sátiras que le hacen.

No hay en todo el poetismo
ingenio metrificante
que, si le alaba una vez,
cuatrocientas no le ultraje.

Siendo el bribón de los ríos,
en sus bajas humildades,
de la pluma de un zoilo¹⁰
jamás le faltó vejamen.

Bien llorara sus desdichas,
mas siempre en Caniculares

8. *chirrión*: carro de dos ruedas que chirría mucho al andar.

9. *romadizo*: catarro.

10. *zoilo*: hombre que critica con mala intención.

tuvo creciente de penas
y de lágrimas menguante.

Mal le ayudará su esposa¹¹
a sentir pena tan grande,
si ha sido de llanto virgen,
cuanto de opresiones mártir.

Hallar quisiera consuelo
en sus ninfas agradables,
mas como son de sequío
secas de remedio yacen.

Al fin, por último acuerdo,
escribir quiere a su madre,
fuente, que por la salud
del puerto en su brazo nace.

Fue su tintero una poza
en quien seis negros bozales,
para hacer el agua tinta,
acabaron de bañarse.

Hizo de una caña pluma,
y de sus ovas cendales,¹²
hallándose aquí confuso
de que papel le faltase.

Remedian su confusión
descuidos de Mari Sánchez,
lavandera de un convento
con la sábana de un fraile,
que se le olvidó en su orilla
para que le aprovechase
al río, en cuyo candor
escribe razones tales:

«Origen de mi pobreza,
ocasión de mis pesares,
madre avarienta, por quien
heredo pequeña madre.

11. Ver nota 6, pág. 140.

12. *cendales*: barbas de la pluma.

Después que a ser corteano
de tu vientre me enviaste,
corto de caudal undoso,
y sano de frialdades,
 esposa me dio Filipo,
que en desigual maridaje,
siempre la vine pequeño,
siempre me ha venido grande.

Desprecios hace de mí,
sin permitir agradarse
de mis enanas finezas
sus presunciones gigantes.

Por verme de poco fondo,
supeditado me traen,
pues se echa cualquier fregona
soletas de mis cristales.

Río soy camaleón,
en colores variable,
rojo en menstruosas camisas,
pálido en niños pañales.

Desdichado sobremodo
soy, con tan humildes partes,
pues siendo río de anillo
tantas pensiones me añaden.¹³

Y todos estos oprobios
no me injurian, ni me abaten
tanto, como los poetas
contra mí satirizantes.

Cual, como niño de teta,
quiso de polvos fajarme,
y que entre cunas de arena
me estén meciendo los aires;
 a cual he dado motivo
que en entremeses me encarte,

13. Los arcos del puente son casi anillos cuando el río no lleva agua. Los obispos de anillo eran los que no tenían iglesia donde residir; *pensiones* : inconvenientes, molestias.

y que para darles sal,
andrajos mis aguas llame;
cual (que de médico peca)
dice que es bien aplicarme
para orinar candelillas,¹⁴
pues tengo carnosidades.

Hasta algún zurdo poeta,
que es lego a nativitate,
me llamó en una Academia
pordiosero y mendicante.

Estas, pues, ¡oh madre mía!,
injurias que son notables
sufro, consiento y padezco,
sin que me defienda nadie.

Suplícote que entre amigos,
fuentes, charcos y pantanes,
alguna mohatra¹⁵ tomes
que pague en dos Navidades;
que si en medio del estío
obtengo gruesos raudales,
silencio pongo a las lenguas
contra mí satirizantes.»

Puso la fecha y firmó,
y de la sábana hace
pliego que despacha al punto
con una guarda del parque.

Recibió madama fuente
el papel del río infante,
y tanto siente sus quejas,
que da las suyas al aire.

Oyóla el piadoso cielo
cuando de negro velarte
su diafanidad cubrían
capotes y balandranes.¹⁶

14. *candelillas*: instrumentos de goma para dilatar el conducto de la orina.

15. *mohatra*: préstamo usurario.

16. *velarte*: paño negro; *balandranes*: vestiduras amplias usadas por los eclesiásticos.

Y aunque a la Mancha tenía
prevenido este carruaje,
hoy quiere que al pobre río
vaya, y que rico se llame.

Sus cataratas abriendo,
ojos el cielo se hace,
y flujo de llanto envía
con truenos por atabales.

Con inopinadas fuerzas
besaba una y otra margen,
el que de antes fue claveque,
y ya en el fondo es diamante.¹⁷

Espantar pudo a su esposa,
y no es mucho que la espante,
si quien le lamió los pies
ve que sus narices lame.

94

Aquel cortesano río,
que Guadarrama en su cumbre
le dio cunas a su infancia
como Jarama ataúdes;
aquél que trujo en sus hombros
la pajiza pesadumbre,
ballena en quien el bramante
manifestó sus respuntes;¹⁸

17. El claveque es duro y se talla como el diamante, pero es sólo cristal de roca.

18. Una antigua historia refiere la llegada a Madrid de una ballena, Manzanares arriba.

Tras enfrentarse a ella los antiguos moradores de aquellas tierras, y clavarle sus chuzos y lanzones, resultó ser finalmente un gran lío de sillas, cojines y albardas, hechos de paja. Lope de Vega, en las *Rimas de Tomé de Burguillos*, alude a este hecho en los siguientes versos: “Riberas del estrecho Manzanares / por donde antiguamente / alborotó sus límites postreros / la que tuvo a Jonás en los ijares / oscureciendo su cristal corriente / la paja y vino del albarda y cueros / a fuerza de los fieros / dardos y chuzos de la gente armada, / que por la puente le estorbó la entrada...”

el que con labia de pobre
 no hay fuente que no salude,
 no hay laguna que no canse
 ni arroyo que no importune;
 aquél a quien verdes plantas
 los aladares¹⁹ le cubren,
 cuando calvo de raudales
 de darles socorro huye,
 dando con esto ocasión
 que sus hojas le murmuren,
 desesperadas de hacerle
 mucha sombra a poco fuste;
 el que parece en estío
 con divisiones palustres²⁰
 galería con vidrieras
 donde Febo brilla y luce;
 el que de sus arenales
 hace orinales comunes,
 a donde el rocín se pare,
 y a donde el asno rebuzne;
 el que en su corriente avara,
 sin ver peces que la cursen,
 son lombrices las murenas,
 y las ranas los atunes;
 el que mira en sus riberas
 cuantos la gula conduce,
 que las azumbres que traen
 no igualan a sus azumbres;²¹
 el que ignorante del duelo
 no se ofende aunque le injurien,
 pues por aumentar caudal
 da gracias a quien le escupe;

19. *aladares*: mechones de pelo a ambos lados de la cabeza.

20. *palustres*: de lagunas.

21. *azumbre*: medida de capacidad para líquidos que equivale a poco más de dos litros, o cuatro cuartillos.

éste, pues, ya poderoso
por la gracia de las nubes,
salió de Marqués de Poza
a ser de Veraguas Duque.

Dejó sus claras alcobas,
cuyas húmedas techumbres
con verdes algas se adornan
y con lampazos se cubren,
y rompiendo sus cristales,
la faz severa descubre (...)



XXI. PEDRO SOTO DE ROJAS

(Granada, 1584 - Granada, 1658.) Estudió en Granada y fue canónigo de su iglesia de San Salvador. Viajó con frecuencia a Madrid, y durante su juventud residió en la Villa y Corte. Fue amigo de Lope, Cervantes, Vélez de Guevara, y especialmente de Góngora, a quien defendió con pasión. A partir de 1630 se retiró a Granada, a vivir en su barrio del Albaicín.

95

Estando en la cumbre de Guadarrama

Anciano risco, a quien la joven nieve
abraza y besa con callados labios,
necias corrientes y remansos sabios,
¡cuán sabio el que a partirse no se atreve!

Robles, ruinas ya, do el cierzo aleve
manifiesta sus ásperos resabios,
todos imagen sois de mis agravios:
hasta el cielo me imita cuando llueve.

Como la nieve, con el risco estuve,
divídenme los tiempos, como al agua,
y roble soy, a quien ausencia ofende.

Mis ojos son una copiosa nube:
si te parezco tanto, ¿cómo enciende,
oh Guadarrama, Amor en mí su fragua?

A Guadarrama, en la venida de los reyes a Madrid

Hórrido puerto, a cuyo ceño cano
el más robusto tiembla peregrino,
dispensa en el rigor: deja el camino
exento de peligros, si no llano.

Mira a tus reyes con semblante humano,
aunque eres hoy la faz del frío divino:
aprenda el corto monte vizcaíno
del generoso monte castellano.

Y aunque con frentes dos, una arrogancia
mostrando a dos Castillas, intereses
de mil Atlantes singular ganancia,

es bien que un tanto en las batallas ceses,
porque se entienda que a la lis de Francia¹
aun los montes de España son cortesés.

1. Felipe IV se casó con la princesa francesa Isabel de Borbón.

XXII. ANTONIO HURTADO DE MENDOZA

(Castro Urdiales [Santander], 1586 - Zaragoza, 1644.) Poeta de cámara de Felipe IV, protegido del rey, se le llamó “el discreto de palacio”, y fue posiblemente el autor de algunos de los textos que se atribuyeron al monarca. Secretario del rey y de la Inquisición, caballero de Calatrava y comendador de Zorita. Escribió poesías y comedias, y admiró a Góngora. Otros poemas: “La más bizarra y hermosa”, “Las que ayer partieron flores”, “En el Pardo, el día claro”, “Mintiendo a su natural”, “El alba, Marica”, “Afuera, afuera, que sale”, A Melchor de Carmona, “Esta de los más altos corazones”.

97

Cantemos civilidades,
Musa, en vulgares concetos,
cosa baja en los discretos
y en los osados verdades.

Mas las dudas atropella,
que en lo que nadie no culpa,
prevenciones de disculpa
son necesidades con ella.

Cualquier dama celebrada,
mancebito forastero,
si la buscas sin dinero,
vive en la Puerta Cerrada.

Si con pensamientos ricos
lo fías todo en el talle,
o sea será tu calle
la de los Majadericos.

Los donaires afectados
y la hermosura desprecia,
que en Madrid es la más necia
la calle de los Preciados.

Si fías en alcahuetas,
pisará pagando costas



tu bolsa la de las Postas
por amor de las Carretas.

De la que pidiere gordo
mozo de bolsa delgado,
si no buscas la del Prado,
huye a la calle del Sordo.

Nunca pidas a importuno,
muda tu vergüenza calle,
que de Francos en la calle
no vide en Madrid ninguno.

Más que en los amigos, lía
en la mesa propia y cierta,
que no tiene puerta abierta
la calle de Mediodía.

Que dejes gracias te ruego,
causa de tanta desgracia,
que el Caballero de Gracia
está en los Peligros luego.

Aunque en distancia pequeña
para hospedar tantas gentes,
alberga los maldicientes
la plazuela de la Leña.

Mientras diere tu amistad
el fruto, irás cada día:
avisa la Compañía
y si no a la Soledad.

De la de la Cruz vecinos
son los pobres y casados,
y los dichosos honrados
de la de los Pelegrinos.

La valentía en agraz
vive mal acreditada
en la calle de la Espada,
y bebe en la de la Paz.

No creas, mozuelo bobo,
por el trago al valentón,
que, aunque está en la de León,
es todo calle del Lobo.

Vive no con menos gloria
que la libertad del preso;
los viudos al Buen Suceso,
que es cerca de la Victoria.

El amante y hablador
en la de los Herradores,
y todos los jugadores
en la calle de la Flor.

Toda hermosa confiada
que a tanto necio desvela,
junto al Nuncio en la plazuela
que llaman de la Cebada.

Los hombres a quien el cielo
les dio por hacienda el vicio,
viven con más artificio
en la calle de Juanelo.

Todas las suegras verás
que ocupan siempre importunas
la de la Amargura algunas,
la de la Sierpe las más.

Vive a los Convalecientes
quien sanó de amor primero,
y junto al Humilladero
los rendidos pretendientes.

Guarda tu salud, que al fin
cierto los peligros son;
esté el alma en la Pasión
y el cuerpo en Antón Martín.

La riqueza que al honor
tiene ya menospreciado,
aunque muy junto del Prado,
vive en la calle Mayor.

**Al Buen Retiro, que fabricó el Conde Duque
en San Jerónimo de Madrid**

Este edificio, en tu acierto
altamente fabricado,
de todo esplendor poblado,
de toda ambición desierto,
fiel testigo, y nunca muerto,
será de que nada en vano
obrará tu soberano
designio, y ingenio excelente,
si donde pones la mente,
pusieras también la mano.

Que esta fábrica dudosa
al tiempo, a la vista, y cuanto
es también dudado espanto
en lo grande, y en lo hermosa,
de una templanza gloriosa
señas son, que en novedad
valida una soledad,
que fue noche y campo estrecho:
de una modestia, le has hecho
capaz de una Majestad.

Al río Manzanares de Madrid

Este, que de mediquillo
tiene dos habilidades,
matar de sed a la arena,
sangrar de flores al margen,
con sus arbolitos verdes
es galán disciplinante,



que se desluce la gala
por la mengua de la sangre.

Tener tan honrada puente
un río tan miserable
es lo mismo que tener
cien reales de renta un grande.

Ahora bien, quiero lavar
y a este cuitado dejalle,
porque tomarse con niños
es de personas cobardes.

100

Ya es turbante Guadarrama
en la cabeza del viento,
tomándose por remate
la media luna del cielo.

Blancos penachos de escarcha
de plata le riza el cierzo,
soberbia loca hermosura
de sus volantes de yelo.

Camafeos son los riscos,
airones¹ los robles secos,
que estar desnudos los troncos
es la gala de un invierno.

Huyen de ser los arroyos
de los árboles espejos,
porque los miran tan pobres
y tan galanes los vieron.

A los puertos de las cumbres
las puertas cierra el enero,
y en tantos mares de nieve
todo es golfo y nada es puerto.

Cristales flechan las nubes
a las murallas del fuego,

1. *camafeos*: figuras talladas en piedras preciosas; *airones*: penachos, plumas.

y en mariposa se vienen
abajo dos elementos.

Y todo es menos con Clori,
alma del Sol, que está en mi pecho,
abrasándome a rayos
y a luceros.



XXIII. SEBASTIÁN FRANCISCO DE MEDRANO

(Madrid, ? - ?, 1653.) Nació a fines del XVI. Se ordenó de sacerdote y entró al servicio del duque de Feria. Fue secretario y capellán mayor de la Congregación de los naturales de San Pedro. Intervino en las justas de San Isidro de 1620 y 1622. En 1631 su amigo Alonso de Castillo Solórzano publicó sus versos en Milán. Lope lo elogió en *El laurel de Apolo*.

101

Al Escorial

Calle Menfis soberbia si gloriosa
por sus altas pirámides, y el solo
sepulcro del asirio Mauseolo,
con la torre de Faro milagrosa.

El templo calle de la trinia diosa,
aunque en riquezas excedió al Pactolo:¹
y celebrada en cuanto mira Apolo,
la de Rodas estatua portentosa.

El continuo trabajo no se cuente
que Babilonia bárbara exagera,
ni el del anfiteatro que la humilla:

porque la fama su valor aumente,
alabando por todas la primera,
a quien llaman la octava maravilla.

1. *Pactolo*: Río de la antigua Lidia. que arrastraba pepitas de oro desde que el rey Midas se bañó en él.

XXIV. ALONSO DE BONILLA

(Baeza [Jaén], ? - Baeza, 1641?) Poeta estimable, elegante y fecundo, elogiado por Lope, pese a que fue uno de los que antes y con más ahínco cultivaron el conceptismo, hasta el punto de que algunos lo señalan como el iniciador de la nueva estética. Participó en las dos justas poéticas de San Isidro, y cultivó la poesía mística, distinguiéndose del resto de poetas religiosos, más sencillos.

102

A la insigne villa de Madrid

Corazón de la Europa, sus cimientos
son fuego y tierra, públicas señales
de que dos mundos en tu imperio vales,
pues te besan los pies dos elementos.

Tú sola eres asunto de portentos,
seminario de glorias temporales,
solio de reyes, sol de tribunales,
y angélica región de entendimientos.

La perla eres del orbe, y son tus visos
justicia y religión, y cuantos dones
influye al mundo el argentado velo.

Madrid, congregación de paraísos,
mapa de ciencias, jaspe de naciones,
¿quién te deja y se va, si no es al cielo?

158



XXV. FRAY LORENZO DE FIGUEROA

Poeta del siglo XVII, nacido en Méjico. Fue maestro de la Orden de Santo Domingo en la provincia de Santiago y calificador del Santo Oficio en la Nueva España. Participó en la Justa poética de San Isidro, y escribió una oración fúnebre por la reina doña Isabel de Borbón.

103

Plantaron huerta los cielos
riberas del Manzanares,
en que Dios se entretuviese
cuando a la tierra bajase.

Proveyó Dios como dueño
de casero y oficiales,
de guardas y labradores
que la velen y la labren.

Era gente de la tierra
la que con oficio sale,
porque obligó el natural
a Dios de los naturales.

A Dámaso y a Melquíades¹
encargó que la velasen,
que como fueron Pastores
es fuerza que bien la guarden.

Isidro fue el labrador,
pero gusta Dios de hablarle,
y por tenerle consigo
al cielo manda que are.

El casero de la huerta,
que Dios muchos años guarde,
fue nuestro señor Felipe,
de su dueño viva imagen.

1. Ver *Virgenes y Santos de Madrid* (pág. xxxiv).

Tan cultivada la tiene,
que dirá quien la mirare
que es una huerta del cielo,
sin que cosa sobre o falte.

Agradecida a su dueño,
flores y fruto le trae,
y si por ella pasea,
ríe el prado, para el aire.

El río está tan gozoso,
que si por mirarle sale,
en viéndole en su ribera,
luego le apunta a la margen.

¡Dichosa huerta, que tienes
hijos y vecinos tales,
que al febrero de tu vida
en el cielo te trasplanten!

XXVI. FRANCISCO DE ATAIDE Y SOTOMAYOR

Nació en Faro, en el Algarve de Portugal. Vivió en el siglo XVII. Pertenecía a una familia ilustre y fue caballero de la Orden de Santiago. Cultivó la poesía satírica y escribió algunas comedias, entre las que cabe mencionar *Devotos no son desprecios*.

104

Al incendio de la plaza de Madrid el año 1652

Cuando voraz estrago luminoso
la noche equivocaba con el día,
y en volcanes la plaza se ofrecía
espectáculo y circo pavoroso,

en cada noble pecho fervoroso
de inmensos fieles más incendio ardía,
pues aquel a su esfera se subía,
y al cielo se elevaba el misterioso.

Si de la Soledad al templo santo
ocurrió general desasosiego,
más a esfuerzos de fe que del espanto,

¿quién duda consiguiese humilde el ruego
que, por conductos de perenne llanto,
un mar de gracias aplacase el fuego?

XXVII. PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

(Madrid, 1600 - Madrid, 1681.) Educado en la Compañía de Jesús, estudió en las Universidades de Alcalá y Salamanca. Participó en los dos certámenes de San Isidro. Perteneció a la Orden de Santiago, e intervino en la guerra de Cataluña. Sacerdote desde 1651, en 1663 es nombrado capellán del rey y vive definitivamente en Madrid. Su casa estaba en la calle Mayor, en el número 95. Allí murió. Destacó sobre todo como autor de comedias y de autos sacramentales. Madrid se asoma a muchas de sus obras: *Fuego de Dios en el querer bien*, *La plazuela de Santa Cruz*, *El año santo en Madrid*, *El cubo de la Almudena*, *El nuevo Palacio del Retiro*.

105

A San Isidro¹

Túrbase el sol, su luz se eclipsa cuanta
medroso esparce hasta el segundo oriente;
el viento con suspiros se levanta;
présaga España su desdicha siente;
y en tanta confusión, en pena tanta,
Filipo al fatal golpe está obediente.
¡Oh justo llanto, oh justo sentimiento!
Tema España, el sol lllore, gima el viento.

Mas cese el sentimiento, cese el llanto,
y en vez, España, de funesto luto,
fiestas publica, que te ensalcen cuanto
te oprimió de los ojos el tributo;
pues ya Madrid piadosa a Isidro santo
vuelve a sus campos a coger el fruto
que sembró de piedad y desengaños,
al fin dichoso de quinientos años.

1. Llevó la villa de Madrid el cuerpo de San Isidro a Casarrubios del Monte, para pedir por la salud del rey Felipe III, que se encontraba allí con calenturas. Él mismo, una vez curado, acompañó al Santo de regreso a Madrid. Dos mil caballeros de la Corte salieron a recibirlos con hachones encendidos.

Ya más gloriosa, con humilde celo
vuelve piadosa al labrador divino,
a ver el prado, el río, fuente y suelo,
donde a la tierra y cielo abrió camino,
porque de nuevo en ella obligue al cielo,
en tanto que su Rey sujeto es dino
a su piedad, volviendo a su porfía
sol a España, al sol luz, a la luz día.

Dichosa, insigne villa, y más dichosa
cuanto por más piadosa te señalas,
vuele tu rama al viento licenciosa,
sirviendo a tu piedad de amor las alas;
vive, ¡oh!, más que la muerte poderosa,
pues no sólo el arado al cetro igualas,
pero aun exceden por divinas leyes
tus pobres labradores a tus reyes.

106

A Madrid, por la dicha de ser su patrono San Isidro Labrador

*Madrid, aunque tu valor
reyes le están aumentando,
nunca fue mayor que cuando
tuviste tal labrador.*

Aunque de glorias se viste,
Madrid, tu dichoso suelo,
nunca más gloria tuviste
que cuando, imitando al cielo,
pisado de ángeles fuiste.
No igualará aquel favor
el que hoy ostenta tu honor,
aunque opongas tu trofeo,
aunque aumentes tu deseo,
Madrid, aunque tu valor.

163



No tendrás glorias mayores,
que cuando en las manos bellas
de angélicos labradores
eran tus flores estrellas,
los rayos del sol tus flores.
En vano están laureando,
en vano están coronando
tu frente, en vano el honor
que te ha dado un labrador,
reyes le están aumentando.

Dirán que cuándo tuviste
más gloria que en ti se encierra.
Di que cuando ángeles viste
labrar humildes tu tierra;
di que cuando cielo fuiste;
que cuando, al cielo imitando,
el sol te estaba envidiando,
pues su luz tu luz prefiere,
y así sabrá quien dijere
nunca fue mayor que cuando.

Mayores triunfos, mayores
lauros tu poder advierte,
pues con divinos favores
respetas, como la muerte,
mas que reyes, labradores.
Hagan inmortal tu honor
jaspes, mármoles y bronces,
pues para gloria mayor
hoy tienes tal rey, y entonces
tuviste tal labrador.

A San Isidro

Coronadas de luz las sienes bellas,
 conduce el sol su luminoso coche
 a la estación donde madruga el día.
 Quitó el prestado honor a las estrellas,
 y en campañas de luz venció a la noche
 con los ardientes rayos que regía.
 Castigo a su osadía
 la tierra fue, que nuevo sol le opuso,
 esfera de verdor, campo de fuego,
 cuando en sus rayos ciego,
 querúbicas deidades vio confuso
 sembrar por rubios granos esmeraldas,
 por espigas coger verdes guirnaldas.

Los campos de Madrid ya cielos bellos,
 y los cielos del sol campos hermosos,
 eran con los opuestos resplandores;
 porque asistiendo o cultivando en ellos,
 ya labrador, ya espíritus dichosos,
 campos de estrellas son, cielo de flores.
 Vestida de esplendores,
 acredita la tierra al sol desmayos,
 que paga el sol en rayos a la tierra;
 y en luminosa guerra,
 espigas compitieron a sus rayos,
 porque el cielo y el suelo en sus fatigas
 mieses de rayos son, globos de espigas.

El viento, entre los varios arreboles
 del resplandor, Madrid, que a ti reduces,
 cielo humano te vio, divino suelo.
 Dudó dos cielos y creyó dos soles,
 admirando, confuso entre dos luces,
 brillado el campo y cultivado el cielo;
 que con santo desvelo

Isidro le labraba con el llanto,
ángeles con su gloria le ilustraban,
y el viento, que abrasaban
mansos eclipses, en abismo tanto,
ignora a quién incline su destino,
a ángel cultor o a labrador divino.

Éste, pues, en su espíritu dichoso,
arrebatado hasta los cielos sube
(¡qué bien la tierra por el cielo olvida!),
y espíritus del trono luminoso,
rayos de luz en abrasada nube,
bajan al suelo a darle nueva vida.

La tierra, agradecida
al favor de los cielos soberano,
sin esperanzas del abril florece:
tanto, tanto agradece
el beneficio de la culta mano;
y estrellas produjera entonces bellas,
si nacieran sembradas las estrellas.

Rompe la tierra el paraninfo² alado
y el rústico instrumento que la oprime;
nunca más dulce, nunca más süave,
a la mano obediente, no al arado,
el surco estima que en su centro imprime
celeste autor de su esperanza grave.

¿Quién habrá que te alabe,
ángel o labrador, si ofrece el suelo
a celestial cultor humano fruto,
y celestial tributo
a humano agricultor ofrece el cielo?
Y aunque use el hombre angélico ejercicio,
¿quién vio al ángel usar rústico oficio?

¿Quién más dichoso está, quién más ufano?:
¿con ángeles el suelo en este día,
o con un labrador, no más, el cielo?
Más gloria tiene el cielo soberano,

2. *paraninfo*: mensajero.

pues humildes dos ángeles envía
que pródigos por él labren el suelo.
¡Tanto pudo tu celo,
tanto, Isidro, tu amor maravilloso,
tanto tus oraciones celestiales!
Por dos ángeles vales,
dos suplen tu descuido virtuoso,
y pues de flores ves los campos llenos,
porque se aumenten más, trabaja menos.

Deje mi pluma el vuelo,
mi torpe acento el canto,
mi voz aliento tanto,
que aunque alaba a Madrid, Madrid es cielo;
y es bien que a tanto empleo se presuma
suave voz, dulce acento y veloz pluma.

XXVIII. GABRIEL BOCÁNGEL

(Madrid, 1608? - Madrid, 1658.) Estudió en Alcalá, escribió algunas comedias y dominó con facilidad varias lenguas extranjeras, sobre todo la italiana. Desempeñó los cargos de Ayuda de Cámara y Bibliotecario del infante cardenal don Fernando de Austria, y fue cronista del rey Felipe IV. Otros poemas: “Este Orfeo de piedra, donde fundo”.

108

Contra el inventor de unas fuentes que hay en el Prado de Madrid, las copas al revés, en que no se puede beber

Jacinta, aquel artífice violento,
negando el agua misma que derrama,
a la engañada sed dio tanta llama
que esconde en el cristal otro elemento.

No se querella el labio del tormento
de ver que le despida quien le llama,
pues de más noble cólera le inflama
ver que costase estudio lo avariento.

Naciste liberal, y avara cuna,
oh corriente infeliz, se atreve a darte
el que malquista tu corriente al labio.

Hasta en los elementos hay fortuna.
Quéjese el agua, pues aquí del arte
sí nació beneficio y muere agravio.

168



XXIX. FRANCISCO DE TRILLO Y FIGUEROA

(La Coruña, 1615? - Granada, 1675?) Llegó a Granada con once años. En Italia fue militar, pero pronto volvió a Granada para dedicarse a las letras. Imitador de Cóngora, ha sido escasamente valorado como poeta. Utilizó para los versos el seudónimo de Daliso. Escribió una historia de Granada. Otros poemas: “Al Genil vengo a llorar / desde el claro Manzanares”.

109

*A Madrid se vuelve la niña,
y deja a Valladolid;
que todo pasa en Madrid.*

De muy ilustres solares
hay allí muchos hidalgos,
que corren, como unos galgos,
liebres y bolsas a pares.
Por parecer consulares
con cascos y cascascas¹ huecas,
hacen sus cuerpos babiecas,
sin tener nada del Cid;
que todo pasa en Madrid.

Para muy pocas mercedes
hay inmensas señorías,
con muy lindas cortesías,
tendiendo al engaño redes.
Hay muy dobladas paredes
y muy cerrados baúles,
y más de cien mil Saúles
que persigan a un David;
que todo pasa en Madrid.

1. *cascas*: cáscaras.

Hay hermosuras muy gratas
de niñas que ya lo fueron,
que buenas caras tuvieron,
mas ya malas y baratas.
De día se hacen ingratas,
de noche talan la tierra;
que a veces vale en la guerra,
más que el valor, el ardid;
que todo pasa en Madrid.

Hay letradazos hundidos
mucho más que el pozo airón,²
que con letras de melón
son badeas³ conocidos.
Hay santos entremetidos
a demonios tentadores,
que por ser gobernadores,
caerán desde el cenit;
que todo pasa en Madrid.

De culpas no, de perdones,
hay viejas con muchas cuentas,⁴
que multiplican las rentas
robando los corazones.
Sólo tratan de aficiones
muy conformes noche y día,
sirviendo a unas de espía,
y a las otras de adalid;
que todo pasa en Madrid.

Monjas hay que dan más tornos
a un doblón, que suele al sol
dar vueltas un girasol,

2. *pozo airón*: pozo muy profundo.

3. *badeas*: melones de mala calidad. Personas de pocas fuerzas u holgazanes.

4. *cuentas de perdón*: cuentas o bolitas más gruesas que las del rosario, con indulgencias para las almas del purgatorio.

sin dar por ellos sobornos.
Hierven como en unos hornos
sin calentar las cenizas,
mas, si tal vez las atizas,
declinan a *quis vel quid*;
que todo pasa en Madrid.

No se hallará mercader
que con su vara se mida,
porque se halla desmedida
si se mide con su ser.
Todo lo iguala el poder,
porque las personas reales
a todos hacen iguales,
sin controversia ni lid;
que todo pasa en Madrid.



XXX. MIGUEL DE BARRIOS

(Montilla [Córdoba], 1625? - Amsterdam, 1701.) Fue judío converso y su verdadero nombre era Daniel Leví de Barrios. Vivió muchos años en Amsterdam. Allí volvió a la fe judía. Sus versos se hallan agrupados en los libros *Flor de Apolo* (1664), *Coro de las Musas* (1672) y *Poestías famosas* (1674).

110

A la competencia de las excelsas Cortes de Madrid y París

Dando a Minerva asombro y a Belona,¹
contienen regias en feliz campaña,
Madrid, cabeza y corazón de España;
París, de Francia espléndida corona.

Cual, ser de Manto fundación blasona,
y cual de Luco.² Aquella se acompaña
con leones; con cuanto delfín baña
ésta borrascas bélicas pregona.

Con pares una tener par no admite,
con grandes otra alcanza lo que quiere,
cada cual de las ciencias firme polo.

Su competencia a jueces se remite.
Y así tener en su favor adquiere
a Júpiter París, Madrid a Apolo.

-
1. Belona es la diosa romana de la guerra. Minerva también lo es, y además, de la sabiduría y de las artes.
 2. El pueblo parisio ocupaba la isla del Sena, que actualmente lleva el nombre de *cité*. En lengua celta se llamó *Loukteih*, que quiere decir "población de lagos". Más tarde los griegos y los romanos la llamaron *Lukotitia* o *Lutecia*.

172



Descripción de la Coronada Villa de Madrid³

Resplandece entre todas dominante,
 como entre los planetas el dorado
 Febo, Madrid, con majestad triunfante,
 de Toledo en el rico Arzobispado.
 Ilustra populosa el abundante
 margen del Manzanares celebrado,
 dentro de la provincia carpentana,
 con la admirable puente Segoviana.

Del Lacio Tiberino hijo valiente,
 Ocno Bianor, edificó lozano
 esta Villa, metrópoli excelente
 en el centro feliz del clima hispano:
 bajo de Sagitario y el rugiente
 Signo, con aire puro y temple sano,
 a España ofrece esfuerzo y agudeza,
 de corazón sirviéndole y cabeza.

De la adivina Manto, la llamaron
 Mantua los que poblarla consiguieron;
 y los romanos que la amplificaron,
 por sus osos, Ursaria la dijeron;
 los que su fuerte muro acrecentaron
 nombre de Mayorito le añadieron;
 de aquí Madrid se intituló, de modo
 que por mayor se viene a alzar con todo.

San Anastasio predicar dispuso
 el Evangelio en su región nombrada,
 y la imagen San Pedro apóstol puso
 de la Virgen de Atocha frecuentada;

3. Para todo lo relacionado con las noticias sobre la fundación e historia de la ciudad, ver *Elogios a Madrid y Vírgenes y Santos de Madrid* (pág. XXX y XXXIV).

cuando la insignia del dragón depuso,
la del persa tomó con estrellada
orla; obispal obedeció al romano,
sin mitra al godo, y luego al mahometano.

De Gracián Ramírez restaurada,
lóbico otra vez tuvo cautiverio;
del Segundo Ramiro conquistada,
quedó algún tiempo en el leonés imperio;
ganóla al moro con sangrienta espada
el Sexto Alonso, emperador hesperio;
después, don Juan Primero de Castilla,
a un rey de Armenia presentó esta Villa.⁴

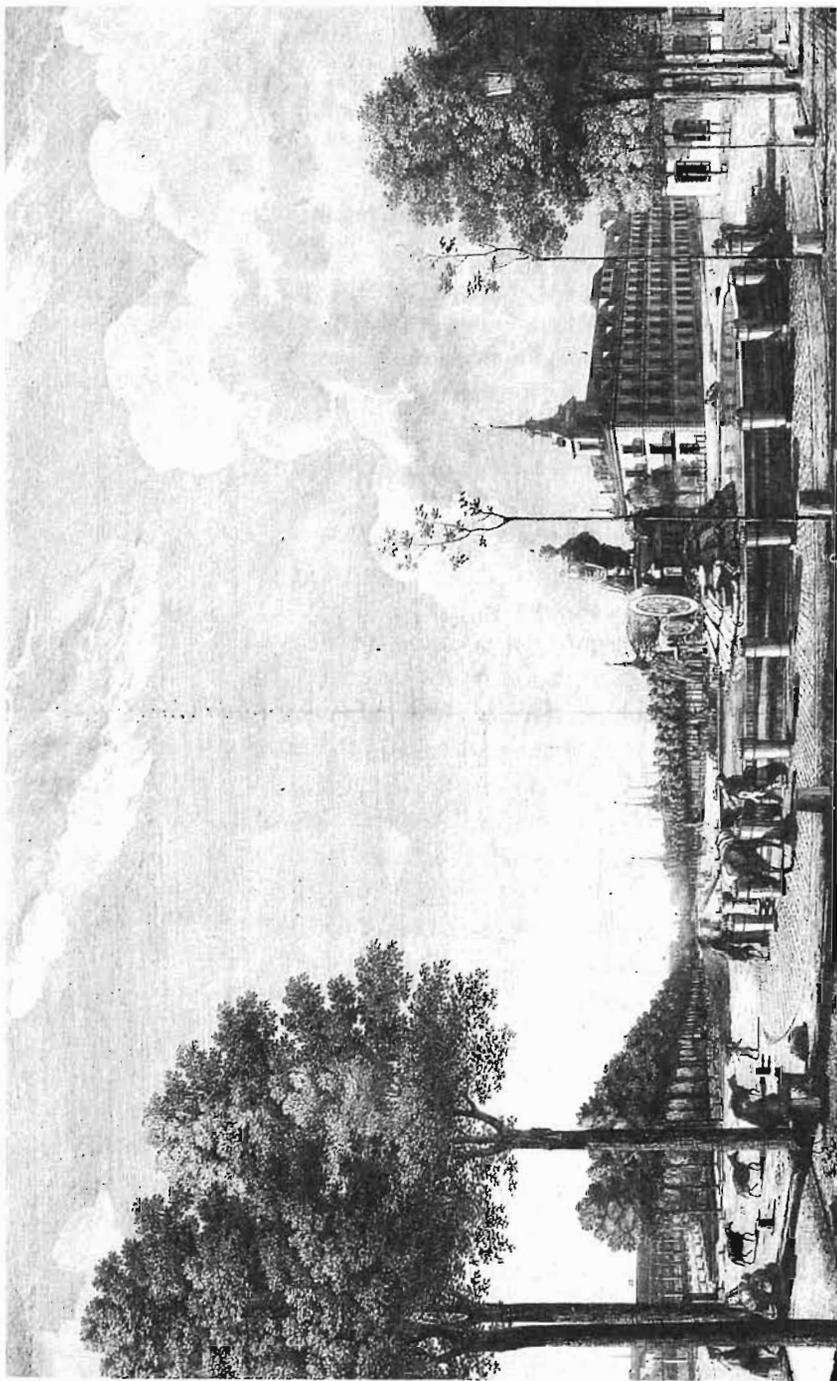
No se apartó del trono castellano
por su lealtad; y lecho saludable
de Carlos Quinto, César del germano,
reedificó su alcázar agradable;
cogiendo su hijo el cerro lusitano,
la amplificó a los belgas formidable;
con la paz la ilustró el Tercer Felipe,
y el Cuarto con las ninfas de Aganipe.⁵

Obtiene en Cortes voto, voz y asiento,
franca feria, magnánimos señores,
de príncipes vistosos lucimiento,
pomposa ostentación de embajadores,
del pontificio nuncio el ornamento,
corregidor, tenientes, regidores,
Reales Consejos, muchos pretendientes,
palestras y academias diferentes.

En pedernales duros se levanta,
de ellos la luz sacando esclarecida

4. Ver nota 11, pág. 197.

5. Las Musas. Consagrada a ellas, estaba al pie del monte Helicón la fuente de Aganipe, cuyas aguas inspiraban a quien las bebía.



Vista del Prado de Madrid tomada por la espalda de la fuente de la diosa Cibele.
Isidoro González Velázquez (lo grabó)

con que su silla a muchas se adelanta,
de famosos monarcas erigida;
admira docta, militar espanta,
llena de erudición, patria florida
de obispos, capitanes, escritores,
con dos papas, y cuatro emperadores.

Hermosas calles cuatrocientas tiene,
plazas catorce, en ellas señalada
la Mayor, por su trato tan solene,
como por sus balcones celebrada;
casas catorce mil también contiene,
de diez y ocho parroquias adornada,
veintidós hospitales opulentos,
y sesenta riquísimos conventos.

Cinco palacios a la real persona
dirige en su región de Flora el giro:
uno el Alcázar, de Madrid corona;
otro junto a su cerca el Buen Retiro;
sigue el del Campo, albergue de Pomona;
en bosque fértil el del Pardo admiro;
el quinto es Aranjuez, donde se ostenta
del Elisio dosel, del Tempe afrenta.⁶

Compendio de estas fábricas vistoso
admira el Escorial, templo jocundo,
por su artificio tan maravilloso,
como por su recreo sin segundo;
al más de España mártir valeroso,
lo dedicó el más cuerdo rey del mundo,
de jerónimos ricos gran convento,
de altos monarcas raro monumento.

6. *Tempe*: valle ameno y delicioso de la Tesalia, en Tracia. Su belleza fue cantada por Virgilio.

XXXI. DIEGO DE TORRES VILLARROEL

(Salamanca, 1694 - Salamanca, 1770.) Estudió Humanidades. Inclinado a la astrología y la matemática, predijo la muerte de Luis I. Fue famoso por la publicación de almanaques. Desempeñó oficios excéntricos y diversos, y consiguió el favor de los nobles y el del público. lo que le proporcionó grandes ganancias con la venta de sus libros. Criticó la Corte con dureza en los poemas que le dedicó. Otros poemas: "Vale más de este siglo media hora": Pinta, antes de verla, la fiesta de toros en Madrid, y dice a un amigo el motivo de no querer verlos; "Pasa en un coche un pobre ganapán"; "Ya la musa que prestada".

112

Confusión y vicios de la Corte

Mulas, médicos, sastres y letrados
corriendo por las calles a millones;
duques, lacayos, damas y soplones,
todos sin distinción arrebuados;

gran chusma de hidalguillos tolerados,
cuyo examen lo hicieron los doblones;
y un pegujal de diablos comadrones,
que les tientan la honra a los casados;

arrendadores mil por excelencia,
metidos a señores los piojosos,
todo vicio con nombre de decencia;

es burdel de holgazanes y de ociosos,
donde hay libertad suma de conciencia
para idiotas, malsines y tramposos.

177



Los ladrones más famosos no están en los caminos

Oigo decir a muchos cortesanos:
«Tal oficina tiene tres mil reales,
pero vale diez mil y muy cabales.»
¡Válgame Dios, y azotan a gitanos!

Aquéstos son rateros chabacanos
que pillan una capa, unos pañales,
un borrico, una mula, y sus caudales
no llegan a seis cuartos segovianos.

Reconocer los montes es químera,
que no son ermitaños los ladrones,
ni en los jarales buscan su carrera.

Haga aquí la justicia inquisiciones,
y verá que la Corte es madriguera
donde están anidados a montones.

XXXII. JUAN DE IRIARTE

(Puerto de la Cruz [Santa Cruz de Tenerife], 1702 - Madrid, 1771.) Estudió en Francia e Inglaterra. En Madrid fue preceptor de los hijos de los duques de Béjar y de Alba, y más adelante bibliotecario real y miembro de la Real Academia Española. Escribió poemas en latín y una *Gramática latina* (1771). Sobresalió en los epigramas, y fue un firme defensor de Góngora.

114

Al Viernes Santo

Campanas callan y coches,
todo está quieto en Madrid;
que sólo hoy, que muere Cristo,
se puede en Madrid vivir.

115

A igualar ya con tu cielo
tu suelo, Madrid, te atreves:
el cielo a Júpiter debes;
a Carlos debes el suelo.

116

De Lorenzo la gran casa
hoy padece nuevo incendio,
y demasiado acredita
que es casa tuya, Lorenzo.

179



XXXIII. FRAY DIEGO GONZÁLEZ

(Ciudad Rodrigo [Salamanca], 1732 - Madrid, 1794.) Ingresó a los 18 años en la Orden de San Agustín, y fue prior en los conventos de Salamanca, Pamplona y Madrid. Fue uno de los más destacados miembros de la escuela poética salmantina junto a Forner y Meléndez Valdés, a los que se agregaron más tarde Cadalso y Jovellanos. Utilizó el seudónimo poético de Delio. Otros poemas: Llanto de Delio y profecía de Manzanares.

117

El triunfo de Manzanares¹

Precioso Manzanares,
que entre arenas caminas, lento el paso,
cuanto en aguas escaso,
tan rico en virtudes singulares;
dote que fue debido justamente
a tu estrecha corriente;
que nunca en lo crecido y abundoso
cifró Naturaleza lo precioso.

A ti mi dulce acento
se consagra esta vez, y si me es dada
la lira celebrada
de los lesbios, tu nombre daré al viento,
y el triunfo por tu medio conseguido,
si fuere permitido
de los cisnes que pisan tus arenas,
de cuya grande fama al mundo llenas.

A tu margen se dignan
congregarse los dioses celestiales,
cuando de los mortales

1. Escrita "con ocasión del decreto últimamente ganado en el Consejo contra otro que vino del Tíber sobre la Bética monástica", según manifiesta el autor en carta del 13 de febrero de 1776.

los negocios más graves determinan.
Por eso gracias mil te concedieron,
y cuna te eligieron
de claros, poderosos, altos reyes,
que en dos mundos dominan y dan leyes.

De ti el muy extendido
Guadiana, de ti el Ebro deleitoso
y el Betis abundoso,
el hondo Duero, el Tajo abastecido,
y cuantos ríos cortan en porciones
las hesperias regiones,
de ti uno reciben sus raudales,
leyes y dirección, si no caudales.

Por ti el apresurado
Genil al Betis sigue en derechura,
y lleva el agua pura
cual en su blanco origen se le ha dado.
Por ti es libre del Tíber turbulento,
que con dañoso intento
le quiso amancillar, y juntamente
dar un extraño rumbo a su corriente.

Del Tíber, avezado
a hacer temer a todas las naciones
con sus inundaciones,
de Pirra² el siglo a Roma amenazado.
¡Ay, cuán entumecido y orgulloso,
y su ímpetu furioso!
¡Ay, cuántas bellas tierras dejó aisladas,
de nuestro amado suelo separadas!

Del Tíber, que intentaba
abolir las memorias aplaudidas,
a real nombre erigidas,
que la bética gente veneraba;
y el templo virginal invadir luego
de la diosa del fuego;

2. *Pirra*: Esposa de Deucalión; juntos escaparon al diluvio con que Zeus castigó a los hombres. Ellos fueron los padres de las nuevas generaciones.

presidente, con cruel decreto airado
del soberano Jove, no aprobado.

¡Ay, cuánta desventura
a la bética gente aconteciera,
si Jove permitiera
cumplir del crudo Tíber la ley dura!
¡Cuántos males sufrieran, cuántos daños
pastores y rebaños!
Todo fuera trastorno y falta de orden,
extraña confusión, ciego desorden.

Sobre el olmo pomposo,
do sola la paloma asiento hiciera,
el torpe pez se viera,
y como pez el gamo pavoroso
surcara, confundida la natura,
la cristalina anchura,
y llevara Proteo³ sus ganados
a los ásperos montes nunca hollados.

¿A cuál dios invocara
la confusa provincia, que a su ruina
con presura camina?
¡Ay, y cuán vanamente fatigara
el coro femenino de las vestales,
con himnos virginales,
de la dormida diosa las orejas,
negadas a sus cánticos y quejas!

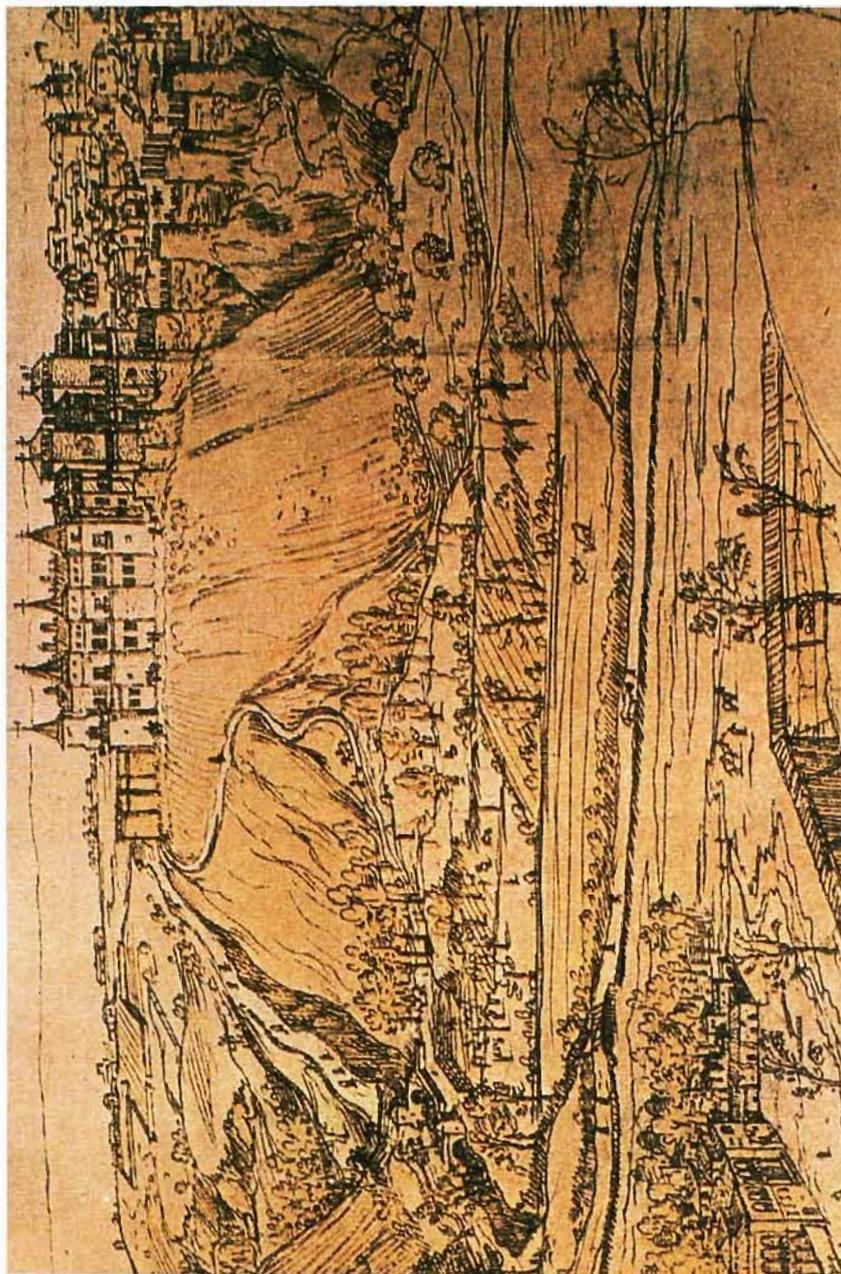
¿A quién cometería
Júpiter soberano el rayo ardiente,
que a la afligida gente
vengase de maldad y alevosía?
A ti fue dado, Manzanares bello,
el poder contenello;
y el buen Genil hallar pudo en ti solo
Marte, Venus, Amor, Mercurio, Apolo.

Así los otros ríos
tanta parte te den de sus caudales,

3. *Proteo*: dios marino que guardaba los rebaños de focas de Poseidón.

que sobre tus cristales
crucen la Carpetania los navíos,
como yo extenderé con mis canciones
por todas las naciones
tu nombre y fama, siempre agradecido
al triunfo por tu mano conseguido (...)





Vista panorámica de Madrid desde la ribera del Manzanares.
¿Joris Hoefnagel? 1565

XXXIV. NICOLÁS FERNÁNDEZ DE MORATÍN

(Madrid, 1737 - Madrid, 1780.) Estudió Leyes en Valladolid y fue guardajoyas de la reina Isabel de Farnesio. Asistía con asiduidad a la tertulia de la fonda de San Sebastián junto a Cadalso e Iriarte, y fue socio de la Real Sociedad Económica Matritense. Partidario de las tres unidades en el teatro, participó en la polémica contra los autos sacramentales y contra el teatro clásico español. *Fiesta de toros en Madrid* es el poema más famoso escrito sobre la capital. *A las niñas premiadas...*, aunque de menor empuje, contiene abundantes noticias sobre la historia y las calles de la ciudad. Otros poemas: A Pedro Romero, torero insigne; Abdelkadir y Caliana.

118

Fiesta de toros en Madrid

Madrid, castillo famoso
que al rey moro alivia el miedo,
arde en fiestas en su coso,
por ser el natal dichoso
de Alimenón de Toledo.

Su bravo alcaide Aliatar,
de la hermosa Zaida amante,
las ordena celebrar,
por si la puede ablandar
el corazón de diamante.

Pasó, vencida a sus ruegos,
desde Aravaca a Madrid.
Hubo pandorgas y fuegos,
con otros nocturnos juegos
que dispuso el adalid.

Y en adargas y colores,
en las cifras y libreas,
mostraron los amadores,
y en pendones y preseas,
la dicha de sus amores.

185



Vinieron las moras bellas
de toda la cercanía,
y de lejos muchas de ellas,
las más apuestas doncellas
que España entonces tenía.

Aja de Getafe vino
y Zahara la de Alcorcón,
en cuyo obsequio muy fino
corrió de un vuelo el camino
el moraicel de Alcabón;

Jarifa de Almonacid,
que de la Alcarria en que habita
llevó a asombrar a Madrid,
su amante Audalla, adalid
del castillo de Zorita.

De Adamuz y la famosa
Meco, llegaron allí
dos, cada cual más hermosa,
y Fátima la preciosa
hija de Alí el Alcadí.

El ancho circo se llena
de multitud clamorosa,
que atiende a ver en su arena
la sangrienta lid dudosa,
y todo en torno resuena.

La bella Zaida ocupó
sus dorados miradores
que el arte afiligranó,
y con espejos y flores
y damascos adornó.

Añafiles y atabales,
con militar armonía,
hicieron salva y señales
de mostrar su valentía
los moros más principales.

No en las vegas de Jarama
pacieron la verde grama
nunca animales tan fieros,

junto al puente que se llama,
por sus peces, de Viveros,
como los que el vulgo vio
ser lidiados aquel día,
y en la fiesta que gozó,
la popular alegría
muchas heridas costó.

Salió un toro del toril
y a Tarfe tiró por tierra,
y luego a Benalguacil,
después con Mamete cierra,
el temerón¹ de Conil.

Traía un ancho listón
con uno y otro matiz
hecho un lazo por airón,
sobre la inhiesta cerviz
clavado con un arpón.

Todo galán pretendía
ofrecerle vencedor
a la dama que servía;
por eso perdió Almanzor
el potro que más quería.

El alcaide muy zambrero
de Guadalajara huyó
mal herido al golpe fiero,
y desde un caballo overo²
el moro de Horche cayó.

Todos miran a Aliatar,
que aunque tres toros ha muerto,
no se quiere aventurar,
porque en lance tan incierto
el caudillo no ha de entrar.

Mas viendo se culparía,
va a ponérsele delante;

1. *temerón*: bravucón, fanfarrón.

2. *overo*: de color parecido al del melocotón.

la fiera le acometía,
y sin que el rejón la plante
le mató una yegua pía.³

Otra monta acelerado,
le embiste el toro de un vuelo,
cogiéndole entablado;
rodó el bonete encarnado
con las plumas por el suelo.

Dio vuelta hiriendo y matando
a los de a pie que encontrara,
el circo desocupando,
y emplazándose, se para,
con la vista amenazando.

Nadie se atreve a salir;
la plebe grita indignada;
las damas se quieren ir,
porque la fiesta empezada
no puede ya proseguir.

Ninguno al riesgo se entrega
y está en medio el toro fijo,
cuando un portero que llega
de la Puerta de la Vega
hincó la rodilla y dijo:

«Sobre un caballo alazano,
cubierto de galas y oro,
demanda licencia urbano
para alancear un toro
un caballero cristiano.»

Mucho le pesa a Aliatar;
pero Zaida dio respuesta
diciendo que puede entrar,
porque en tan solemne fiesta
nada se debe negar.

Suspense el concurso entero
entre dudas se embaraza,
cuando en un potro ligero

3. *pía*: de pelo blanco con manchas de otro color.

vieron entrar en la plaza
un bizarro caballero,
sonrosado, albo color,
belfo labio, juveniles
alientos, inquieto ardor,
en el florido verdor
de sus lozanos abriles.

Cuelga la rubia guedeja
por donde el almete sube,
cual mirarse tal vez deja
del sol la ardiente madeja
entre cenicienta nube.

Gorguera de anchos follajes,
de una cristiana primores,
por los visos y celajes
en el yelmo los plumajes,
vergel de diversas flores.

En la cuja⁴ gruesa lanza
con recamado pendón,
y una cifra a ver se alcanza
que es de desesperación,
o a lo menos de venganza.

En el arzón de la silla
ancho escudo reververa
con blasones de Castilla,
y el mote dice a la orilla:
*Nunca mi espada venciera.*⁵

Era el caballo galán,
el bruto más generoso,
de más gallardo ademán:
cabos negros, y brioso,
muy tostado, y alazán;
larga cola recogida
en las piernas descarnadas,

4. *cuja*: bolsa de cuero junto a la silla del caballo en que se introducía el extremo de la lanza.

5. Se refiere a la muerte del padre de Jimena a manos del Cid.

cabeza pequeña, erguida,
las narices dilatadas,
vista feroz y encendida.

Nunca en el ancho rodeo
que da Betis con tal fruto
pudo fingir el deseo
más bella estampa de bruto,
ni más hermoso paseo.

Dio la vuelta al rededor;
los ojos que le veían
lleva prendados de amor.
«Alá te salve», decían,
«déte el Profeta favor.»

Causaba lástima y grima
su tierna edad floreciente;
todos quieren que se exima
del riesgo, y él solamente
ni recela, ni se estima.

Las doncellas, al pasar,
hacen de ámbar y alcanfor
pebeteros exhalar,
vertiendo pomos de olor,
de jazmines y azahar.

Mas cuando en medio se para,
y de más cerca le mira
la cristiana esclava Aldara,
con su señora se encara
y así la dice, y suspira:

«Señora, sueños no son;
así los cielos, vencidos
de mi ruego y aflicción,
acerquen a mis oídos
las campanas de León,

como ese doncel que ufano
tanto asombro viene a dar
a todo el pueblo africano,
es Rodrigo de Vivar,
el soberbio castellano.»

Sin descubrirle quién es,
la Zaida desde una almena
le habló una noche cortés,
por donde se abrió después
el cubo de la Almudena.⁶

Y supo que fugitivo
de la corte de Fernando,
el cristiano, apenas vivo,
está a Jimena adorando
y en su memoria cautivo.

Tal vez a Madrid se acerca
con frecuentes correrías
y todo en torno la cerca;
observa sus saetías,
arroyadas y ancha alberca.

Por eso le ha conocido,
que en medio de aclamaciones
el caballo ha detenido
delante de sus balcones,
y la saluda rendido.

La mora se puso en pie
y sus doncellas detrás;
el alcaide que lo ve,
enfurecido además,
muestra cuán celoso esté.

Suena un rumor placentero
entre el vulgo de Madrid:
«No habrá mejor caballero»,
dicen, «en el mundo entero»,
y algunos le llaman Cid.

Crece la algazara, y él,
torciendo las riendas de oro,
marcha al combate crüel;
alza el galope; y al toro
busca en sonoro tropel.

6. Sobre la Virgen de la Almudena, ver *Virgenes y Santos de Madrid* (pág XXXIV).

El bruto se le ha encarado
desde que le vio llegar,
de tanta gala asombrado,
y al rededor le ha observado
sin moverse de un lugar.

Cual flecha se disparó
despedida de la cuerda,
de tal suerte le embistió;
detrás de la oreja izquierda
la aguda lanza le hirió.

Brama la fiera burlada;
segunda vez acomete,
de espuma y sudor bañada,
y segunda vez la mete
sutil la punta acerada.

Pero ya Rodrigo espera
con heroico atrevimiento,
el pueblo mudo y atento;
se engalla el toro y altera,
y finge acometimiento.

La arena escarba ofendido,
sobre la espalda la arroja
con el hueso retorcido;
el suelo huele y le moja
en ardiente resoplido.

La cola inquieto menea,
la diestra oreja mosquea,
vase retirando atrás,
para que la fuerza sea
mayor, y el ímpetu más.

El que en esta ocasión viera
de Zaida el rostro alterado
claramente conociera
cuánto la cuesta cuidado
el que tanto riesgo espera.

Mas, ¡ay, que le embiste horrendo
el animal espantoso!
Jamás peñasco tremendo

del Cáucaso cavernoso
se desgaja, estrago haciendo,
ni llama así fulminante
cruza en negra obscuridad
con relámpagos delante
al estrépito tronante
de sonora tempestad,

como el bruto se abalanza
en terrible ligereza;
mas rota con gran pujanza
la alta nuca, la fiereza
y el último aliento lanza.

La confusa vocería
que en tal instante se oyó
fue tanta que parecía
que honda mina reventó,
o el monte y valle se hundía.

A caballo como estaba,
Rodrigo el lazo alcanzó
con que el toro se adornaba;
en su lanza le clavó
y a los balcones llegaba.

Y alzándose en los estribos
le alarga a Zaida, diciendo:
«Sultana, aunque bien entiendo
ser favores excesivos,
mi corto don admitiendo,
si no os dignáredes ser
con él benigna, advertid,
que a mí me basta saber
que no le debo ofrecer
a otra persona en Madrid.»

Ella, el rostro placentero,
dijo, y turbada: «Señor,
yo le admito y le venero,
por conservar el favor
de tan gentil caballero.»

Y besando el rico don,
para agradar al doncel,
le prende con afición
al lado del corazón,
por brinquiño⁷ y por joyel.

Pero Aliatar el caudillo
de envidia ardiendo se ve,
y trémulo y amarillo,
sobre un tremecén rosillo⁸
lozaneándose fue.

Y en ronca voz, «Castellano»,
le dice, «con más decoros
suelo yo dar de mi mano,
si no penachos de toros,
las cabezas del cristiano.

Y si vinieras de guerra
cual vienes de fiesta y gala,
vieras que en toda la tierra,
al valor que dentro encierra
Madrid, ninguno se iguala.»

«Así», dijo el de Vivar,
«respondo», y la lanza al ristre
pone y espera a Aliatar;
mas sin que nadie administre
orden, tocaron a armar.

Ya fiero bando con gritos
su muerte o prisión pedía,
cuando se oyó en los distritos
del monte de Leganitos
del Cid la trompetería.

Entre la Monclova y Soto
tercio escogido emboscó,
que viendo cómo tardó,
se acerca, oyó el alboroto,
y al muro se abalanzó.

7. *brinquiño*: dije, adorno.

8. *tremecén*: caballo de Tlemcen, en Argelia; *rosillo* : de pelo blanco, negro y castaño.

Y si no vieran salir
por la puerta a su señor
y Zaida a le despedir,
iban la fuerza a embestir,
tal era ya su furor.

El alcaide, recelando
que en Madrid tenga partido,
se templó disimulando,
y por el parque florido
salió con él razonando.

Y es fama que a la bajada
juró por la cruz el Cid
de su vencedora espada,
de no quitar la celada
hasta que gane a Madrid.

119

A las niñas premiadas por la Sociedad Económica de Madrid en la distribucion de 1779

¿Habéis ya, padres de la patria, dado
el premio justo, el galardón debido,
que la virtud y el mérito han ganado?

¿Habéis ya con preseas distinguido,
y con preciosos dones, este coro
de vírgenes hermosas escogido?

¿Habéisle honrado con gritar sonoro,
venciendo sus elogios las arenas
del mar que baña desde el indio al moro?

¿Están de joyas y de gozo llenas,
como en Elis⁹ los fuertes luchadores
de las pitias y olímpicas faenas?

9. Capital de la Élide, en el Peloponeso. Allí se celebraban los juegos olímpicos.

¿Confiesa el mundo ya con mil loores
cómo el brazo español sabe igualmente
rendir monarcas que ejercer primores?

Pues si nadie verdad tan evidente
hoy ya disputa, ¡oh sacra poesía!,
baja del cielo a iluminar mi mente.

Baja, y dame tu voz, que éste es mi día.
Y si yo no levanto a las estrellas
a ese hermoso escuadrón, lo extrañaría.

Mi verso aspira a celestial por ellas;
por ellas soy en Maredit¹⁰ nombrado
el honesto cantor de las doncellas.

Y pues yo falto sólo, y escuchado
soy, gremio excelso, y el oído inclinas
al eco que otra vez has celebrado,

repito sus virtudes peregrinas,
como cuando a la cítara española
puse aquí cuerdas griegas y latinas.

Y porque no lo goces, Madrid, sola,
y vuele su virtud por do triunfante
el pabellón de Carlos se tremola,

la amiga musa en patrio verso cante
a despecho de espíritus malignos,
y de la envidia, que rabiando aguante.

Ya con influjos que vertió benignos
sesgó el zodiaco, iluminando Febo
las doce casas de los doce signos.

10. Maredit: Madrid. A lo largo del poema se la llama también Mantua, Majerito, Majerit, Ursaria.

Después que, a impulsos del honroso cebo,
de mano femenil vimos primores,
que estimularon a trabajo nuevo,

cuando la fama en ecos voladores
a nuevo empeño a la palestra llama
al virgíneo escuadrón y sus labores,

las niñas españolas, que la fama
a ejemplo de sus padres apetece,
arden en fiel pundonorosa llama.

De Minerva al estrépito se ofrecen.
Alzó la frente el patrio Manzanares,
a quien lirios entre álamos guarnecen,

y vio, no sin asombros singulares,
en sus hijas la célica hermosura,
con quien no es justo, oh Venus, te compares;

vio la gala, el donaire y compostura,
la gracia inimitable que enamora,
y alma más que de humana criatura;

la pompa y garbo, y la invención señora,
el modo, el atractivo, y cuanto encierra
la extrema perfección encantadora.

No creeré que eran ninfas de otra tierra
las que hicieron los dioses animales,
y a las diosas con celos cruda guerra,

sino nacidas junto a los umbrales
que el rey León de Armenia un tiempo habita¹¹
con pozos de agua dulce y pedernales;

11. En 1383 el rey don Juan I, tras haber intercedido ante el de Babilonia para que fuera liberado el rey León VI de Armenia, concedió a éste el señorío de Madrid. Ante la protesta de la villa, don Juan I prometió devolverla a la Corona de Castilla tras la muerte del rey León VI de Armenia, que se produjo en 1391.

donde reina el esmero, y exquisita
discreción, y lindeza cortesana,
con fuerza que arrebatara y precipita.

No hechizos dieron en la edad anciana
las de Tiro y Sidón más halagüeños,
ni hoy belleza de Persia o georgiana.

Si esto juzgáis de la pasión empeños,
confesadlo, extranjeros, abrasados
al volcán de los ojos madrileños.

Mas tales dotes, aunque no negados,
no admiran tanto al carpentano río
como el verlos tan bien aprovechados.

Pues sin virtud es todo desvarío.
¿Ni de qué sirve cuanto acopia el cielo
en los mortales con influjo pío?

La virtud, el trabajo y patrio celo,
movieron a las niñas inocentes
a la contienda y laborioso duelo.

Vinieron de los barrios diferentes
de Mantua, emperatriz de entrambos mundos,
reina augusta y señora de las gentes.

Vinieron con semblantes pudibundos
las que habitan al austro, donde lava
los pies el agua de arboles fecundos.¹²

Ninguna de éstas fue del ocio esclava,
y antes que suba a la piadosa escuela,
diestra en tejer cordones, los acaba.

12. Lavapiés.

Ni las que miran de justar la Tela
faltan, ni las que están hacia los juegos
de Rufina y Campillo de Manuela.

Desde allí hasta la cuesta de los Ciegos,
y la calle a quien dieron nombradía
perdida Rodas, fugitivos griegos.¹³

Las que el cristal del Ave de María
beben muy puro en misteriosa fuente,
las de la nueva y vieja Morería.

También vosotras, que el salitre ardiente
veis destilar en el reciente hornillo,
y los baños de fábrica reciente.

De la Huerta del Bayo y del Cerrillo
vienen, y del corral de las Naranjas,
y del moro Alamín y hoy Alamillo.

Éstas saben tejer flecos y franjas,
obra morisca, y saben que el juzgado
suyo allí estuvo entre el arroyo y zanjas.

Tú, labrador divino, que has sacado
de la Almudena el agua a maravilla,
como el trigo en su cubo reservado,

enviaste de tu calle y la Vistilla
niñas honestas en virtud iguales,
y de los Torrejones de la Villa.

Ni holgaron con el fresco en sus portales
las que de San Cebrián la antigua ermita
buscan en torno, y no hallan las señales.

13. La calle de Rodas, junto a Embajadores, no tomó el nombre de los griegos, sino de Simón Rodas, un fabricante de curtidos que allí vivía y que murió de 106 años.

Ni del ciego Alcorán ven la mezquita,
que ya el apóstol príncipe mejora,
ni del maese Hazán la obra exquisita.

También llegaron a la primer hora
las del Cerrillo de la Cruz, que atruena
con ridícula farsa que desdora.

Y de la plazoleta donde suena
solo el nombre del Ángel, que es segura
menos que aire la fábrica no buena.

Las de la fuente que condujo el cura¹⁴
de Colmenar, se ofrecen placenteras,
y de la calle que por tesón dura,¹⁵

y de la de las Conchas o Veneras,
con su casa hospital de Peregrinos,
pues no hay vagas hipócritas romeras.

El profundo arenal, que dio caminos
al agua, y dio llanura, que no había
tragando en sí los cerros convecinos,

es ya calle que niñas mil envía,
y es casa de doncellas laboriosas
la que lo fue de vil mancebería.

Dos calles remitieron presurosas
de sus pueblas las castas inocencias,
y tres Cavas sus hijas oficiosas.¹⁶

Y el pretil y escarpadas eminencias
del Castillo y Estudio, porque el moro
te llamó, oh Maredit, madre de ciencias;

14. La fuente del cura, del siglo XV. Fue una de las primeras que provocó la admiración de los madrileños.

15. Calle de Sal-si-puedes.

16. Las dos calles de la Puebla, y las Cavas alta, baja, y de San Miguel.

presentaron sus niñas con decoro,
que se admiran de oír en su barriada
cómo retumba el cóncavo sonoro.

Y es que allí la Alcazaba torreada
un tiempo fue del moro y el cristiano,
con minas, silos, cuevas y escapada,

que duran a pesar del tiempo cano,
y cuatro torres en la casa antigua,
obra real a estilo castellano.

Moslema tuvo habitación contigua,
sabio astrólogo moro, en Majerito,
que los hados futuros averigua.

Entre cercas de fuego en tal distrito,
al rey hallaron los embajadores
sobre un león con ánimo inaudito.¹⁷

Y por el aire y situación mejores,
luego en la torre de Hércules, robusto
palacio deja que el dragón explore.

Y Carlos Quinto, emperador agosto,
la dio su nombre, y el que vive, y viva,
desde ella manda con imperio justo,

decidiendo con rayo o con oliva
de la suerte del orbe y los mortales,
al universo que en su apoyo estriba.

17. Juan de Mena, en *El laberinto de Fortuna*, estrofa 222, refiriéndose al rey Don Juan II, dice:

«Tal lo fallaron ya los oradores
en la su villa de fuego cercada,
cuando le vino la gran embajada
de bárbaros reyes e grandes señores»:
y en la estrofa 228:
«velloso león a sus pies por estrado».

Las que junto a las termas minerales,
que tuvo Majerit antiguamente,
con pilas de fogosos pedernales,

viven, dejaron el metal luciente,
oh calle rica, que del trasmierano
Herrera ves la segoviana puente.¹⁸

Y vinieron también del altozano,
que fue campo del rey, hoy su armería,
y del portón de Balnadú africano.

No las detuvo la alta valentía
del gran Palacio, ni la nueva puerta
de Castilla, sus fuentes, y ancha vía.

Ni el justo elogio dejará encubierta
la virtud de vosotras, que habitando
junto al pozacho, trabajáis alerta;

ni la que ve que ya no están manando
los Caños del Peral, antiguamente
de Paraíso, queda en ocio blando.

O las que labran junto la eminente
atalaya deshecha, que a su calle
nombran de Espejo equivocadamente.

Ni a las que aparta el legamoso valle
de Leganitos con su alcantarilla,
ya llana, teman que mi verso calle.

¡Oh, monte espeso de la Ursaria villa,
quinta del rey don Pedro, donde yace
la luz del candilejo de Sevilla!

18. En la calle de Segovia estaba la casa de la Moneda. Juan de Herrera había nacido en Trasmiera, región de Cantabria.

Tu gran barriada, que añadir le place
al segundo Filipo en anchurosas
calles que forma, y mil cruceros hace,

envió niñas honestas y hacendosas,
que hacia el ártico polo están mirando
al dragón enroscado entre las osas.

Ni dejarán mis versos de ir loando
las que, hechas las hazanas de su casa,
de Maravillas vienen en fiel bando.

Y del Barquillo, término que pasa
de Vicálvaro al tuyo, que algún día,
¡oh patria humilde!, en tierra fuiste escasa.

Aguardad, que ya va la musa mía
a celebrar las de la Red, en donde
el ganado en un tiempo se vendía.

Ni en silencio pasarte corresponde
gran calle, andén de Olivo jebuseo,¹⁹
que hoy tanta regia máquina le esconde.

Tus hijas llegan con feliz deseo,
que ven venir, al sol del claro oriente,
las damas de los toros y el paseo.

Ningún precepto hará que yo no cuente
a las que suben de la Redondilla,
de mil ninfas vergel antiguamente;

porque en el tiempo que ensanchó la villa,
y fundó el monasterio edificado
del río, al paso en la juncosa orilla,

19. La calle de Alcalá.

jebuseo: de Jebús, Jerusalem.

el Cuarto Enrique en el antiguo Prado
hizo ruar las damas muy galanas,
y allí su caballero amartelado:

ellos en potros, y ellas en lozanas
mulas con sus gualdrapas, andariegas,
y con sillas jinetas y rudanas.

Mas aunque, ¡oh tiempo!, todo lo trasiegas,
no evitarás por mí ser alabadas
las de otras calles, cuyo autor no niegas.

De Jácome de Trezo, y las barriadas
de Juanelo, del de Alba, del Bastero,
de las Urosas y las Maldonadas.

Muchas vienen también del Mentidero,
de las Damas, plazuela de Moriana,
eras de San Martín, que fue primero.

Los Fúcares de Génova, y la anciana
permisión de los Francos, y de oriente
la abada horrenda, u elefanta indiana,

dan a sus calles nombre permanente,
que hoy le afirman las niñas sus vecinas,
con el de los Octoes juntamente.

Y las que llenan alcarrazas²⁰ finas
de agua en Puerta Cerrada, y de Toledo
en la calle, San Juan y Cuatro Esquinas.

Suplid, señores, que olvidar no puedo
de Atocha la ancha estrada, y la pequeña
calle del Niño, en que vivió Quevedo;

20. *alcarrazas*: vasijas de barro.

ni la oculta plazuela, cuya leña
allí trajeron mil carreterías,
como el nombre en la calle nos lo enseña.²¹

Los comuneros, en turbados días
por aquí vieron de la villa el foso
contra la rebelión y tropelías.

Después, siguiendo el tiempo belicoso,
el gremio la ocupó de broqueleros;
ya no usamos adorno tan honroso.

Las madres, que habitando en los cruceros,
de la Puerta del Sol ven el gentío,
estruendo y confusión de forasteros,

no dejaron criar a su albedrío
sus hijas, que en labores divertidas
hoy de aspirar al premio tienen brío.

No seréis en mis versos omitidas
las que de Santa Cruz en clara fuente
laváis manos en lana entretenidas.

Hubo aquí gran laguna antiguamente
de Luján, del vicario aquí la audiencia;
hoy la torre soberbia y eminente.

Del alto capitel, y la eminencia
se ven llegar las niñas, sin castigo,
se admira sin los años la prudencia.

Desde el piadoso albergue del mendigo²²
al atillo de Losa, y hasta donde
Gil Imón de la Mota abrió postigo.

21. Calle de Carretas.

22. El Hospicio.

Y en fin, la muchedumbre que se esconde
en esta regia Babilonia hispana
al superior influjo corresponde.

El blando lino, la preciosa lana,
que al refino Meléndez fue tarea,
y en Segovia amarró la flota indiana;²³

la hebra que al espadar más hermosea,
dada al desgargolar de los viciosos
cañamares, que huelen a ajedrea;²⁴

fueron los materiales: con ansiosos
impulsos una y otra lo arrebatá,
pone el copo²⁵ con actos bulliciosos.

La seña espera a su deseo grata,
y en sendos tornos, que en la sala había
el ímpetu de todas se desata.

Allí se ve el afán y la porfía,
la noble emulación, y volteando
los rodetes sonar con armonía.

La mano, el pie, la vista, el dedo blando,
el brazo, el pecho casto y anhelante,
sin tregua ni descanso trabajando,

cual enjambre de abejas susurrante
que en la fuente Locaya a las riberas
del Arias liba el toronjil fragante.²⁶

23. Meléndez, fabricante de paños de Segovia. La flota no partía hasta que llegaban sus paños.

24. *espadar*: raspar el cáñamo; *desgargolar*: sacudir el cáñamo seco; *cañamares*: campos de cáñamo.

25. *copo*: porción de cáñamo dispuesto para ser hilado.

26. La fuente Locaya está en Guadalajara. *Arias*: afluente del Tajo.

No hay doncella laconia²⁷ a quien pudieras
comparar su virtud, bilando lana,
que en púrpura dos veces la tiñeras.

Así serían en la edad anciana
del buen Gracián Ramírez ambas hijas,
que amparó la de Atocha soberana.²⁸

Ellas insisten al trabajo fijas,
con tesón incansable porfiado,
acusando las horas de prolijas.

Quien al brazo español ha sindicado
de lento, admire y su opinión desmienta,
o a otra causa lo achaque, si ha acertado;

que ya mi tropa femenil, contenta
dio fin a la carrera comenzada,
e intrépida, aunque honesta, se presenta

de amantes curadores escoltada:
viene con su labor por la corona
tan dignamente en tal edad ganada.

De la ancha plaza el término abandona,
de doña Nucla el Pozo atrás dejando,²⁹
que de Isidro los méritos pregonan.

El gremio virginal camina entrando
ya por la puerta de Guadalfajara,
por do entró Alfonso a hollar el moro bando.

No fue mayor la grita y algazara,
cuando a su rey sirviendo generoso,
entró a alzar el pendón en su almenara.

27. *laconia*: espartana.

28. Ver *Virgenes y Santos de Madrid* (pág XXXIV).

29. En la calle Mayor.

Y a ser primer alcaide valeroso,
con Babieca y Tizona relumbrante,
Rodrigo de Vivar, el victorioso.

La hermosura pueril sigue adelante,
la preciosa arte de la platería
la rinde al paso el oro y el diamante.

Llegan al atrio, en que se reunía
el reino en cortes, y se amenazaba
al bárbaro poder de Andalucía.

Torre que vio la majestad esclava
dejan, ¡oh patria!, y suben al asiento
donde el concurso amplísimo esperaba.

Osténtase el magnífico aposento
en el Alcázar de Madrid la Ursaria,
que terrones de fuego es su cimiento.

La arquitectura y compostura varia,
y el real follaje del dosel augusto
del que es noche y aurora tributaria;

todo respira amor, respeto justo:
aquí está el patriotismo entronizado
sobre el ocio vilfísimo y adusto.

Aquí están las virtudes, el sagrado
templo aquí tienen, y la envidia calle,
de próceres insignes frecuentado.

La Musa el nombre en claro verso entalle
del que dirige en la primera silla,
con guirnalda de lirios de su valle:

del pretor justo de la imperial villa,
del pontífice ilustre toledano,
y el gran jurisconsulto de Castilla.

Todos admiran de la tierna mano
primores increíbles, todos sienten
que es corto premio aun el tesoro indiano.

Ellas que el ocio e interés desmienten,
sólo de honor el noble pecho lleno,
ni otra palabra articular consienten.

Aquí la aclamación, roto ya el freno,
retumbó por las bóvedas zumbando,
y el ruido extiende a imitación del trueno.

Si es lícito decirlo, como cuando
al prado baja la divina Luisa
con las gracias en torno revolando,

que el pueblo denso con amante prisa
corre; ni el gran tropel de los ardientes
caballos rompe la lealtad sumisa.

Alzan alegre voz todas las gentes,
las subterráneas minas escucharon
los ecos de clarines diferentes.

Timbales y plateles resonaron
de música albanesa, que en Sicilia
los valientes de Alcántara ganaron.

Que así aplaude la hispánica familia
a su princesa, que con real belleza
los ánimos de todos se concilia.

Y ella en carroza de oriental riqueza
va estimando finezas tan extrañas,
con tanta majestad, y tal grandeza,

cuanta infunde esperar de sus entrañas
un magnífico príncipe heredero
de dos mundos, dos Indias, dos Españas.

No es menor el aplauso verdadero
de la sociedad regia, que ha amparado
el que fue entre los Carlos el tercero.

¡Sacro Señor! Habiendo pronunciado
tan portentoso nombre, ¿quién pudiera
no ser de humilde amor arrebatado?

El respeto perdone: la alta esfera
resuena con aplausos repetidos
del pueblo que por numen os venera.

El Dios de los ejércitos, crecidos
premios dé al celo y religión constante,
dignamente por ella merecidos.

Eche su bendición, que al Orco espante,
sobre vuestras fortísimas legiones,
y poderosa armada fulminante.

Y, oh ninfas inocentes, oblacones
al cielo dirigid, por quien merece
ser dueño universal de las naciones.

Agradecedle el premio que os ofrece;
ya veis lo que es virtud, y su alto vuelo
hasta dónde arrebatada y engrandece.

Ya veis, por ella elogio a vuestro anhelo;
sin ella, ¿cuándo fuerais en tal día
con versos levantadas hasta el cielo?

No desmayéis, que ya la musa mía
dulces epitalamios os empieza,
pues sigue a tal afán casta alegría.

Ya no cantaré más el aspereza,
la rota fe e ingratitud horrible
de una inconstante y bárbara belleza;

sino el valor y aplicación plausible
de vuestro pensamiento generoso,
y vuestra educación irreprochable.

Dichoso el tiempo que aplicáis, dichoso
al que le deis la nunca ociosa mano,
con el nombre amantísimo de esposo.

Mayor felicidad al reino hispano
dará vuestra labor, que la que pende
de la inestabilidad del oceano.

Y pues la patria a vuestro premio atiende,
trabajad, levantando al alto cielo
súplica humilde, que los aires hiende.

Pedid que de esta patria el santo celo
se logre pronto, y que con pompa altiva
la paz afirme por el ancho suelo,
sus armas triunfen, y que Carlos viva.

120

Madrid antigua y moderna

Los soberbios palacios
con que, ¡oh Madrid altiva!, te engrandeces,
ocupan los espacios
anchos que en tus niñeces
los arados rompieron tantas veces.

Viñedos y aranzadas
del suelo que ocupaste has apartado,
y hay torres levantadas,
donde en tiempo pasado
creció el olivo, a Palas consagrado.

Por donde con el trillo
circularon las yuntas de los bueyes

211



sobre el haz amarillo,
van dando al orbe leyes,
en carro ebúrneo, príncipes y reyes.

Fuiste ignorada aldea,
y eres cabeza ya de entrambos mundos;
no aparta la febea
luz sus rayos fecundos
de tus tierras y piélagos profundos.

Mas no de la grandeza
presente fíes; todo es vanidades,
y acaba cuanto empieza,
pues ya en nuestras edades,
ni Troya, ni Palmira³⁰ son ciudades.

La Atlántica famosa
se hundió en el mar; voraz, el tiempo altera
el globo, no reposa;
no es hoy lo que antes era;
ni ya Tule tampoco es la postrera.

30. *Palmira*: Antigua ciudad de Siria, una de las más importantes del Oriente en la antigüedad. Fue destruida por Aureliano el año 272.

XXXV. JOSÉ CADALSO

(Cádiz, 1741 - Gibraltar, 1782.) Estudió en el colegio de jesuitas de Cádiz, y en 1758 ingresó en el Seminario de Nobles de Madrid. Viajó por el extranjero y aprendió inglés, francés e italiano. Tuvo una sólida cultura. Caballero de Santiago, militar, desterrado de la Corte. Se enamoró apasionadamente de la actriz María Ignacia Ibáñez, cuya temprana muerte fue la causa primera de sus *Noches lúgubres*. Valorado ante todo como prosista, son estimables también algunas de sus composiciones poéticas.

121

A las ninfas de Manzanares, ofendidas por un libelo que se le atribuyó al autor, con cuyo motivo salió de Madrid la noche última de octubre de 1768¹

Ninfas de Manzanares,
felices y adorables semidiosas,
oíd de mis pesares
los ayes y las quejas lastimosas.
¡Tantas aguas no lleva vuestro río
como lágrimas vierte el llanto mío!
Madrileñas divinas,
cuya dulzura, halago y genio afable,
cuyas miradas finas
el genio ablandarán más intratable.
Si al cielo pide el hombre su consuelo,
yo mi consuelo pido a vuestro cielo.
Algún astro, celoso
de la inmensa fortuna que gozaba
mi corazón dichoso,
mis indecibles dichas envidiaba,

1. Al parecer, Cadalso fue el autor de un escrito sin firma en que se ridiculizaban las costumbres de la aristocracia madrileña. Tras el escándalo originado, Cadalso fue desterrado de Madrid.

213



y por tanto, cortó con golpe airado
mi vuelo, hasta los cielos remontado.

Y si fuisteis diosas
en el castigo acerbo que me disteis,
y mujeres furiosas
por el mal proceder con que lo hicisteis
(pues, por un crimen nunca comprobado,
fui, antes que convicto, castigado),
volved a ser deidades,
la bondad vuélvase a vuestro pecho.
¡Ah!, cesen las crueldades,
y unid el corazón que habéis deshecho
(así como después que el rayo aterra,
el iris une al cielo con la tierra),
para que el corazón mío,
sus penas olvidando y sus pesares,
llegando a vuestro río,
las orillas besando a Manzanares,
repita ya sin voces lastimosas:
«¡Cuán adorables sois, oh semidiosas!»

XXXVI. FRANCISCO GREGORIO DE SALAS

(Jaraicejo [Cáceres], ? - Madrid, 1808.) Capellán de la Real Casa de Santa María Magdalena de Recogidas de Madrid, y académico honorario de la Academia de San Fernando. Vivió rodeado de la admiración y el afecto de todos, gracias a su sencillez, modestia, amabilidad e inteligencia. Rechazó los honores y la envidia. Leandro Fernández de Moratín afirmaba, como un elogio, que aún valía más su persona que su obra.

122

Crítica de las veletas extraordinarias de Madrid

En la cúpula de la iglesia parroquial de San Miguel había una veleta, cuya pala se componía de una efigie del santo sobre una mala figura del diablo, amenazándole con una espada, y dando vueltas con el imperio del aire. Y viéndola el autor, dijo:

Todos podemos ver
de dónde los aires vienen,
pues los dos que lo previenen
muy bien lo pueden saber.
Sólo podrá suceder
que el diablo mienta insensato;
pero el santo poco grato
dirá, al ver su falsedad:
«Pícaro, di la verdad.
Mira que si no, te mato.»

Sobre la iglesia del hospital de San Pedro, y de la torre de la parroquia, están en las veletas las llaves del cielo, con que regularmente pintan al santo. A las cuales corresponde la siguiente décima:

Puestas con grande desvelo
y con arrogante gala,

215



de la veleta en la pala
se ven las llaves del cielo.
El autor, lleno de celo
con justísima razón,
las colocó en conclusión
en la altura en que se ven,
para que más cerca estén
de las puertas donde son.

*En la torre de la parroquia de Santa María sirve de veleta
un ángel, asestando hacia la parte donde viene el aire un
dardo, flecha o lanza, en esta forma:*

Hay en la torre lucida
tres globos asegurados,
unos y otros colocados
en disminución medida.
Sobre la punta crecida,
hacia donde el aire carga,
con ademán de botarga
se ve un angelón ligero,
en figura de torero
picando de vara larga.

*Sobre las dos torres de San Cayetano hay dos cigüeñas que
sirven de veleta, sin duda por alusión a que estas aves acos-
tumbran a hacer sus nidos en semejantes parajes.*

Ligeras y preparadas
para dar del aire señas,
hay dos famosas cigüeñas
en las torres colocadas.
Allí siempre avecindadas
de los vientos en la lid,
son, por semejante ardid,
las únicas que ab aterno
se habrán quedado en invierno
en las torres de Madrid.

Sobre la media naranja de la antigua capilla de San Isidro Labrador, con alusión a la profesión del santo, están todos los aperos de la labranza.

En lo alto se ve al desgaire
la rústica colección,
sin duda con intención
de hacer surcos en el aire.
Con ligereza y donaire,
se observa de cuando en cuando
un agujón volteando,
prevenido a toda ley,
para arrear algún buey,
si acaso pasa volando.

Sobre el alto cascarón de la iglesia de San Basilio, hay una mitra, cruz, báculos y demás insignias episcopales, con alusión a la dignidad que obtuvo el santo fundador.

Sobre el alto cascarón
hay puestas, a buena luz,
mitra, báculos y cruz,
que sirven de conclusión.
Con justísima razón,
del promontorio rotundo,
ancho, elevado y profundo,
creerse puede, en rigor,
que es la cabeza mayor
que habrá con mitra en el mundo.

En la iglesia de la Victoria están en la veleta las armas o escudo de la Religión, en esta forma:

Encima de un espigón
se ve una inscripción patente,
que señala claramente
Charitas en un renglón.
Esta excelente invención

toda falsedad derriba,
pues es una cifra viva
que publica con verdad
que se halla la caridad
sólo de tejas arriba.

*En la antigua casa del Salvador está en la veleta el mundo,
que acostumbran a ponerle en la mano.*

Prueba da clara y desnuda
la veleta con razón
de la moderna opinión
que todo sistema muda.
Pues el autor fue, sin duda,
del singular sentimiento
de que al impulso del viento,
con las vueltas que ella da,
en vez de la esfera, está
en el mundo el movimiento.

*En la del Buen Suceso se ve una estrella en medio de la pala,
sin duda por la pueril alusión al juego de vocablo con que
concluye la siguiente décima:*

Tan extraña invención hallo,
que sería más discreta,
sí, como es para veleta,
fuera para algún caballo.
El autor, echando el fallo
a toda infausta querella,
hoy a la veleta bella,
para hacerla con gran seso
veleta de buen suceso,
la hizo nacer con estrella.

En las de las Comendadoras, y parroquias de Santiago y San Juan, se ven los respectivos escudos de las Órdenes Militares.

Por la continua contienda
que con los aires mantienen,
un claro derecho tienen
a la mejor encomienda.
Razón es se las atienda
en cualquiera regalía,
pues, con tanta valentía
y singulares alientos,
riñendo están con los vientos
que vienen de Berbería.

Sobre el tejado del Gabinete de la Historia Natural hay una paloma con un ramo de oliva en el pico, sirviendo de veleta.

Sobre el bello Gabinete,
con la oliva misteriosa
se ve una paloma hermosa,
que a los aires se somete.
Razón es no se la inquiete
en el sitio en que se ve,
pues siendo el lugar en que
se guarda todo animal,
ella la feliz señal
trae al arca de Noé.

En el colegio de Santo Tomás sirve de veleta el perro con que pintan a Santo Domingo, el cual con la cola gobierna el aviso de los vientos en esta forma:

Con ligereza no poca,
del chapitel en el fin
se ve un pequeño mastín
con un hachón en la boca.
Cuando el calor le sofoca,
el perro por varios modos,

ajeno de coger lodos,
con diligencia y donaire
se vuelve a tomar el aire
por donde lo arrojan todos.

123

Verdadero retrato de la calle de San Antón de Madrid

Perros, borricos y machos,
viejas horribles y eternas,
bodegoncillos, tabernas,
y suciedad de muchachos;
gran número de borrachos,
juramentos y disputas,
cáscaras de varias frutas,
verduleras y cabreros,
muchos chiquillos en cueros
y rabaneras astutas.

124

De los naturales de Madrid

Aun las personas más sanas,
si son en Madrid nacidas,
tienen que hacer sus comidas
de píldoras y tisanas.
Diamantes como avellanas,
estirado corbatín,
ricas vueltas y espadín
suele ser su adorno bello,
mas siempre marcado el cuello
con sellos de Antón Martín.

220



125

A la mala fachada del Hospicio

Nadie enmienda esta fachada
ridícula, y no me admiro
que siempre allí permanezca,
pues creo que por castigo,
este desorden del arte
debe estar en el Hospicio.

126

Juicio del gentío que concurre a pasearse al Prado

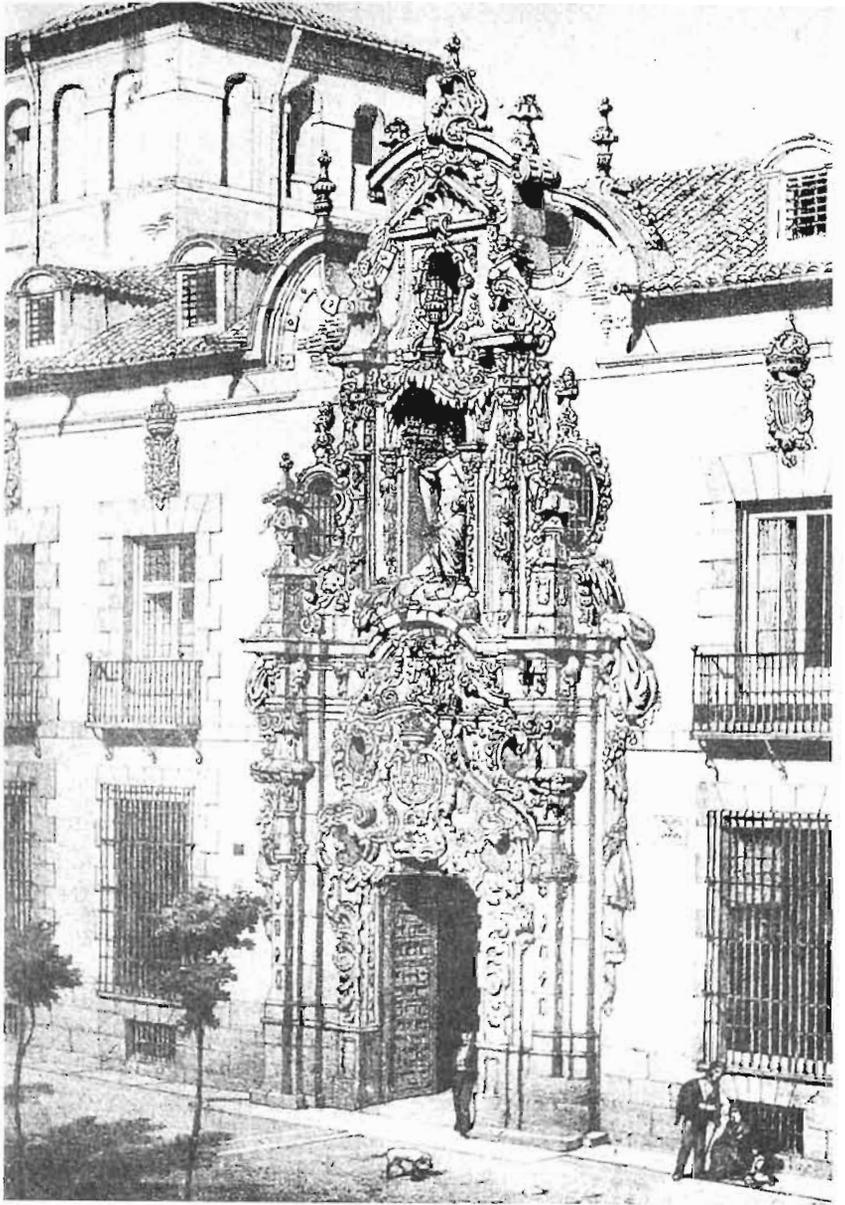
En la baraja del Prado
hay muchos bastos y copas,
pocos oros, muchos ases,
malillas siempre de sobra,
y con los inmensos coches,
arrastres a todas horas,
algún caballo de espadas,
ningún rey, y muchas sotas.

127

**Para pedir a Dios el agua, por intercesión de San Isidro
y de su esposa Santa María de la Cabeza**

Glorioso labrador justificado,
que con tu santa venerada esposa,
desde la humilde *esteva*¹ venturosa
hasta el cetro inmortal fuiste elevado.

1. *esteva*: mancera, parte del arado sobre la que se apoya la mano.



Fachada del Hospicio

Tú, que tras del impulso del arado,
fecundaste con mano generosa
la porción más amena y espaciosa
del carpetano suelo afortunado:

pues veis nuestra aflicción y desconsuelo
en la gran sequedad que el campo encierra,
y la abominación que el hombre fragua,

alcancen vuestros méritos del cielo,
y reguemos con lágrimas la tierra
para que Dios la riegue con el agua.

XXXVII. GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS

(Gijón [Asturias], 1744 - Vega [Asturias], 1811.) Estudió en Oviedo, Ávila y Alcalá. En Sevilla fue alcalde de la Sala del Crimen. Propuso la abolición de la tortura y la reforma del sistema penitenciario. En Madrid fue ministro de Gracia y Justicia y miembro de la Real Academia Española, y de las Academias de la Historia y de San Fernando. Su actitud crítica frente a Godoy le valió la prisión en Mallorca. En 1808 es nombrado miembro de la Junta Central. Cultivó diversos géneros sobre una gran variedad de temas, y es uno de los más altos representantes de nuestra Ilustración.

128

Epístola de Jovino a Anfriso,¹ escrita desde El Paular

Desde el oculto y venerable asilo,
do la virtud austera y penitente
vive ignorada, y del liviano mundo
huida, en santa soledad se esconde,
Jovino triste al venturoso Anfriso
salud en versos flébiles envía.
Salud le envía a Anfriso, al que inspirado
de las mantuanas musas, tal vez suele
al grave son de su celeste canto
precipitar del viejo Manzanares
el curso perezoso, tal süave
suele ablandar con amorosa lira
la altiva condicion de sus zagalas.
¡Pluguiera a Dios, oh Anfriso, que el cuitado,
a quien no dio la suerte tal ventura,
pudiese huir del mundo y sus peligros!
¡Pluguiera a Dios, pues ya con su barquilla
logró arribar a puerto tan seguro,

1. *Anfriso*: Mariano Colón de Larreátegui, duque de Veragua.

que esconderla supiera en este abrigo,
a tanta luz y ejemplos enseñado!
Huyera así la furia tempestuosa
de los contrarios vientos, los escollos
y las fieras borrascas, tantas veces
entre sustos y lágrimas corridas.
Así también del mundanal tumulto
lejos, y en estos montes guarecido,
alguna vez gozara del reposo,
que hoy desterrado de su pecho vive.
Mas, ¡ay de aquél que hasta en el santo asilo
de la virtud arrastra la cadena,
la pesada cadena, con que el mundo
oprime a sus esclavos! ¡Ay del triste
en cuyo oído suena con espanto,
por esta oculta soledad rompiendo,
de su señor el imperioso grito!

Busco en estas moradas silenciosas
el reposo y la paz que aquí se esconden,
y sólo encuentro la inquietud funesta
que mis sentidos y razón conturba.
Busco paz y reposo, pero en vano
los busco, oh caro Anfriso, que estos dones,
herencia santa que al partir del mundo
dejó Bruno en sus hijos vinculada,
nunca en profano corazón entraron,
ni a los parciales del placer se dieron.

Conozco bien que fuera de este asilo
sólo me guarda el mundo sinrazones,
vanos deseos, duros desengaños,
susto y dolor; empero todavía
a entrar en él no puedo resolverme.
No puedo resolverme, y despechado,
sigo el impulso de fatal destino,
que a muy más dura esclavitud me guía.
Sigo su fiero impulso, y llevo siempre
por todas partes los pesados grillos
que de la ansiada libertad me privan.

De afán y angustia el pecho traspasado,
pido a la muda soledad consuelo
y con dolientes quejas la importuno.
Salgo al ameno valle, subo al monte,
sigo del claro río las corrientes,
busco la fresca y deleitosa sombra,
corro por todas partes, y no encuentro
en parte alguna la quietud perdida.
¡Ay, Anfriso, qué escenas a mis ojos,
cansados de llorar, presenta el cielo!
Rodeado de frondosos y altos montes
se extiende un valle, que de mil delicias
con sabia mano ornó Naturaleza.
Pártele en dos mitades, despeñado
de las vecinas rocas, el Lozoya,
por su pesca famoso y dulces aguas.
Del claro río sobre el verde margen
crecen frondosos álamos, que al cielo
ya erguidos, alzan las plateadas copas,
o ya sobre las aguas encorvados,
en mil figuras miran con asombro
su forma en los cristales retratada.
De la siniestra orilla un bosque umbrío
hasta la falda del vecino monte
se extiende, tan ameno y delicioso
que le hubiera juzgado el gentilismo
morada de algún dios, o a los misterios
de las silvanas dríadas guardado.
Aquí encamino mis inciertos pasos,
y en su recinto umbrío y silencioso,
mansión la más conforme para un triste,
entro a pensar en mi crúel destino.
La grata soledad, la dulce sombra,
el aire blando y el silencio mudo,
mi desventura y mi dolor adulan.
No alcanza aquí del padre de las luces
el rayo acechador, ni su reflejo
viene a cubrir de confusión el rostro



de un infeliz en su dolor sumido.
El canto de las aves no interrumpe
aquí tampoco la quietud de un triste,
pues solo de la viuda tortolilla
se oye tal vez el lastimero arrullo,
tal vez el melancólico trinado
de la angustiada y dulce Filomena.
Con blando impulso el céfiro süave,
las copas de los árboles moviendo,
recrea el alma con el manso ruido;
mientras al dulce soplo desprendidas
las agostadas hojas, revolando,
bajan en lentos círculos al suelo;
cúbrenle en torno, y la frondosa pompa
que al árbol adornara en primavera,
yace marchita, y muestra los rigores
del abrasado estío y seco otoño.
¡Así también de juventud lozana
pasan, oh Anfriso, las livianas dichas!
Un soplo de inconstancia, de fastidio
o de capricho femenino las tala
y lleva por el aire, cual las hojas
de los frondosos árboles caídas.
Ciegos empero, y tras su vana sombra
de continuo exhalados, en pos de ellas
corremos hasta hallar el precipicio,
do nuestro error y su ilusión nos guían.
Volamos en pos de ellas, como suele
volar a la dulzura del reclamo
incauto el pajarillo. Entre las hojas
el preparado visco le detiene;
lucha cautivo por huir, y en vano,
porque un traidor, que en asechanza atisba,
con mano infiel la libertad le roba,
y a muerte le condena, o cárcel dura.
¡Ah, dichoso el mortal de cuyos ojos
un pronto desengaño corrió el velo
de la ciega ilusión! ¡Una y mil veces



dichoso el solitario penitente,
que, triunfando del mundo y de sí mismo,
vive en la soledad libre y contento!
Unido a Dios por medio de la santa
contemplación, le goza ya en la tierra,
y retirado en su tranquilo albergue,
observa reflexivo los milagros
de la naturaleza, sin que nunca
turben el susto ni el dolor su pecho.
Regálanle las aves con su canto,
mientras la aurora sale refulgente
a cubrir de alegría y luz el mundo.
Nácele siempre el sol claro y brillante,
y nunca a él levanta conturbados
sus ojos, ora en el oriente raye,
ora del cielo a la mitad subiendo
en pompa guíe el reluciente carro,
ora con tibia luz, más perezoso,
su faz esconda en los vecinos montes.

Cuando en las claras noches cuidadoso
vuelve desde los santos ejercicios,
la plateada luna en lo más alto
del cielo mueve la luciente rueda
con augusto silencio; y recreando
con blando resplandor su humilde vista,
eleva su razón, y la dispone
a contemplar la alteza y la inefable
gloria del Padre y Criador del mundo.
Libre de los cuidados enojosos
que en los palacios y dorados techos
nos turban de continuo, y entregado
a la inefable y justa Providencia,
si al breve sueño alguna pausa pide
de sus santas tareas, obediente
viene a cerrar sus párpados el sueño
con mano amiga, y de su lado ahuyenta
el susto y las fantasmas de la noche.
¡Oh suerte venturosa, a los amigos

de la virtud guardada! ¡Oh dicha, nunca
de los tristes mundanos conocida!
¡Oh monte impenetrable! ¡Oh bosque umbrío!
¡Oh valle deleitoso! ¡Oh solitaria
taciturna mansión! ¡Oh quién, del alto
y proceloso mar del mundo huyendo
a vuestra eterna calma, aquí seguro
vivir pudiera siempre, y escondido!

Tales cosas revuelvo en mi memoria,
en esta triste soledad sumido.

Llega en tanto la noche y con su manto
cobja el ancho mundo. Vuelvo entonces
a los medrosos claustros. De una escasa
luz el distante y pálido reflejo
guía por ellos mis inciertos pasos;
y en medio del horror y del silencio,
¡oh fuerza del ejemplo portentosa!,
mi corazón palpita, en mi cabeza
se erizan los cabellos, se estremecen
mis carnes, y discurre por mis nervios
un súbito rigor que los embarga.

Parece que oigo que del centro oscuro
sale una voz tremenda, que rompiendo
el eterno silencio, así me dice:

«Huye de aquí, profano, tú que llevas
de ideas mundanales lleno el pecho;
huye de esta morada, do se albergan
con la virtud humilde y silenciosa
sus escogidos; huye y no profanes
con tu planta sacrílega este asilo.»

De aviso tal al golpe confundido,
con paso vacilante voy cruzando
los pavorosos tránsitos, y llego
por fin a mi morada, donde ni hallo
el ansiado reposo, ni recobran
la suspirada calma mis sentidos.
Lleno de congajosos pensamientos
paso la triste y perezosa noche

en molesta vigilia, sin que llegue
a mis ojos el sueño, ni interrumpan
sus regalados bálsamos mi pena.
Vuelve por fin con la risueña aurora
la luz aborrecida, y en pos de ella,
el claro día a publicar mi llanto,
y dar nueva materia al dolor mío.



XXXVIII. TOMÁS DE IRIARTE

(Puerto de la Cruz [Santa Cruz de Tenerife], 1750 - Madrid, 1791.) Educado en Madrid por su tío Juan de Iriarte, fue su sucesor en el puesto de traductor en la Secretaría de Estado. Miembro destacado entre los que acudían a la tertulia de la Fonda de San Sebastián. Sus obras más afamadas fueron las *Fábulas literarias* (1782), la parte de sus escritos que hoy se recuerda mejor. Otros poemas: “Como la mala semilla”.

129

Epístola a Dalmiro,¹ en que se describe la casa de la Academia de las tres Nobles Artes y Real Gabinete de Historia Natural

Dalmiro amigo, que las artes amas,
que en deseo del lustre de las ciencias
y en celo del bien público te inflamas,
si acaso aquella lira
que en sublimes cadencias
cantar supo excelencias
de los varones que la tierra admira,
hoy, perezosa, de algún árbol pende,
descuélgala, y emprende,
en tono más que nunca levantado,
el aplauso de un hecho con que extiende
Carlos la fama de su gran reinado.

No propongo a tu numen un suceso
de aquellos que exagera
la pasión de una corte lisonjera,
o que tan sólo sirven de embeleso
al ocio de una plebe novelera.
De aquellos es que ilustran y ennoblecen
sólidamente a una nación entera;

1. José Cadalso.



de aquellos que merecen
quedar siempre en los pechos bien nacidos
con dignos caracteres esculpidos.

Ya los dos perniciosos adversarios
con quienes un rey justo
continuamente lidia,
la infame adulación, la atroz envidia,
serán, a su disgusto,
del mérito rendidos tributarios,
que de ambos monstruos las cervices huella.
Poco será cuanto pondere aquélla;
cuanto ésta censurare será injusto.
Sí, cuando Carlos funda
en esta corte un célebre museo
de Historia Natural, que tanto abunda
de instrucción y recreo,
en donde a los ingenios estudiosos
con método se ofrecen los curiosos
productos, los secretos más profundos
de toda la feraz naturaleza,
y en donde resplandece la riqueza
de una nación señora de dos mundos,
¿cómo cabrá lisonja en la alabanza,
o ejercerá la envidia su venganza?
Tú, de Madrid ha días retirado,
sediento de noticias memorables,
acaso con tu agrado
mi celo premiarás, si te refiero
con qué regio esplendor y sabio esmero
llegan a efecto ideas tan loables.

Espacioso edificio
en la ancha calle de Alcalá se elige,
en cuyo frontispicio
una portada dórica se erige.
Allí dispone el Rey que su Academia,
la que profesa y premia
tres nobles artes, su morada fije.
Allí también, en la mansión más alta,

el nuevo gabinete se coloca,
y no en vano resalta,
en letras de oro sobre blanca roca,
ante el umbral, una inscripción latina,
que advierte se destina
allí a Minerva duplicada estancia.
De su sentido es ésta la sustancia:
*Reunió Carlos en común provecho
naturaleza y arte bajo un techo.*

De la mansión magnífica, oh Dalmiro,
suspendo la pintura, que antes quiero
figurarme que soy un forastero
que hoy por la vez primera
los muros llega a ver de Buen Retiro.
Ya desde luego admiro
la puerta suntuosa y duradera
que, opuesta al Manzanares,
conduce a la ciudad que baña Henares.
A mi siniestra miro,
de una verja de hierro circundado
con bella simetría,
un ameno jardín, que por un lado
para su entrada ofrece
un pórtico de firme cantería;
y mi deleite crece
al paso que de allí descendiendo al Prado,
nuevo paseo, llano y anchuroso,
donde con tren vistoso
el matritense pueblo se recrea.
A lo lejos campea
ya la Aduana Real, fábrica altiva,
que corona y remata
la varia perspectiva
de la grandiosa calle, cuyo espacio
en un suave declivio se dilata,
ya el contiguo palacio
(objeto a que mi canto se endereza),
donde unidas habitan,

con la naturaleza,
las ingeniosas artes que la imitan.

Aun sin entrar en él, este conjunto
de hermosas vistas mi atención prepara,
y la exterior magnificencia al punto
los pródigos influjos me declara
del autor a quien tanto bien se debe.
Ya me impaciento por llegar en breve
a aquel recinto en que el saber se hospeda,
y en que la admiración saciarse pueda.

¡Oh, si fuera capaz mi tosco acento
de celebrar en dignas descripciones
o la extensión o el gran repartimiento
de tantos académicos salones,
a diversas tareas destinados!

En uno se congregan centenares
de jóvenes y niños, dedicados
a copiar los primeros ejemplares,
elementos del arte del diseño.

En otro, los alumnos ya versados,
con generoso empeño,
a una estatua rodean,
y la imitan en barro o delinear.

En éste, los más hábiles de todos
al natural expresan la figura
del viviente desnudo, y su postura
copian, siendo una misma en varios modos.

En aquél se desvelan arquitectos.
Más allá la sutil geometría,
creadora de artífices perfectos,
con la clara verdad sus mentes guía.

Colorido, ropajes y grabado
(estudios cuya práctica varía),
cada cual goza albergue separado.

Pues ¿qué diré del domicilio extenso,
donde se junta el noble consistorio
que a las artes preside, y del inmenso
ámbito destinado al auditorio

que asistir suele, cuando honroso premio
la Academia reparte
a los que sobresalen en su gremio?

Quisiera aquí las glorias recordarte
del útil cuerpo que fundó Fernando,
y a quien Carlos da el ser, mas a otra parte
ya tu curiosidad me está llamando,
cuando así la retardo u escaseo,
la entrada al nuevo natural museo.

¡Ah! ¿Dónde estoy? ¡Oh dioses poderosos!
¿Si será algún paraje de la tierra
éste que aquí mis ojos examinan,
o bien uno de aquellos deliciosos
que en poéticos raptos se imaginan?
¡Tanta preciosidad en él se encierra,
tanto aseo y primor, esplendor tanto!
Esta pomposa imagen y este encanto
que el alma siente y que la voz no expresa,
¿puede haber sido hechura de mortales?
¿O bajasteis vosotros a esta empresa,
digna de vuestras manos celestiales?
No, que para tal obra,
del gran monarca una palabra sobra.

Serénese mi espíritu agitado
y absorto de esta nueva maravilla,
para emprender la narración sencilla
del tesoro que en ella está cifrado.

Tres salas desde luego se presentan,
clarísimas, grandiosas, despejadas.
Sus paredes se ostentan
vestidas, y hasta el techo coronadas
de una serie simétrica de armarios,
todos de preciosísima caoba,
que, cual urnas o bellos relicarios,
en diáfanos cristales
depositan alhajas naturales.
Parte de la atención después me roba
de azul y blanco un alternado piso

que junta la hermosura a la limpieza,
pareciendo que allí Naturaleza,
por un capricho de los suyos, quiso
que la esmaltasen el bruñido suelo
los dos colores que usa más el cielo.

De aquel lugar concurren al ornato
la materia y labor más exquisita;
y si sólo el extrínseco aparato
admiración excita,
¿cuál será la que cause todo el lleno
de curiosos portentos y bellezas
que logra acaudalar su íntimo seno?
Aquí, de sus riquezas
pródigo el reino mineral se extiende.
La vista y el espíritu suspende
con las diversidades, las rarezas
de sus tierras, arenas, piedras, sales,
de petrificaciones, de metales.
¡Qué espectáculo ofrecen tan distinto
la esmeralda, el diamante y el topacio,
el granate, el zafiro y el jacinto!
¡Cómo hermocean otro largo espacio
ágata, cornerina,
lapislázuli, diasprio, serpentina!
Entre los tersos jaspes, e inmortales
mármoles y alabastros, ¡cómo luce
el cúmulo de tantos que produce
España en sus entrañas maternas!
Luce también en ricos minerales
de hierro, plomo, estaño, cobre y oro,
azogue y plata, no inferior tesoro.

El reino vegetal, más allá, muestra
cuantos productos liberal la diestra
de la naturaleza le concede,
y cuantos en él puede
cultivar el sudor e industria humana.
Su recinto se cubre y engalana
de apreciables maderas,

raíces y cortezas superiores,
de hierbas españolas o extranjeras,
de semillas, de granos y de flores,
de otras plantas terrestres o marinas,
de singulares frutos, de resinas,
de bálsamos y gomas,
de perfumes, espíritus y aromas.

Pero, ya en el distrito
donde el reino animal tiene su asiento,
miro abreviado el número infinito
de los diversos entes animados,
a quienes da sustento
el sólido u el líquido elemento.
La clase de cuadrúpedos se observa,
que, en distintas posturas colocados,
como vivos el arte allí conserva;
la vistosa caterva
de pájaros pintados,
admirables anfibios y pescados.
Entre varios insectos
sobresalen los géneros selectos
de aladas mariposas,
queriendo acaso competir con ellas,
en los matices y labores bellas,
de mil aves las plumas caprichosas.
Ya descubro la serie innumerable
de corales, de conchas y mariscos,
o del profundo mar o de los riscos.
Advierto ya... Pero, ¿con qué osadía
intenta penetrar mi fantasía
por aquel laberinto inexplicable
de reptiles, volátiles, testáceos,
fieras, bestias, polípodos, cetáceos?
Y tú también, sublime criatura,
en cuyas manos puso
el celestial Autor dominio y uso
de cuanto bien la tierra te procura,
allí ves la estructura,

los vicios, las miserias, los secretos
de tu máquina, en monstruos y esqueletos,
y el gabinete es libro en donde lees
quién eres y lo mucho que posees.

Mas tú, Dalmiro, vuelve hacia otra parte
la consideración. Verás objetos
en que su esmero manifiesta el arte;
los vestidos, los muebles y armaduras
de otros climas verás, de otras edades;
los vasos, las mosaicas ciudades,
los diseños, estampas y pinturas,
los bustos de varones eminentes,
y los bronceos eternos,
las medallas, relieves, y excelentes
camafeos, antiguos y modernos.

Aún más verás. De aquellas nueve salas
en que la historia natural domina,
una, la docta Palas
para su estudio propio allí destina,
donde insignes volúmenes franquean
de tan profunda ciencia la doctrina.
Ya el venturoso tiempo está cercano
en que los buenos españoles vean
que, de esta filosófica oficina,
el amor de las ciencias se difunde,
y en la nación rápidamente cunde.
No serán ya al oído castellano
nombres desconocidos litología,
metalurgia, halotecnia, ornitología.²
Ya para el nuevo gabinete ofrecen
ambos mundos sus varias producciones...
¿Qué mucho, si, a porfía con sus dones,
parece que los dioses le enriquecen?
Adornarle con aves peregrinas,
como diosa del aire, quiere Juno;
tribútale Neptuno

2. *litología, ornitología*: léanse sin tilde.

sus raros peces y sus perlas finas;
Tetis añade conchas y corales;
la madre Vesta piedras especiales
y los productos de sus ricas minas;
Febo y Marte presentan sus metales,
oro y hierro; Diana facilita
las fieras de los bosques en que habita;
cédenle Flora, Ceres y Amaltea
cuanto el influjo de las tres procrea;
y, sobre todo, el Júpiter hispano
da sus luces y brazo soberano.

Él fue quien tal intento
promovió con sus dádivas reales;
él es de quien las ciencias naturales
aún esperan más auge y ornamento,
pues no será este docto gabinete
el único favor que le merezcan.
No, que su providencia las promete
disponer ya un jardín donde florezcan:
un gran jardín botánico, inmediato
a los jardines del monarca mismo.
Ni en la idea cabrán, ni en el guarismo,
las plantas que aquel nuevo territorio
producirá, obediente a su mandato.
Allí un laboratorio
de química igualmente se prepara,
glorioso monumento
que deja el tercer Carlos, del fomento
con que las artes útiles ampara.

Ya inferirás, Dalmiro, mi contento.
Y pues que le reparto así contigo,
ayúdame al aplauso de estos bienes.
Dame esta prueba del amor que tienes
a tu rey, a tu patria y a tu amigo.

XXXIX. JUAN PABLO FORNER

(Mérida [Badajoz], 1756 - Madrid, 1797.) Se dedicó en Madrid a las Leyes y a las Letras. Sostuvo agrias polémicas contra famosos escritores de su tiempo. Fue fiscal de la Audiencia de Sevilla, del Consejo de Castilla, y presidente de la Academia de Derecho. Defendió con vigor los valores españoles frente a la influencia francesa. Su obra más importante es *Exequias de la lengua castellana*, que se publicó póstuma. Otros poemas: Sátira contra los vicios de la Corte. Mi venida a Aranjuez, La ciencia inútil, “Augustísima Luisa”.

130

A Madrid

Esta es la villa, Coridón, famosa,
que bañada del breve Manzanares,
leyes impone a los soberbios mares,
y en otro mundo impera poderosa.

Aquí la religión, zagal, reposa,
rica en ofrendas, fértil en altares;
en las calles los hallas a millares;
no hay portal sin imagen milagrosa.

Y porque más la devoción entiendas
de este piadoso pueblo, a cada mano
ves presidir los santos en las tiendas.

Y dime, Coridón: ¿es buen cristiano
pueblo que al cielo da tantas ofrendas?
Eso yo no lo sé, cabrero hermano.

240



Por cierto, Gil, con lindo patrimonio
para hacerte lugar vas a la Corte:
ciencia modesta, la virtud por norte,
y en el labio del pecho el testimonio.

Honesto, no comprado matrimonio
te dio, si no gallarda, fiel consorte;
tú ignoras la baraja, y ella el porte
desenvuelto del pueblo babilonio.

No seas tonto, Gil. En tu aldehuela
cultiva en paz groseros alcornoques,
y más que los de acá te darán fruto;

o si resuelto estás, en nueva escuela,
para que no del todo te sofoques,
aprende un poco a apicararte en bruto.

¡Oh centro oscuro de inmortal congoja,
Corte falaz, morada de aparatos!
Quien sólo en la verdad funda sus tratos,
¿por qué de tu recinto no se arroja?

Vela el docto, y del sueño se despoja
por ser útil a mil y mil ingratos;
pide que premien sus cansados ratos,
y el ocioso poder de ello se enoja.

Finó el estudio, y la lisonja vana
sólo, y el interés, son venturosos.
¿A qué aplaudir los sabios que murieron?

Tal es el juicio de la Corte insana:
los vivos, porque son, le son odiosos;
los muertos, agradables, porque fueron.

XL. JOSÉ MOR DE FUENTES

(Monzón [Huesca], 1762 - Monzón, 1848.) Ingeniero y escritor. Estudió en Zaragoza y Toulouse. Tras servir en la Marina, vivió en París, y volvió a Barcelona a causa de la falta de recursos. Allí sobrevivió a duras penas con la publicación de algunas obras. Finalmente regresó a Monzón completamente pobre. Murió en el desván de un sastre que se había apiadado de él.

133

La disipación o La vida de la Corte

¿Vas, Liberio, a Madrid? ¡Gran pensamiento!
No es de personas enterrarse vivo
en el triste rincón de una provincia,
y si acaso llegare a tus oídos
alguna de esas voces misteriosas
(estudio, independencia, paz, retiro),
te reirás de tamañas patochadas,
adelante llevando tu designio.
Corre a la Corte, que te ofrece ansiosa
brillante empleo de tus prendas digno.
Mas, pues eres gentil, y habitar debes
de los placeres el feliz recinto,
ante todo disfruta tu existencia
ganando el prez de matador invicto,
y campearás en tan ínclita carrera
si atento observas los preceptos míos.
Horadaráste al menos una oreja,
y de ella colgarás enorme anillo.
Sin tardanza te harás, y a cualquier costa,
de la moda postrera esclavo fino.
Gastarás en pulirte la mañana,

242



contando con dolor que la has perdido
si en algún otro objeto te distraes.
Cuando de tu ansia al par hecho un prodigio
estés de afeites y vistosas galas,
por las calles ostenta tu atractivo,
y a paso redoblado recorriendo
cuanto taller se afana en tu servicio,
acierto y diligencia a los maestros
encargarás con ademán altivo.
Ocupa en tu tarea sendas horas,
y al fin, estando de trotar molido,
en la Puerta del Sol bosteza un rato
diciendo te diviertes infinito,
y que quien vive fuera de la Corte
puede contar que muere de continuo.

Sin quehacer por la siesta, en tu morada
te ocultarás hasta que el sol vecino
esté al ocaso. Cual centella entonces,
mostrándote en el Prado de improviso,
tremola tu gabán gallardamente,
con gesto despreciante y distraído.
Luego te aferra con primor al brazo
de algún tu digno y casquivano amigo,
para tildar con tachas infamantes
a cuanta fembra se os pusiese a tiro;
y cuando una mirareis que procura
realzar con la modestia su atractivo,
la trataréis de necia y de anticuada.
Ve de allí a ver el comedión florido
donde gritan: «¡Arma, arma! ¡Guerra, guerra!»,
o algún drama llorón del peregrino
gusto que reina entre la gente culta
de este discreto y ponderado siglo.
Sobre todo a la cómica ralea
inclinado te muestra, y con prolijo
estudio su alta y baja lleva siempre,
de cada cual sabiendo los destinos,
aventuras, triunfos y destierros.

Mas ya te llama el tertulión lucido.
Marcha, y procura merecer su aprecio
moviendo sin cesar jovial bullicio.
Si por desgracia no eres guitarrista,
a inventar te dedica juegucillos
que alegren y entretengan las muchachas,
y en términos soeces y alusivos
de paso les dirás mil indecencias.
Impónlas en cortar corazoncitos
y cerrar un billete en ruedecilla.
También darásles puntual aviso
cuando llegue algún nuevo desembarco
de cintas, blondas, gasas y abanicos,
los exóticos nombres de las modas
usando siempre con discreto tino.
Cuando allí se suscite una disputa,
tu voto terminante de continuo
bien puedes dar sin el menor reparo
sobre el punto más arduo y peregrino.
¿Y crees que para esto se requiera
estudiar grandes obras? ¡Qué delirio!
Lee, mientras te peinen, el diario,
que es siempre fresco, ameno y brevecillo;
o, cuando más, una novela fútil
escrita en el precioso batorrillo
de español y francés que tanto priva.
Mas si intentas de sólidos principios
en toda ciencia haber un gran repuesto,
agénciate un gentil diccionarillo,
y, enseguida, de todo fallar puedes
con tono magistral y decisivo,
ejércitos y escuadras dirigiendo,
y Estados gobernando a tu albedrío.
Pero, Liberio, ¡corre, por tu vida!
Corre a menudo al infernal garito,
guarda de la chusma picaresca;
sabe que es propio de sujetos finos
consumir su caudal en una banca,



y luego de Madrid, cual fugitivo
escapando, burlar los acreedores.
Si llegares a verte en tal conflicto,
en vez de consternarte servilmente,
arma tu pecho de ínclito heroísmo.
Vuelve a tu casa, y con desdén hinchado
trata a las gentes y a tus deudos mismos,
diciendo sin cesar que al verte fuera
de tu centro, te encuentras en el limbo;
y a quien te nombre a Cádiz o a Valencia
lo tendrás por un pobre ingorantillo.
Cuida a lo menos de comer muy tarde,
por observar en algo el grande estilo
de señorones; y si alguno citan,
exclamarás al punto que es tu amigo,
que te hallaste con él en tres funciones
de aquellas que se ven de siglo en siglo,
y que pudiste haber por su conducto
un acomodo de los más lucidos.

En fin, Liberio, en cuanto puedas sigue
de tus nobles impulsos el camino,
y con esto serás la quintaesencia
de la fatua idiotéz y del fastidio.

XLI. JUAN BAUTISTA ARRIAZA

(Madrid, 1770 - Madrid, 1837.) Perteneció a la Marina de guerra y obtuvo cargos diplomáticos. Sus *Poesías patrióticas* (1810) le dieron fama. Fue un absolutista convencido, y fue colmado de mercedes por Fernando VII. Tradujo en verso el *Arte poética*, de Boileau. Otros poemas: Aranjuez (“Cuán bella, cuán risueña”), El día dos de mayo de 1808.

134

**Al descubrirse desde el camino el Real Monasterio del Escorial,
en ocasión del besamanos por el aniversario de la restitución del Rey,
nuestro señor, a sus dominios**

Ved el gran panteón del gran monarca,
prodigio de las artes en el suelo,
que al mundo oculta, y recomienda al cielo
los más nobles despojos de la Parca.

Su ostentación el límite demarca
el mortal flaco en su ambicioso anhelo;
y uniendo el solio a la mansión del duelo,
el poder y la nada a un tiempo abarca.

¿Quién hoy mitiga aquel adusto ceño
que esparció por sus muros la victoria
cuando de San Quintín trajo el diseño?

¡Quién ha de ser, sino la anual memoria
del día a las Españas tan risueño
que a Fernando volvió su cetro y gloria!

246

XLII. MANUEL JOSÉ QUINTANA

(Madrid, 1772 - Madrid, 1857.) Fue el poeta más importante de su tiempo. Discípulo de Meléndez Valdés, y amigo después de Jovellanos y Cienfuegos, combatió junto a ellos con sus escritos para la liberación de España de los franceses. Miembro de la Real Academia Española y de la de San Fernando, fue perseguido por Fernando VII. Muerto éste, fue honrado con honores y cargos. Entre sus poesías destacan las de tema patriótico. Como prosista, fue muy famoso su libro *Vidas de españoles célebres*.

135

Al armamento de las provincias españolas contra los franceses

(...) Ya se acerca zumbando
el eco grande del clamor guerrero,
hijo de indignación y de osadía.
Asturias fue quien lo arrojó primero:
¡honor al pueblo astur! Allí debía
primero resonar. Con igual furia
se alza, y se extiende adonde en fértil riego
del Ebro caudaloso y dulce Turia
las claras ondas abundancia brotan;
y como en selvas estallante fuego
cuando las alas de aquilón le azotan,
que de pronto a calmar ni vuelto en lluvia
Júpiter basta, ni los anchos ríos
que oponen su creciente a sus furores,
los ecos libradores
vuelan, cruzan, encienden
los campos olivíferos del Betis,
y de la playa Cántabra hasta Cádiz
el seno azul de la agitada Tetis.
Álzase España, en fin: con faz airada
hace a Marte señal, y el dios horrendo
despeña en ella su crujiente carro;

247



al espantoso estruendo,
al revolver de su terrible espada,
lejos de estremecerse, arde y se agita,
y vuela en pos el español bizarro.
«¡Fuera tiranos!», grita
la muchedumbre inmensa. ¡Oh voz sublime,
eco de vida, manantial de gloria!
Esos ministros de ambición ajena
no te escucharon, no, cuando triunfaban
tan fácilmente en Austerlitz y en Jena.
Aquí te oirán y alcanzarás victoria;
aquí te oirán, saliendo
de pechos esforzados, varoniles;
y la distancia medirán, gimiendo,
que de hombres hay a mercenarios viles.
Fuego noble y sublime, ¿a quién no alcanzas?
Lágrimas de dolor vierte el anciano,
porque su débil mano
el acero a blandir ya no es bastante;
lágrimas vierte el ternezuelo infante,
y vosotras también, madres, esposas,
tiernas amantes, ¿qué furor os lleva
en medio de esas huestes sanguinosas?
Otra lucha, otro afán, otros enojos
guardó el destino a vuestros miembros bellos;
deben arder en vuestros negros ojos.
«¿Queréis», responden, «darnos por despojos
a esos verdugos? No: con pecho fuerte
lidiando a vuestro lado,
también sabremos arrostrar la muerte.
Nosotras vuestra sangre atajaremos;
nosotras dulce galardón seremos,
cuando, de lauro y de floridos lazos
la vencedora frente coronada,
reposeo halléis en nuestros tiernos brazos.»
¿Y tú callas, Madrid? Tú, la señora
de cien provincias, que cual ley suprema
adoraban tu voz, ¿callas ahora?

¿Adónde están el cetro, la diadema,
la augusta majestad que te adornaba?
«No hay majestad para quien vive esclava;
ya la espada homicida
en mí sus filos ensayó primero.
Allí cayó mi juventud sin vida;
yo, atada al yugo bárbaro de acero,
exánime suspiro,
y aire de muerte y de opresión respiro.»
¡Ah! Respira más bien aura de gloria,
¡oh corona de Iberia! Alza la frente,
tiende la vista; en iris de bonanza
se torna al fin la tempestad sombría.
¿No oyes por el oriente y mediodía
de guerra y de matanza
resonar el clamor? Arde la lucha,
retumba el bronce, los valientes caen,
y el campo, de humor rojo hecho ya un lago,
descubre al mundo el espantoso estrago.
Así sus llanos fértiles Valencia
ostenta, así Bailén, así Moncayo;
y es fama que las víctimas de mayo
lívidas por el aire aparecían;
que a su alarido horrendo
las francesas falanges se aterraban;
y ellas, su sangre con placer bebiendo,
el ansia de venganza al fin saciaban (...)

136

El panteón del Escorial

En los amargos días
que serán luto eterno en la memoria,
y a los siglos remotos indignada
con hiel y llanto pintará la historia;
cuando después de reluchar en vano

249



con la dura opresión en que gemía,
la tierra, sin aliento, al yugo indigno
el cuello pusilánime tendía;
al tiempo que el destino,
las espantosas puertas desquiciando
del imperio del mal, sus plagas todas
sobre España lanzaba,
y ella miseramente agonizaba;
yo, entonces, afligido,
«pide», dije a mi espíritu, «sus alas
a la paloma tímida, inocente;
tómalas, vuela y huye a los desiertos,
y vive allí de la injusticia ausente».

Al punto presurosas
mis plantas se alejaron
a las sierras nevadas y fragosas,
lindes eternos de las dos Castillas,
y a sus cimas hermosas
mi pensamiento alzaban
del fango en que tú, ¡oh corte!, nos humillas,
cuando mis ojos la mansión descubren
que en destinos contrarios
es palacio magnífico a los reyes
y albergue penitente a solitarios.
En vano el genio imitador su gloria
quiso aquí desplegar, negando el pecho
a la orgullosa admiración que inspira.
«¡Artes brillantes», exclamé con ira,
«será que siempre esclavas
os vendáis al poder y a la mentira!
¿Qué vale, ¡oh Escorial!, que al mundo asombres
con la pompa y beldad que en ti se encierra,
si al fin eres padrón sobre la tierra
de la infamia del arte y de los hombres?»

Mas, ¿no es tumba también...? Y en esta idea
embebecido el pensamiento mío,



quise al recinto penetrar, en donde,
bajo eterno silencio y mármol frío,
la muerte a nuestros príncipes esconde.
«Salud, ¡célebres urnas! En el oro,
en las pomposas letras que os coronan,
decidme, ¿qué anunciáis? ¿Tal vez memorias,
memorias, ¡ay!, en que la mente opresa
con el dolor presente
pueda aliviarse al contemplar las glorias
que un tiempo ornaban la española gente?
¡Sepulcros, responded...!» Y de repente
vuélvense de la bóveda las puertas
sobre el sonante quicio estremecido:
la antorcha muere que mis plantas guía,
y embargado el sentido,
mil terribles imágenes se ofrecen
a mi atemorizada fantasía (...)

XLIII. CRISTÓBAL DE BEÑA

(Extremadura, 1777? - Madrid?, 1833?) Estudió latín y filosofía, y hablaba con gran perfección el inglés y el francés. Fue un patriota ejemplar, a quien su enorme cultura no impidió tomar las armas contra los franceses y conspirar después contra el absolutismo. Sus poesías se hallan agrupadas en *La lira de la libertad*, libro que publicó en Londres en 1831, cuando se hallaba en la emigración.

137

Memoria del Dos de Mayo

*¿Quién reprime su enojo y su llanto,
recordando aquel fúnebre día,
que la noche con cárdeno manto
empapado de sangre cubrió;
cuando Mantua sus hijos veía
oponer a la bárbara gente
la desnuda, la impávida frente,
que al tirano del orbe arredró?*

Cien falanges de acero cubiertas,
avezadas al pérfido halago,
no creyeron que frágiles puertas
abrigasen valor sin igual;
y sedientas de ruina y estrago,
de su rostro la máscara tiran,
y las calles frenéticas giran,
esgrimiendo el oculto puñal.

Mas el pueblo, la trompa guerrera
y el fusil, impertérrito, escucha,
que sus pechos en súbita hoguera
encendió la feliz libertad.

252



Dondequiera se traba una lucha,
ni dan ayes las vírgenes vanos;
todas arman las cándidas manos,
todas gritan: «¡Valientes, matad!»

Yace allí el opresor oprimido,
allí el joven intrépido yace,
que de plomo raudísimo herido,
libre pudo y vengado morir.

Muere, sí, y en su muerte se place,
cuando mira que al vándalo fiero,
ni le salva su cota de acero,
ni sus artes le pueden servir.

Se redoblan los golpes y heridas,
más y más el estrépito crece,
y allá dejan las ínclitas vidas
los que en oro su nombre tendrán;
el tronar del cañón ensordece,
y arde el aire con rápido fuego,
y los bronces, aún cálidos, luego
nuevas muertes de sí lanzarán.

Todo es sangre y horrores y muerte,
todo es armas y bélico estruendo,
que al cobarde, al inválido, al fuerte,
armas puso en la mano el furor.

Mas ¿cuál ruido percíbese horrendo
tras dolosa pacífica calma?
¿Qué gemido tristísimo el alma
va cubriendo de yerto pavor?

¡Ellos son! ¡Ellos son! Ya murieron,
desarmada la intrépida diestra;
ellos, ¡ay!, los que indómitos dieron
alto ejemplo de ilustre tesón.

La victoria es, oh mártires, vuestra;
que oyó el hecho, y atónita, España

se aprestó con magnánima saña,
y arboló de venganza el pendón.

De su sangre con largo tributo
desde entonces el vándalo paga:
llantos, muertes y huérfano luto,
que aquel día miraba Madrid.

Ni, una vez encendido, se apaga
el volcán de esta cólera justa,
y si a esclavos un déspota asusta,
teme a un pueblo que corre a la lid.

*¿Quién reprime su enojo y su llanto,
recordando aquel júnebre día,
que la noche con cárdeno manto
empapado de sangre cubrió;
cuando Mantua sus hijos veía
oponer a la bárbara gente
la desnuda, la impávida frente,
que al tirano del orbe arredró?*

XLIV. MANUEL NORBERTO PÉREZ DE CAMINO

(Burgos, 1783 - Cussad Medoc [Francia], 1842.) De familia noble, fue doctor en Leyes y presidente del Tribunal de Alcaldes de Casa y Corte. Aprendió francés, inglés e italiano. Aficionado a la música y gran orador. Su casa fue uno de los lugares de encuentro de los escritores madrileños. Debido a su colaboración con los franceses, tuvo que salir de España añ terminar la guerra de la Independencia.

138

A mi aldea

Madrid, ¿qué importa
que ufano ostentes
altivas torres,
soberbias puentes,
 que en tus colinas,
el prócer more,
que tus palacios
mármol decore,
 y que brillante
de oro te vea...?
Más que tú, vale
mi humilde aldea.

Allí me abriga
simple morada,
de tristes penas
nunca asaltada.

Y allí poseo
huerto murado,
de un limpio arroyo
siempre bañado.

255



En él risueña
Flora reposa,
y a su almo aliento
se abre la rosa.

Copados olmos
que entre sus brazos
ciñen las vides
con tiernos lazos.

En él ayuntan
la umbrosa frente,
y el paso cierran
al sol ardiente.

Y el pingüe otoño,
con mano amiga,
sin cuento bienes
en él prodiga.

¡Cuál ver agrada
sus ricos dones,
ver arrastrando
pardos melones,
verdes sandías,
y en la espallera
mirar colgando
la fresca pera;
y desde el suelo,
con fácil mano,
coger las pomas
en el manzano!

Madrid, el necio
tu esclavo sea,
¡Cuánto más vale
que tú mi aldea!

Doquier que della
los ojos tiendo,
dulce me ríe
cuanto estoy viendo.

Aquí se esmalta
la verde alfombra,

allí la encina
da grata sombra.

Lejos, alegre
salta el cordero,
rumia la vaca,
muge el ternero.

Y al son canoro
de simple arena,
tiernos zagales
dicen su pena.

Y entre las guijas,
claro vagando,
raudo arroyuelo
va murmurando.

Ya se despeña
bravo torrente,
ya sonora
brotó una fuente.

Y entre los anchos
valles frondosos,
humedeciendo
prados herbosos,

con grave paso,
por madres hondas,
de mansos ríos,
corren las ondas.

Cien caserías,
de paz abrigo,
risueñas alzan
su techo amigo.

Doradas mieses
entre ellas crecen,
que blandamente
los vientos mecen.

Y allá, cubriendo
los horizontes,
el cuadro cierran
esposos montes (...)

A otro fortuna
dé sus favores,
puestos brillantes,
claros honores;
otro tu encanto,
Madrid, posea.
Yo diré siempre:
¡Gloria a mi aldea!



XLV. JOSÉ JOAQUÍN DE MORA

(Cádiz, 1783 - Madrid, 1864.) Escritor y político. Luchó contra los franceses durante la guerra de la Independencia, y en Bailén fue hecho prisionero. En 1823 se exilió a Londres con los liberales españoles. Atraído por los movimientos independentistas americanos, recorrió muchas ciudades de América, en las que desarrolló una importante actividad política. En 1848 ingresó en la RAE.

139

Al Jarama

Noble orilla del Jarama,
¡quién te viera,
cuando el sol su luz derrama
por tu mansión placentera!
¡Cuando tu corriente riega,
velada en pompa sencilla,
la ancha vega
de Castilla!

Blando raudal del Jarama,
¡quién te oyera
bajo la copuda rama
que te da sombra ligera!
¡Repasando en la memoria,
cual pasmosa maravilla,
la alta gloria
de Castilla!

Nombre ilustre del Jarama,
¡quién pudiera

259



dar más bríos a tu fama
cuando tus timbres pondera!
Junto a ti, bravos y ardientes,
esgrimieron su cuchilla
los valientes
de Castilla.



XLVI. SERAFÍN ESTÉBANEZ CALDERÓN

(Málaga, 1799 - Madrid, 1867.) Profesor de Griego. Retórica y Poética. Dominaba el latín, griego, árabe, francés, inglés e italiano. Auditor general del ejército liberal contra los carlistas, ganó la cruz de San Fernando. Más tarde, diputado, ministro. senador vitalicio... Su obra más importante, *Escenas andaluzas* (1847), fue traducida a varios idiomas.

140

Allá vas, don Manzanares,
tan fuera de ti en tus aguas,
que te vienes tropezando
beodo de banda a banda.

El mes de abril te ha embriagado,
que hay meses malas compañías,
vaciándote en el modrego
las bodegas de su casa.

Vas hecho mar de los ríos,
y de estatura tan alta,
que un sargento de milicias
te hará llegar a la marca.

¡Oh qué cosa tan no vista,
gigantón por la mañana,
y a la tarde tamañico,
que cabes en una taza!

Con tus creces y avenidas
ya la puente toledana
deja de ser puente en balde,
y a ser puente en verdad pasa.

Y al fin nos han enseñado,
como dómine en el aula,
que no hay mueble por inútil
que en algún tiempo no valga.

Los pretendientes en corte,
las hembras momias y rancias,
los peregrinos viandantes,
tudescos, de Albión o Francia,
salen a ver tu corriente
como a maravilla rara,
y con nota de hora y día
en sus tabletas la estampan.

Los taberneros, al verte,
se gozan en la esperanza
de haber llenos sus toneles
de Jerez siempre y Peralta.

Los autorcetes hambrientos,
los despechados sin blanca,
que por posta o diligencia
de este mundo al otro saltan,
darán fin a su sainete
sorbando tus linfas claras,
y no en el légamo y cieno
del cauchil¹ que Canal llaman.

En tu raudal ya se fía
la pulcritud castellana
de lavarse, ¡sumo aseó!,
una vez de Pascua a Pascua.

Y ya cuento ver más limpios
(aunque aquello no hace falta)
los zaguanes y escaleras
de la villa coronada.

Los agentes usureros,
que es tribu de hollín en alma,
fullerillos, petardistas,
busconas de rica saya,
los caninos copleristas
que se compran como habas,
todos, en fin, los que tienen
tal lepra, arestín y sarna,

1. *cauchil*: depósito de agua.

cuentan tener en tus ondas
un Jordán para sus manchas,
como si a tanta inmundicia
el mismo Jordán bastara.

Mas, ven acá, cabecilla,
riachuelo de media braga,
que por tus malos enjuagues
en *agua va* te propasas:

¿por qué a labriegos honrados
tan mal de su grado arrastras,
haciéndolos tiriteros
sobre tus locas espaldas?

¿Por qué, no siendo empresario
de *cantantes* o de maulas,
los haces dar gorgoritos
en tantas ahogadas arias?

Mas lo que no te perdono
(lo demás al diablo vaya)
es que sin papel sellado
te vengas por esas parvas,
dando mordisco a esta orilla,
pellizcando aquellas hazas,
y sin más las adjudiques
a Periquillo el de marras.

No, señor. Solemnidades.
Y por ser cosa barata,
siquiera escribe mil resmas
de a cinco duros la plana.

Lo mismo que haber trocado
con tus malditas andanzas,
las casucas de tu álveo²
en ínsulas baratarias.

Del arsenal del Retiro
hiciste bajar, ¡caramba!,
ajorro³ de los simones

2. *álveo*: cauce.

3. *ajorro*: a remolque.

de a cuarenta, dos fragatas.

Me agradaba tu diluvio
(yo tengo el alma muy mala),
ya que no del buen Noé,
por ver de Madrid las arcas.

Los Cookes y Magallanes⁴
del Retiro en la mar brava,
iban con tales navíos
desafiando borrascas.

Y nunca en la gran Mosquea⁵
carenoó mejor armada
el burlón Villaviciosa
en cáscaras de avellanas.

Así en un pilar del puente,
enfaldándose las mangas,
don Crispín con voz ronquilla
al Manzanares hablaba.

Iba a seguir relatando
sus aniegos, sus hazañas,
sus estragos y sus iras,
cuando miró... No vio nada,
sino que el soberbio río,
que antes al mundo espantaba,
menguó tanto, que por verle
hubo de ponerse gafas.

4. Navegantes y descubridores. James Cook, navegante británico del siglo XVIII. Sus viajes y mapas supusieron un gran progreso en el conocimiento del Pacífico.

5. *La Mosquea*: epopeya burlesca que narra las guerras entre las moscas y las hormigas, escrita por José de Villaviciosa (1589 - 1658).

XLVII. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH

(Madrid, 1806 - Madrid, 1880.) Hijo de un ebanista alemán, cuyo oficio tuvo que imitar tras 1823, fecha en que la familia, de ideas liberales, perdió sus bienes, y después de la enfermedad de su padre. Más tarde se dedicaría a escribir. Luego de un tiempo de penurias y hambres, obtuvo en 1837 el éxito que lo consagraría definitivamente con el estreno de *Los amantes de Teruel*. A partir de entonces su prestigio creció con rapidez, y llegó a ser miembro de la Academia y director de la Biblioteca Nacional.

141

La estatua de Felipe IV y el busto de don Pedro Calderón de la Barca hablan del Teatro Real

FELIPE IV

Álzase detrás de mí
palacio que ilustra al dueño,
donde mi alcázar pequeño
se alzó mientras yo viví.
Un templo delante vi
a musa extranjera hacer.
Quién es codicio saber,
y, en estatua, como vivo,
del despacho fugitivo
en busca voy del placer.

Ignoro qué ingenios son
los que esa fachada muestra...
Mas no, que arriba, a mi diestra,
descúbrese Calderón.
Dime tú, insigne varón,
que en el curvo ático estás,
¿qué drama, qué musa más,



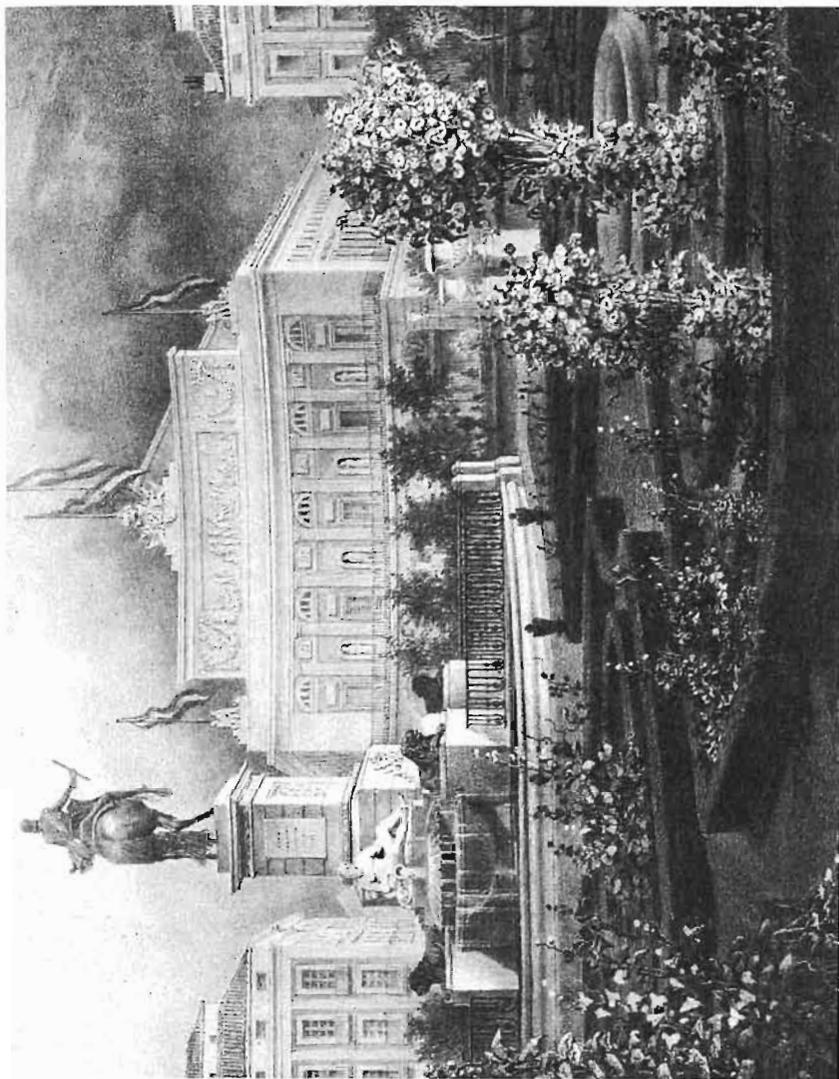
nuevos en Madrid admiro,
que allá en nuestro Buen Retiro
no penetraron jamás?

CALDERÓN

Apurar, señor, pretendo,
ya que preguntáis así,
lo que supe desde aquí,
sólo callando y oyendo.
Y en verdad que no comprendo
cómo, entre duda afanosa,
nueva y peregrina cosa
la ópera se os figuró,
después de escribiros yo
La púrpura de la rosa.

Fábula cantada fue
aquella célebre fiesta;
fábula cantada es ésta,
con arte mayor a fe.
Yo en mi romance canté;
mas hoy de oriente al ocaso
proclama el dios del Parnaso
en toda su monarquía
lengua de la melodía,
la dulce lengua del Tasso.

Pero aunque lo diga el sol,
y aunque yo me oponga solo,
sostengo que el buen Apolo
no ha estudiado el español.
Más claro que su arbol
haré ver que excede acaso
el habla de Garcilaso
a todas en variedad,
en fuerza y en majestad...,
pero esto no viene al caso.



Teatro Real desde la estatua de Felipe IV. F. J. Parcerisa

Ved un teatro, señor,
donde el músico poema
su poder junta, y extrema
su magnífico esplendor.
Aquí uno y otro cantor,
coronados de laurel,
símbolo glorioso y fiel
de triunfos bien adquiridos,
hechizarán los oídos
de la corte de Isabel.

Coliseo de ancho foro
y magnífica platea,
doquier deslumbra y recrea
con luz, mármol, seda y oro.
Será de Madrid decoro
y digno del nombre Real.
Tendrá nuestra capital,
más grande ya, rica y bella,
un teatro único en ella,
Y en el mundo principal.

FELIPE IV

Con singular alegría
tu relación escuché;
por lo que a la escena honré,
honra me dan todavía.
La española bazaría
celebro, de levantar
un templo donde hospedar
la musa extraña primero.
Bien sé yo que al forastero
se debe el mejor lugar.

Mas, cuidado, que si pasa
a dominio el hospedaje,
quizá en daño y en ultraje



cederá de los de casa.
Aún de cólera me abrasa
la queja poco leal
de aquel Téllez infernal,
que dijo con necio engaño:
«Madrid halaga al extraño
y al hijo le trata mal.»

CALDERÓN

No temáis, señor, así;
a todo alcanza la mano
donde el cetro castellano
resplandece frente a mí.
Por algo me han puesto aquí.
El sol amanece ya,
que artes, ciencias, cuanto da
timbres a España y valor,
con su rayo bienhechor
vívido fecundará.

142

Fray Lope Félix de Vega Carpio

(...) «Úsase un dicho en Madrid,
curiosa prima Dolores,
que allá sin duda ignoráis
en las indianas regiones.

A lo más bello y mejor
en cualquier género y orden,
ya no se llama *excelente*:
dicen todos que es de Lope.

Cosas de Lope se llaman
libros, espadas, sermones,
joyas, telas, cuanto tiene
gran brillo, mérito y coste.

269



De Lope son los tocados
que el gusto nuevo dispone,
las justas de ingenio dignas,
las ruidosas diversiones.

Las villanas de Aranjuez
que venden ramos de flores,
de Lope dicen que son
rosas y claveles dobles.»

Así a una doncella linda
cortesanas instrucciones
daba, al entrar en Madrid,
cierta señora en su coche.

De Cádiz la trae consigo,
para que a su lado goce
lo que en Méjico ganó
su padre, que Dios perdone.

Tomar la calle de Francos
pretende el automedonte,¹
mas el paso le embaraza
tropel de gentes enorme.

De las calles convecinas,
ya despacio, ya de golpe,
desembocan sin cesar
mozos, viejos, ricos, pobres,
placeras, dueñas, beatas,
soldados y sacerdotes.
Sólo se ve luto, y manos
con amarillos blandones.²

No hay en la calle pared,
en cuyos huecos no asomen
apiñadas las cabezas
de compasivos mirones.

La cruz de San Sebastián
por entre la turba rompe,
cánticos de muerte suenan,

1. *automedonte*: cochero.

2. *blandones*: hachas de cera.

claman las lenguas de bronce.

No se ve féretro aún.

Saldrá, si en marcha se pone
la muchedumbre que llena
puerta, zaguán y escalones.

Hacia la iglesia, por fin,
se mueve la prieta mole,
revueltas las cofradías,
vacilando los pendones.

Pasan, y pasan, y pasan,
grandes, familiares, monjes,
cómicos, frailes, poetas...
¿Quién hay a quien tantos honren?

La primita mejicana,
diestra en aprender lecciones,
prorrumpe: «Si no es de rey,
entierro es éste *de Lope*.»

Acertaba la niña:
Lope, el famoso,
va de ocho capellanes
llevado en hombros.

«¡Sánchez! ¡Maestro!
Decid a esta indianita
quién era el muerto.» (...)

XLVIII. JOSÉ DE ESPRONCEDA

(Almendralejo [Badajoz], 1808 - Madrid, 1842.) De temperamento vehemente y apasionado como muestra su poema *Dos de Mayo*, fundó a los quince años la sociedad secreta *Los Numantinos*, en Madrid. Fue condenado a prisión por conspirar contra el absolutismo. Tras el indulto, emprendió la aventura del exiliado por Portugal, Inglaterra y Francia. Se enamoró de Teresa Mancha, cuya inesperada muerte le inspiró el *Canto a Teresa*, una de las grandes elegías de nuestra literatura. *Dos de Mayo* es quizá la mejor composición de las muchas que se escribieron sobre este tema. Guarda versos memorables, y un tono encendido y sincero, lejos de la retórica vacía de sus contemporáneos.

143

Dos de Mayo

¡Oh! ¡Es el pueblo! ¡Es el pueblo! Cual las olas
del hondo mar alborotado brama;
las esplendentes glorias españolas,
su antigua prez, su independencia clama.

Hombres, mujeres, vuelan al combate,
el volcán de sus iras estalló.
Sin armas van, pero en sus pechos late
un corazón colérico español.

La frente coronada de laureles,
con el botín de la vencida Europa,
con sangre hasta las cinchas los corceles,
en cien campañas veterana tropa,

los que el rápido Volga ensangrentaron,
los que humillaron a sus pies naciones,
y sobre las pirámides pasaron
al galope veloz de sus bridones,

272



a eterna lucha, a sin igual batalla,
Madrid provoca en su encendida ira.
Su pueblo, inerme allí entre la metralla
y entre los sables, reluchando gira.

Graba en su frente luminosa huella
la lumbre que destella el corazón,
y a parar con sus pechos se atropella
el rayo del mortífero cañón.

¡Oh, de sangre y valor glorioso día!
Mis padres, cuando niño, me contaron
sus hechos, ¡ay!, y en la memoria mía
santo recuerdo de virtud quedaron.

Entonces (indignados me decían)
cayó el cetro español pedazos hecho;
por precio vil a extraños nos vendían,
desde el de Carlos profanado lecho.

La corte del monarca disoluta,
prosternada a las plantas de un privado,
sobre el seno de impura prostituta
al trono de los reyes ensalzado.

Sobre coronas, tronos y tiaras,
su orgullo solo y su capricho ley;
hordas de sangre y de conquista avaras;
cada soldado un absoluto rey.

Fijó en España el ojo centellante,
el Pirene a salvar pronto el bridón.
Al rey de reyes, al audaz gigante,
ciegos ensalzan, siguen en montón.

Y vosotros, ¿qué hicisteis entre tanto,
los de espíritu flaco y alta cuna?
Derramar como hembras débil llanto,
o adular bajamente a la fortuna.



El dos de mayo de 1808

Buscar tras la extranjera bayoneta
seguro a vuestras vidas y muralla,
y, siervos viles, a la plebe inquieta
con baja lengua apellidar *canalla*.

¡Canalla! ¡Sí, vosotros, los traidores,
los que negáis al entusiasmo ardiente
su gloria, y nunca visteis los fulgores
con que ilumina la inspirada frente!

¡Canalla! ¡Sí, los que en la lid, alarde
hicieron de su infame villanía,
disfrazando su espíritu cobarde
con la sana razón segura y fría!

¡Oh! La *canalla*, la *canalla*, en tanto,
arrojó el grito de venganza y guerra,
y, arrebatada en su entusiasmo santo,
quebrantó las cadenas de la tierra.

Del cetro de sus reyes los pedazos
del suelo ensangrentados recogía,
y un nuevo trono en sus robustos brazos
levantando, a su príncipe ofrecía.

Brilla el puñal en la irritada mano,
huye el cobarde y el traidor se esconde,
trueno el cañón, y el grito castellano
de *Independencia* y *Libertad* responde.

¡Héroes de Mayo, levantad las frentes!
Sonó la hora y la venganza espera.
Id, y hartad vuestra sed en los torrentes
de sangre de Bailén y Talavera.

Id, saludad los héroes de Gerona,
alzad con ellos el radiante vuelo,
y a los de Zaragoza alta corona
ceñid, que aumente el esplendor del cielo.

Mas, ¡ay!, ¿por qué cuando los ojos brotan
lágrimas de entusiasmo y alegría,
y el alma atropellados alborotan
tantos recuerdos de honra y valentía,

negra nube en el alma se levanta
que turba y oscurece los sentidos,
fiero dolor el corazón quebranta,
y se ahoga la voz entre gemidos?

¡Oh! ¡Levantad la frente carcomida,
mártires de la gloria,
que aún arde en ella con eterna vida
la luz de la victoria!

¡Oh! ¡Levantadla del eterno sueño,
y, con los huecos de los ojos fijos,
contemplad una vez con torvo ceño
la vergüenza y baldón de vuestros hijos!

Quizá en vosotros, donde el fuego arde,
del castellano honor aún sobre vida,
para alentar el corazón cobarde
y abrasar esta tierra envilecida.

¡Ay! ¿Cuál fue el galardón de vuestro cielo,
de tanta sangre y bárbaro quebranto,
de tan heroica lucha y tanto anhelo,
tanta virtud y sacrificio tanto?

El trono que erigió vuestra bravura
sobre huesos de héroes levantado,
un rey ingrato de memoria impura
con eterno baldón dejó manchado.

¡Ay! Para hollar la libertad sagrada,
el príncipe, borrón de nuestra historia,
llamó en su auxilio la francesa espada
que segase el laurel de vuestra gloria.

Y vuestros hijos de la muerte huyeron,
y esa sagrada tumba abandonaron.
Hollarla, ¡oh Dios!, a los franceses vieron,
y hollarla a los franceses les dejaron.

Como la mar tempestuosa ruge,
la losa, al choque de los cráneos duros,
tronó, y se alzó con indignado empuje
del galo audaz bajo los pies impuros.

Y, aún hoy, helos allí que su semblante
con hipócrita máscara cubrieron,
y a Luis Felipe, en muestra suplicante,
ambos brazos imbéciles tendieron.

La vil palabra ¡intervención! gritaron,
y del rey mercader la reclamaban.
De vuestros timbres, sin honor mofaron,
mientras en su impudor se encenagaban.

Hoy esa raza degradada, espuria,
pobre nación, que esclavizarte anhela,
busca también, por renovar tu injuria,
de extrajeros monarcas la tutela.

Tumba vosotros sois de nuestra gloria,
de la antigua hidalguía,
del castellano honor, que la memoria
sólo nos queda hoy día.

Verted juntando las dolientes manos
lágrimas, ¡ay!, que escalden la mejilla.
Mares de eterno llanto, castellanos,
no bastan a borrar vuestra mancuerna.

Llorad como mujeres. Vuestra lengua
no osa lanzar el grito de venganza.
Apáticos vivís en tanta mengua,
y os cansa el brazo el peso de la lanza.

¡Oh, en el dolor eterno que me inspira,
el pueblo en torno avergonzado calle,
y, estallando las cuerdas de mi lira,
roto también mi corazón estalle!



II. GREGORIO ROMERO LARRAÑAGA

(Madrid, 1814 - Madrid, 1872.) Poeta romántico, influido por Espronceda y Zorrilla, fue abogado, y oficial de la Biblioteca Nacional, además de secretario particular de Bretón de los Herreros. Asistía a la tertulia del Parnasillo, escribía en periódicos, y dirigió la revista madrileña *La mariposa*. Otros poemas: Aniversario del dos de mayo de 1808.

144

Alcalá de Henares

¿Es un vapor inmenso que se pierde
entre el pardo crepúsculo del día
aquella masa oscura?

¿O el ancho pico amarillento y verde
de una montaña altísima y sombría,
de gigante figura?

¿Allí hubo un tiempo la opulenta villa?
¿Allí los lares de la gente mora?
¿Fue sobre esa montaña,
do a San Bernardo entre las nubes brilla
la santa cruz, que anuncia que a otra aurora
ciudad será de España?

Ni chapiteles hay a la moruna,
ni árabes torres de punzón calado,
vistosos miradores,
tocas que brillen con la media luna,
recios fortines, velador soldado,
ni bélicos clamores.

279



Dos peñas son las únicas señales,
los memorandos restos que quedaron
donde fue la ciudad.

Y semejan dos losas sepulcrales,
que allí los huracanes las posaron
sobre la eternidad.

Una generación y otras cayeron.
Villa opulenta de memoria hermosa,
¿dónde estás, la Alcalá?

O en su vuelo las nubes te envolvieron,
o del monte en la entraña tenebrosa.
Pero no existe ya (...)

Vives, ciudad, cual viejo aventurero
que no blandió su enmohecida espada;
como fea matrona mal tocada,
sin un velo que oculte tu hediondez.

En blanco dejás las gastadas hojas
que un nombre te sellaron en la historia.
El tiempo, robador de la memoria,
ha escrito *olvido* en tu empolvada tez.

L. FEDERICO BALART

(Pliego [Murcia], 1831 - Madrid, 1905.) Vivió en Madrid desde los 19 años. Tras abandonar los estudios de ingeniería, se dedicó plenamente a las letras. Utilizó los seudónimos de *Nadie* y *Cualquiera* para escribir en los periódicos. A causa de cierta sátira, fue herido durante un duelo en un pie, del que ya siempre cojeó. Subsecretario de Gobernación, diputado, consejero de Estado y académico de la Lengua. La muerte de su esposa le devolvió las creencias que había perdido en su juventud. Otros poemas: Valle-hermoso, Al puente de Segovia.

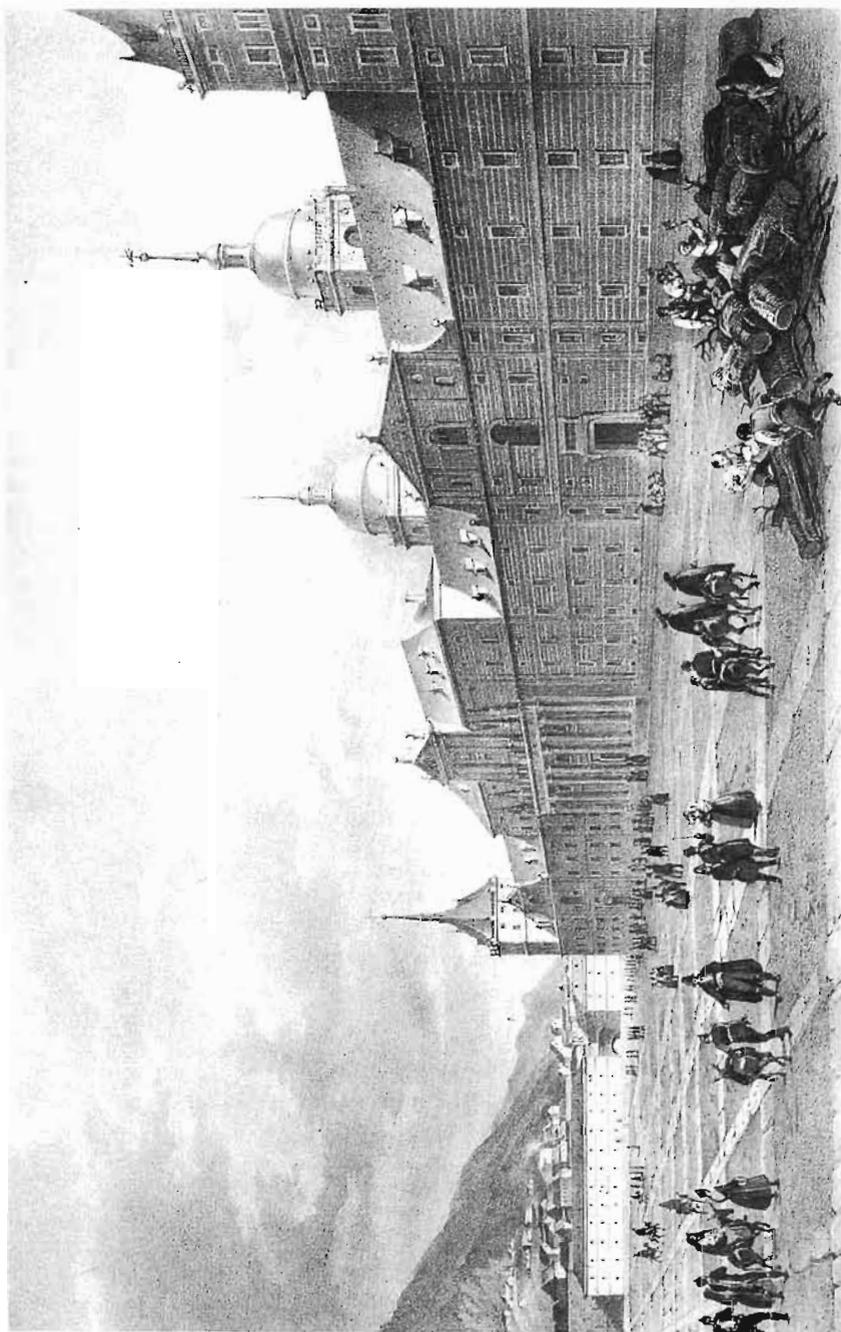
145

Una mole de piedra donde el viento
ya brama con furor, ya expira lacio;
un altar de oro y púrpuro topacio,
en un templo desnudo de ornamento;

una tumba de reyes por cimiento,
y una cruz por corona en el espacio;
un convento más grande que un palacio,
y un palacio más pobre que un convento.

Tal eres, Escorial. Perderse viste,
sin mellarte, los siglos que pasaron,
y aún tu poder incólume subsiste.

Aún te elevas donde ellos te dejaron,
grande, fuerte, modesto, grave y triste,
como el pueblo y el Rey que te fundaron.



Vista principal del Real Monasterio de San Lorenzo de Escorial por la parte de poniente. F. Brambilla. 1832

LI. BERNARDO LÓPEZ GARCÍA

(Jaén, 1838 - Madrid, 1870.) Poeta que debe la popularidad a su composición *Al dos de mayo* (“Oigo, patria, tu aflicción”), que tantos supieron de memoria. Sólo debido a su falta de alusiones a Madrid no se incluye aquí. López García fue un activo liberal que lograba enardecer fácilmente a las masas de campesinos. Murió dos años después de proclamarse la revolución en Madrid.

146

En El Escorial

«Quiero un templo levantar
que siempre mi gloria cante,
mole soberbia y gigante
que haga sentir y temblar.

Templo de aspecto profundo,
ascético, grave, santo,
que pese a la tierra tanto,
como mi poder al mundo.

Que alce en su frente sombría
como ésta, que al orbe arredra,
una corona de piedra
tan grande como la mía.

Y que, de mi vuelo en pos,
mi sepulcro cobijando,
quede tras de mí, cantando
mi grandeza, y la de Dios.»

Tal dijo un rey altanero,
al ver con fiero abandono
cómo flotaba su trono
por cima del mundo entero.

283



Quiero un templo... Ante esta ley
de aquel monarca potente,
el mundo bajó la frente
para obedecer al rey.

Presa de su despotismo,
se agitó la muchedumbre.
El hierro saltó a la cumbre
desde el fondo del abismo.

Por los valles y los montes
llegaban, con ansia loca,
la plata, el mármol, la roca,
de lejanos horizontes.

Toda la tierra en tropel
mandaba frutos a coro:
los Andes, sus granos de oro;
sus mármoles, Macael.¹

Y por la mar cristalina
llegaban a nuestros puertos
cedros de Armenia, cubiertos
con la túnica latina.

Del genio ardiente en la mano
se agitó el cincel divino,
el artista peregrino
trazó su gigante plano.

Y entonces, un pueblo entero
cantó a Dios con voz potente:
saltó la roca rugiente
del pavimento severo.

Los mármoles seculares
lanzaron místicas luces;
del hierro brotaron cruces;
de los peñones, altares.

En honda creciente brava
cedió un monte palmo a palmo:
cada peñón era un salmo
que a Dios el mundo cantaba.

1. *Macael*: Pueblo de Almería, rico en canteras de mármol blanco.

Y era porque el genio, en pos
de su eterna y santa ley,
queriendo cantar a un rey,
alzaba su canto a Dios...

¡Ésa es la mole...! Ése es
el templo que el mundo canta.
Hoy, que ante mí se levanta,
tiemblan cobardes mis pies.

Ésa es la bóveda oscura
que hacia los sepulcros guía.
Aquella tumba sombría
es del rey la sepultura.

¡Pobre monarca...! Ahí está...
Es su nombre, y es su losa.
De su grandeza enojosa
sucio polvo queda ya.

El templo que al sol se lanza,
rey de montes y nublados,
sus cimientos apretados
en las tumbas afianza.

Así, con planta segura,
nublando todo contento,
se elevó el remordimiento
sobre su conciencia impura;
y así, de lo eterno en pos,
humillando orgullo y nombre,
sobre la nada del hombre
se eleva el todo de Dios.

¡Sepulcros..., oscuridad...,
luz que sollozando expira...!
¡Aquí dentro se respira
la nada, y la eternidad!

En esta mísera zona
donde todo espanto vierte,
duerme el sueño de la muerte
polvo que ciñó corona.

Ahí están... Sus nombres son...
Todos siguiendo el destino,
cruzaron por el camino
que hay del trono al panteón.

En las urnas funerales
duermen con sueño profundo.
Semejantes ante el mundo,
hoy son en la muerte iguales.

El silencio a orar convida.
Todo espanta. Todo arredra.
Sobre las urnas de piedra
está la noche dormida.

En el fondo, ante la luz
que alumbra mal a los muertos,
Dios, con los brazos abiertos,
nos llama desde la cruz.

Y entre la niebla incolora
que flota en cortina densa,
un voz murmura... ¡piensa...!,
y otra voz repite... ¡llora...! (...)

LII. CANTARES TRADICIONALES, AIRES POPULARES, GLOSAS Y ROMANCES

Se incluyen en este apartado composiciones de diverso origen, en general de carácter anónimo, pertenecientes algunas de ellas a nuestra lírica tradicional. Otras (161, 162, 163) son más modernas. Las 153 y 154 han sido glosadas posteriormente por autores tan importantes como Góngora y Lope de Vega, glosas que figuran también en este libro. La 147 se debe a Juan López de Hoyos, y la 152 a Pedro Vargas. Finalmente, las 167, 168, 169 y 170 aparecieron en *Primavera y flor de los mejores romances* (1628), conjunto de poemas publicados por Pedro Arias Pérez, que omitió el nombre de los autores.

147

Fui sobre agua edificada;
mis muros de fuego son:
ésta es mi insignia y blasón.¹

148

Madrid la Osaria,
cercada de fuego,
fundada sobre agua.²

149

Aires frescos del Prado,
favor os pido,
que me anegan las olas
del mar de olvido.

-
1. Versos a manera de divisa heráldica de la villa, que escribió López de Hoyos.
 2. Para los números 147 y 148 ver *Elogios a Madrid* (pág. XXX).

150

Riberitas del río
de Manzanares,
lava y tuerce la niña,
y enjuga el aire.

151

La niña no duerme
de amores, madre;
dadle sueño, airecillos,
porque descanse.
Y responden los ecos
de Manzanares:
«Muera la niña,
pues matar sabe».

Y entretanto, las hojas
juegan los aires,
ríense las fuentes,
cantan las aves,
y la niña sola
llora sus males.
¡Ay, Dios, qué de perlas
al aire esparce!

152

Dejan el Sotillo todas,
llevando sobre las frentes
guirnaldas entretejidas
de rosas y de claveles.
Con gran fiesta y regocijo

288



hacia el Sotillo se vuelven
por la puente segoviana,
cantando de aquesta suerte:

«No me los ame nadie
a los mis amores, ¡eh!;
no me los ame nadie,
que yo me los amaré.»

153

¡Oh, qué bien que baila Gil,
con las mozas de Barajas!;
la chacona a las sonajas
y el villano al tamboril.
Fue a Barajas Gil llamado
de las mozas del lugar,
porque dicen que en bailar
es hombre muy afamado.
Gran contento ha dado Gil
a las mozas de Barajas.

154

Álamos del Prado,
fuentes de Madrid,
como estoy ausente
murmuráis de mí.

155

En las fuentes del Prado,
madre, de Madrid,
lloraré soledades
del Guadalquivir.

289



156

Agua pide la niña;
¡quién se la diera
del cañito dorado
de la Alameda!

157

Viento del Sotillo,
luna del Prado,
agua de Leganitos,
vino del Santo.

158

Río Manzanares
de orillas verdes,
tálamo de amantes,
alfombra de reyes.

159

Serrana del Almudena,
¿cómo siendo tu hermosura
de nieve tan blanca y pura,
tienes la color morena?

160

Trompicábalas amor
a las niñas de Barajas.
¡Y cómo las trompicaba!

290



161

Tengo de subir, subir,
al alto de Guadarrama,
para recoger la sal
que mi morena derrama.

162

Plazuela del Oriente,
plazuela nueva,
donde van los soldados
con las niñeras.

163

Carretera de Madrid,
un carretero cantaba
al son de las campanillas
que sus mulitas llevaban.

164

¿Qué haré en Madrid,
que no sé mentir?

165

*Álamos del Prado,
fuentes de Madrid,
como estoy ausente
murmuráis de mí.*

291



Todos van diciendo
mis tristes congojas:
el viento en las hojas,
las fuentes corriendo.
A todos diciendo
lisonjera os vi;
como estoy ausente
murmuráis de mí.

Con razón me espanto,
dando al despediros
las plantas suspiros,
y las aguas llanto.
Que fingierais tanto
nunca lo creí;
como estoy ausente
murmuráis de mí.

Estando en presencia
música me hicistes,
luego me vendistes
que vistes mi ausencia.
Dios me dé paciencia
mientras peno aquí;
como estoy ausente
murmuráis de mí.

166

Ribericas del río
de Manzanares,
tuerce y lava la niña,
y enjuga el aire.

Cuando el paño tiende
sobre el agua clara,
la corriente para

292



y el agua suspende.
La piedra se enciende
que el golpe recibe;
la yerba revive
de Manzanares,
donde lava la niña,
y enjuga el aire.

Parecen cristales
las aguas bellas,
do estampa sus huellas
a la nieve iguales;
nácar los rosales
do el paño llega;
y un jardín la vega,
si en Manzanares
tuerce y lava la niña,
y enjuga el aire.

El aire se para
suspendiendo el vuelo;
para el eje el cielo
para ver su cara;
y entre el agua clara
muestra la pintura
de la hermosura,
y entre su donaire
tuerce y lava la niña,
y enjuga el aire.

167

Siempre vais, Manzanares,
pequeño y corto.
¡Ay, qué poco que os luce
lo que yo lloro!

Con tan escaso cristal
camina vuestra corriente,
que parece que no siente
mi llanto triste y mortal.
Siempre lloro en vos mi mal
con presos y ausentes ojos.
*¡Ay, qué poco que os luce
lo que yo lloro.*

Desde que a la tierra envía
el alba sus luces bellas
hasta que hermosas estrellas
nacen a mirar el día,
a vuestra corriente fría
con mi llanto reconozco.
*¡Ay, qué poco que os luce
lo que yo lloro!*

168

Al humilde Manzanares,
que adornan juncos y lirios,
y al celebrado Jarama
por sus famosos novillos,
donde los junta una selva,
cuyos árboles sombríos
hacen las aguas jueces,
compitiendo con los riscos,
un pastor pobre y ausente,
y más difunto que vivo,
que basta decir ausente,
mirando las aguas dijo:
*¿Cuando, famosos ríos,
veré los ojos con que ven los míos?*

¿Cuándo veré de Lucinda
aquellos ojos divinos,

294



que siendo en el cielo estrellas,
son en la tierra zafiros?

Ausentéme de tus ojos
sobre ciertos enemigos
que lo fueran de mi alma,
si no quedara contigo.

Y pues asiste en tu pecho,
hazla de mi bien testigo,
y que no te me han quitado,
aunque te me han escondido.

*¿Cuándo, famosos ríos,
veré los ojos con que ven los míos?»*

169

Del Real de Manzanares,
por sospechas mal regidas,
por bien llorados recelos,
ausente estaba la niña.

Oyó decir que la ausencia
apaga el fuego, que atizan
deseos, que van volando
tras ciego amor que los guía.

Celosa dejó su aldea,
triste se vino a la villa;
pensamientos la combaten,
soledades la fatigan.

De la sierra de Jarama
la tierra por quien suspira,
aires bajaban alegres,
y así les dice la niña:

*«Aires de mi aldea,
vení y llevadme,
que los aires de ausencia
son malos aires.*

295



Aires de mi aldea,
donde está mi vida,
de vuestra partida,
sin sol que lo vea
a quien me desea,
vení y llevadme,
que los aires de ausencia
son malos aires.

Bien podéis llevarme
sin sentir exceso,
que es muy poco peso,
pues pude mudarme.
Si he de alejarme,
vení y llevadme,
que los aires de ausencia
son malos aires.

Llevadme ligero,
pues tenéis poder,
porque pueda ver
el sol que deseo.
Y pues no le veo,
vení y llevadme,
que los aires de ausencia
son malos aires.»

170

Villana de Leganés,
segundo abril de la Corte,
que a Madrid llevas tan verdes
los años como las flores,
que sencillamente hermosa
los engaños desconoces
de un aplauso, que florido
también caduca a la noche.

296



Toda flor es peligrosa,
o bien se pause o se corte,
que entre ser flor y perderse
no muda peligro el nombre.

Toda es salteos la villa,
y seguro cualquier monte,
que la malicia y la culpa
siempre andan en traje de hombre.

En viajes de amor, no apruebo
seguir por la altura el norte,
que es gran bajío, y lo vano
todo en espuma se rompe.

Mira no te hallen de cera
esos principios de bronce,
y te lleven desde el carro³
a Carrión de los Condes.

3. *el carro*: Madrid. Ver *Elogios a Madrid*.



Bibliografía

I. Obras generales

ÁLVAREZ Y BAENA, José Antonio, *Hijos de Madrid ilustres en santidad, dignidades, armas, ciencias y artes. Diccionario histórico...*, Madrid, 1789.

AMADOR DE LOS RÍOS, José, *Historia de la Villa y Corte de Madrid*, Madrid, Imprentas Ferrá de Mena y López de la Hoya, 1860 a 1864, 4 vols.

AZCONA, Agustín, *Historia de Madrid desde sus tiempos más antiguos hasta nuestros días*, Madrid, Imp. Sociedad Poligráfica, 1843.

BALLESTEROS ROBLES, Luis, *Diccionario biográfico madricense*, Madrid, 1912.

CABEZAS, Juan Antonio, *Madrid, biografía de una ciudad*, Barcelona, 1959.

CEPEDA, Fray Gabriel de, *Historia de la milagrosa y venerada imagen de Nuestra Señora de Atocha, patrona de Madrid. Discúrrrese sobre su antigüedad, origen y prodigios en defensa de los grandes cronistas*, Madrid, Imp. Real, 1670.

CRUZ, Fray Nicolás José de la, *Vida de San Isidro Labrador, patrón de Madrid; adjunta la de su esposa Santa María de la Cabeza*, Madrid, Imprenta Real, 1790.

DELEITO Y PIÑUELA, José, *...También se divierte el pueblo*, Madrid, Alianza Editorial, 1988.

FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, Manuel, *La leyenda de Madrid*. 1881.

GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón, *Elucidario de Madrid*, Madrid, 1931.

I. LÓPEZ DE HOYOS, Juan, *Historia y relación de la enfermedad y tránsito y exequias de la Serenísima Reina Doña Isabel de Valois, y declaración de las armas de Madrid y de alguna de sus antigüedades*, Madrid, 1569.

MESONERO ROMANOS, Ramón, *Manual de Madrid*, Madrid, 1831.

MESONERO ROMANOS, Ramón, *El antiguo Madrid. Paseos histórico- anecdóticos por las calles y casas de esta villa*, Madrid, Imp. Mellado, 1861.

- MESONERO ROMANOS, Ramón, *Memorias de un setentón*, Madrid, La Ilustración Española y Americana, 1880.
- MINGOTE, Antonio, *Historia de Madrid*, Madrid, Taurus, 1961.
- OLIVA ESCRIBANO, José Luis, *Bibliografía de Madrid y su provincia*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1967, 2 vols.
- ORTEGA Y RUBIO, Juan, *Historia de Madrid y de los pueblos de su provincia*, Madrid, 1921, 2 vols.
- PAZ, Ramón, *Bibliografía madrileña*, Madrid, 1945.
- PÉREZ PASTOR, Cristóbal, *Bibliografía madrileña*, Madrid, 1907, 3 vols.
- QUINTANA, Jerónimo de la, *Historia de la antigüedad, nobleza y grandeza de la Villa de Madrid...*, Madrid, Imprenta del Reino, 1629.
- RÉPIDE, Pedro de, *Las Calles de Madrid*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1971.
- ROSELL, Cayetano, *Crónica de la Provincia de Madrid*, Madrid, 1866.
- SAINZ DE ROBLES, Federico Carlos, *Breve historia de Madrid*, Madrid, Austral, 1970.
- SAINZ DE ROBLES, Federico Carlos, *Madrid. Autobiografía*, Madrid, Aguilar, 1949.
- SAINZ DE ROBLES, Federico Carlos, *Historia y estampas de la villa de Madrid*, Madrid, Giner, 1984, 2 vols.
- SÁNCHEZ ALONSO, Cristina, *Impresos de temática madrileña, siglos XVI y XVII*, Madrid, CSIC, 1981.
- SEPÚLVEDA, Ricardo, *Madrid viejo. Crónicas, avisos, costumbres, leyendas y descripciones de la Villa y Corte, en los siglos pasados*, Madrid, Librería Fe, 1887.
- SIMÓN DÍAZ, José, *Fuentes para la Historia de Madrid y su provincia*, Madrid, CSIC, 1964.

2. Estudios y antologías

- ALONSO, Dámaso, *Dos españoles del Siglo de Oro. Un poeta madrileñista, latinista y francesista en la mitad del siglo XVI...*, Madrid, Gredos, 1960.
- ALONSO, Dámaso; BLECUA, José Manuel, *Antología de la poesía española. Lirica de tipo tradicional*, Madrid, Gredos, 1986.
- ÁLVAREZ TURIENZO, Saturnino, *El Escorial en las letras españolas*, Madrid, Publicaciones Españolas, 1963.

- ARIAS PÉREZ, Pedro, *Primavera y flor de los mejores romances*, Madrid, 1622.
- CEJADOR, Julio, *La verdadera poesía castellana. Floresta de la antigua lírica popular*, Madrid, 1987, 9 vols.
- COMAS, Juan, *Antología de El Escorial*, Madrid, Imprenta Nebrija, 1946.
- COVARRUBIAS Y LEYVA, Diego, *Elogios al Palacio Real del Buen Retiro, recogidos por – y dedicados al Conde Duque de Olivares*, Madrid, 1635.
- FRADEJAS LEBRERO, José, *Geografía literaria de la provincia de Madrid*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1958.
- GARCÍA MATOS, Manuel, *Cancionero popular de la provincia de Madrid*, Barcelona, CSIC, 1951, 2 vols.
- GARCÍA MERCADAL, José, *Los cantores de la Sierra. Antología desde el siglo XIV hasta nuestros días*, Madrid, 1936.
- GARCÍA NIETO, José, *Madrid en la poesía lírica del siglo XVIII*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, CSIC, 1980.
- GARCÍA NIETO, José, *El dos de mayo en la poesía española del siglo XIX*, Instituto de Estudios Madrileños, CSIC, 1983.
- GIL GARCÍA, Bonifacio, *La fama de Madrid, Madrid*, Acies, 1958.
- GÓMEZ, Ildefonso M., *El Paular: poesía y leyenda. Antología preparada por el padre –*, Zamora, Monte Casino, 1979.
- GONZÁLEZ BEDOYA, Jesús, *Cancionero folklórico de Madrid capital: rutas musicales y tipismo*, Madrid, 1981.
- GONZÁLEZ BEDOYA, Jesús, *Cancionero geográfico de Madrid: toponimia madrileña en el folklore literario-musical*, Madrid, 1984.
- Poesías escritas con motivo de la inauguración del Teatro Real, por varios ingenios españoles*, Madrid, 1850.
- SIMÓN DÍAZ, José, *Elogios clásicos de Madrid*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1961.
- VEGA, Lope de, *Justa poética y alabanzas justas que hizo Madrid al bienaventurado San Isidro en las fiestas de su beatificación. Coleccionadas y publicadas por Lope de Vega Carpio*, Madrid, 1620.
- VEGA, Lope de, *Relación de las fiestas que la insigne villa de Madrid hizo en la canonización de... San Isidro...*, Madrid, 1622.
- VERGARA MARTÍN, Gabriel María, *La poesía popular madrileña y el pueblo de Madrid*, Madrid, Hernando, 1926.



3. Bibliografía de los autores de esta selección

- ALFONSO X EL SABIO, *Cantigas de Santa María*, Ed. de Walter Mettmann, Madrid, Castalia, 1986-1989, 3 vols.
- ARGENSOLA, Bartolomé Leonardo de, *Rimas*, Ed. de José Manuel Blecua, Madrid, Clásicos Castellanos, 1974, 2 vols.
- ARGENSOLA, Lupercio Leonardo de, *Rimas*, Ed. de José Manuel Blecua, Madrid, Clásicos Castellanos, 1972.
- ATAIDE Y SOTOMAYOR, Francisco, *Poesías...*, Mss. 3.919 de la Biblioteca Nacional de Madrid.
- ARRIAZA, Juan Bautista; BEÑA, Cristóbal de; CADALSO, José; FORNER, Juan Pablo; CONZÁLEZ, Fray Diego; IRIARTE, Juan de; IRIARTE, Tomás de; PÉREZ DE CAMINO, Manuel Norberto; SALAS, Francisco Gregorio de; TORRES VILLARROEL, Diego de: en *Poetas líricos del siglo XVIII*, 3 vols., Madrid, BAE, 61, 63 y 67; 1952 - 1953.
- BALART, Federico: en ÁLVAREZ TURIENZO, Saturnino, *El Escorial en las letras españolas*, Madrid, Publicaciones Españolas, 1963.
- BALVÁS BARONA, Antonio, *El Poeta Castellano*, Valladolid, Juan de Rueda, 1627.
- BARRIOS, Miguel de, *Coro de las Musas*, Bruselas, 1672.
- BOCÁNGEL, Gabriel, *Obras*, Ed. de Rafael Benítez Claros, Madrid, 1946, 2 vols.
- BONILLA, Alonso de, *Nombres y atributos de la Impecable siempre Virgen María Señora Nuestra*, Baeza, 1624.
- BORJA Y ARAGÓN, Francisco, príncipe de Esquilache, *Obras en verso*, Madrid, 1648.
- CALDERÓN DE LA BARCA, Pedro, *Comedias de Calderón de la Barca*, Madrid, BAE, 14, 1945.
- CASTILLO SOLÓRZANO, Alonso de, *Donaires del Parnaso*, Madrid, 1624.
- CERVANTES, Miguel de, *Viaje del Parnaso*, Ed. de Vicente Gaos, Madrid, Castalia, 1984.
- ERCILLA, Alonso de, *La Araucana*, Madrid, Castalia, 1979, 2 vols.
- ESPRONCEDA, José de, *Poesías líricas*, Ed. de Robert Marrast, Madrid, Castalia, 1979.
- ESTÉBANEZ CALDERÓN, Serafín, *Escenas andaluzas*, Madrid, Cátedra, 1985.

- FERNÁNDEZ DE MORATÍN, Nicolás, *Obras de don Nicolás y don Leandro Fernández de Moratín*, Madrid, BAE, 2, 1944.
- FIGUEROA, Fray Lorenzo de; JAUREGUI, Juan de: en VEGA, Lope de, *Justa poética...*, Madrid, 1620.
- GÓNGORA, Luis de, *Obras completas*, Madrid, Aguilar, 1961.
- GÓNGORA, Luis de, *Sonetos completos*, Ed. de Biruté Ciplijauskaitė, Madrid, Castalia, 1969.
- GÓNGORA, Luis de, *Letrillas*, Ed. de Robert Jammes, Madrid, Castalia, 1980.
- GÓNGORA, Luis de, *Romances*, Ed. de Antonio Carreño, Madrid, Cátedra, 1982.
- HARTZENBUSCH, Juan Eugenio, *Poesías*, Madrid, Imprenta M. Tello, 1887.
- HURTADO DE MENDOZA, Antonio, *Obras poéticas*, Ed. de Rafael Benítez Claros, Madrid, Gráficas Ultra, 1947, 3 vols.
- HURTADO DE MENDOZA, Juan, *Buen plazer trobadó en trece discantes de quarta rima castellana*, Alcalá de Henares, 1550.
- JOVELLANOS, Gaspar Melchor de, *Obras de Jovellanos*, Madrid, BAE, 46, 1963.
- LÓPEZ GARCÍA, Bernardo, *Poesías*, Madrid, Librería Fernando Fe, 1882.
- LÓPEZ DE MENDOZA, Íñigo, marqués de Santillana, *Poesías completas*, Ed. de Manuel Durán, Madrid, Castalia, 1975-1986, 2 vols.
- MEDRANO, Sebastián Francisco de, *Favores de las musas*, Milán, 1631.
- MIRA DE AMESCUA, Antonio; TRILLO Y FIGUEROA, Francisco de: en *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, 2 vols., Madrid, BAE, 32 y 42, 1951.
- MOLINA, Tirso de, *Poesías líricas*, Ed. de Ernesto Jareño, Madrid, Castalia, 1969.
- MOR DE FUENTES, José, *Poesías*, Zaragoza, 1797.
- MORA, José Joaquín de, *Poesías*, Cádiz, 1836.
- QUEVEDO, Francisco de, *Obra poética*, Ed. de José Manuel Blecua, Madrid, Castalia, 1969-1981, 4 vols.
- QUEVEDO, Francisco de, *Poemas escogidos*, Ed. de José Manuel Blecua, Madrid, Castalia, 1972.
- QUEVEDO, Francisco de, *Poesía varia*, Ed. de James O. Crosby, Madrid, Cátedra, 1981.
- QUINTANA, Manuel José, *Poesías*, Ed. de Narciso Alonso Cortés, Madrid, Clásicos Castellanos, 1969.
- ROMERO LARRAÑAGA, Gregorio, *Poesías*, Madrid, 1841.

- RUIZ, Juan, Arcipreste de Hita, *Libro de Buen Amor*, Ed. de Jacques Joset, Madrid, Clásicos Castellanos, 1974, 2 vols.
- SALAS BARBADILLO, Alonso Jerónimo de, *Rimas castellanas*, Madrid, Viuda de Alonso Martín, 1618.
- SALAZAR, Eugenio de: en SALAZAR, Pedro de, *Historia...*, Medina del Campo, Vicente de Millis, 1570.
- SOTO DE ROJAS, Pedro, *Obras*, Ed. de A. Gallego Morell, Madrid, CSIC, 1950.
- TASSIS, Juan, conde de Villamediana, *Poesía impresa completa*, Ed. de José Francisco Ruíz Casanova, Madrid, Cátedra, 1990.
- VEGA, Lope de, *Obras poéticas I*, Ed. de José Manuel Blecua, Barcelona, Planeta, 1969.
- VEGA, Lope de, *Obras escogidas II. Poesía y prosa*, Madrid, Aguilar, 1947.
- VEGA, Lope de, *Lírica*, Ed. de José Manuel Blecua, Madrid, Castalia, 1981.
- VEGA, Lope de, *El laurel de Apolo*, Madrid, 1630.
- VEGA, Lope de, *Justa poética...*, Madrid, 1620.



Índice de ilustraciones

	<i>Pág.</i>
Escudo de la Villa de Madrid	16
Vista de la primera puerta del jardín del príncipe en el Real Sitio de Aranjuez	27
Las gradas de San Felipe: el Mentidero	54
San Isidro, al que le labran los ángeles, con la ciudad de Madrid al fondo. Museo Municipal	79
Vista de Madrid tomada del lado de Segovia	104
Vista del Paseo del Prado. Fortier (lo grabó)	126
Vista del Prado de Madrid tomada por la espalda de la fuente de la diosa Cibeles. Isidoro González Velázquez (lo grabó)	175
Vista panorámica de Madrid desde la ribera del Manzanares. ¿Joris Hoefnagel? 1565	184
Fachada del Hospicio	222
Teatro Real desde la estatua de Felipe IV. F.J. Parcerisa	267
El dos de mayo de 1808	274
Vista principal del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial por la parte de poniente. F. Brambilla. 1832	282



Índice de primeros versos

	<i>Pág.</i>
A igualar ya con tu cielo	179
A la Corte vas, Perico	105
A las niñas de Alcorcón	134
A Madrid se vuelve la niña	169
A ninguno, Isidro, el cielo	130
Adiós, dije a la humilde choza mía	22
Adonde el claro Henares se desata	82
Agua pide la niña	290
Ahora vuelvo a templaros	67
Aires frescos del Prado	287
Al buen Endimión de amor prendado	15
Al humilde Manzanares	294
Al pasar del arroyo	75
Alamicos del Prado	132
Álamos del Prado	76
Álamos del Prado	289
Álamos del Prado	291
Allá vas, don Manzanares	261
Álzase detrás de mí	265
Anciano risco, a quien la joven nieve	149
Antes que amanezca	74
Antes que viese en medio de la tierra	56
Antiguos griegos Mantua te pusieron	17
Antiguos griegos te enseñorearon	20
Aquel cortesano río	146
Aun las personas más sanas	220
Calle Menfis soberbia si gloriosa	157
Campanas callan y coches	179

Cantemos civilidades	151
Carretera de Madrid	291
Con imperfectos círculos enlazan	81
Con tocas de viuda largas	34
Corazón de la Europa, sus cimientos	158
Coronadas de luz las sienes bellas	165
Cuando el celeste León	77
Cuando la Providencia es artillero	87
Cuando voraz estrago luminoso	161
Dalmiro amigo, que las artes amas	231
Dando a Minerva asombro y a Belona	172
De cuatro emperadores te loaba	18
De hoy más las crespas sienes de olorosa	71
De la vuelta de la villa	51
De Lorenzo la gran casa	179
De los montes de Castilla	121
De Valladolid la rica	101
Dejan el Sotillo todas	288
Del Real de Manzanares	295
Desde el oculto y venerable asilo	224
Después que me vi en Madrid	109
Después que nascí	12
Detén tu curso, Henares, tan crecido	91
Duélete de esa puente, Manzanares	37
El espejo de cristal	138
El sombrero de tema	132
En la baraja del Prado	221
En las fuentes del Prado	289
En los amargos días	249
En Santiago el Verde	73
¿Es bien, Isidro, que holgando	78
Es con tu ilustre sitio conveniente	18
¿Es un vapor inmenso que se pierde	279
Esta cuna feliz de tus abuelos	128
Este edificio, en tu acierto	154
Ésta es la villa, Coridón, famosa	240
Éste, que de mediquillo	154
Frescos airecillos	118
Fugitivo cristal, el curso enfrena	71
Fuí sobre agua edificada	287

Glorioso labrador justificado	221
Gran metrópoli del mundo	129
Grandes, más que elefantes y que abadas	38
¿Habéis ya, padres de la patria, dado	195
Hay un lugar en la mitad de España	25
Hermosa Babilonia en que he nacido	70
Hórrido puerto, a cuyo ceño cano	150
Iba dejando a pedazos	119
Inculto Monte en quien soberbia llama	111
Jacinta, aquel artífice violento	168
La esposa que a Manzanares	140
La madre de las ciencias, donde a tantos	81
La más gallarda aldeana	116
La niña no duerme	288
Llego a Madrid y no conozco el Prado	125
Llorando está Manzanares	95
Llueven calladas aguas en vellones	88
Los Almoravides	61
Los campos de Madrid, Isidro santo	127
Los soberbios palacios	211
Madrid, aunque tu valor	163
Madrid, castillo famoso	185
Madrid, fundación de griegos	63
Madrid la Osaria	287
Madrid, ¿qué importa	255
Magnánimo edificio, cuya alteza	112
Manzanares, de buen gusto	133
Manzanares, Manzanares	41
Manzanares, Manzanares	92
Mentidero de Madrid	53
Mira aquel sitio inculto montuoso	21
Mísero Manzanares, ¿no te basta	72
Montaña inaccesible, opuesta en vano	40
Mulas, médicos, sastres y letrados	177
Nací en Madrid, una villa	63
Nadie enmienda esta fachada	221

Nilo no sufre márgenes, ni muros	36
Ninfas de Manzanares	213
Ninfas del Tajo, que en quietud serena	114
No menos que mil años fue fundada	57
No te fíes, Bras. de Menguilla	123
No vayas, Fabio, a la Corte	123
No vayas, Gil, al Sotillo	44
Noble orilla del Jarama	259
¡Oh centro oscuro de inmortal congoja	241
¡Oh! ¡Es el pueblo! ¡Es el pueblo! Cual las olas	272
¡Oh, qué bien que baila Gil	45
¡Oh, qué bien que baila Gil	75
¡Oh, qué bien que baila Gil	289
¡Oh tú, Mantua dichosa	84
Ojigo decir a muchos cortesanos	178
Paréceme que van las Cardenillas	90
Pasando una mañana	8
Pero que os outros santos a veces prenden vingança	5
Perros, borricos y machos	220
Piedras apaño cuando veis que callo	90
Plantaron huerta los cielos	159
Plazuela del Oriente	291
Por cierto, Gil, con lindo patrimonio	241
Por fábrica impertinente	112
Por todos estos pinares	13
Precioso Manzanares	180
¿Qué haré en Madrid	291
¿Quién reprime su enojo y su llanto	252
Quiero un templo levantar	283
¡Quítenme aquesta puesta que me mata	73
Resplandece entre todas dominante	173
Ribericas del río	292
Riberitas del río	288
Río Manzanares	290
Sacros, altos, dorados capiteles	39
Salud y gracia, sepades	46
Señora doña puente segoviana	37

Serrana del Almudena	290
Si a gastar y pretender	49
Si mi llanto perdonas, claro río	125
Si quieres que te diga, Fabio amigo	115
Siempre vais, Manzanares	293
Sin correr, está corrido	142
Solana donde me rasco	64
También tiene en Madrid Micer Pasquino	24
Tengo de subir, subir	291
Téngoos, señora tela, gran mancilla	39
Todos podemos creer	215
Tropicábalas amor	290
Túrbase el sol, su luz se eclipsa cuanta	162
Una mole de piedra donde el viento	281
Úsase un dicho en Madrid	269
¿Vas, Liberio, a Madrid? ¡Gran pensamiento!	242
Ved el gran panteón del gran monarca	246
Venís de Italia, Pánfilo, engañado	113
Verdugo fue el temor, en cuyas manos	88
Vi en el Retiro, armado de colores	114
Viento del Sotillo	290
Villana de Leganés	296
Vino el francés con botas de camino	89
Volverse han muchos a labranzas toscas	55
Volvióse Inés a su aldea	120
Ya es turbante Guadarrama	155
Ya que dejaste, Menguilla	117
Ya se acerca zumbando	147
Zagala hermosa del Tajo	119



Índice temático

I. Elogios a Madrid

	<i>Pág.</i>
5. Soneto del autor a la misma Madrid, por donde le dirige esta trova llamada Buen placer, y ofrece su musa al amor y vela en sus loores (Juan Hurtado de Mendoza)	15
6. A la misma villa de Madrid (Juan Hurtado de Mendoza)	17
7. Soneto del mismo autor sobre la devisa y letra propia a la cortesana villa de Madrid, hablando con ella (Juan Hurtado de Mendoza)	18
8. A la misma villa de Madrid (Juan Hurtado de Mendoza)	18
9. A la muy noble, insigne y cortesana villa de Madrid (Eugenio de Salazar)	20
15. De Madrid (Góngora)	36
30. “Antes que viese en medio de la tierra” (Lope)	56
31. “No menos que mil años fue fundada” (Lope)	57
33. “Madrid, fundación de griegos” (Lope)	63
34. “Nací en Madrid, una villa” (Lope)	63
52. Parabién y gracias a la villa de Madrid, por la canonización de San Isidro (Mira de Amescua)	84
85. “Gran metrópoli del mundo” (Jáuregui)	129
102. A la insigne villa de Madrid (Alonso de Bonilla)	168
103. “Plantaron huerta los cielos” (Fray Lorenzo de Figueroa)	159
110. A la competencia de las excelsas Cortes de Madrid y París (Miguel de Barrios)	172
111. Descripción de la Coronada Villa de Madrid (Miguel de Barrios)	173
115. “A igualar ya con tu cielo” (Juan de Iriarte)	179
118. Fiesta de toros en Madrid (Moratín)	185
119. A las niñas premiadas por la Sociedad Económica de Madrid en la distribución de 1779 (Moratín)	195

120. Madrid antigua y moderna (Moratín)	211
147. “Fui sobre agua edificada” (Cantares...)	287
148. “Madrid la Osaria” (Cantares...)	287

II. Evocaciones, descripciones, sucesos y costumbres de Madrid

12. A un señor de sombrero con puntas (Lupercio L. de Argensola)	24
14. A la mudanza de la Corte de Filipo Tercero de Madrid a Valladolid (Antonio Balvás Barona)	34
19. A la tela de justar de Madrid, que la sacaron al campo (Góngora)	39
23. “No vayas, Gil, al Sotillo” (Góngora)	44
28. “Mentidero de Madrid” (Góngora)	53
43. “Antes que amanezca” (Lope)	74
44. “Al pasar del arroyo” (Lope)	75
46. “Álamos del Prado” (Lope)	76
53. Al incendio de la plaza de Madrid, en que se abrasó todo un lado de cuatro (Quevedo)	87
54. Al repentino y falso rumor de fuego que se movió en la plaza de Madrid en una fiesta de toros (Quevedo)	88
55. A la fiesta de toros y cañas del Buen Retiro en día de grande nieve (Quevedo)	88
56. A la venida del duque de Humena, cuyos camaradas trujeron muchos diamantes falsos (Quevedo)	89
57. Huye la Casa del Campo, donde está el coloso del señor Felipe III, la competencia del Retiro (Quevedo)	90
58. Al día del Ángel en la Puente (Quevedo)	90
69. Al señor D. Luis de Haro, habiéndole mandado que viese el Retiro, porque estaba muy florido por diciembre (Príncipe de Esquilache)	114
70. En la muerte de Lope de Vega (Príncipe de Esquilache)	114
77. “Volvióse Inés a su aldea” (Príncipe de Esquilache)	120
79. “No te fíes, Bras, de Menguilla” (Príncipe de Esquilache)	123
81. “Llego a Madrid y no conozco el Prado” (Villamediana)	125
87. “Alamicos del Prado” (Tirso de Molina)	132
97. “Cantemos civilidades” (Antonio Hurtado de Mendoza)	151
98. Al Buen Retiro, que fabricó el Conde Duque en San Jerónimo de Madrid (Antonio Hurtado de Mendoza)	154
104. Al incendio de la plaza de Madrid el año 1652 (Fco. de Ataide y Sotomayor)	161

108. Contra el inventor de unas fuentes que hay en el Prado de Madrid, las copas al revés, en que no se puede beber (Gabriel Bocángel)	168
114. Al Viernes Santo (Juan de Iriarte)	179
121. A las ninfas de Manzanares, ofendidas por un libelo que se le atribuyó al autor, con cuyo motivo salió de Madrid la noche última de octubre de 1768 (Cadalso)	213
122. Crítica de las veletas extraordinarias de Madrid (Fco. Gregorio de Salas)	215
123. Verdadero retrato de la calle de San Antón de Madrid (Fco. Gregorio de Salas)	220
124. De los naturales de Madrid (Fco. Gregorio de Salas)	220
125. A la mala fachada del Hospicio (Fco. Gregorio de Salas)	221
126. Juicio del gentío que concurre a pasearse al Prado (Fco. Gregorio de Salas)	221
129. Epístola a Dalmiro, en que se describe la casa de la Academia de las tres Nobles Artes y Real Gabinete de Historia Natural (Tomás de Iriarte)	231
141. La estatua de Felipe IV y el busto de don Pedro Calderón de la Barca hablan del Teatro Real (Hartzenbusch)	265
142. Fray Lope Félix de Vega Carpio (Hartzenbusch)	269
149. “Aires frescos del Prado” (Cantares...)	287
152. “Dejan el Sotillo todas” (Cantares...)	288
154. “Álamos del Prado” (Cantares...)	289
155. “En las fuentes del Prado” (Cantares...)	289
156. “Agua pide la niña” (Cantares...)	290
157. “Viento del Sotillo” (Cantares...)	290
162. “Plazuela del Oriente” (Cantares...)	291
163. “Carretera de Madrid” (Cantares...)	291
165. “Álamos del Prado” (Cantares...)	291

III. El río Manzanares

16. “Duélete de esa puente, Manzanares” (Góngora)	37
17. “Señora doña puente segoviana” (Góngora)	37
22. “Manzanares, Manzanares” (Góngora)	41
38. “De hoy más las crespas sienes de olorosa” (Lope)	71
39. “Fugitivo cristal, el curso enfrena” (Lope)	71
40. Describe el río de Madrid en julio (Lope)	72
41. Laméntase Manzanares de tener tan gran puente (Lope)	73
42. “En Santiago el Verde” (Lope)	73

60. Descubre Manzanares secretos de los que en él se bañan (Quevedo)	92
61. Describe el río Manzanares cuando concurren en el verano a bañarse en él (Quevedo)	95
67. A la puente segoviana (Salas Barbadillo)	112
72. “La más gallarda aldeana” (Príncipe de Esquilache)	116
73. “Ya que dejaste, Menguilla” (Príncipe de Esquilache)	117
74. “Frescos airecillos” (Príncipe de Esquilache)	118
76. “Iba dejando a pedazos” (Príncipe de Esquilache)	119
82. A Lise en la ribera del Manzanares (Villamediana)	125
89. “Manzanares, de buen gusto” (Tirso de Molina)	133
90. Romance del Manzanares (Tirso de Molina)	134
91. “El espejo de cristal” (Castillo Solórzano)	138
92. “La esposa que a Manzanares” (Castillo Solórzano)	140
93. A una creciente de Manzanares, por el mes de julio (Castillo Solórzano)	142
94. “Aquel cortesano río” (Castillo Solórzano)	146
99. Al río Manzanares de Madrid (Antonio Hurtado de Mendoza)	154
117. El triunfo de Manzanares (Fray Diego González)	180
140. “Allá vas, don Manzanares” (Estébanez Calderón)	261
150. “Riberitas del río” (Cantares...)	288
151. “La niña no duerme” (Cantares...)	288
158. “Río Manzanares” (Cantares...)	190
166. “Ribericas del río” (Cantares...)	292
167. “Siempre vais, Manzanares” (Cantares...)	293

IV. Vírgenes y santos de Madrid

1. Como Santa Maria de Tocha guaríu un lavrador que andava segando en día de San Quirez, que se lle çerraron os punos ambos (Alfonso X el Sabio)	5
32. “Los Almoravides” (Lope)	61
47. “Cuando el celeste León” (Lope)	77
48. Glosa de burlas del Maestro Burguillos (Lope)	78
83. A San Isidro de Madrid (Villamediana)	127
86. “A ninguno, Isidro, el cielo” (Jáuregui)	130
105. A San Isidro (Calderón)	162
106. A Madrid, por la dicha de ser su patrono San Isidro Labrador (Calderón)	163
107. A San Isidro (Calderón)	165

127. Para pedir a Dios el agua, por intercesión de San Isidro y de su esposa Santa María de la Cabeza (Fco. Gregorio de Salas)	221
159. “Serrana del Almudena” (Cantares...)	290

V. Dos de Mayo

135. Al armamento de las provincias españolas contra los franceses (Quintana)	247
137. Memoria del Dos de Mayo (Cristóbal de Beña)	252
143. Dos de Mayo (Espronceda)	272

VI. Sátiras contra la Corte

11. “Adiós, dije a la humilde choza mía” (Cervantes)	22
18. “Grandes, más que elefantes y que abadas” (Góngora)	38
25. “Salud y gracia, sepades” (Góngora)	46
26. “Si a gastar y pretender” (Góngora)	49
27. “De la vuelta de la villa” (Góngora)	51
29. A Madrid, cuando se trataba de mudar la Corte a Valladolid (Bartolomé L. de Argensola)	55
35. Redondillas del Maestro Burguillos (Lope)	64
36. Romance sobre lo que es la Corte (Lope)	67
37. “Hermosa Babilonia en que he nacido” (Lope)	70
62. Al pasarse la Corte a Valladolid (Quevedo)	101
63. Instrucción y documentos para el noviciado de la Corte (Quevedo)	105
64. “Después que me vi en Madrid” (Quevedo)	109
68. “Venís de Italia, Pánfilo, engañado” (Príncipe de Esquilache)	113
71. “Si quieres que te diga, Fabio amigo” (Príncipe de Esquilache)	115
75. “Zagala hermosa del Tajo” (Príncipe de Esquilache)	119
80. “No vayas, Fabio, a la Corte” (Príncipe de Esquilache)	123
109. “A Madrid se vuelve la niña” (Fco. de Trillo y Figueroa)	169
112. Confusión y vicios de la Corte (Torres Villarroel)	177
113. Los ladrones más famosos no están en los caminos (Torres Villarroel)	178
130. A Madrid (Forner)	240
131. “Por cierto, Gil, con lindo patrimonio” (Forner)	241
132. “¡Oh centro oscuro de inmortal congoja” (Forner)	241
133. La disipación o La vida de la Corte (José Mor de Fuentes)	242

138. A mi aldea (Manuel Norberto Pérez de Camino)	255
164. “¿Qué haré en Madrid” (Cantares...)	291

VII. La provincia

a) <i>La Sierra</i>	
2. Cantiga de serrana (Arcipreste de Hita)	8
3. “Después que nascí” (Marqués de Santillana)	12
4. “Por todos estos pinares” (Marqués de Santillana)	13
21. Al puerto de Guadarrama, pasando por él los condes de Lemus (Góngora)	40
49. A una tempestad (Lope)	81
65. Al Monte de Guadarrama (Salas Barbadillo)	111
78. “De los montes de Castilla” (Príncipe de Esquilache)	121
95. Estando en la cumbre de Guadarrama (Soto de Rojas)	149
96. A Guadarrama, en la venida de los reyes a Madrid (Soto de Rojas)	150
100. “Ya es turbante Guadarrama” (Antonio Hurtado de Mendoza)	155
128. Epístola de Jovino a Anfriso, escrita desde El Paular (Jovellanos)	224
161. “Tengo de subir, subir” (Cantares...)	291
b) <i>El Escorial</i>	
10. “Mira aquel sitio inculto montuoso” (Alonso de Ercilla)	21
20. De San Lorenzo el Real del Escorial (Góngora)	39
66. Al Escorial (Salas Barbadillo)	112
84. Al Escorial (Villamediana)	128
101. Al Escorial (Sebastián Francisco de Medrano)	157
116. “De Lorenzo la gran casa” (Juan de Iriarte)	179
134. Al descubrirse desde el camino el Real Monasterio del Escorial, en ocasión del besamanos por el aniversario de la restitución del Rey, nuestro señor, a sus dominios (Juan Bautista Arriaza)	246
136. El panteón del Escorial (Quintana)	249
145. “Una mole de piedra donde el viento” (Federico Balart)	281
146. En El Escorial (Bernardo López García)	283
c) <i>Otros lugares</i>	
13. Descripción de Aranjuez (Lupercio L. de Argensola)	25
24. “¡Oh, qué bien que baila Gil” (Góngora)	45
45. “¡Oh, qué bien que baila Gil” (Lope)	75

50. A los santos Justo y Pastor (Lope)	81
51. “Adonde el claro Henares se desata” (Lope)	82
59. Al Henares (Quevedo)	91
88. “El sombrero de tema” (Tirso de Molina)	132
139. Al Jarama (José Joaquín de Mora)	259
144. Alcalá de Henares (Gregorio Romero Larrañaga)	279
153. “¡Oh, qué bien que baila Gil” (Cantares...)	289
160. “Tropicábalas amor” (Cantares...)	290
168. “Al humilde Manzanares” (Cantares...)	294
169. “Del Real de Manzanares” (Cantares...)	295
170. “Villana de Leganés” (Cantares...)	296





Índice general

	<i>Pág.</i>
Prólogo	IX
Introducción	XXIX
I. Alfonso X el Sabio	
1. Como Santa Maria de Tocha guariu un lavrador que andava segando en día de San Quirez, que se lle çerraron os punos ambos	5
II. Juan Ruiz, Arcipreste de Hita	
2. Cantiga de serrana	8
III. Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana	
3. “Después que nascí”	12
4. “Por todos estos pinares”	13
IV. Juan Hurtado de Mendoza	
5. Soneto del autor a la misma Madrid, por donde le dirige esta trova llamada Buen placer, y ofrece su musa al amor y vela en sus loores	15
6. A la misma villa de Madrid	17
7. Soneto del mismo autor sobre la devisa y letra propia a la cortesana villa de Madrid, hablando con ella	18
8. A la misma villa de Madrid	18
V. Eugenio de Salazar	
9. A la muy noble, insigne y cortesana villa de Madrid	20
VI. Alonso de Ercilla	
10. “Mira aquel sitio inculto montuoso”	21

VII. Miguel de Cervantes	
11. “Adiós, dije a la humilde choza mía”	22
VIII. Lupericio Leonardo de Argensola	
12. A un señor de sombrero con puntas	24
13. Descripción de Aranjuez	25
IX. Antonio de Balvás Barona	
14. A la mudanza de la Corte de Filipo Tercero de Madrid a Valladolid	34
X. Luis de Góngora	
15. De Madrid	36
16. “Duélete de esa puente, Manzanares”	37
17. “Señora doña puente segoviana”	37
18. “Grandes, más que elefantes y que abadas”	38
19. A la tela de justar de Madrid, que la sacaron al campo	39
20. De San Lorenzo el Real del Escorial	39
21. Al puerto de Guadarrama, pasando por él los condes de Lemus	40
22. “Manzanares, Manzanares”	41
23. “No vayas, Gil, al Sotillo”	44
24. “¡Oh, qué bien que baila Gil!”	45
25. “Salud y gracia, sepades”	46
26. “Si a gastar y pretender”	49
27. “De la vuelta de la villa”	51
28. “Mentidero de Madrid”	53
XI. Bartolomé Leonardo de Argensola	
29. A Madrid, cuando se trataba de mudar la Corte a Valladolid	55
XII. Lope de Vega	
30. “Antes que viese en medio de la tierra”	56
31. “No menos que mil años fue fundada”	57
32. “Los Almoravides”	61
33. “Madrid, fundación de griegos”	63
34. “Nací en Madrid, una villa”	63
35. Redondillas del Maestro Burguillos	64
36. Romance sobre lo que es la Corte	67
37. “Hermosa Babilonia en que he nacido”	70
38. “De hoy más las crespas sienes de olorosa”	71
39. “Fugitivo cristal, el curso enfrena”	71
40. Describe el río de Madrid en julio	72
41. Laméntase Manzanares de tener tan gran puente	73

42. “En Santiago el Verde”	73
43. “Antes que amanezca”	74
44. “Al pasar del arroyo”	75
45. “¡Oh, qué bien que baila Gil”	75
46. “Álamos del Prado”	76
47. “Cuando el celeste León”	77
48. Glosa de burlas del Maestro Burguillos	78
49. A una tempestad	81
50. A los santos Justo y Pastor	81
51. “Adonde el claro Henares se desata”	82
XIII. Antonio Mira de Amescua	
52. Parabién y gracias a la villa de Madrid, por la canonización de San Isidro	84
XIV. Francisco de Quevedo	
53. Al incendio de la plaza de Madrid, en que se abrasó todo un lado de cuatro	87
54. Al repentino y falso rumor de fuego que se movió en la plaza de Madrid en una fiesta de toros	88
55. A la fiesta de toros y cañas del Buen Retiro en día de grande nieve	88
56. A la venida del duque de Humena, cuyos camaradas trujeron muchos diamantes falsos	89
57. Huye la Casa del Campo (donde está el coloso del señor Felipe III) la competencia del Retiro	90
58. Al día del Ángel en la Puente	90
59. Al Henares	91
60. Descubre Manzanares secretos de los que en él se bañan	92
61. Describe el río Manzanares cuando concurren en el verano a bañarse en él	95
62. Al pasarse la Corte a Valladolid	101
63. Instrucción y documentos para el noviciado de la Corte	105
64. “Después que me vi en Madrid”	109
XV. Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo	
65. Al Monte de Guadarrama	111
66. Al Escorial	112
67. A la puente Segoviana	112
XVI. Francisco de Borja y Aragón, príncipe de Esquilache	
68. “Venís de Italia, Pánfilo, engañado”	113
69. Al señor D. Luis de Haro, habiéndole mandado que viese el Retiro, porque estaba muy florido por diciembre	114

70. En la muerte de Lope de Vega	114
71. “Si quieres que te diga, Fabio amigo”	115
72. “La más gallarda aldeana”	116
73. “Ya que dejaste, Menguilla”	117
74. “Frescos airecillos”	118
75. “Zagala hermosa del Tajo”	119
76. “Iba dejando a pedazos”	119
77. “Volvióse Inés a su aldea”	120
78. “De los montes de Castilla”	121
79. “No te fíes, Bras, de Menguilla”	123
80. “No vayas, Fabio, a la Corte”	123
XVII. Juan de Tassis, conde de Villamediana	
81. “Llego a Madrid y no conozco el Prado”	125
82. A Lise en la ribera del Manzanares	125
83. A San Isidro de Madrid	127
84. Al Escorial	128
XVIII. Juan de Jáuregui	
85. “Gran metrópoli del mundo”	129
86. “A ninguno, Isidro, el cielo”	130
XIX. Tirso de Molina	
87. “Alamicos del Prado”	132
88. “El sombrero de tema”	132
89. “Manzanares, de buen gusto”	133
90. Romance del Manzanares	134
XX. Alonso de Castillo Solórzano	
91. “El espejo de cristal”	138
92. “La esposa que a Manzanares”	140
93. A una creciente de Manzanares, por el mes de julio	142
94. “Aquel cortesano río”	146
XXI. Pedro Soto de Rojas	
95. Estando en la cumbre de Guadarrama	149
96. A Guadarrama, en la venida de los reyes a Madrid	150
XXII. Antonio Hurtado de Mendoza	
97. “Cantemos civilidades”	151
98. Al Buen Retiro, que fabricó el Conde Duque en San Jerónimo de Madrid	154
99. Al río Manzanares de Madrid	154
100. “Ya es turbante Guadarrama”	155

XXIII. Sebastián Francisco de Medrano	
101. Al Escorial	157
XXIV. Alonso de Bonilla	
102. A la insigne villa de Madrid	158
XXV. Fray Lorenzo de Figueroa	
103. “Plantaron huerta los cielos”	159
XXVI. Francisco de Ataide y Sotomayor	
104. Al incendio de la plaza de Madrid el año 1652	161
XXVII. Pedro Calderón de la Barca	
105. A San Isidro	162
106. A Madrid, por la dicha de ser su patrono San Isidro Labrador	163
107. A San Isidro	165
XXVIII. Gabriel Bocángel	
108. Contra el inventor de unas fuentes que hay en el Prado de Madrid, las copas al revés, en que no se puede beber	168
XXIX. Francisco de Trillo y Figueroa	
109. “A Madrid se vuelve la niña”	169
XXX. Miguel de Barrios	
110. A la competencia de las excelsas Cortes de Madrid y París	172
111. Descripción de la Coronada Villa de Madrid	173
XXXI. Diego de Torres Villarroel	
112. Confusión y vicios de la Corte	177
113. Los ladrones más famosos no están en los caminos	178
XXXII. Juan de Iriarte	
114. Al Viernes Santo	179
115. “A igualar ya con tu cielo”	179
116. “De Lorenzo la gran casa”	179
XXXIII. Fray Diego González	
117. El triunfo de Manzanares	180
XXXIV. Nicolás Fernández de Moratín	
118. Fiesta de toros en Madrid	185
119. A las niñas premiadas por la Sociedad Económica de Madrid en la distribución de 1779	195
120. Madrid antigua y moderna	211

XXXV. José Cadalso	
121. A las ninfas de Manzanares, ofendidas por un libelo que se le atribuyó al autor, con cuyo motivo salió de Madrid la noche última de octubre de 1768	213
XXXVI. Francisco Gregorio de Salas	
122. Crítica de las veletas extraordinarias de Madrid	215
123. Verdadero retrato de la calle de San Antón de Madrid	220
124. De los naturales de Madrid	220
125. A la mala fachada del Hospicio	221
126. Juicio del gentío que concurre a pasearse al Prado	221
127. Para pedir a Dios el agua, por intercesión de San Isidro y de su esposa Santa María de la Cabeza	221
XXXVII. Gaspar Melchor de Jovellanos	
128. Epístola de Jovino a Anfriso, escrita desde El Paular	224
XXXVIII. Tomás de Iriarte	
129. Epístola a Dalmiro, en que se describe la casa de la Academia de las tres Nobles Artes y Real Gabinete de Historia Natural	231
XXXIX. Juan Pablo Forner	
130. A Madrid	240
131. “Por cierto, Gil, con lindo patrimonio”	241
132. “¡Oh centro oscuro de inmortal congoja”	241
XL. José Mor de Fuentes	
133. La disipación o La vida de la Corte	242
XLI. Juan Bautista Arriaza	
134. Al descubrirse desde el camino el Real Monasterio del Escorial, en ocasión del besamanos por el aniversario de la restitución del Rey, nuestro señor, a sus dominios	246
XLII. Manuel José Quintana	
135. Al armamento de las provincias españolas contra los franceses	247
136. El panteón del Escorial	249
XLIII. Cristóbal de Beña	
137. Memoria del Dos de Mayo	252
XLIV. Manuel Norberto Pérez de Camino	
138. A mi aldea	255

XLV. José Joaquín de Mora	
139. Al Jarama	259
XLVI. Serafín Estébanez Calderón	
140. “Allá vas, don Manzanares”	261
XLVII. Juan Eugenio Hartzenbusch	
141. La estatua de Felipe IV y el busto de don Pedro Calderón de la Barca hablan del Teatro Real	265
142. Fray Lope Félix de Vega Carpio	269
XLVIII. José de Espronceda	
143. Dos de Mayo	272
II. Gregorio Romero Larrañaga	
144. Alcalá de Henares	279
L. Federico Balart	
145. “Una mole de piedra donde el viento”	281
LI. Bernardo López García	
146. En El Escorial	283
LII. Cantares tradicionales, aires populares, glosas y romances	
147. “Fui sobre agua edificada”	287
148. “Madrid la Osaria”	287
149. “Aires frescos del Prado”	287
150. “Riberitas del río”	288
151. “La niña no duerme”	288
152. “Dejan el Sotillo todas”	288
153. “¡Oh, qué bien que baila Gil”	289
154. “Álamos del Prado”	289
155. “En las fuentes del Prado”	289
156. “Agua pide la niña”	290
157. “Viento del Sotillo”	290
158. “Río Manzanares”	290
159. “Serrana del Almudena”	290
160. “Trompicábalas amor”	290
161. “Tengo de subir, subir”	291
162. “Plazuela del Oriente”	291
163. “Carretera de Madrid”	291
164. “¿Qué haré en Madrid”	291
165. “Álamos del Prado”	291
166. “Ribericas del río”	292

167. “Siempre vais, Manzanares”	293
168. “Al humilde Manzanares”	294
169. “Del Real de Manzanares”	295
170. “Villana de Leganés”	296
Bibliografía	299
Índice de ilustraciones	305
Índice de primeros versos	307
Índice temático	313
Índice general	321



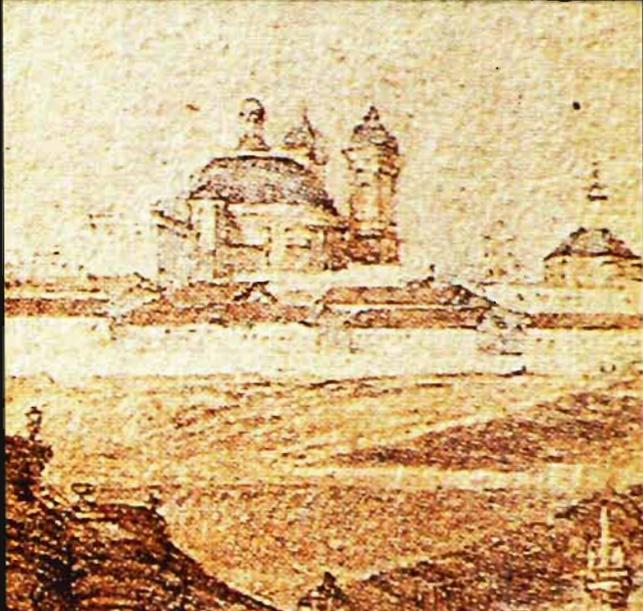


Este libro, *Madrid en la Poesía I*, se acabó
de imprimir en el mes de mayo de 1993
en la imprenta de la Comunidad
de Madrid









MADRID EN LA POESÍA I

La antología poética de Madrid y su provincia consta de dos volúmenes, el segundo de los cuales se dedica exclusivamente a nuestra poesía contemporánea. Éste, que el lector tiene ahora en sus manos, recorre un largo camino que comienza en los versos gallegos de Alfonso X el Sabio, durante el siglo XIII, cuando Madrid era aún un lugar sin recuerdos, y concluye en los últimos años del siglo XIX, colmada ya por la historia y la leyenda. Los poetas la han adornado con sus elogios y la han señalado con sus sátiras. Hurtado de Mendoza, Cervantes, Góngora, Lope, Quevedo, Villamediana, Moratín... labraron a lo largo de los siglos, verso a verso, el rostro y el alma de Madrid. Y le dieron, además, la voz y la memoria.

Comunidad de Madrid
Consejería de Educación y Cultura



9 788445 106501